



Un nuevo día
ROBYN CARR

Recomendado por el editor

(VIRGIN RIVER 04) - UN NUEVO DÍA

Título Original: *A Virgin River Christmas*

Traductor: Larrea Paguaga, Juan

©2008, Carr, Robyn

©2010, Harlequin Ibérica, S.A.

Colección: Mira, 241

ISBN: 9788467178593

Generado con: QualityEbook v0.42

RESEÑA

Las Navidades anteriores, Marcie Sullivan se había despedido para siempre de su marido. Un año después, había ido a buscar al hombre que había salvado la vida de Bobby y le concedió tres años más para amarlo: Hacía cuatro años, el marine Ian Buchanan arrastró el cuerpo malherido de su compañero Bobby hasta el hospital de campaña en Faluya. Luego, desapareció en cuanto su batallón volvió a su país. Marcie siguió el rastro de Ian hasta el pueblo de Virgin River, y se encontró con un hombre tan herido por dentro como Bobby lo estuvo por fuera. Sin embargo, a medida que Marcie iba conociéndolo, también iba descubriendo un alma dulce y atormentada detrás de una superficie huraña.

Ian no sabía qué hacer con esa viuda joven y decidida que lo obligaba a mirar hacia un pasado doloroso y lo que era peor, hacia un futuro incierto. Sin embargo, quizá fuera ya el momento de ahuyentar a los fantasmas y abrir el corazón.

VIRGIN RIBER

1. Virgin River (2007) / Un lugar para soñar
2. Shelter Mountain (2007) / Un lugar para amar
3. Whispering Rock (2007) / La roca de los susurros
- 4. A Virgin River Christmas (2008) / Un nuevo día**
5. Second Chance Pass (2009)
6. Temptation Ridge (2009)
7. Paradise Valley (2009)

Nota del editor

Estamos orgullosos de presentaros, una vez más, una fascinante novela de Robyn Carr. Con su habitual maestría, nos retrata dos personajes heridos y con un pasado contra el que luchar. Los dos tratan de afrontar los duros golpes del destino, pero en sus corazones comienza a nacer una nueva esperanza que puede llevar la serenidad y el amor a sus vidas.

Esta es una novela que transcurre en Virgin River y forma parte de una serie de historias que Robyn Carr está ambientando en este lugar. Cada uno de los libros es independiente y puede leerse sin necesidad de haber leído los anteriores. Hay personajes ya conocidos, hay personajes recién llegados, pero existe sobre todo la sensación de que estás en casa y de que es un lugar donde curar las heridas.

Para los que no hayan leído los libros anteriores, bienvenidos a este fantástico lugar. Se van a encontrar con unas historias contemporáneas tremendamente actuales y emocionantes. Y para los que ya lo conocéis esperamos que disfrutéis de esta nueva historia.

Es para nosotros un privilegio ofrecerlos a todos este libro.

Los editores

Prólogo

Era una mañana gélida de noviembre, el sol asomaba por el horizonte y Marcie estaba temblando junto a su Volkswagen color verde lima. Tenía el equipaje, estaba preparada y también estaba tan emocionada como asustada por lo que iba a emprender. En el asiento trasero tenía una pequeña nevera portátil con refrescos y algo de comer. En el asiento del acompañante había un termo con café caliente y en el maletero había metido una caja de agua embotellada. También se había comprado un saco de dormir por si no le gustaba el motel y en la bolsa de lona llevaba vaqueros, jerseys, calcetines gruesos y botas; lo más indicado para recorrer los pequeños pueblos de las montañas. Estaba deseando ponerse en camino, pero Drew, su hermano menor, y Erin, su hermana mayor, estaban alargando la despedida.

—¿Tienes las tarjetas telefónicas que te di por si el móvil no tiene cobertura? —le preguntó Erin.

—Las tengo.

—¿Estás segura de que llevas suficiente dinero?

—Estoy segura.

—Faltan menos de dos semanas para el Día de Acción de Gracias.

—No creo que tarde tanto —afirmó Marcie para evitar otra discusión—. Encontraré a Ian enseguida. Creo que ya he delimitado mucho su posible paradero.

—Vuelve a pensártelo, Marcie —insistió Erin intentándolo por última vez—. Conozco a algunos de los mejores detectives... el despacho de abogados los emplea constantemente. Podemos encontrar a Ian y entregarle las cosas que quieres darle.

—Ya lo hemos discutido —replicó Marcie—. Quiero verlo y hablar con él.

—Podemos encontrarlo primero y luego podrías...

—Díselo tú, Drew —le suplicó Marcie.

Drew tomó aliento.

—Va a encontrarlo, hablar con él, averiguar qué le pasa, pasar algún tiempo con él, darle los cromos de béisbol, enseñarle la carta y luego volverá a casa.

—Pero nosotros podríamos...

Marcie apoyó una mano en el brazo de su hermana mayor y la miró con firmeza.

—Basta. No puedo seguir adelante hasta que haga esto y voy a hacerlo a mi manera, no a la vuestra. No hay nada más que hablar. Ya sé que os parece un disparate, pero voy a hacerlo.

Se inclinó y besó a Erin en la mejilla. Su hermana era esbelta, guapa, elegante y sofisticada,

no se parecía en nada a Marcie, y había sido como una madre para ella desde que era pequeña. Le costaba mucho dejar de comportarse como una madre.

—No te preocupes —siguió Marcie—, no tienes por qué preocuparte. Tendré cuidado y no tardaré en volver.

Se volvió hacia Drew y también lo besó en la mejilla.

—¿No puedes darle un ansiolítico o algo así?

Drew estaba en la Facultad de Medicina y no podía hacer recetas. Él se rió y abrazó a su hermana.

—Acaba con todo esto lo antes posible. Erin va a volverme loco.

—No lo pagues con él —Marcie miró a Erin con los ojos entrecerrados—. Ha sido idea mía y volveré antes de que os hayáis dado cuenta.

Se montó en el coche, se alejó y los dejó en la acera delante de la casa. Consiguió llegar a la autopista antes de notar que los ojos le abrasaban por las lágrimas. Sabía que sus hermanos iban a preocuparse, pero no podía hacer otra cosa.

Bobby, el marido de Marcie, había muerto hacía casi un año, justo antes de Navidad, con veintiséis años. Ocurrió después de pasar tres años en hospitales por una lesión cerebral que sufrió al servir como marine en Irak. Ian Buchanan fue su sargento y mejor amigo; según Bobby, valía por veinte marines. Sin embargo, Ian dejó los marines poco después de que Bobby cayera herido y no volvió a saber nada de él desde entonces.

Desde que supo que Bobby no se repondría, desde que lloró su pérdida mucho antes de que muriera, Marcie había esperado sentir alivio cuando falleciera... al menos, por él. Pensó que estaría preparada para empezar una vida nueva, una vida que había suspendido durante años. A los veintisiete años y ya viuda, tenía mucho tiempo para cosas como viajar, salir o formarse, pero había sido un año improductivo y estaba bloqueada. No podía seguir adelante. No podía dejar de preguntarse por qué el hombre al que Bobby había querido como a un hermano había desaparecido sin llamar ni escribir. Se había distanciado de su padre y sus hermanos, también marines. Se había distanciado de ella, la mujer de su mejor amigo.

Además, estaban esos cromos de béisbol. Si hacía un esfuerzo inmenso de imaginación, no podía imaginarse nada que su hermana abogada considerara más ridículo que su empeño en que Ian tuviera los cromos de béisbol que habían sido de Bobby. Sin embargo, desde que conoció a Bobby, cuando tenía catorce años, supo lo obsesionado que estaba con su colección. Se sabía de memoria todos los jugadores y datos estadísticos. Resultó que Ian también era un loco del béisbol y que tenía una colección y ella sabía, por las cartas de Bobby, que habían hablado de hacer un intercambio. Bobby e Ian habían hablado de cambiarse cromos de béisbol mientras perseguían insurgentes por el desierto o eludían atentados suicidas en las ciudades, era un disparate.

También estaba la carta que Bobby le escribió desde Irak antes de que lo hirieran. Sólo hablaba de Ian y de lo orgulloso que se sentiría si llegaba a ser como él. Era un marine de los pies a la cabeza estuvieran metidos hasta el cuello en una batalla o llorando por una carta de amor; era un hombre que se metía en los jaleos con los suyos, que los encabezaba con fuerza y valor, que nunca los defraudaba y permanecía siempre a su lado. Era divertido y los hacía reír, pero era un sargento exigente que también los obligaba a trabajar mucho, a aprender y a seguir todas las reglas al pie de la letra para que no corrieran riesgos. En esa misma carta, Bobby le dijo

que esperaba que ella lo respaldara si decidía seguir esa profesión. Como había hecho Ian Buchanan. Se sentiría muy orgulloso si llegaba a ser la mitad de hombre que era Ian; todos lo consideraban un héroe, alguien camino de convertirse en una leyenda. Marcie no estaba segura de que pudiera desprenderse de la carta, aunque trataba toda sobre Ian, pero él tenía que verla; Ian tenía que saber lo que sentía Bobby por él.

Había pasado un año desde que Bobby murió plácida y silenciosamente y ella había pasado su cumpleaños, su aniversario y todas las vacaciones, pero tenía la sensación de que ese asunto seguía sin estar resuelto; como si faltara una pieza muy grande para terminar con todo.

Ian le había salvado la vida a Bobby. No lo consiguió completamente, pero arriesgó la vida para llevar a Bobby a un sitio seguro... y luego desapareció. Era algo omnipresente, algo que tenía que zanjar.

No tenía mucho dinero, llevaba cinco años con el mismo empleo de secretaria. Era un buen empleo con gente buena, pero con un sueldo que no sería suficiente para mantener a una familia. Tuvo la suerte de que su jefe le dio todo el tiempo que quiso cuando Bobby resultó herido, porque primero tuvo que viajar a Alemania y luego a Washington para estar cerca de él. Además, los gastos fueron enormes, mucho mayores de los que podían costear con la paga de él. Como marine que llevaba tres años alistado, ganaba menos de mil quinientos dólares al mes. Exprimió al máximo las tarjetas de crédito y pidió préstamos pese a que Erin y la familia de Bobby estuvieron dispuestas a ayudarla. Al final, su seguro de vida militar fue insuficiente para pagar las facturas y su indemnización por viudedad tampoco fue muy elevada.

El milagro fue conseguir que lo mandaran a Chico, a su tierra. Algo que seguramente debía al empeño e insistencia de Erin. Muchas familias de soldados impedidos al cien por cien o que necesitaban un tratamiento a largo plazo tenían que irse a vivir cerca del paciente porque la Administración no podía mandar al paciente a sus casas. Sin embargo, Erin consiguió que lo ingresaran en un centro de atención médica privado sufragado por el Programa de Atención Médica y Sanitaria para Civiles de los Servicios Castrenses. La mayoría de los soldados no tenían tanta suerte. Era un servicio complicado y bastante saturado por la cantidad de heridos. Erin se ocupó de todo y empleó su brillante cerebro de abogada para conseguir todas las ventajas y retribuciones posibles. Erin no quiso que Marcie además tuviera que preocuparse por el dinero. Erin lo hizo todo, incluso pagó los gastos domésticos. Además, también conseguía costear los estudios de Medicina de Drew.

Por eso, no aceptó ni un centavo de ella para hacer ese viaje. Erin ya le había dado demasiado. Drew tenía algún dinero para gastos, pero no era gran cosa y él era un estudiante de Medicina pobre. Habría sido más juicioso esperar a la primavera, hasta que hubiera podido reunir algo más de dinero para emprender ese viaje a las montañas del norte de California y buscar a Ian Buchanan, pero la proximidad del aniversario de la muerte de Bobby y de la Navidad hicieron que deseara con toda su alma zanjar definitivamente ese asunto. No podía dejar de pensar en que sería maravilloso tener las respuestas y retomar el contacto antes de las vacaciones. Estaba dispuesta a encontrarlo y a acabar con los fantasmas. Luego, cada uno seguiría con su vida...

Capítulo 1

Marcie Sullivan entró con su Volkswagen en el pueblo. Era el sexto pueblo que visitaba ese día y se encontró con que estaban adornando un árbol de Navidad. La gente que lo adornaba parecía demasiado pequeña para semejante tarea; el árbol era gigantesco.

Aparcó delante de una cabaña muy grande con un porche y se bajó. Tres mujeres se afanaban con el abeto de Navidad que medía casi diez metros. Una era de su edad, tenía el pelo castaño y sujetaba una caja abierta, quizá, con adornos. Otra era mayor, con el pelo blanco y gafas de montura negra y señalaba hacia arriba, como si estuviera al mando. La tercera era una rubia muy guapa que estaba subida a una escalera de tijera. El árbol se alzaba entre la cabaña y una vieja iglesia, de madera, con dos torres altas y una vidriera todavía intacta; una iglesia que debió de ser muy bonita en algún momento. Mientras las miraba, un hombre salió al porche de la cabaña, se detuvo, soltó una maldición y fue hasta la escalera con unas zancadas enormes.

—No te muevas; ni respire —dijo él en voz baja pero con tono imperativo.

Subió hasta que alcanzó a la rubia y la agarró con un brazo entre lo que le pareció un ligero abultamiento por el embarazo y los pechos.

—Baja despacio —le ordenó.

—¡Jack! —exclamó ella—. ¡Déjame en paz!

—Si es necesario, te bajaré a la fuerza. Baja de la escalera despacio, inmediatamente.

—Por amor de...

—Inmediatamente —repitió él sin inmutarse.

Ella empezó a bajar poco a poco mientras él la sujetaba. Cuando llegaron abajo, ella se puso en jarras y lo miró con furia.

—¡Sabía perfectamente lo que estaba haciendo!

—¿No tienes dos dedos de frente? ¿Qué pasaría si te cayeras?

—Es una escalera muy buena. ¡No iba a caerme!

—Puedes discutir lo que quieras, pero no voy a dejar que te subas a una escalera en tu estado —replicó él también en jarras—. Me quedaré vigilándote si hace falta.

Él miró a las otras dos mujeres.

—Le dije que creía que no iba a parecerte bien —se justificó la del pelo castaño mientras se encogía de hombros.

Él miró con furia a la mujer de pelo blanco.

—Yo no me meto en asuntos domésticos. Es asunto vuestro, no mío —se defendió ella

mientras se subía las gafas en la nariz.

Marcie sintió añoranza. Sólo llevaba unas semanas por esa zona, pero echaba de menos las disputas familiares, a sus amigas y el trabajo. Añoraba a la mandona de su hermana mayor, al bobo de su hermano pequeño y a la novia de turno que lo tuviera apesadumbrado. Echaba de menos a la enorme, divertida y apasionada familia de su difunto marido.

No había ido a casa a pasar el Día de Acción de Gracias; le había dado miedo ir un par de días y no poder escapar por segunda vez de las garras de Erin. Su casa estaba en Chico, California, a un par de horas de allí, pero ni su hermana ni su hermano ni la familia de Bobby creían que lo que estaba haciendo fuera una buena idea. Por eso, había llamado, había mentido y había contado que tenía algunas pistas sobre Ian y que estaba a punto de encontrarlo. Cada vez que llamaba, un día sí y otro no, decía que estaba acercándose, cuando no era verdad, pero tampoco estaba dispuesta a tirar la toalla.

Sin embargo, una amenaza se cernía sobre su cabeza: le quedaba muy poco dinero. Últimamente había dormido en el coche para ahorrarse el motel y era muy incómodo porque la temperatura bajaba mucho en la montaña. Era principios de diciembre y en cualquier momento empezaría a nevar o podía encontrarse con hielo en la carretera y salir disparada con el coche como un misil ladera abajo.

Sencillamente, no podía soportar la idea de volver a casa sin haber cumplido esa misión. Si no lo conseguía, volvería para reunir algo de dinero y lo intentaría otra vez. No podía rendirse, ni por él ni por ella.

Todo el mundo estaba observándola. Nerviosamente, se echó por encima del hombro el pelo rojo, ondulado y rebelde.

—Si quiere... yo... mmm... podría subir. No me dan miedo las alturas... ni nada...

—No hace falta que suba a la escalera —replicó la rubia con un tono más delicado y una sonrisa.

—Yo subiré —intervino el hombre—. O pediré a alguien que suba a la maldita escalera, pero tú no vas a subir.

—¡Jack! ¡Sé un poco considerado!

—No se preocupe por la escalera —siguió él con más calma—. ¿Podemos ayudarla en algo?

Marcie se acercó al grupo, sacó una foto del bolsillo interior del chaleco y se la enseñó al hombre.

—Estoy buscando a alguien. Se esfumó hace algo más de tres años, pero sé que anda por aquí. Al parecer, recoge el correo en la oficina de correos de Fortuna.

—¡Caray! —exclamó él.

—¿Lo conoce? —preguntó ella con esperanza.

—No —contestó él sacudiendo la cabeza—. No lo conozco y es muy raro. Es un marine —lo comprendió al ver la foto oficial de Ian—. No puedo creerme que haya un marine en ochenta kilómetros a la redonda y yo no lo sepa.

—Yo...

—Es posible que no lo haya dicho; los marines y él tuvieron una relación algo tormentosa al final. Al menos, eso he oído...

Él volvió a mirarla con un gesto mucho más afable.

—Me llamo Jack Sheridan. Mi esposa, Mel y Paige —dijo señalando con la cabeza a la más

joven—. Ella es Hope McCrea, la entrometida del pueblo.

Extendió una mano y Marcie se la estrechó.

—Marcie Sullivan —dijo ella.

—¿Por qué busca a este marine? —le preguntó él.

—Es una historia muy larga —contestó ella—. Era amigo de mi difunto marido. Estoy segura de que ya no tiene este aspecto; recibió algunas heridas. Tiene una cicatriz en la mejilla izquierda y no tiene ceja en ese mismo lado de la cara. Además, es muy probable que tenga barba. La tenía la última vez que lo vieron, hace unos tres o cuatro años.

—Por aquí abundan las barbas —comentó Jack—. Es una tierra de leñadores y a veces son un poco desaliñados.

—También habrá cambiado en otros sentidos. Es mayor. Tiene treinta y cinco años y la foto se la hicieron cuando tenía veintiocho.

—¿Era amigo de su marido? ¿De los marines? —quiso corroborar Jack.

—Sí. Me gustaría encontrarlo. Lleva mucho tiempo... sin dar señales de vida.

Jack miró la cara de la foto pensativamente durante un rato.

—Venga al bar. Coma algo y beba una cerveza o lo que quiera. Hábleme de él y por qué quiere encontrarlo.

—¿El bar? —preguntó ella mirando alrededor.

—Es un bar y tiene una parrilla —contestó él con una sonrisa—. Podemos comer, beber y hablar.

—Ah...

A Marcie le rugió el estómago. Eran cerca de las cuatro y no había comido todavía, pero estaba ahorrando para gasolina y pensó que podía olvidarse de la comida durante un tiempo. Quizá encontrara algo barato de verdad para aguantar un poco más, algo como una barra de pan del día anterior que podía untar con la mantequilla de cacahuete que tenía en el coche... Luego, encontraría un sitio seguro para aparcar y pasar la noche.

—Agradeceré un vaso de agua; llevo horas conduciendo y enseñando la foto a cualquiera dispuesto a mirarla, pero no tengo hambre.

—Tengo mucha agua —dijo Jack con una sonrisa mientras la llevaba hacia el porche con una mano en el hombro, pero se paró bruscamente y frunció el ceño—. Siga —le dijo a ella—, voy ahora mismo.

Marcie se dio la vuelta para ver qué estaba haciendo y vio que estaba confiscando la escalera para que su mujer no pudiera subirse otra vez. Era una escalera telescópica y la plegó hasta que pudo llevarla con una mano al bar.

—¿Eres un majadero mandón! —gritó su esposa—. ¿Desde cuándo acepto tus órdenes?

Jack no dijo nada, pero sonrió como si ella le hubiera mandado un beso.

—Póngase por ahí —le dijo Jack a Marcie señalando hacia la barra—. Ahora mismo vuelvo.

Él desapareció con la escalera por una puerta que había detrás de la barra. Ella respiró hondo y pensó, con desesperación, que no podría resistirse a esos aromas. Desde la cocina llegaban oleadas de un olor delicioso, de algo especiado que se cocía a fuego lento, como una sopa de carne, de pan recién hecho; de algo dulce de chocolate.

Cuando Jack volvió, llevaba una bandeja con un cuenco humeante. Lo dejó todo delante de ella: fríjoles, pan de maíz con miel y un cuenco con un poco de ensalada.

—Mmm... Lo siento —se excusó ella—, pero, de verdad, no tengo hambre.

Él sirvió un vaso de cerveza fría del grifo y la boca se le hizo agua. Afortunadamente, no se le cayó la baba en la barra. Tragó saliva. Tenía unos treinta dólares y no podía permitirse una comida como ésa cuando necesitaba hasta el último centavo para gasolina y poder recorrer todos los pueblos de las montañas.

—Muy bien, coma lo que quiera —replicó él—. Pruébelo. Le he enseñado la foto a Predicador, mi cocinero. Él tampoco ha visto a ese hombre. Lo confirmaremos con Mike. Es el policía del pueblo y recorre todos los caminos. Ahora anda por ahí: a lo mejor sabe algo. También hay algunos marines.

—¿Dónde estoy exactamente? —preguntó ella.

—En Virgin River —contestó él—. Seiscientos veintisiete habitantes según el último censo.

—Ah, sale en el mapa.

—Me lo imagino. Somos una auténtica metrópoli en comparación con las aldeas que hay por ahí. Pruébelo —insistió él señalando el cuenco.

A ella le tembló la mano cuando tomó la cuchara y probó unos de los mejores fríjoles que había comido en su vida. Se le deshicieron en la boca y dejó escapar un suspiro.

—Están hechos con venado —le explicó él—. Hace un par de meses conseguimos uno magnífico y cuando pasa eso, tenemos los mejores fríjoles, estofados, hamburguesas y salchichas del mundo durante unos meses. Predicador también hace una cecina de venado increíble.

A ella se le salían los ojos de las órbitas; la comida era maravillosa. Pese a lo que había prometido a Erin y Drew, había comido poco y mal y había dormido en el coche. Cuando Erin viera que los pantalones vaqueros se le caían, la bronca iba a ser monumental.

—¿Te gustaría contarme algo sobre nuestro amigo entre bocado y bocado? —le preguntó Jack.

Qué más daba, se dijo Marcie para sus adentros. Hacía muchos días que no comía decentemente y cuando se quedara sin dinero, no le quedaría más remedio que volver a casa. Sólo le costaría un poco de dinero, quizá tuviera que abandonar las montañas un día antes de lo previsto. ¡Tenía que comer! ¡No podía perseguir a un hombre si se moría de hambre! Dio una par de bocados para matar el gusanillo y un sorbo de cerveza helada para bajarlos. Fue celestial, una sensación sencillamente celestial.

—Se llama Ian Buchanan. Somos de la misma ciudad, pero no nos conocimos de pequeños, aunque Chico es pequeña; unos cincuenta mil habitantes. Ian es ocho años mayor que nosotros. Mi marido y yo nos criamos juntos, fuimos al mismo instituto y nos casamos siendo muy jóvenes, a los diecinueve años. Bobby se alistó en los marines nada más terminar el instituto.

—Yo también —comentó Jack—. Hace veinte años. ¿Cómo se llamaba tu marido?

—Bobby Sullivan. Robert Wilson Sullivan.

—No recuerdo a ningún Bobby Sullivan ni Ian Buchanan. ¿Tienes una foto de tu marido?

Ella sacó una cartera del bolsillo del chaleco, la abrió y se la enseñó a Jack. Había unas fotos metidas en compartimentos de plástico transparente. Ella comió un poco mientras él las echaba una ojeada. Eran la foto de la boda; el retrato oficial de los marines; un par de instantáneas que mostraban su perfil granítico y sus poderosos hombros y brazos y la última foto, una que mostraba a Bobby irreconocible, delgado, pálido, ausente, con los ojos abiertos pero con la mirada perdida y en la cama de un hospital. Marcie estaba a su lado con la cabeza de él apoyada

en el hombro y sonriendo.

Jack levantó los ojos de las fotos y la miró con seriedad. Ella dejó la cuchara en el cuenco de fríjoles y se limpió los labios con una servilleta.

—Fue a Irak en la primera remesa —le explicó ella—. Tenía veintidós años. Lo hirieron con veintitrés. Sufrió daños en la espina dorsal y el cerebro. Pasó tres años así.

—Pobre chico —la firme voz de Jack se debilitó—. Tuvo que ser espantoso...

Ella parpadeó varias veces, pero no pudo contener las lágrimas.

Efectivamente, hubo momentos espantosos, desoladores, incluso hubo momentos en los que detestó a los marines por haberle obligado a tener que batallar con aquella situación cuando era tan joven. También hubo momentos en los que se tumbó junto a él en la cama, lo abrazó y lo besó en la mejilla mientras recordaba.

—Sí, lo fue algunas veces —contestó ella—. Lo sobrellevamos. Tuvimos mucho apoyo de mi familia y la suya. No estuve sola —tragó saliva—. Creo que él no sufrió.

—¿Cuándo falleció? —preguntó él.

—Hace casi un año, justo antes de Navidad. En calma, con mucha serenidad.

—Mis condolencias.

—Gracias. Ian fue su sargento. Bobby lo adoraba. Me escribía sobre él todo el rato, decía que era el mejor sargento de los marines. Se hicieron buenos amigos casi al instante. Ian era el tipo de oficial que siempre estaba al lado de sus hombres. Bobby se alegró mucho de que fuera de nuestra ciudad. Iban a ser amigos para siempre, incluso cuando dejaran los marines.

—Yo también fui a Irak con el primer envío de soldados. Seguramente estuve allí al mismo tiempo. En Faluya.

—Mmm... Allí es donde pasó todo.

—Lo lamento mucho —Jack le devolvió la cartera—. ¿Por eso estás buscando a Buchanan? ¿Para contárselo?

—A lo mejor ya lo sabe... le escribí varias veces a la oficina de correos de Fortuna. No me devolvieron las cartas y supongo que las recogió.

Jack frunció el ceño con un gesto de curiosidad.

—No sé qué pasó con Ian —siguió Marcie—. Justo después de que hirieran a Bobby, cuando estuvo hospitalizado en Alemania y Washington, escribí a Ian y él me contestó. Quiso saber qué tal estaba Bobby y cómo lo sobrellevaba yo. Me encantaba recibir sus cartas porque podía ver lo que había visto Bobby. Ya me sentía cerca de él por las cartas que me había escrito Bobby, pero cuando empezamos nuestra correspondencia, empecé a conocerlo por mí misma y a sentirlo como a un amigo. No puedo explicarlo... sólo eran cartas y casi todas sobre Bobby, pero creo que... intimamos...

—Muchos soldados crean lazos muy fuertes con sus compañeros. Sobre todo, cuando están en sitios tan aislados como aquél.

—Bueno, Ian no dio muestras de cercanía conmigo, pero yo sí me sentí cerca de él. Entonces, él volvió de Irak, nos visitó una vez y poco después dejó los marines. Se marchó y no volvió a aparecer por Chico. Tuvo algunos problemas con los marines después de Irak. No sé los detalles, pero su padre creía que era un soldado vocacional, aun así, dejó el ejército a la primera oportunidad, justo después de haberlo pasado muy mal —ella dejó escapar una risa cargada de tristeza—. No volvió a llamar ni a escribir. Rompió con su novia, se peleó con su padre y

desapareció. Un año después, me enteré de que vivía en los bosques como un ermitaño.

—¿Por qué sabes que está en los bosques?

—Hay un dispensario en Chico y me acogieron bastante bien por Bobby. Algunos de los que iban por allí sabían que quería encontrar a Ian. Estoy segura de que no deberían haberme dicho nada, pero los veteranos... se ayudan los unos a los otros todo lo que pueden. Resultó que Ian se presentó una vez en el dispensario... debía de ser el que tenía más cerca. Dijo que no tenía una dirección porque estaba en el bosque y el pueblo más cercano era Fortuna y allí no había dispensario. Se había hecho un corte cortando leña y necesitaba que le dieran puntos, le pusieran una inyección antitetánica y le dieran antibióticos. Estuvo allí, donde estábamos su padre y nosotros, y ni siquiera llamó para decir que estaba bien o preguntar por Bobby. Eso no encaja con el hombre que mi marido me describió; con el hombre que llegué a conocer.

Jack se quedó en silencio y Marcie comió un poco más. Extendió miel en una rebanada de pan de maíz y se zampó la mitad, desmintiendo que no tuviera hambre.

—Entonces, empecé a mandar cartas a Fortuna, pero él no las contestó. Creo que las escribí más por mí misma que por él y me lo imaginaba leyéndolas. Sin embargo, le propuse que me llamara a cobro revertido, pero nunca supe nada de él.

—¿Y estás buscándolo? —preguntó Jack por fin.

—Voy a encontrarlo —aseguró ella—. Tengo que saber si está bien. Lo he pensado mucho... por lo que sé, ha podido volver de Irak con algún problema muy grave, quizá no con un problema tan evidente a simple vista como el de Bobby. Si fuera así, les reprocharía a los marines que no lo hubieran ayudado.

—Bueno, tienes razón... si necesitaba ayuda, deberían haberlo ayudado, pero intenta no ser demasiado estricta con los marines. Es complicado... ¿formas a un marine para que no tenga miedo y sepa defenderse y luego esperas que pida ayuda...? No cuadra. A lo mejor ha elegido la forma de vida que quería. Cuando yo dejé los marines, busqué un sitio tranquilo donde poder cazar y pescar y encontré Virgin River. También me recliné un tiempo.

—¿Perdiste el contacto con tu familia? —preguntó ella arqueando una ceja—. ¿No contestabas el correo?

Jack no sólo había mantenido un contacto constante con su familia, sino que también lo había mantenido con su escuadrón, y lo agradecía.

—No. Captado.

—Voy a encontrarlo. Hay que resolver algunas cosas, dejarlas zanjadas. ¿Lo entiendes?

—¿Qué pasaría si no está bien? —Jack apoyó las manos en la barra y la miró con intensidad—. Podría estar mal de la cabeza o algo parecido. Podría ser peligroso...

—Él sigue teniendo un padre que está envejeciendo y que está mal. Las cosas se han complicado entre ellos. El señor Buchanan es testarudo, tiene malas pulgas y está anciano, pero estoy segura de que quiere que vuelva independientemente de lo que su hijo sea. Yo querría —replicó ella antes de atacar la ensalada.

—Eso lo entiendo, pero podría ser peligroso para ti —insistió Jack.

—Es posible, pero lo dudo —ella dejó escapar otra risa—. He pasado por la comisaría de policía y por la oficina del sheriff, he visitado todas las gasolineras, tiendas de material de construcción y bares; no tiene antecedentes ni nadie sabe nada de él. Si fuera peligroso, habría llamado la atención, ¿no te parece? Seguramente sea un marine atormentado y deprimido que

piensa que es preferible desaparecer a enfrentarse a lo que lleva encima... y estaría equivocado.

—¿Quieres reflexionarlo? —le preguntó él—. Los marines, todos ellos atormentados por la guerra, tienen muchos motivos muy diversos para tomar ese camino, para desaparecer así. Él podría querer olvidar y verte sólo empeoraría las cosas.

—Tú has estado en la guerra y deberías saber algo al respecto...

—¡Tú lo has dicho! Yo también lo he pasado mal, tuve un trastorno de estrés postraumático. Afortunadamente, también tuve mucho apoyo.

—Él sólo tiene treinta y cinco años, puede volver a empezar perfectamente, retomar cualquier relación que haya abandonado y superar el trauma por lo que le ha pasado a Bobby. Su padre pudo ponerse insoportable cuando se pelearon, pero el anciano sigue queriéndolo. Estoy segura —dio un sorbo de cerveza—. A lo mejor perdería el poco dinero que tengo, pero me lo apostaría.

—Entonces, ¿por qué no intenta encontrarlo su padre? —preguntó Jack.

—¿Por qué no lo ha hecho nadie? Su ex novia lo odia por haberla abandonado y su padre tiene setenta y un años y está enfermo, viudo y amargado. Puedo afirmar que es un hombre mezquino y desalmado, pero eso no tiene solución y yo sí puedo volver a conocer al mejor amigo de Bobby. Nos escribimos sólo durante unos meses, pero creí que había llegado a conocerlo... y era afectivo. Lo que voy a decir parecerá una sandez, pero su letra era firme y delicada, lo que escribía era afable y sensible. Me da la sensación de haber perdido a un amigo y... —sonrió a Jack—. Además, nadie es tan obstinado como yo.

—¿Por qué? ¿Por qué eres tan obstinada con esto?

Ella bajó la mirada.

—No puedo pasar página, seguir adelante, hasta que sepa por qué el hombre que mi marido admiraba y adoraba más ha desaparecido de esta manera; nos ha olvidado como lo ha hecho. Por qué ha permitido que el bosque lo engullera y ha perdido el contacto con su familia y amigos. Eso es... lo disparatado. Tengo que saber el motivo. Quiero saber que está bien. Luego, dejaré que todo siga su curso —levantó la mirada—. Luego, es posible que todos podamos seguir nuestro camino.

Jack no pudo evitar esbozar una sonrisa: estaba claro que ella sabía lo que quería. La observó acabar con la ensalada.

—¿Un poco de tarta de chocolate? —le preguntó él.

—No, gracias. Ha sido suficiente —tenía la cartera en la barra y después de beberse la cerveza empezó a repasar los billetes—. ¿Cuánto te debo?

—Estás de broma, ¿verdad? ¿Crees que voy a cobrarte cuando te metes en los bosques a buscar a uno de mis colegas? ¡Por Dios! Te ayudaría, pero ya has visto que no puedo dejar a Melinda ni un segundo. Ni hablar, me encanta darte algo de comer. Cuando quieras. Pásate por aquí habitualmente, llena el estómago y cuéntenos si has sabido algo. Te lo agradeceríamos. Hay un grupo de supervivientes de Faluya por aquí.

—¿Por qué hay marines por aquí?

—Hay marines por todos lados —él sonrió—. Cuando abrí el bar, muchos de mis compañeros de escuadrón empezaron a venir para cazar o pescar. Un par de ellos no tenían otra cosa que hacer y se mudaron aquí. Intentamos ayudarnos... todos para uno —añadió.

Ella cerró la cartera y sonrió con cariño y agradecimiento. Estaba acostumbrada a aceptar

cualquier ayuda que pudieran ofrecerle.

—Entonces, me tomaré la tarta.

—¿Y café? —preguntó él.

—Sí, claro —contestó ella con un suspiro de placer.

El café y la cerveza fría eran dos de sus debilidades.

—Es el mejor café que has tomado en tu vida —afirmó él mientras le servía una taza y le dejaba un plato con un trozo de tarta—. Cuando lo encuentres, ¿qué piensas hacer?

—Él fue alguien excepcional para Bobby; sólo me gustaría agradecerse. Volver a conocerlo como empecé a hacerlo en un momento dado. Tengo algo de Bobby que quiero darle. Pienso preguntarle qué pasó y saber si puedo hacer algo en este momento. A lo mejor, los dos podemos ser más felices una vez que lo asimilemos. Evidentemente, él no ha pasado página y yo necesito atar cabos. ¿No sería maravilloso que los dos pudiéramos conseguirlo? No lo sé... Jack. ¿Es la libertad? ¿La libertad de que el pasado quede en el pasado?

—¿Y si él no quiere hablar? —preguntó Jack con las cejas arqueadas.

Ella se metió un buen trozo de tarta de chocolate en la boca y rebañó la nata del tenedor con los dientes y los labios. Cerró los ojos con una expresión de éxtasis. Luego, sonrió a Jack Sheridan y contestó.

—Entonces, seré su peor pesadilla hasta que entre en razón. No voy a tirar la toalla.

Antes de que Marcie hubiera acabado el café, un hombre hispano y apuesto entró por la puerta lateral. Tenía una expresión de disgusto y un catálogo en la mano.

—Tu mujer quiere que busque el remate perfecto para el árbol —le dijo a Jack—. ¿De quién ha sido la idea?

—Creo que fue tuya —contestó Jack—. Además, no me vengas con quejas... es imposible decorar ese árbol sin una plataforma hidráulica. Voy a alquilar una con tal de no ver a Mel con cuerdas y poleas para llegar a lo más alto. Mike, te presento a Marcie. Marcie, éste es Mike Valenzuela.

—¿Qué tal...?—le saludó ella extendiendo una mano.

Él se la estrechó con una sonrisa.

—Un placer. Esto, el árbol enorme, fue idea de él. Quiso impresionar a su esposa. Ella pidió un árbol grande y él nos mandó al monte hasta que encontramos el árbol más grande que pudimos cortar entero.

Jack, un poco azorado, interrumpió a Mike.

—Marcie está buscando a un marine que se esfumó después de Irak. Enséñale la foto, Marcie.

Ella volvió a sacarla y a explicarle los posibles cambios en su aspecto desde que la tomaron.

—No lo conozco —dijo Mike.

—Ha podido cambiar mucho... —insistió Marcie.

—No conozco esos ojos —replicó Mike.

—¿Tienes alguna idea de dónde puede estar? —preguntó ella con un suspiro.

—Bueno... —Mike se rascó la barbilla—. Yo no lo he visto, pero eso no quiere decir que

nadie lo haya visto. Hay mucha gente en las montañas que lleva años allí y no son nada sociables... quizá alguno de ellos lo haya visto.

—¿Puedes decirme adónde ir? —preguntó ella.

—Puedo darte un par de sitios —contestó él—. Lo que es más importante, me gustaría decirte algunos sitios a los que no debes acercarte... hay algunas plantaciones ilegales y los dueños son muy huraños. Algunas veces sus tierras son peligrosas —sacó una servilleta de debajo de la barra y dibujó una línea con el bolígrafo que tenía en el bolsillo de la camisa—. Ésta es la carretera treinta y seis...

En diez minutos dibujó un plano con media docena de cabañas donde vivía gente que podría haber visto a Ian Buchanan. También anotó tres sitios que debería eludir.

Las cabañas que había señalado Mike estaban en caminos de aserraderos abandonados, entre árboles, y eran imposibles de ver desde la carretera. Muchos de esos terrenos montañosos habían sido talados y una vez talados el propietario tenía que esperar entre treinta y cincuenta años para volver a talarlos. Estaban llenos de robles, pinos y abetos de unos quince metros de altura; eran preciosos, pero demasiado jóvenes para cortarlos.

—Yo he recorrido esa zona para saber quién anda por allí. Hay un par de ancianos que viven solos y un par de viudas también ancianas. Hay dos parejas e, incluso, una familia de cinco personas, pero ningún soltero de treinta y cinco años.

—A lo mejor ya no está soltero.

—Estoy seguro de que no hay nadie de esa edad ni con esos ojos —Mike sacudió la cabeza—. Aunque tenga barba.

—Puedes creerlo —intervino Jack—. Era un policía de verdad, de la policía de Los Ángeles, antes de venir aquí, donde no tenemos casi delitos.

—Qué bien —dijo Marcie—. Sin delitos y con un árbol enorme. Me parece que nunca habíais puesto un árbol tan grande. Los dos se rieron.

—Más de ocho metros —concretó Jack—. Nos consideramos muy hombres al encontrar uno tan grande, hasta que lo cortamos y casi tuvimos que alquilar un camión con plataforma para bajarlo al pueblo. Atamos muy bien las ramas y lo arrastramos con una camioneta, pero eso no fue lo peor. Tardamos un día en levantarlo y colocarlo.

—Dos días —le corrigió Mike—. Al día siguiente, cuando nos levantamos, estaba caído en la calle. Fue un milagro que no cayera encima del tejado del bar.

—¿Por qué ahora? —preguntó ella entre risas—. ¿Intentas impresionar a tu esposa?

—No. Era el momento indicado. Hemos perdido a un compañero en Irak y uno de los chicos de aquí, uno muy especial, entró en los marines. Pensamos que estaría bien levantar un símbolo, un monumento en honor de los hombres y mujeres que están en el ejército. El año que viene creo que buscaremos un símbolo más pequeño, más barato y que no nos desquicie tanto, pero iré a Eureka, buscaré una plataforma hidráulica de alquiler y lo terminaremos. Melinda y las demás mujeres han puesto mucha ilusión en tener un árbol perfecto.

—Es un árbol muy impresionante —comentó Marcie con cierta melancolía.

Por algún motivo, le parecía esencial encontrar a Ian antes de Navidad.

Cuando se marchó, el sol estaba poniéndose y el bar estaba empezando a llenarse de lugareños. Ya había oscurecido y era demasiado tarde para aventurarse por los bosques a buscar las cabañas que le había indicado Mike. Era el momento de buscar un sitio para aparcar y pasar la noche, un sitio seguro que estuviera cerca de una gasolinera donde pudiera asearse por la mañana. Se pondría en marcha al día siguiente, aunque no era muy optimista sobre encontrar a ese hombre. Se había llevado muchos chascos. A esas alturas de la búsqueda, tachar los sitios de su lista era todo un logro.

Sin embargo, antes de ir al coche, se acercó al árbol, que estaba medio adornado hasta una altura de unos cuatro metros. Miró los adornos. Entre las bolas rojas, blancas y azules y las estrellas doradas había divisas como las que se bordan en los uniformes militares: primer batallón del octavo de marines; batallón de operaciones especiales de los marines; división aerotransportada; tercer escuadrón de infantería...

Sintió un nudo en la garganta y se le nubló la vista. Por eso estaba decidida a encontrar a Ian Buchanan; porque esos hombres nunca olvidaban, nunca desaparecían. Tenía que tener algún motivo muy poderoso para que hubiera abandonado a sus compañeros de los marines, a su familia y a su pueblo. No era normal salvar la vida de un camarada y luego no volver a saber nada de él. Habían condecorado a Ian por llevar a Bobby entre fuego enemigo hasta el vehículo de atención médica. Recibió dos disparos y no se detuvo. Era un hombre que no se entregaba, que no rehuía. Entonces, ¿por qué se había escabullido en ese momento?

Capítulo 2

Los casi treinta dólares le duraron otras treinta y seis horas. Veinticinco acabaron en el depósito de gasolina del coche y con el resto compró dos manzanas y una barra de pan de molde, que se comió con la mantequilla de cacahuete que le quedaba. Luego, volvió al pequeño bar de Virgin River para llamar por teléfono a su hermana; casi había agotado las tarjetas telefónicas porque se había quedado más tiempo del previsto, pero le quedaba algo de saldo. Erin, siete años mayor que ella, se había ocupado de la familia desde hacía mucho tiempo y estaba poniéndose muy nerviosa por su ausencia.

El cocinero, el tipo llamado Predicador, la hizo pasar a la cocina. Marcie llamó a su hermana y le pidió dinero aunque se le encogió el estómago.

—Considéralo un préstamo —le dijo—. Estoy muy cerca y han visto a Ian —le mintió.

—Marcie, hicimos un trato —replicó Erin—. Prometiste que te marcharías un par de semanas y llevas un mes. Ni siquiera viniste el Día de Acción de Gracias.

—No pude. Ya te lo he explicado. Tuve una pista...

—Ha llegado el momento de que vuelvas y pienses en otra forma de encontrarlo.

—No. No voy a parar, no voy a renunciar —Marcie fue tajante.

—De acuerdo, pero vuelve a Chico y lo intentaremos a mi manera. Contrataremos a un profesional para que lo encuentre y puedes ir desde aquí. De verdad, la única manera que tengo de traerte a casa y acabar con este disparate es negarme a darte el dinero, Marcie, por tu bien... Te mandaré el dinero justo para que vuelvas. Vuelve a casa inmediatamente. Todo esto está asustándome.

—No —replicó ella—. ¡No he terminado!

Marcie llamó a Drew, su hermano pequeño, quien estaba tan poco de acuerdo con todo aquello como su hermana Erin, pero era más delicado.

—Marcie, no puedo. Erin tiene razón, esto ha durado demasiado. Tienes que volver ya. No puedo soportar pensar en lo que estás haciendo. Estás sola y persiguiendo a un perturbado.

—Por favor... —le pidió ella en tono suplicante—. No sabemos si es un perturbado: puede ser completamente normal. Por favor, para unos días más. Por favor, estoy muy cerca.

Drew suspiró con resignación.

—Te mandaré cien dólares y luego volverás, ¿entendido? Y no se te ocurra decírselo a Erin.

—No se lo diré —Marcie sonrió—. Gracias, Drew, te quiero mucho.

—Claro, creo que al hacer esto no estoy demostrándote mi cariño. Estoy muy preocupado por

ti.

—No te preocupes. Drew —le tranquilizó ella con congoja—. ¿Puedes ingresarme algo de dinero en la cuenta corriente? Iré a Fortuna y lo retiraré de la sucursal que hay allí. Tardaré menos de una hora... y estoy quedándome sin gasolina. Afortunadamente, es cuesta abajo.

—¿Dónde lo han visto? —preguntó Drew.

—Mmm... Lo han visto... en una cabaña alejada de la carretera. Luego iré a comprobar si es él —contestó ella antes de despedirse.

Levantó la mirada y se encontró con los ojos implacables del enorme cocinero. Marcie se asustó.

—No lo han visto, ¿verdad? —preguntó él con el ceño muy fruncido.

—Bueno, a lo mejor, sí. Voy a comprobarlo.

—A veces un hombre quiere que lo dejen en paz un rato. ¿Lo habías pensado? —preguntó Predicador.

Mientras hablaba, el cocinero sacó una bolsa de plástico de un cajón, se dio la vuelta para tomar de la nevera lo que pareció un sándwich envuelto y lo guardó en la bolsa de plástico. Luego, guardó otro más.

—Ha sido más que un rato —replicó ella—, pero, naturalmente, le daré la posibilidad de que me lo diga si es lo que quiere. En ese caso, podré agradecerle su amistad con mi marido, volveré a Chico y le diré a su padre y a quien quiera saberlo que quiere que lo dejen en paz. Sin embargo, ¿no hay algo misterioso en que lleve años desconectado de todos?

Predicador sacó un cuenco grande de la nevera, abrió la tapa, metió ensalada de patata en un recipiente de plástico más pequeño y lo cerró.

—Eres realmente insistente en este asunto, ¿no?

Ella no quiso reconocer que había estado obsesionada por la desaparición de Ian Buchanan sin un motivo concreto. Le había escrito como una docena de cartas. Al principio, las escribió por él, para ponerle al tanto de la situación de Bobby, de la familia de ella, de su vida... para mantenerlo informado y tranquilizarlo. Luego, lo hizo por ella, como si llevara un diario. No sabía el motivo exacto, pero él la había acompañado mucho tiempo.

—Algunos queremos saber los motivos —contestó ella mientras se encogía de hombros—. Yo quiero saberlos; tengo que saberlos —añadió en voz baja.

Predicador guardó el recipiente y una cuchara en la bolsa de plástico, agarró un tarro enorme de pepinillos, sacó tres muy grandes y los metió en una bolsa con un cierre hermético.

—Entonces, supongo que tardarás algún tiempo en marcharte.

—Supongo... —confirmó ella.

Él le acercó todos los víveres.

—No dejes que la ensalada de patata se caliente. Fuera hace bastante frío y puedes dejarla en el maletero del coche. Acuérdate de que la ensalada de patata caliente y pasada tiene muy mala fama.

—¿Qué es todo esto?

—El coche puede rodar cuesta abajo —él arqueó una de sus amenazadoras cejas negras—, pero tú estás en las últimas.

Ella se quedó un poco boquiabierta y lo miró fijamente. Se preguntó si habría hecho aquello porque los pantalones vaqueros, que le quedaron ceñidos, se le caían de las caderas.

—Eres muy amable —dijo ella al cabo de un instante—. Devolveré... la cuchara.

—Si pasas por aquí, perfecto. Si no, tenemos muchas cucharas.

—Gracias —dijo ella mientras aceptaba la bolsa.

—Buena suerte —le deseó Predicador—. Espero que todo salga como quieres.

—Yo también —Marcie esbozó una sonrisa algo cohibida.

Unas horas más tarde, iba por el cuarto o quinto camino polvoriento, pero cien dólares más rica. En realidad, ochenta dólares más rica y con medio depósito de gasolina. Se había comido medio sándwich de jamón y queso, un pepinillo y un poco de la mejor ensalada de patata que había probado en su vida.

Todos los caminos acababan entre árboles y la mayoría estaban en un estado lamentable. El pequeño escarabajo avanzaba a trompicones, pero se portaba como un valiente, como ella. Aunque Marcie deseó haber podido encontrar un jeep o un todoterreno. Si hubiera podido esperar más antes de embarcarse en esa búsqueda, quizá hubiera podido ahorrar suficiente para pagar la entrada de uno, pero no pudo esperar tanto. Tomó todo lo que había reservado para ese fin concreto y planeó la ruta. A pesar de lo que les contó a Erin y Drew sobre pasar una semana, pidió un permiso sin sueldo en su trabajo hasta principios de año. Había trabajado en la compañía de seguros desde que Bobby se fue a Irak, desde hacía cinco años, y su jefe había sido comprensivo.

Erin se opuso radicalmente desde el principio a la disparatada idea de que tuviera que encontrar a Ian. Tardó meses en convencerla de que esa búsqueda tenía un motivo para ella. Erin le ofreció cientos de opciones para que no fuera a buscarlo sola. Sin embargo, Marcie sintió una necesidad interior de verlo, conocerlo, hablar con él, volver a sentir la relación que creyó haber tenido con él.

La familia de Bobby tampoco era muy partidaria de la idea, pero eso no significaba que tuvieran algo contra él; no sabían casi nada de él. Bobby había escrito todo el tiempo a Marcie sobre Ian, pero en las breves cartas a su familia lo mencionaba muy poco. Los Sullivan insinuaron que si Ian no apareció mientras Bobby estaba ingresado, fue porque sus lazos no eran tan estrechos como se imaginaba Bobby. Además, también estaba el padre de Ian, uno de los hombres más desagradables y negativos que ella había conocido en su vida. Él le dijo que estaba perdiendo el tiempo, que no tenía interés en encontrar a su único hijo.

—Se marchó sin decir nada y nunca se puso en contacto. Para mí, es un mensaje muy claro.

Marcie, gracias a su insistencia, se enteró de que el señor Buchanan llevaba varios años mal de salud. Tuvo un ligero derrame cerebral y estaba en tratamiento por la presión sanguínea, cáncer de próstata, párkinson y, sospechaba ella, cierta demencia senil.

—¿No lo añora? —preguntó ella—. ¿No le gustaría saber qué ha sido de él?

—No —contestó el señor Buchanan—. Él se marchó y quemó las naves.

Sin embargo, cuando dijo aquello, ella captó humedad en los pliegues de sus ojos y pensó que a pesar de su obstinación, le gustaría volver a verlo otra vez o, al menos, saber que estaba bien.

Shelly, la ex novia de Ian, seguía enfadada por cómo la había abandonado, aunque se había casado hacía tres años y estaba embarazada de su primer hijo. No tuvo ni una palabra amable o compasiva para el hombre que salvó a un camarada entre fuego enemigo, resultó herido y fue condecorado. Odiaba a Ian por haberla dejado tirada de aquella manera. Sin embargo, Marcie no

pudo evitar preguntarse por qué seguía odiándolo tanto si ella era feliz con su nueva vida. ¿No se daba cuenta de que la guerra lo había sumido en un caos emocional? Después de haber tenido durante mucho tiempo un marido impedido y que casi no podía ni sonreírle, tener un poco de paciencia y comprensión con un hombre que había padecido tantos traumas le parecía una nimiedad.

Sin embargo, ella no sabía el peso que tenían que soportar los demás, sólo sabía el que cargaba ella misma. No se consideraba con fuerza ni inteligencia suficientes para juzgar a nadie. Sólo quería, como fuera, mirar a Ian a la cara y preguntarle por qué le había salvado la vida a su marido y luego no había contestado a sus cartas. Quizá Ian no pudiera darle una respuesta que lo aclarara todo, pero entonces lo mejor sería hablarlo largo y tendido.

Mientras llegaba a una pequeña casa de troncos toscamente cortados, vio que un hombre doblaba una esquina con los brazos llenos de leña. Estaba afeitado, pero encorvado, con las piernas arqueadas por la edad y calvo. Se paró en cuanto la vio. Ella se bajó del coche y fue hacia él.

—Buenas tardes —le saludó Marcie.

Él dejó la leña en el suelo y frunció el ceño con recelo.

—A lo mejor puede ayudarme. Estoy buscando a alguien —ella volvió a sacar la foto—. La tomaron hace siete años, y él, naturalmente, habrá envejecido y creo que tiene barba, pero he oído decir que vive por estas montañas. Estoy intentando encontrarlo. Tiene treinta y cinco años y es alto; alrededor de uno noventa.

El hombre tomó la foto entre los dedos retorcidos por la artritis.

—¿Es familiar suyo? —preguntó.

—Más o menos —contestó ella—. Mi marido y él eran muy amigos en los marines. Tengo que decirle que mi marido ha fallecido.

—No lo he visto. No he visto a nadie con ese aspecto.

—A lo mejor se ha estropeado de alguna manera —insistió ella—. Quiero decir, a lo mejor ha envejecido, está gordo o demasiado delgado, tiene barba o está calvo... No sé...

—¿Cultiva... hierba? —preguntó él.

—No lo sé.

—Los tipos que conozco de esa edad cultivan marihuana. Aunque sea un familiar, es mejor que se mantenga a una distancia prudencial. A veces hay jaleo entre los cultivadores.

—Eso me han dicho. Aun así, ¿conoce a alguien como esta persona? ¿Debería ir a echar una ojeada aunque sea para descartarlos? Tendré mucho cuidado.

—Hay un tipo por los riscos. Difícil de encontrar. Puede tener veinte o cincuenta años, pero también tiene barba y un buen tamaño. Tiene que volver por donde ha venido, unos treinta y seis kilómetros, y luego volver a subir por un camino polvoriento, pero a mitad de camino hay una verja de hierro. Nunca está cerrada porque no puede verse la casa desde el camino principal. Yo la conozco porque conocí a un tipo que vivió allí en una habitación. Era una habitación grande y bonita. Se murió hace unos dos años. El tipo que vive allí lo acompañó hasta el final.

—¿Cómo reconoceré el camino?

—No hay señales —él se encogió de hombros—. Va hacia la derecha y como a un kilómetro se encontrará con una verja o tendrá que volver atrás para intentar el camino siguiente.

—¿No me acompañaría y me lo enseñaría? Lo traeré de vuelta...

—No... —contestó él sacudiendo la cabeza—. No se me ha perdido nada con él. Es raro. Habla solo, silba y canta antes de que salga el sol. Además, cree que es un oso.

—¿Qué?

—Lo oí rugir como un animal una vez que estuve cerca de su casa. Creo que debería olvidarse de él.

—Claro —replicó ella mientras recuperaba la foto—. Muy bien, gracias.

Marcie se marchó animada porque casi coincidía con la descripción. Era casi la primera vez; había estado en albergues de indigentes en Eureka y en hospitales; había seguido a vagabundos por callejones y caminos rurales; había recorrido bosques y había estado con peones de ranchos y leñadores, pero nunca era él, nadie sabía nada de Ian Buchanan. Le bastaba con mirarlos a los ojos. Nunca olvidaría sus ojos. Eran marrones, casi del mismo tono que su pelo, pero con un reflejo ámbar. La única vez que fue a ver a Bobby le parecieron delicados, casi respetuosos, pero también, en un plazo de quince minutos, implacables y coléricos. Ian estaba de permiso y ella había llevado a Bobby a Chico para cuidarlo mientras esperaban a poder ingresarlo. Ella observó a Ian, que pasaba su mano curtida por la frente de Bobby mientras lo llamaba su amigo en un murmullo. Bobby, naturalmente, no respondió. Entonces, unos instantes después, él la miró con unos ojos casi bárbaros y un destello dorado.

—No debería haber permitido que te pasara esto. Esto está mal, todo esto está mal.

Ian visitó a Bobby cinco meses después de que lo hirieran en Faluya y la visita duró menos de media hora. Ella siempre pensó que volvería, pero no volvió a verlo.

Si él había leído sus cartas, sabría que poco después de su visita ingresaron a Bobby en un sanatorio. Con el tiempo, ella notó que Bobby reconocía algunas cosas; a veces, giraba la cabeza y parecía que la miraba, incluso acercaba la cabeza como si fuera a besarla. También cerraba los ojos como si supiera que ella estaba allí, como si pudiera olerla o sentirla. Quizá fuera la única que lo creyera, pero, efectivamente, creía que él conservaba algo de vida en ese cuerpo completamente incapacitado, que él sabía que era su esposa y familia, sabía que lo amaban. Sin embargo, ella no sabía si eso era suficiente para vivir. Su familia quería que le quitaran el tubo que lo alimentaba para que se muriera, pero ella no podía hacerlo. Su tarea era acompañarlo, hacer todo lo posible para consolarlo y amarlo y cerciorarse de que tenía todo lo que necesitaba. Ella no era una mujer religiosa e iba muy poco a la iglesia. Rezaba cuando tenía miedo o pasaba un momento complicado, pero se olvidaba en cuanto todo marchaba bien. Sin embargo, creía que Dios se llevaría a Bobby consigo cuando llegara el momento. Lo que tuviera que pasar, pasaría.

Lo que tuvo que pasar, pasó.

Encontró la verja de hierro en el cuarto camino polvoriento que recorrió y dejó escapar un sonoro suspiro de alivio porque el pequeño escarabajo ya renqueaba y quemaba aceite de pasar por tantos baches. La verja estaba abierta y ella rezó para que no estuviera muy lejos; no podía pasar de los quince kilómetros por hora. Cuando consiguió ver una casa pequeña con una vieja camioneta aparcada delante, era a última hora de la tarde. En esa época del año, oscurecería enseguida.

Estaba tan cansada que no se había parado a pensar qué haría si era él; se había llevado demasiados chascos. Se detuvo delante de la casa y tocó la bocina, que era como se anunciaba uno en esa zona. La gente de las montañas no tenía timbre en las puertas. Él podía estar dentro de la casa, en la montaña o en el riachuelo. La única forma de hacerle saber que tenía visita era dar

un grito, disparar una escopeta o tocar la bocina. El pobre escarabajo soltó un lamentable pitido.

Ella se bajó y miró alrededor. La casa, una cabaña en realidad, tenía más de cincuenta años. Parecía como si hacía muchísimo tiempo hubiera estado pintada de naranja. El terreno de alrededor no tenía árboles y al lado de la casa había un montón de leña tapado con una lona impermeable, pero no había corral, animales o granero. Tampoco había porche y las ventanas eran pequeñas y estaban altas. Tenía una chimenea pequeña, una caseta fuera para el retrete y un cobertizo bastante pequeño como almacén. ¿Cómo podía vivir una persona allí, tan lejos de la humanidad y de ciertas comodidades?

Iría enseguida a la puerta, pero esperó a ver si ese tipo daba señales de vida. Debería estar esperanzada, pero había mentido a Erin y Drew, nadie sabía nada de Ian y había hablado con una multitud de personas en los pueblos, el campo y las montañas. Estaba cansada y quería comerse el resto del sándwich y más ensalada de patata, ir a un cuarto de baño en una gasolinera y encontrar un sitio para aparcar y pasar la noche.

Entonces, él apareció por una esquina de la casa con un hacha en la mano. Era enorme, tenía unos hombros muy anchos y la barba le caía varios centímetros por debajo de la barbilla. Llevaba un chaquetón marrón, sucio y con el borde y las mangas desgatados. Sus botas estaban muy usadas y los pantalones tenían parches en las rodillas. A primera vista pensó que no era Ian. La barba era rojiza aunque el pelo era castaño, largo y recogido en una coleta. Además, tenía las dos cejas, por lo que no podía ser él.

—Hola —le saludó ella—. Siento molestarle, pero...

Él dio unos pasos hacia ella con un gesto huraño en el rostro.

—¿Puede saberse qué haces aquí?

Ella lo miró a los ojos y vio el destello color ámbar. Santo cielo, era él.

—¿Ian? —preguntó ella mientras se acercaba sin salir de su asombro.

—He preguntado qué haces aquí.

—He estado... estaba... Estoy buscándote. Yo...

—Sé quién eres. Ya me has encontrado y puedes largarte.

—¡Espera! Ya que te he encontrado, deberíamos hablar.

—No quiero hablar.

—Pero... Quiero hablarte de Bobby. Ha fallecido. Hace casi un año. ¡Te escribí!

El cerró los ojos con todas sus fuerzas y se quedó un buen rato inmóvil con los brazos a lo largo del cuerpo y los puños cerrados. Ella captó el dolor y la tristeza.

—Te escribí...

—De acuerdo —replicó él con más delicadeza—. Mensaje recibido.

—Pero Ian...

—Vete a casa. Sigue con tu vida.

Entonces, él se dio la vuelta, entró en la cabaña y cerró de un portazo. Por un instante, Marcie se quedó mirando fijamente la puerta. Hasta que miró hacia la montaña y vio que el sol estaba ocultándose. Eran sólo las cinco de la tarde y estaba en lo alto de un monte. Le quedaban pocas horas de luz a esa tarde de diciembre. Si hubiera estado abajo, entre los inmensos árboles, estaría sumida en la oscuridad.

No le hacía ninguna gracia tener un asunto sin resolver entre ellos cuando había anochecido, pero después de todo lo que había pasado, no pensaba dejar escapar la ocasión. Respiró hondo,

pensó que seguramente estaría afectado y no perturbado y se dirigió hacia la casa. Llamó a la puerta con los nudillos y retrocedió unos pasos por prudencia.

La puerta se abrió bruscamente y él la miró fijamente y con furia.

—¿Qué quieres?

—¿Por qué estás furioso conmigo? Sólo quiero hablar contigo.

—No quiero hablar —replicó él mientras intentaba cerrar la puerta.

Ella, con un arrojo increíble, metió el pie para impedirlo.

—Entonces, a lo mejor puedes escuchar.

—¡No! —bramó él.

—¡No vas a asustarme! —gritó ella.

Entonces, él rugió como un animal salvaje. Enseñó los dientes y sus ojos resplandecieron como si echaran fuego. El sonido que emitió pareció de otro mundo. Ella retrocedió de un salto y con los ojos como platos.

—De acuerdo —ella alargó las manos—. Es posible que me asustes... un poco.

Él entrecerró los ojos y volvió a cerrar de un portazo.

—¡Pero he llegado demasiado lejos y me he metido en demasiados líos para asustarme mucho tiempo! —gritó ella mientras daba una patada en la puerta.

Evidentemente, no lo impresionó y Marcie se quedó un rato mirando la puerta cerrada. Pensó qué podía hacer. No pensaba salir corriendo porque ese matón hubiera rugido, pero tampoco iba a enfrentarse a él. Al parecer, él necesitaba un poco de tiempo para serenarse, para darse cuenta de que ella no iba a darse por vencida. Decidió que lo mejor que podía hacer era esperar y comer.

Fue al coche y sacó lo que le quedaba de la comida de Predicador en su nevera portátil... el maletero. Se sentó en el asiento trasero, empujó los asientos delanteros todo lo que pudo hacia delante y extendió el saco de dormir para sentarse encima. Pensó en la mirada furibunda de él y en el rugido, abrió lentamente la bolsa y sacó la mitad del sándwich que le quedaba.

Las cosas no deberían haber salido así, se dijo a sí misma. Cada vez que se había imaginado que lo encontraba había barajado varias posibilidades. Él podría haberse alegrado de verla y darle un abrazo de bienvenida o podría haberse mostrado distante. Incluso, podría haber sido un perturbado que vivía en otro planeta completamente alejado de este mundo. Sin embargo, nunca se había imaginado que la miraría, que se abatiría por la noticia de la muerte de Bobby y que le gritaría que se marchara con crueldad y sin la más mínima compasión.

Tenía la boca seca por la comida y bebió un poco de agua del termo... el agua embotellada ya era demasiado cara. No apartó la mirada de la puerta de la cabaña. Notó que las mejillas le abrasaban de furia porque la hubiera tratado de aquella manera cuando lo había buscado con tanto empeño. Lo que más quería en el mundo era cerciorarse de que estaba bien. El muy majadero... También notó que la mirada se le nublaba por las lágrimas. La reacción de él le había dolido mucho. ¿Qué le había hecho? Le enfurecía y desconsolaba al mismo tiempo. ¿Cómo había podido hacerle eso? ¿Cómo había podido rugirle y darle un portazo sin siquiera escucharla? Habría bastado con que la hubiera dejado entrar, le hubiera dicho que estaba bien, le hubiera explicado que quería estar solo, hubiera aceptado los cromos de béisbol y...

Dejó que las lágrimas cayeran por las mejillas. Hacía tiempo que no lloraba. Se dio cuenta de que había idealizado sus esperanzas por el resultado de todo aquello; precisamente, el motivo por el que Erin había querido contratar a un profesional para que se ocupara de ese asunto. Ian

Buchanan había desaparecido porque no quería ninguna relación con su vida anterior, no porque necesitara ayuda. Sobre todo, la ayuda de ella.

Con un sollozo, se reconoció que era ella quien podría necesitar la ayuda de él. Todo el asunto de poder seguir adelante podría depender de que Ian le explicara la relación que había tenido con Bobby y con ella y cómo había cambiado todo. El rugido y el portazo de Ian no iban a llevarla a donde tenía que llegar. Iba a tener que esperar sentada hasta que él entendiera que no había zanjado lo que tenía que zanjar con él. Además, todo el asunto iba a complicarse porque existía la posibilidad de que estuviera perturbado de verdad.

Intentó comer el sándwich aunque sabía que no tenía apetito. El sol se ocultó lentamente y ella envolvió el resto de sándwich y lo guardó en la bolsa. Las luces de la cabaña se encendieron y la pequeña chimenea dejó escapar una leve columna de humo. Se abrigó con el saco de dormir; estaba cómoda, físicamente, aunque emocionalmente estaba destrozada. Sin embargo, había tomado la decisión; se quedaría allí sentada hasta que decidiera qué hacer.

En un sentido más práctico, esperó con toda su alma no tener que ir al cuarto de baño por la noche. Había elegido con mucho cuidado los sitios donde dormir para no tener que alejarse del coche si sentía alguna necesidad en mitad de la noche. Nunca había sido montañera y nunca se le había dado bien vaciar la vejiga en cuclillas, siempre acababa mojándose el pie derecho. Sin embargo, después de llevar más de un mes por los montes y durmiendo en distintos estacionamientos, calles residenciales o caminos rurales, podía ponerse en cuclillas, resolver la situación, volver al coche y cerrar las puertas con pestillo en menos de un minuto. Se duchaba en albergues para jóvenes o residencias para estudiantes donde no comprobaban muy detenidamente la identidad. La primera semana se permitió ir a moteles, pero pronto se dio cuenta de que el dinero le duraría más si dormía en el coche.

Entonces, se acordó de que había una caseta con un retrete fuera de la casa. Era cómico pensar que se alegraría de haber visto un retrete. La vida se había puesto muy interesante.

A Drew, y sobre todo a Erin, les daría un síncope si se enteraban de que había dormido en el coche. Sacudió la cabeza y pensó que estaba tan perturbada como él. En ese momento, vio unos copos de nieve en el parabrisas. Eran unos copos leves pero esponjosos y muy bonitos a la tenue luz que se filtraba entre las nubes. La visión en la cima era impresionante; había un arco iris entre los copos que caían sobre los altísimos pinos. No podía sentirse molesta en ese sitio. No podía sentirse con Ian; quizá se hubiera olvidado de que eran amigos.

Seguramente, al rugir de aquella manera quiso que pensara que estaba loco, pero ella prefería creer que debajo del bramido seguía siendo todo lo que Bobby dijo que era y lo que fue en las primeras cartas, antes de que abandonara los marines: fuerte, compasivo, afable, leal... valiente. Había sido muy valiente al hacer lo que hizo. Cerró los ojos un segundo para pensar.

Capítulo 3

Ian intentó no mirar por la ventana. No abriría la puerta ni loco. El silencio era tan profundo que oiría el motor del coche si lo ponía en marcha. Avivó el fuego de la estufa, encendió los fogones de propano y calentó agua para darse un baño. Pasó un año en la cabaña sin bañera, ducha ni electricidad, pero había hecho algunas mejoras. Se compró un generador e instaló un par de luces en la casa; encontró una bañera abandonada, la arregló y la parcheó para poder asearse en algo más grande que el fregadero de la cocina. Siempre era un baño poco profundo y corto; un par de barreños de agua caliente no daban para mucho más. En invierno, se metía, se limpiaba y salía a toda velocidad. Seguramente, nunca tendría otro suministro de agua que la bomba manual. Le preocupaba el dinero y no sabía suficiente de fontanería. Hacía años que no se daba una ducha de verdad, pero no era nada remilgado. Eso era todo lo que necesitaba para estar limpio y aseado.

Después de lavarse y ponerse ropa limpia, calentó un poco de estofado sin sacarlo de la lata. Quería saber qué estaba haciendo ella, dónde estaba, pero se contuvo. No le haría caso y ella se iría... esperaba que pronto.

Después de tanto tiempo, había conseguido no prestar atención a todo lo que se presentaba por las montañas, pero una sola mirada a aquella melena pelirroja y esos resplandecientes ojos verdes le había recordado todo de golpe. La primera vez que vio ese hermoso rostro fue en una foto que le enseñó Bobby.

Aquel muchacho era distinto. Cuando se conocieron, él tenía veintiocho años y Bobby veinte. Ya llevaba un par de años en los marines y tenía algunos galones. Ian estaba estrenando mando en una unidad militar y enseguida se fijó en él; era divertido y audaz. También era grande como él, casi un metro noventa de cuerpo granítico, y sin doblez. Al principio, se limitó a machacarlo hasta la extenuación, pero se encontró reaccionando inmediatamente a la increíble resistencia y entrega de Bobby. Ian no tardó mucho en tomarlo bajo su tutela. Le enseñó y lo modeló para ser uno de los mejores entre los mejores. También tomaba una cerveza con él de vez en cuando y charlaban de su tierra, de cosas que no eran asuntos militares; de deportes, música, coches y caza. Luego, fueron juntos a Irak.

Se enseñaron las fotos de sus chicas y se leyeron las cartas que recibían; unas veces omitían las partes más personales y otras no. Bobby se había casado con su chica, pero Ian llevaba menos de un año con la suya cuando fueron a Irak en la misma unidad.

En aquel momento, Ian estaba con Shelly y ella se quedó planeando la boda que se celebraría

en cuanto él volviera. Bobby y Marcie esperaban formar una familia. Las dos mujeres eran preciosas; Marcie era menuda, de aspecto frágil, con una mata de pelo rizado y pelirrojo y una sonrisa traviesa. Shelly era una rubia de pelo largo y liso, alta, delgada y con aspecto sofisticado. Ian se acordó de que Marcie había mandado unas de sus bragas a Bobby y él las había enseñado con mucho orgullo, pero nadie pudo tocarlas. Shelly le mandó un mechón de pelo, pero él habría preferido unas bragas. Marcie le mandó a Bobby una foto suya en ropa interior montada en la motocicleta de Bobby. Shelly le mandó una foto delante del árbol de Navidad vestida con pantalones y jersey de cuello alto. Sus chicas también les mandaban galletas, libros, naipes, calcetines... cualquier cosa que se les ocurriera. Cuando los chalecos antibalas escasearon y los soldados empezaron a comprárselos, ellas también se los mandaron.

No quería pensar en todo aquello, ¿acaso ella no podía entenderlo? No quería tener esa obsesión. No podía hablar de eso en absoluto. Se sentó a la pequeña mesa con la cabeza entre las manos, pero los recuerdos lo abrumaron inevitablemente.

En Faluya no había una misión rutinaria. El escuadrón de Ian no había entrado mucho en acción, pero aquel día iban muy pegados a los edificios mientras buscaban insurgentes puerta a puerta. La calle estaba casi desierta; un par de mujeres los observaban con cautela desde las entradas de sus casas. Todo fue rápido y contundente. Hubo dos explosiones, un coche bomba y una granada, y empezó el fuego cruzado de los francotiradores. Ian vio a uno de sus marines que salía por los aires por la explosión. En cuanto el ruido cesó un poco, vio que era Bobby. Comprobó rápidamente el resto del escuadrón; se habían puesto a cubierto y estaban respondiendo al fuego. Bobby, sin embargo, estaba doblemente herido; la potencia de la explosión lo había arrojado a unos seis metros y cuando llegó a donde estaba él vio que también tenía dos disparos; uno en la cabeza y otro en el torso. Bobby lo miró.

—Ponte a cubierto, sargento —susurró penosamente.

—Déjame en paz —replicó Ian—. Voy a sacarte de aquí.

Ian lo levantó y en ese instante se dio cuenta de la gravedad. Bobby estaba inerte, era como un saco de arena. Se lo echó al hombro, lo llevó detrás del muro de una casa medio derruida y llamó a las asistencias médicas que podían atenderlo en el campo de batalla. Le tapó la herida de la cabeza con la mano para intentar detener la hemorragia y esperó.

Al cabo de un rato, llegó el medico militar que acompañaba a su escuadrón, abrió el uniforme de camuflaje de Bobby y le dio la vuelta con mucho cuidado.

—Tiene entrada y salida —dijo de la herida del torso mientras le ponía una compresa—. No sabremos los daños hasta que lo examinemos con más detenimiento.

—Saldrá adelante —dijo Ian aunque Bobby estaba helado.

—No vamos a ir a ninguna parte por el momento —replicó el médico mientras le vendaba la herida de la cabeza—. No podemos conseguir que un helicóptero se acerque tanto. Tendremos que acarrearlo o usar una camilla.

—Mantenlo con vida hasta que consigamos algún transporte —le exigió Ian.

Sin embargo, el médico tuvo que acudir a atender a otro marine herido e Ian supo que tendría que hacer todo lo posible para mantener vivo a Bobby hasta que pudieran llevarlo al helicóptero.

El joven estaba inconsciente y casi ni respiraba.

No había pasado mucho tiempo cuando la radio del médico les comunicó que un helicóptero había aterrizado a unas manzanas de allí, pero a él le pareció una eternidad. Ian sabía que Bobby no saldría bien de aquello, pero se negó a pensarlo.

—Vas a ponerte bien, amigo —le repetía una y otra vez—. Voy a sacarte de aquí.

Cuando el fuego cruzado de los francotiradores cesó un instante, Ian tomó a Bobby en brazos y salió corriendo por las polvorientas calles de Faluya hacia el helicóptero. Lo alcanzaron en el muslo, pero fue en el músculo, no en el hueso, y siguió corriendo a pesar del dolor. También lo alcanzaron en la cara, pero no podía sentir el dolor. Notó fuego en la mejilla. Entonces vio la esquina del edificio que tapaba el transporte médico. Dejó a Bobby en el helicóptero y el equipo de rescate se ocupó de él. Quiso volver con su escuadrón, pero uno de los médicos lo agarró de la manga.

—Quédese, sargento. Vamos a echar una ojeada.

Ian se miró el cuerpo. Estaba cubierto de sangre. No supo cuál era suya y cuál de Bobby. En ese instante, el muslo y la cara le abrasaron y se le nubló la vista por la sangre que le entraba en los ojos.

—Sargento... no va a ir a ninguna parte. Tenemos que mirarle...

—Ocúpense de él —replicó Ian con seriedad—. A mí no me pasa nada.

—Vamos a ocuparnos de todos, sargento.

El médico le cortó la pernera del pantalón con unas tijeras y dejó al descubierto el agujero sangrante.

—Vaya... —Ian se tambaleó levemente.

Se sentó mientras los médicos militares le curaban la cara; un corte en la ceja y una herida a lo largo de la mejilla. Entretanto, mientras esperaban a otros dos marines heridos. Ian observó cómo se ocupaban de Bobby.

—Hoy no ha habido bajas —comentó uno de los médicos.

No sabía cómo acabaría aquello...

El helicóptero despegó por fin y se dirigió hacia el hospital de campaña más cercano. Había un servicio quirúrgico completo montado en tiendas de campaña y edificios medio derruidos. Allí separaron a Ian de Bobby. Ian fue a una zona para curarle las heridas y a Bobby lo llevaron directamente al quirófano. Un médico joven le afeitó la ceja para poder coser bien la herida y la enfermera le dijo que quizá no volviera a crecerle. Cuando terminaron de vendar a Ian y le dieron unas muletas, Bobby ya estaba estabilizado y lo habían evacuado por avión a Alemania.

Ian se quedó en Irak. Las heridas le dejaron unas cicatrices bastante feas, pero la recuperación fue relativamente corta. Durante los dos meses que estuvo en retaguardia, escribió cartas a la esposa de Bobby y le dijo que estaba seguro de que se repondría. Marcie fue inmediatamente a Alemania y contestó a Ian. Luego, ella siguió a su marido a un hospital de Washington y se escribieron un poco más.

Cuando Ian volvió a entrar en acción, Bobby fue de Alemania a Washington y a un hospital de Texas. Más tarde fue a casa con su mujer. Ian mantuvo la correspondencia y contestó todas las cartas que recibió de Marcie. Ella le decía cosas como: «Todavía reacciona poco, pero está trabajando con un fisioterapeuta»; «No tiene respiración asistida ni nada parecido»; «Te juro, Ian, que hoy me ha sonreído». También le dijo que tenía cierta parálisis y que tenían algún tipo

de daño cerebral; no por la herida de la bala sino la hinchazón del cerebro. Ella escribió «temían» y «cierta parálisis».

Tardó algunos meses en volver a escribir a Ian. «Tenemos que afrontarlo; no va a recuperarse. Está paralizado del cuello para abajo y está consciente, pero no tiene sensibilidad». Esa noticia fue como un torpedo. Volvió a leer las cartas anteriores y no encontró indicios de esa fatalidad, pero los hechos eran irrefutables. Una mezcla de su negación de la evidencia y la esperanza de ella habían evitado que vieran lo que se avecinaba.

Entonces, ella le escribió que estaba aliviada por tenerlo en casa.

Ian recibió una medalla por salvar la vida de Bobby, pero todos los días se preguntaba por qué iba a recibir una medalla por salvar la vida de un hombre que vivía en un cuerpo muerto.

Como sabía lo esencial sobre su amigo, pensó que estaba preparado para visitarlo cuando volviera de permiso. Marcie estaba muy emocionada por verlo, por poder abrazarlo y darle las gracias. Él no sabía muy bien lo que esperaba, pero estaba seguro de que no era lo que vio. En comparación con fotos anteriores, Marcie estaba más delgada y pálida, más frágil. Era muy pequeña y delicada.

¿Y Bobby? El hombre que vio no se parecía a su amigo. Aquel hombre era una versión deteriorada de Bobby; había perdido la musculatura, tenía la mirada perdida, lo alimentaban por un tubo y no reaccionaba ante su joven esposa ni su amigo. Bobby había desaparecido completamente, aunque su corazón palpitaba y sus pulmones se llenaban de aire. Era una pantomima y había aceptado una medallas por eso...

Ian abrió los ojos y le escocieron como si tuvieran arena. Se había sentido literalmente transportado al pasado, algo que había eludido durante años. Nunca supo si lo que pasó después se debió a todo lo vivido en Irak o a los acontecimientos que cambiaron la vida de Bobby tan irrevocablemente. Fuera lo que fuese, fue un final espantoso cuando volvió de Irak hecho un lío, con la cabeza descompuesta. Visitó a Bobby durante menos de quince minutos y se quedó destrozado al ver lo que había hecho; había salvado a Bobby para que viviera de aquella manera. Canceló la boda y destrozó a Shelly. Volvió de servicio, pero no era el mismo hombre valiente y decidido, sino un desastre irascible e insoportable. Hubo una llamada de la hermana de Marcie para decir que le agradecería que se mantuviera en contacto con ella, que estaba pasándolo mal con Bobby, lo cual añadió el remordimiento a su amplia lista de tormentos.

Ian, de repente, no podía evitar las complicaciones. En vez de ser un ejemplo, era un problema. Acabó pasando un par de noches en el calabozo por peleas absurdas y gratuitas y su padre le dijo que nunca había estado tan avergonzado de él. La reacción de Ian fue estropearlo todo tanto que los marines le indicaron que había llegado el momento de marcharse y ver si era mejor como civil. No pudo sobrellevar nada de aquello. Había defraudado a Bobby, deshonrado a su padre y destrozado y abandonado a su chica. Además, tampoco estuvo para apoyar a Marcie, que se merecía algo más de él. Sencillamente, desapareció para intentar aclararse la cabeza, pero la tarea resultó imposible.

No quería ver a Marcie en ese momento, no quería revivir todo aquello. No podía disculparse lo bastante, no podía deshacer todo lo que había hecho. Ella tenía que marcharse y dejarlo solo

con sus demonios en algún sitio donde no hiciera daño a nadie. Allí había encontrado cierta satisfacción y no se ganaba nada repasando otra vez todo lo sucedido. Lo había repasado demasiadas veces, muchas, sin querer.

Tenía un remordimiento espantoso. Si Bobby estaba condenado a una vida irreal, ¿por qué iba él a reanudarla desde el punto donde la abandonó y salir adelante? No podía. Sin embargo, sí podía evitar oír todos los detalles de los espantosos últimos años.

Miró el reloj. Eran las diez y tenía que orinar. Había pasado más de dos horas rememorando. Se planteó seriamente usar el orinal que tenía para las emergencias, pero tenía que comprobar si ella se había marchado mientras él estaba en otro mundo.

Se puso el chaquetón y esperó con toda su alma que el pequeño Volkswagen hubiera desaparecido cuando abriera la puerta.

Sin embargo, allí estaba, cubierto con una fina capa de nieve. Se puso tan furioso que soltó un bramido aterrador, pero dentro del coche no hubo ninguna reacción.

—¡Eh! ¡Tú! —Ian golpeó la ventanilla—. ¡Lárgate! ¡Vete a tu casa!

Nada se movió dentro. Agarró el coche con sus manos enormes y empezó a zarandearlo. Cuando paró, no hubo ningún movimiento ni sonido. Estaba helando. Ella no se habría dormido cuando la temperatura estaba bajando y el coche estaba cubierto de nieve. Nadie sería tan estúpido. Abrió la puerta del pasajero. Se había marchado.

—¡Maldita sea! —exclamó él mientras se daba la vuelta—. ¡Maldita seas, Marcie! ¿Dónde te has metido?

La noche era silenciosa y la nieve caía con desgana. Entonces oyó el leve chirrido de unas bisagras y miró hacia la caseta. La puerta estaba abierta y se batía en la oscuridad. Un miedo más gélido que la noche invernal se apoderó de él y corrió hacia allí. Estaba tumbada en la entrada con la parte superior del cuerpo dentro y las piernas cubiertas de nieve. Sin pensarlo dos veces, la tomó en brazos y apoyó los labios en su frente para tomarle la temperatura. Estaba fría como el hielo. Corrió con ella hacia la cabaña y notó que no estaba rígida, que no estaba congelada. Entonces, hizo algo que no había hecho hacía mucho tiempo: rezó.

—Dios mío, no quería gritar como lo hice, sólo pensé que lo mejor para los dos era que se marchara. Por favor, haz que se ponga bien. Haré lo que sea... cualquier cosa...

Cuando entró, la tumbó en el sofá y puso dos troncos más en la estufa. Volvió corriendo hasta ella y le tomó el pulso. Estaba bien, aunque la hipotermia la había dejado inconsciente. Sabía lo que tenía que hacer y empezó a quitarle la ropa fría y mojada. Le quitó el chaleco acolchado, las botas y los vaqueros. Al menos eran unos vaqueros gruesos y unas buenas botas de cuero, quizá la hubieran salvado de la congelación. Ella se agitó levemente cuando le quitó el jersey por la cabeza. Luego, se quitó el chaquetón, la camisa, los pantalones y las botas. Cubrió su pequeño cuerpo con el de él para darle calor con su piel, pero se mantuvo un poco en vilo para no aplastarla. Le giró la cara para apoyarla delicadamente en su hombro. Al cabo de unos minutos, notó que el frío abandonaba el cuerpo de ella. Los brazos le temblaron por mantener el peso de su cuerpo y tuvo una imagen muy extraña. Se acordó de cuántas flexiones había hecho y había exigido que hicieran otros.

Le dio calor durante una hora, mientras la estufa calentaba la cabaña. Notaba su respiración suave y regular en el hombro y su cuerpo estaba inmóvil y cálido. Se mantuvo sobre ella algo más de lo necesario. Hasta que a regañadientes se apartó y la tapó con una vieja colcha que había

a los pies del sofá.

Volvió a vestirse, echó más leña a la estufa y puso agua a calentar en la cocina.

En su casa, de una habitación, había un sofá, una mesa con dos sillas, la estufa, una bañera y la cocina de propano sobre la encimera junto al fregadero. Al lado de la estufa había un jergón enrollado y un montón de leña. También tenía algunos armarios y un fregadero con una bomba para sacar agua. Sus pertenencias estaban guardadas en dos baúles bastante grandes y en una pequeña caja metálica. Apoyados en las esquinas había cañas de pescar y dos rifles para cazar en aquellas tierras que ya eran las suyas. Había un estante con seis libros que sacaba de la biblioteca. Cada dos semanas iba a la biblioteca pública y utilizaba el carné que había sido del viejo Raleigh, el hombre que vivió y murió allí antes que él y que había dejado una carta diciendo que Ian podía quedárselo todo.

Volvió a comprobar qué tal estaba Marcie. Estaba bien y dormía profundamente. Fue hasta la caseta del exterior y solucionó el asunto a toda velocidad.

Normalmente, como no había nada que hacer, se habría dormido hacía rato, pero esa vez se sentó a la mesa y abrió el libro que estaba leyendo. Cuando oyó el pitido del agua hirviendo, apagó la llama y comprobó qué tal estaba ella. Había entrado en calor y respiraba con regularidad. Siguió leyendo un rato, puso más agua a hervir, volvió a comprobar qué tal estaba Marcie y la encontró igual.

Ese pelo... Estaba extendido por el sofá, tupido y rizado... Si no hubiera tenido tanta barba, lo habría notado en su cara. Tomó un poco con la mano para disfrutar de su suavidad. No pudo evitar pensar en esa chica de veintitrés años que llevaba cuatro casada y que atendía a un hombre que sólo era piel y huesos. ¿Qué vida fue aquélla?

Volvió a calentar varias veces el agua para tomar té, leyó y la observó. Hasta que la oyó toser suavemente. Miró su reloj de diez dólares y comprobó que eran las cuatro de la madrugada. Se agachó junto al sofá.

—¿Vas a despertarte?

Ella abrió perezosamente los ojos, se despertó bruscamente y se apoyó en los codos.

—¿Qué...? ¿Qué...?

—Tranquila. Estás bien.

Ella parpadeó varias veces y abrió los ojos como platos.

—¿Dónde estoy?

—Te he traído adentro. Estabas a punto de morir congelada. No tienes cerebro.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos.

—Claro que tengo cerebro... pero no estoy acostumbrada a vivir en la montaña —Marcie intentó sentarse—. Si hubiera sabido que te había salido la ceja otra vez y que te habías dejado barba, podría haberte encontrado antes. Me marcharé...

—No vas a ir a ninguna parte —replicó él apoyando una mano en su esternón—. Estás atrapada... y yo también.

—Da igual —insistió ella—. Duermo en el coche todas las noches. Tengo un buen saco de dormir.

—¿No me has oído? Te desmayaste cuando volvías del escusado, la nieve te cubrió y casi mueres congelada. Querías verme y tu deseo va a cumplirse.

Ella abrió los ojos como platos.

—Estoy... desnuda...

—No estás desnuda. Llevas la ropa interior. He tenido que quitarte la ropa mojada para que no te murieras... No fue una decisión fácil —mintió él.

—¿Me has desnudado y me has envuelto en esta colcha? —preguntó ella.

—Efectivamente.

También había sentido su cuerpo pequeño y delicado durante una hora, era el primer cuerpo de mujer que sentía contra el suyo en cinco años. Hasta esa noche, no había echado de menos esa sensación.

—¿Qué pasó? —siguió él—. ¿Por qué acabaste desmayada en la puerta de la caseta?

—No tengo ni idea. Estaba encantada de que hubiera una caseta y no tuviera que esconderme detrás de un matorral. Quería darme prisa, pero estaba tan cansada que casi no podía moverme. Es lo último que recuerdo hasta que me desperté —tosió—. No creía que estuviera tan cansada que fuera a quedarme dormida por el camino.

—No te quedaste dormida —replicó él—. Te desmayaste. Hipotermia. Como te he dicho... medio congelada.

—Mmm... Pues ahora tengo que orinar y tengo mucho calor.

Debía de estar medio congelada antes de salir del coche. La miró fijamente durante un rato, fue hasta la silla donde había dejado su ropa para que se secase junto a la estufa, la tocó, se acercó a uno de los baúles, lo abrió y sacó una camisa de franela. Se la dio a ella.

—Toma, póntela.

Fue detrás de la estufa y tomó un orinal de porcelana azul marino con puntos blancos. Cuando se dio la vuelta, ella estaba sentada y abotonándose la camisa de franela.

—Usa esto.

—¿Para qué?

—Para orinar.

—No pienso —se negó ella—. Si me das mis vaqueros y mis botas, saldré y... —tosió varias veces.

—No puedes y será mejor que no te pongas enferma. No tengo tiempo para perder con una persona enferma.

—No estoy enferma, tengo la garganta seca. Podría beber agua, pero antes quiero ir a...

—Vamos a dejar las cosas claras —gruñó Ian—. No voy a dejar que salgas al menos hasta dentro de unas horas —se oyó el pitido del agua hirviendo, Ian apagó el fuego y se puso el chaquetón—. Yo saldré. Haz lo que tengas que hacer, luego tomarás una taza de té y volverás a dormirte.

Ella lo miró fijamente con sus ojos verdes muy abiertos y se agitó con cierto apuro.

—¿Tienes... papel?

Él suspiró y cerró los ojos con impaciencia. Le dio el orinal, fue a uno de los armarios y sacó un rollo de papel higiénico sin abrir. Salió con la esperanza de que no tardara mucho en hacer sus necesidades. Esperó temblando unos cinco minutos y llamó suavemente a la puerta de su casa. Le respondió una serie de toses y no esperó más.

Estaba sentada en el sofá, sonrojada, con las delgadas piernas asomando por debajo de la camisa y agarrando con fuerza el orinal encima del regazo. Lo miró.

—¿Qué hago con esto? —preguntó ella.

—Yo me ocuparé —contestó él—. Dámelo —ella, con cierta reticencia, obedeció—. Ahora mismo vuelvo.

Ian volvió a salir para verter el contenido en el agujero del exterior. Cuando volvía, pensó que estaba enferma. Había estado durmiendo en ese coche durante no sabía cuánto tiempo y se había debilitado.

No dijo nada al entrar en la cabaña. Dejó el orinal detrás de la estufa, se lavó las manos, le preparó una taza de té y mientras reposaba le llevó un vaso de agua y tres aspirinas.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Creo que tienes fiebre. Puede ser porque casi te congelas o por otra cosa. De entrada, probaremos con las aspirinas.

—Claro —ella las tomó con la mano—. Gracias.

Mientras Marcie se tomaba las aspirinas, él terminó de preparar el té. Cambiaron el vaso de agua por la taza de té. Él se quedó al otro lado de la habitación, en la mesa, mientras ella se bebía el té.

—Muy bien, haremos un trato —dijo él cuando ella se lo había bebido casi todo—. Esta mañana tengo que trabajar. Estaré fuera hasta mediodía más o menos. Cuando vuelva, tú seguirás aquí y cuando nos cercioremos de que no estás enferma, te marcharás. Pero esperarás a que yo te diga que puedes marcharte. Quiero que duermas, que descanses. Utiliza el orinal, no salgas. No quiero que esto se alargue y tampoco quiero tener que salir a buscarte para comprobar que estás bien. ¿Lo has entendido?

—Vaya, Ian, te preocupas por mí... —contestó ella con una débil sonrisa.

Él dejó escapar un gruñido y le enseñó los dientes como si fuera un animal.

Ella se rió levemente hasta que empezó a toser.

—¿Consigues muchas cosas con eso? Con los gruñidos y rugidos como si fueras a despedazar a una persona con los dientes.

Él miró hacia otro lado.

—Deben de ser muy útiles para alejar a las personas. Tu anciano vecino dijo que estás loco, que aúllas a la luna y todo eso... —añadió ella.

—No tienes a la suerte —replicó él todo lo amenazadoramente que pudo—. ¿Quieres más té?

—Si no te importa, creo que echaré una cabezada. No quiero ser una molestia, pero estoy muy cansada.

—Si no quieres ser una molestia, ¿por qué no me dejas en paz? —preguntó él mientras le tomaba la taza vacía.

—Tenía la necesidad incontenible de encontrar a un viejo amigo... —Marcie se dejó caer en el sofá y se arrojó con la colcha—. ¿Qué trabajo haces?

—Vendo leña con mi camioneta.

Ian fue a la caja metálica, que estaba clavada al suelo para que no pudieran llevársela si alguien pasaba por allí, algo muy improbable. La abrió con una llave, sacó un fajo de billetes, se lo guardó en el bolsillo y volvió a cerrar la caja con llave.

—Ha sido la primera nevada del invierno —le explicó él—. Debería ser un buen día. A lo mejor vuelvo pronto, pero, vuelva cuando vuelva, quiero que te quedes hasta que te diga que te marches. ¿Entendido?

—Si estoy aquí, es porque es donde quiero estar y será mejor que tú lo entiendas. Yo he sido quien ha venido a buscarte, de modo que no creas que vas a intimidarme. Si no estuviera tan cansada, quizá me marchara... sólo para fastidiarte. Aunque tengo la sensación de que te gusta que te fastidien.

Él se levantó, se puso el chaquetón y sacó los guantes de los bolsillos.

—Creo que nos entendemos lo mejor que podemos.

—Espera... ni siquiera ha amanecido.

—Empiezo antes del amanecer. Tengo que cargar la camioneta.

Él desapareció y Marcie se reclinó en el sofá con los ojos cerrados. Primero oyó los golpes de los troncos al caer en la caja de la camioneta, pero luego oyó un silbido mientras se quedaba adormilada. Era un silbido muy bonito y melodioso.

No supo muy bien qué la despertó, pero cuando abrió los ojos, la cabaña estaba tenuemente iluminada con los primeros rayos del amanecer y oyó... una canción. Era una voz de barítono preciosa. No pudo entender la letra, pero era él y se quedó sin aliento. Además, se dio cuenta de algo: si estuviera enfadado o alterado, no podría cantar. Era imposible.

Capítulo 4

En el valle, cerca de las ciudades costeras de Eureka y Arcata, no nevaba, pero allí arriba estaba nublado y hacía frío. Además, se preveía que nevara más. A las siete, Ian tenía la camioneta aparcada en la cuneta de un camino que llevaba a una zona muy transitada. Por allí pasaba gente que iba a trabajar y después de cuatro años vendía leña a los mismos clientes una y otra vez. Como no tenía teléfono y nadie sabía dónde vivía, ellos esperaban a que apareciera. Había cinco coches en fila. Anotó las direcciones en una libreta y les prometió que les entregaría la leña en un par de días. A dos los conocía por haberles vendido leña antes y aceptó sus cheques, pero los otros tres le pagarían en efectivo a la entrega.

El sexto cliente fue el jefe de policía. Todos los inviernos le compraba casi cuatro metros cúbicos de leña y ya confiaba en él porque le pagaba en efectivo y por adelantado: otros clientes querían ver la leña antes de pagarla.

—¿Tienes bastante leña este invierno? —le preguntó el policía mientras sacaba los billetes.

—Sí, señor. Le abasteceré bien. Le llevaré un buen montón inmediatamente.

—¿La amontonarás en el cobertizo y me dejarás un poco en el porche?

—Claro, como siempre —contestó Ian mientras tomaba el dinero.

—Ten cuidado —le avisó el policía—. Hay una mujer que está buscando a un hombre de tu edad y tamaño... Bueno, no te preocupes...

Ian sonrió para sus adentros.

—Le llevaré la leña esta mañana.

—Gracias, amigo.

Veinte minutos después, una camioneta se paró e Ian anotó el último pedido antes de ir a entregar la leña al jefe de policía. Hizo una parada para poner gasolina y comprar algunos víveres; unas pastillas de caldo, medio pollo, un poco de apio, una bolsa de verduras congeladas, tallarines, un par de zumos de naranja, algunas manzanas y naranjas frescas, café, pan, mantequilla de cacahuete y miel. Volvió a la cabaña antes de mediodía.

Hacía más frío porque no había leña en la estufa, pero ella se había destapado y se le veía el pequeño trasero cubierto de encaje color lavanda. Tenía la cara sonrojada. Dejó los víveres y echó leña en la estufa. Luego, la despertó y le llevó zumo y aspirinas. La tapó con la colcha e hizo que se sentara.

—¿Cuándo vas a irte? —preguntó ella aturdida.

—Ya he vuelto. Tienes que tomarte otra aspirina. Tienes fiebre. ¿Dónde sientes molestias?

En la cabeza, el estómago, el pecho... ¿Dónde?

—Mmm... No lo sé —contestó ella intentando despertarse—. Creo que sólo estoy cansada y dolorida. Me pondré bien.

—Zumo y aspirina —replicó él mientras la levantaba—. Venga, tienes un virus.

—Mmm... —repitió ella levantándose—. Lo siento. Me pondré mejor enseguida. Seguramente sea un pequeño resfriado o algo así.

Se tomó cuatro aspirinas y las pasó con zumo de naranja.

—Tengo que volver a salir, Marcie. Hay más zumo en la mesa. ¿Quieres que te acerque el orinal al sofá?

—No —contestó ella dejándose caer en el respaldo—. No me gusta ese orinal.

—Voy a ver si te consigo alguna medicina. Hay un médico anciano en Virgin River. A lo mejor tiene algo para el resfriado o la gripe. Tardaré como media hora en ir y lo mismo en volver.

—Virgin River... —dijo ella con tono soñador y los ojos cerrados—. Ian, tienen un árbol de Navidad precioso... Deberías verlo...

—Muy bien. Volveré dentro de una hora o así. La estufa debería mantenerse encendida, pero ¿intentarás no destaparte hasta que vuelva?

—Tengo demasiado calor...

—No lo tendrás dentro de media hora, cuando las aspirinas hagan efecto y te bajen la temperatura. ¿Lo harás por mí?

Ella abrió los ojos como impulsados por un resorte.

—Me parece que estás realmente fastidiado conmigo, ¿no? Sólo quería encontrarte, no in cordiarte tanto.

Él le apartó el rebelde pelo rojo y de la frente y un par de mechones se quedaron pegados por la humedad de la cara.

—Ya no estoy fastidiado, Marcie —contestó él con delicadeza—. Cuando se te haya pasado la gripe, te daré motivos para que tú lo estés. ¿Qué te parece?

—Puedes gruñirme con ese rugido animal si quieres. Creo que te gusta hacerlo.

Él sonrió sin querer.

—Es verdad, me gusta —Ian se levantó—. Quédate tapada y volveré en cuanto pueda.

Cuando Ian llegó al pueblo, lo primero que vio fue el árbol de Navidad. Había llegado a pensar que ella había visto alucinaciones por la fiebre, y lo tenía muy preocupado. Sin embargo, allí estaba y era el más grande que había visto en su vida. El tercio inferior estaba adornado con bolas rojas, azules y blancas, estrellas doradas y algunas cosas más; la parte superior seguía vacía. Aminoró la velocidad de la camioneta para apreciarlo, pero ¿qué significaba esa decoración tan patriótica? ¿La ponían todos los años o había chicos del pueblo en la guerra?

Dejó de pensar en eso; tenía que conseguir algo para Marcie. El anciano médico solía ir a su cabaña cuando el viejo Raleigh estaba muy enfermo, hacía unos años. Ian tenía que conducir la destartada camioneta de Raleigh para avisar al médico; Raleigh nunca pensó en ponerse un teléfono... y él tampoco.

Cuando entró en la casa del médico, vio a una joven rubia en la mesa.

—Hola —le saludó ella mientras se levantaba con el vientre abultado por el embarazo.

—Hola. ¿Está el médico?

—Claro. Iré a buscarlo. Llevo menos de dos años aquí, ¿lo conoce?

—Creo que sí...

Ella sonrió por encima del hombro y entró en el despacho del médico. Poco después, el médico apareció cojeando, con las gafas colgadas de la nariz y las cejas, muy blancas, arqueadas.

—Buenas tardes —le saludó el médico.

—Hola, doctor —Ian extendió una mano—. ¿Tendrá algo a mano para la gripe?

—Lo siento, hijo... pero no me acuerdo de tu nombre. Conozco tu cara, pero...

—Buchanan. Ian Buchanan. Vivo en la vieja cabaña de Raleigh. Yo me ocupé de él al final de su vida.

—Es verdad... ¿Qué te pasa?

—No se trata de mí, doctor. Tengo una visitante que se presentó ayer y se puso enferma durante la noche. Fiebre, escalofríos, dolores, garganta irritada... Le he dado aspirinas y zumo. No quiero que salga con tanto frío; la calefacción de la camioneta no es muy buena. Pero si tiene alguna medicina...

—Tengo montones de medicinas, muchacho... pero normalmente me gusta hacer mi diagnóstico.

—Está un poco lejos... Se acordará...

—Claro, claro, no me he olvidado de aquel viejo desdichado. No importa, me acercaré. Prepararé el maletín y te seguiré. Esos caminos son un misterio para mí.

Ian notó que el fajo de billetes que tenía en el bolsillo menguaba. Estaba empezando el invierno, pero si acababa necesitando mucho gasoil y propano durante los meses fríos, no duraría mucho tiempo así. Luego, en primavera, le llegaban los impuestos por la casa y el terreno. Los veranos eran llevaderos; no hacía calor, pero tampoco tenía que calentar la comida ni el agua, la luz del día duraba mucho y el gasoil también. Reservaba dinero en efectivo para posibles reparaciones de la camioneta y cosas así. En verano trabajaba de vez en cuando para una empresa de mudanzas que le pagaba en efectivo y bajo cuerda. Eso le daba tiempo para ocuparse del jardín, pescar y cortar árboles para la leña del invierno. Salía adelante sin problemas si no pasaba nada importante... como una enfermedad grave.

Sin embargo, daba igual lo que costara. Daba igual lo que necesitara, aunque fuera un hospital, ya encontraría cómo costearlo. No podía dejarla enferma. En menos de veinticuatro horas, sólo quería verla sonreír como en aquella foto que Bobby le enseñó.

Casi ni se dio cuenta de que la mujer rubia había hecho una llamada telefónica y se había puesto el abrigo. Cuando volvió el médico con el maletín, frunció el ceño y la miró con enojo.

—¿Adónde crees que vas?

—Contigo. Jack tiene a David y se trata de una mujer. Acabarás necesítandome allí.

—Estás embarazada y no puedes exponerte a la gripe.

Ella se rió y su cara se iluminó.

—Como si no me hubiera expuesto a la gripe desde que llueve y hace frío. Vamos —añadió la mujer mientras salía por la puerta.

—Maldita cabeza de chorlito —farfulló el médico—. Nunca me obedece, pero podía aceptar

un consejo de amigo... —Ian sujetó la puerta para que el médico saliera—. Las mujeres sólo son una pesadilla. Por eso no me he casado. Tampoco es verdad del todo; ninguna me aceptó.

Empezó a bajar la escalera del porche apoyado en el bastón.

—Doctor... ¿no cierra con llave?

—No. He cerrado el armario de los medicamentos y Jack y Predicador están al otro lado de la calle. Huelen las complicaciones y están armados hasta los dientes. Si alguien se mete en mi casa, está muerto por necio.

—Vaya...

En ese pequeño pueblo lo tenían todo previsto y resuelto. Eso hizo que se preguntara lo que se sentiría. Hacía mucho tiempo que él no preveía y resolvía las cosas.

Junio a su camioneta vio un todoterreno enorme y reluciente. La rubia embarazada estaba al volante, esperando. Tenían que cobrar un montón para permitirse un vehículo como ése. Notó que el fajo de billetes menguaba un poco más.

Ian abrió la puerta al doctor Mullins y a Mel y Marcie, otra vez, estaba tan dormida que no se dio cuenta de que había vuelto.

—Comprobaré la leña de la estufa y esperaré fuera —dijo Ian.

Mel tomó una de las sillas, la puso junto a la cama y le dio una palmada para que el médico se sentara. Entonces, sacudió delicadamente a Marcie, y se dirigió a ella por encima del hombro del médico.

—Marcie, despierta, abre los ojos.

Cuando Marcie abrió los ojos, Mel sonrió.

—Hola. No estás bien, ¿verdad? ¿Te acuerdas de mí? Soy Mel Sheridan, de Virgin River. Soy la mujer que un bárbaro bajó de una escalera en medio del pueblo.

—Sí, claro —contestó Marcie antes de toser y girar la cabeza.

—Te presento al doctor Mullins, trabajo con él. Es médico de familia. Yo soy enfermera y comadrona. Ian ha ido a buscarnos. Su diagnóstico es que tienes gripe. ¿Cuál es el tuyo?

—Mmm... Seguramente sólo sea un resfriado un poco fuerte.

—Pero no moqueas —intervino el médico—. Siéntate, muchacha. Tengo que auscultarte.

Cuando el médico metió el estetoscopio por debajo de la camisa para oír sus pulmones, ella le brindó una tos seca y profunda. Una vez repuesta, aspiró varias veces y se sentó pacientemente mientras él le miraba los oídos y la garganta, le tomaba la temperatura y la palpaba los ganglios del cuello.

—De modo que has encontrado al hombre que buscabas —comentó Mel.

—Sí... ¿Te lo contó tu marido?

—Bueno... No hablo de los asuntos de un paciente si no me da permiso, pero Jack es un libro abierto si no le han pedido que guarde un secreto. ¿Cómo encajó Ian que lo encontraras?

—Le fastidió muchísimo. Tendrías que haberlo oído, puede rugir como un tigre siberiano. Es increíble. Al principio, me aterró de verdad.

—¿Y ahora? —preguntó Mel.

—Me salvó la vida —Marcie miró a la otra mujer—. Dijo que casi muero congelada, me

metió dentro y me dio calor. Fue a buscaros...

—Dijo que no quiso llevarte al pueblo porque la calefacción de su camioneta no funciona muy bien, pero mi calefacción funciona perfectamente y en la clínica tenemos un par de camas...

—¿No podría quedarme? —preguntó Marcie.

—¿Estás segura?

—He recorrido mucho camino buscándolo...

—Puedes venir al pueblo con nosotros hasta que te encuentres mejor y luego decidir lo que quieres hacer. Puedes volver si tienes que resolver algo aquí. Si necesitas algún respaldo, nos tienes a mi marido y a mí.

—No —Marcie sacudió la cabeza—. Prefiero zanjar todo esto y volver a mi casa.

Lo que no dijo fue que tenía cierto miedo de que él pudiera desaparecer otra vez.

—Pero ¿te sientes segura con él? Todo esto está bastante destartado. Tu tigre no tiene muchas comodidades.

—No creo que Ian, al vivir aquí, tenga mucho, pero es suficiente, ¿no? Hace calor, hay comida, me ha hecho té, ha comprado zumo de naranja, me ha dado aspirinas...

—No lo conozco, Marcie, y tú tampoco lo conoces —insistió Mel—. Vive aislado... ¿tiene amigos?

—No lo sé —ella se encogió de hombros—. Me tiene a mí.

—¿Significa eso que ya no te ruge? —preguntó Mel.

—Eso espero. Creo que se ha calmado.

—No quiero dejarte en un sitio inapropiado. Sería una irresponsabilidad por mi parte.

Marcie sonrió.

—Cuando llenaba la camioneta de leña para venderla, estaba cantando. Tendrías que haberlo oído. Tiene una voz preciosa. Al oírlo supe que es feroz por fuera, pero es tierno por dentro. Además, creo que está demostrando que tengo razón, a pesar de sí mismo.

—Naturalmente, tú tienes que decidir, pero puedes contar con ayuda si la necesitas.

—Gripe —dijo el médico lacónicamente—. Ese muchacho debería ser médico. Te pondrás bien después de pasar un par de días sintiéndote como un trapo. Te pondré una inyección de antibióticos, pero eso sólo servirá contra alguna infección bacteriana que hayas podido contraer por la gripe vírica. Tendrás que sobrellevarla, pero eres joven y sana y creo que tienes un buen enfermero. Ian cuidó al anciano que vivió aquí antes que él.

—Es posible —intervino Mel—, pero antes de marcharme voy a cerciorarme de que él quiere hacerlo. Voy a tener que preguntárselo, Marcie. Si no quiere ocuparse de ti durante la enfermedad, no debería hacerlo. Sobre todo, cuando hay una alternativa. Si no tiene muchos recursos y no le apetece...

—Muy bien —aceptó Marcie—, pero cuando se lo preguntes, ¿podrías decirle que tengo ochenta dólares que puedo darle? Para lo que yo pueda comer y beber...

—Se lo diré —contestó Mel con una sonrisa.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro.

—¿Tienes una hermana mayor?

—Sí...

—Yo también, se llama Erin Elizabeth. Mi madre murió cuando yo tenía cuatro años y mi

padre cuando yo tenía quince. Erin es siete años mayor y se ocupó plenamente de mi hermano y de mí. Es buena, aunque un poco mandona. Se opuso frontalmente a que fuera sola a buscar a Ian. Al final, no pudo hacer gran cosa para impedírmelo... Soy adulta aunque ella no esté muy convencida. Me comprometí a darle el parte cada dos días y te aseguro que está más que dispuesta a que abandone la búsqueda. Erin no quiere serlo, pero es dominante. A veces es difícil aguantarla...

—Ya... tengo una hermana mayor y me conozco el percal. Además, ¿ya viste a Jack!

—Lo vi —Marcie sonrió—. Creo que puedes hacerlo. Necesito a alguien que llame a Erin para decirle que he encontrado a Ian, que estoy sana y salva y que me quedaré con él un poco más. Si puedes, explícale que no tiene teléfono y que la llamaré la próxima vez que vaya al pueblo, eso la tranquilizará un poco.

—¿Esa es toda tu familia? —preguntó Mel.

—Sí. Erin, mi hermano Drew y yo. Además, también tengo a la familia de mi difunto marido y son un millón. No van a dejarme de lado porque él haya fallecido. Te aseguro que no estoy nada sola. Si te escribo el número, ¿la llamarás?

—Si Ian acepta tu idea, lo haré encantada —contestó Mel.

—No hace falta que le digamos que estoy enferma, ¿verdad?

—Marcie, no me gusta falsear la verdad —contestó Mel.

—Bueno... no hablas de los asuntos de tus pacientes y crees que voy a ponerme bien, ¿verdad?

Mel hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—¿Así es como embaucas a tu hermana?

—Tienes que pensar deprisa cuando tratas con Erin. Es muy inteligente.

—El trasero —dijo el médico mientras sacaba el aire de la jeringuilla—. Te daré una medicina para la tos y para que te descongestiones. Aparte, descanso, zumo, agua y comidas ligeras... el caldo te vendrá bien un día o dos. Haz caso de tu cuerpo y descansa cuando estás cansada. Dormir mucho y beber a todas horas acaba deprisa con este incordio. Nada de cortar leña o lavar ropa en el arroyo. Estoy seguro de que lo superarás enseguida.

—Pero ¿puedo usar la caseta de fuera en vez del orinal aunque haga frío?

—Claro. El frío no te enferma, te da frío. En cualquier caso, abrígate y date prisa.

—No hace falta que me lo aconseje. ¿Se ha sentado en la caseta en diciembre? —preguntó ella.

—Muchacha, tuve que acostumbrarme cuando era joven —contestó el médico.

—Marcie, si nos necesitas, manda a Ian. Vendré y te llevaré conmigo sin hacer preguntas —le tranquilizó Mel.

—Gracias, eres encantadora.

—Buena suerte.

Ian iba de un lado a otro por delante del todoterreno cuando Mel y el médico salieron de la cabaña. Mel se paró para hablar con Ian. Ella se fijó en lo andrajoso y desaliñado que estaba. Su ropa estaba vieja y desgastada y tenía una barba muy larga, pero también era verdad que ningún

granjero o leñador llevaría sus mejores galas un día laborable. Estaba acostumbrada a ver esas vestimentas por allí y no siempre indicaban pobreza. Además, no olía mal y tenía una bañera; tanto él como la cabaña estaban limpios y no estaba delgado. Era un hombre robusto y bien alimentado.

El médico fue a toda velocidad hasta el todoterreno y se sentó al volante. Ella puso cara de pocos amigos.

—Puede ser muy veloz cuando quiere conducir, a pesar de la artritis —comentó ella—. Señor Buchanan, tenía toda la razón; Marcie tiene gripe. Va a necesitar descanso y beber mucha agua y zumo. Además, no se sentirá bien durante un par de días o, quizá, una semana, según cómo se recupere después de la medicina y el descanso. Me he ofrecido a llevarla para dejarla al cuidado del doctor Mullins, pero ella ha preferido quedarse. La cuestión es si usted quiere que se quede. No tiene por qué hacerlo por ella... el doctor le ha dado permiso para usar la caseta de fuera siempre que se abrigue. No necesita muchos cuidados, pero es su casa.

—¿Quiere quedarse? —preguntó él con las cejas arqueadas—. ¿Aquí?

—Efectivamente, eso dijo. También me pidió que le dijera que tiene ochenta dólares para su comida.

—¡Dios mío! —exclamó él sacudiendo la cabeza—. Si quiere quedarse, puede quedarse. No puedo entender por qué quiere hacerlo. Yo no soy una buena compañía...

—Creo que está agradecida por lo bien que la ha atendido hasta el momento. Quizá haya otros motivos, pero no me los ha contado. Pero, con toda franqueza, puedo venir a buscarla en cualquier momento. Tenemos dos camas para enfermos en la clínica. Usted tiene que decidirlo. Si se convierte en una carga, dígamelo.

—Haré todo lo que pueda. He comprado caldo, zumo y medio pollo para sopa.

—Buena idea. Tengo fe en la sopa de pollo. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—¿Le han dado alguna medicina?

—El doctor le ha puesto una inyección de antibióticos que seguramente no haga ningún milagro y le ha dado algunas píldoras y un jarabe para la tos. En realidad, es una cuestión de tiempo. La gripe dura lo que tenga que durar; unas veces se cura enseguida y otras se resiste. Afortunadamente, ella es joven y está sana. Intente no contagiarse.

Él sacó un fajo de billetes y Mel, que llevaba algún tiempo trabajando con el médico en aquellas montañas, supuso que era toda su fortuna. La mayoría de la gente de aquellos contornos no usaba la tarjeta de crédito ni los cheques. Ese dinero tenía que cubrir todas sus necesidades durante algún tiempo, desde el carburante a la comida.

—¿Cuánto le debo? —preguntó él.

—Veamos... Diez dólares por la inyección y otros diez por las píldoras y el jarabe.

—¿Y por la visita?

—¿Cinco por la gasolina? —contestó ella con otra pregunta.

—¿Ya está? ¿Está rebajándome algo? ¿Le ha dado dinero u otra cosa ella?

—La paciente no me ha dado dinero —Mel sonrió—. Tampoco cobramos en especie todavía. No es una actividad muy lucrativa, sólo es medicina rural. Cuando podemos, nos basta con cubrir gastos; nos viene bien a largo plazo.

—¿Cuánto me habría cobrado si viviera en una casa grande y tuviera un cochazo? —preguntó él.

—Se lo habríamos facturado al seguro —contestó ella con una sonrisa.

Él se rió aunque no quisiera hacerlo, el anciano médico no tenía una enfermera joven y hermosa ni un todoterreno como aquél cuando Raleigh estaba enfermo y muriéndose, pero siempre decía que tenía ochenta y ocho años y estaba enfermo como un perro, que no iba a dejarlo sin dinero para el entierro. Ian sacó tres billetes de diez dólares y se los dio.

—¿Comen bien en su casa? ¿No estaré privándoles de algo?

—Tengo lo necesario; astutamente, me casé con el propietario del bar y la parrilla del pueblo. Como mucho mejor de lo que debería. A juzgar por su tripa, el doctor también vive bastante bien. Pero gracias, es de agradecer. Prometo que dejaré lo sobrante para alguien que esté en dificultades.

—Eso está bien —dijo él—. Tengo que compensar muchas cosas.

Ella extendió la mano.

—Estoy segura de que no son tantas como piensa.

Él le estrechó la mano y ella fue apresuradamente al coche.

Cuando Ian volvió adentro, no dijo nada. Echó leña al fuego y fue a lo que hacía las veces de cocina. Se remangó y se lavó las manos con agua y jabón. Luego, llenó un puchero de agua, lo puso al fuego, desenvolvió el pollo y lo metió en el puchero. Cortó cebolla y apio y lo añadió al guiso. Entonces, volvió a ponerse el chaquetón y salió. Ella oyó los golpes de los leños al caer en la camioneta y algunos silbidos, pero esa vez no cantó. Marcie esperó que la música no lo hubiera abandonado por su culpa.

Aquellos cánticos fueron una absoluta sorpresa. Bobby nunca habló de que cantara y, con toda certeza, él tampoco lo mencionó en su escasa correspondencia. ¿Acaso un marine rudo y fornido cantaría a sus soldados? ¿Le diría a la esposa de un soldado que le encantaba cantar y que tenía una voz angelical?

Le dolían las articulaciones y volvía a tener calor. Se dio media vuelta para dormirse otra vez. Se dio cuenta, vagamente, de que Ian entraba y salía de la cabaña. De vez en cuando, oía que cortaba leña, que la tiraba a la camioneta y que silbaba.

Cuando se despertó por un olor delicioso, no supo cuánto tiempo había estado dormida. Se dio la vuelta y vio la habitación en penumbra, iluminada sólo por el resplandor de la estufa y de una bombilla que colgaba encima de la mesa. El sol se había puesto y el puchero humeaba encima del fogón. Él estaba sentado a la mesa y miraba hacia abajo. Ella se dio cuenta de que sus cosas, el saco de dormir, la bolsa de lona, la mochila y el bolso, estaban amontonadas en un extremo del sofá. Él se había cambiado de ropa; llevaba unos pantalones de pijama grises, una camiseta azul marino y calcetines. Los otros pantalones, la camisa y el chaquetón estaban encima del baúl, junto a un montón de libros apilados en el suelo.

—¿Qué haces? —le preguntó ella apoyada en los codos.

Él cerró un libro de golpe y la miró.

—Estaba leyendo. ¿Estás preparada para hacer un pequeño viaje al... aseo de señoras?

Ella se sentó en el sofá.

—Efectivamente —contestó ella mientras se levantaba.

La camisa de franela le llegaba casi hasta las rodillas. Se tambaleó ligeramente y él se levantó de un salto, pero ella volvió a sentarse inmediatamente.

—¿Te importaría... acercarme los vaqueros y las botas?

—Claro.

Ian los agarró de la silla y se los llevó. En cuanto ella los tomó, él se dio la vuelta y se puso las botas y el chaquetón.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó sin mirarla.

—No, gracias —ella se puso los pantalones, se sentó y se calzó las botas sin calcetines—. ¿Tengo algo de abrigo por ahí?

Él agarró el chaleco relleno de plumas de la silla y se lo dio.

—Tardaré un minuto...

Él, sin embargo, no lo consintió. La tomó en brazos y la llevó a la puerta.

—No creo que tengas fuerzas. Habrás dormido mucho y todo eso, pero no quiero tener que recogerte del suelo. No vamos a correr riesgos.

Estaban a medio camino de la caseta cuando ella habló.

—Has dejado que me quedara.

—Según la enfermera, dijiste que eso era lo que querías hacer. Aunque no puedo entender por qué.

—Me aprecias —dijo ella acariciándole la barba roja, apoyando la cabeza en su hombro y con los brazos alrededor de su cuello—. No puedes negarlo...

Ella tosió y él apartó la cara de los gérmenes con un gruñido. Se paró delante de la caseta y la dejó delicadamente en el suelo. Ella entró y volvió a salir al poco tiempo.

—Creo que volveré andando, si no te importa.

—No te caigas. Cuesta más levantarte desde el suelo que si estás de pie. Agárrate de mi brazo si lo necesitas —los pies crujieron sobre el suelo helado mientras volvían a la cabaña—. Siento no tener un cuarto de baño dentro. Sobre todo, cuando estás enferma.

—En realidad, es todo un lujo. Tenía que pararme en las gasolineras para poder ir al cuarto de baño antes de acostarme en el coche. Normalmente, podía resistir hasta la mañana, pero si no podía, tenía que hacerlo donde fuera, que solía ser detrás de un arbusto. Y últimamente ha hecho bastante frío...

Él la miró con unos ojos cargados de calidez y curiosidad.

—No pareces tan dura...

—No sé lo dura que soy... estoy enferma como un cachorrillo, pero estoy segura de que soy tan tozuda como tú.

Él dejó escapar un sonido.

—¡Caray, Ian! ¿Te has reído?

—He tosido —mintió él—. Seguramente, me has contagiado.

Capítulo 5

De vuelta en la cabaña. Marcie se sentó en el sofá e Ian se acercó a los fogones de propano para revolver un poco la sopa.

—¿Puedes tomar un poco de sopa? —preguntó él.

—Creo que sí. Huele de maravilla.

—No es gran cosa. He cocido pollo y algunas verduras —replicó él.

Ella lo observó mientras llenaba una taza, metía una cuchara y ponía una rebanada de pan con mantequilla en un plato. Luego, puso todo en una tabla y se lo llevó.

—No tengo mucha vajilla, sólo lo que necesito. Ten cuidado, está caliente.

Ella apoyó la tabla en las rodillas.

—Puedes hacer mucho con pocas cosas, ¿verdad?

Él gruñó afirmativamente y volvió al puchero para servirse otra taza antes de sentarse a la mesa.

Marcie tomó dos cucharadas de sopa. O estaba deliciosa o estaba muy hambrienta. Luego, se acercó a la mesa con la tabla que hacía de bandeja. La dejó enfrente de él y agarró la otra silla para sentarse. Él se limitó a arquear las cejas y a mirarla.

—Está muy buena, Ian. ¿Crees que podemos comer juntos?

—Si quieres... —contestó él encogiéndose de hombros.

—También podríamos hablar —propuso ella.

Él dejó la cuchara en la taza y se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—Lo diré lo más claramente que pueda. Llevo los últimos años intentando olvidarme de todo el asunto de Irak. Algunas veces se me presentaba inesperadamente, me daba dolores de cabeza y tenía unas pesadillas muy desagradables. No quiero hablar de eso. No quiero contestar a un montón de preguntas sobre eso.

—Lo entiendo perfectamente —dijo ella con suavidad.

—Si has venido para eso, has perdido el tiempo.

Ella se llevó una cucharada a la boca con la mirada clavada en la taza.

—No he perdido el tiempo.

—¿Qué dijo tu familia al respecto? Por buscarme de esa manera.

—A mi hermana no le hizo mucha gracia... —ella se encogió levemente de hombros.

—¿No le hizo mucha gracia?

Marcie tomó aliento.

—Dijo que era una tontería y una imprudencia. Que no sabía en lo que estaba metiéndome. Que no te conocía.

—Bueno, tenía razón.

—En teoría —reconoció Marcie—. No podía saber con certeza cómo serías ahora, pero no podía crearme que hubieras cambiado tanto. Como verás, yo tenía razón. Has resultado ser un hombre amable.

Él gruñó.

—Podemos hablar de otras cosas —ella se acercó el libro que había en la mesa y lo miró—. ¿Vas a la biblioteca?

—Es gratis —contestó él para quitarle importancia—. Uso el carné que dejó el hombre que vivía aquí. Nadie pone objeciones, aunque estoy seguro de que lo saben. Nunca me retraso, de modo que no les importa.

—Podrías hablarme de eso; del hombre que vivía aquí. El doctor Mullins dijo que te ocupabas de él.

—Después de un tiempo. Al principio, él se ocupó de mí en cierto sentido.

Ella esperó, pero no dijo nada más.

—¿En qué sentido? —preguntó Marcie.

Ian levantó la taza, la vació y volvió a dejarla en la mesa.

—Yo había acampado en sus tierras y él me vio. Era muy viejo, casi no tenía dientes y estaba flaco como una escoba. Llevaba más de cincuenta años solo por aquí, sin esposa ni familia, y me encontró dormido en mi saco de dormir y cubierto por diez centímetros de nieve. Me dio una patada.

—¿Te dio una patada? —preguntó ella espantada.

—Me dio una patada y me levanté de un salto. Él dijo: «No estás muerto. Mejor, porque si no, te comerían las alimañas... y yo no puedo enterrarte. El suelo está muy duro y soy viejo». Esa fue nuestra presentación. Después de mirarnos un rato con mala cara, me dijo que podía dormir y comer dentro si quería y me ocupaba de la estufa y lo ayudaba. Entonces, yo no pensaba con mucha claridad ni tenía muchas opciones. Ni siquiera había pensado en el invierno a mil quinientos metros de altitud. Estuve a punto de congelarme un par de noches más antes de llamar a su puerta y él se limitó a decir: «Ya era hora. Me imaginaba que te habías muerto». Fue un trato muy sencillo. Casi no hablábamos.

—¿Nunca? —preguntó ella.

—Un par de conversaciones al mes o así, pero no más. Llevaba mucho tiempo solo y le daba igual hablar, como a mí, más o menos —la miró brevemente con el ceño fruncido, pero siguió—. Yo cortaba leña, pescaba algún que otro pez y utilizaba su rifle para cazar un pájaro o un conejo de vez en cuando. Quitaba la nieve del tejado de la casa, del cobertizo y de la caseta y conducía su camioneta cuando iba a hacer algún recado, como cobrar el cheque de la Seguridad Social o comprar comida. Nos quedábamos sin leña enseguida y tenía que cortar más. Yo no sabía cuánto terreno tenía, pero todo eran árboles y no se veía a ningún vecino. El primer árbol que corté cayó muy cerca de la casa. Entonces habló y creí que nunca más se callaría. Unos meses más tarde, fue a comprar víveres y a la oficina de correos. También me llevó a la biblioteca y me dijo que sacara un libro si quería. Él hojeaba libros con fotos y algunos libros infantiles. Nunca se lo pregunté, pero creo que no fue mucho al colegio. Cuando empezó a hacer algo de calor, me dijo

dónde quería la huerta, me hizo volver a cavar la caseta y me enseñó las herramientas del cobertizo. También me dijo que si cortaba suficiente leña en primavera y verano y la secaba, podía venderla con la camioneta. Yo acepté porque no tenía otra forma de ganar dinero. Ésa es toda la historia.

—Vivir con alguien así tuvo que ser un poco... lamentable —comentó ella.

—Tengo experiencia con ancianos hoscos —replicó Ian sin inmutarse.

Ella terminó la taza de sopa y él se levantó para rellenar las dos tazas.

—Sólo la mitad —le pidió ella mordisqueando el pan.

—Come todo lo que puedas. Creo que has adelgazado.

—Es posible —reconoció ella—, pero adelgazo muy fácilmente. Ya sé que me quedo flaca y con aspecto de desnutrida si no tengo cuidado.

—Y no has tenido cuidado.

—Tenía que ahorrar para la gasolina —se justificó ella.

—¿Has dicho que ahorrabas para gasolina? ¿Para buscarme?

—¿Sabes cuánto cuesta la gasolina últimamente? —preguntó ella mirándolo fijamente.

—¡Por todos los santos! —exclamó él sacudiendo la cabeza—. Mientras estés aquí, vas a comer. Hay pan, mantequilla de cacahuete, zumo, fruta...

—Entonces, él se puso enfermo, ¿verdad? —le interrumpió ella—. Estoy segura de que vivir aquí a cambio de las tareas cotidianas sólo fue el principio de la historia.

—Algo así —confirmó él encogiéndose de hombros—. No puedo decir que llegáramos a ser íntimos, pero estaba en deuda con él porque me había dado un techo y comida abundante. Cuando enfermó, fui a buscar al médico.

Se quedó pensativo.

—Fue una lección... Cuando la gente de por aquí cae enferma, no les hacen pruebas y esas cosas, y mucho menos si tiene ochenta y muchos años. El doctor Mullins dijo a Raleigh, así se llamaba, que podía llevarlo al hospital y que la asistencia social se ocuparía de él. Raleigh dijo que antes se pegaría un tiro en la cabeza. Se solucionó así de fácil. El doctor dejó unas medicinas y volvió algunas veces. Luego, unos seis meses después, Raleigh murió cuando estaba dormido y yo fui a buscar al doctor. Él me enseñó una nota que le había dictado Raleigh cuando estaba enfermo: «El hombre llamado Ian Buchanan puede quedarse la casa, la camioneta, las tierras y todo el dinero que quede después de pagar el entierro. Sin lápida». La firmó a su manera y el doctor Mullins actuó de testigo. Yo pensé que no tendría validez. En la caja metálica había dinero suficiente para costear un entierro sencillo, como él quería. Cuando le pregunté al doctor qué debía hacer con la cabaña, la tierra y la camioneta, me contestó que no le diera más vueltas.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella entre risas.

—Yo entendí que siguiera como si tal cosa, pero el doctor Mullins tiene un amigo que es abogado, juez o algo así y había puesto a mi nombre las escrituras, de modo que el viejo Raleigh murió sin un centavo para mí y no hubo que validar el testamento. Menudo zorro. Perdona —añadió mirando a lo alto antes de aclararse la garganta—. Comprobé la titularidad de la camioneta y cuando vi que la había dado de baja, o la había dado el doctor, la puse a mi nombre para no acabar en la cárcel. Mantengo en vigor mi permiso de conducir y ése es todo el papeleo oficial que tengo que hacer. Cuando me llegan los impuestos por las tierras y la casa, los pago con un giro postal.

—Ian —dijo ella con cierta sorpresa—, ¿eres dueño de un monte?

—De un monte lleno de nada. Aquí está prohibida la explotación forestal. Tengo lo que he tenido siempre: la cabaña y algunos árboles... e impuestos. Me apaño, pero la mayoría de las veces cuesta más de lo que rinde. Sigue pareciéndome provisional. Siempre podría llegar la primera vez que no tuviera para pagar los impuestos.

—Si eso llegara a ocurrir, ¿no podrías quedarte porque no es suficientemente... estable?

—Supongo que tendría que pensar en algo —él se encogió de hombros.

Ella se quedó en silencio mientras él terminaba la sopa.

—Cuando se puso enfermo, ¿se puso muy enfermo? —preguntó ella al cabo de un rato—. ¿Tuviste que cuidarlo mucho?

—Estuvo muy enfermo. No se levantó de la cama durante mucho tiempo. Había un camastro aquí, con un colchón tan fino que casi no era un colchón. Tenía esos problemas de los ancianos. No podía comer por sí mismo, etcétera. Cuando falleció, lo quemé todo.

—¿Y dormías en el sofá hasta que yo llegué?

—Nunca he dormido en el sofá. Es demasiado corto. Desenrollo el jergón junto a la estufa. Es lo que me gusta. Podría comprarme una cama de segunda mano si quisiera.

—Pero cuidarlo de esa manera tuvo que ser muy arduo, Ian. Tuvo que ser agradecido... te dejó todo esto.

Él se rió con toda su alma y se limpió la peluda boca con la manga.

—¿Todo esto? Madre de Dios, ni siquiera hay un retrete con cisterna.

—¿Es porque no puedes? —preguntó ella.

—Cuando aparecí en su puerta, no había estufa y se iluminaba con candiles. Se lavaba con un cubo, cuando se lavaba. Yo puse el generador y las luces y conseguí la bañera y la estufa. Algunos muebles eran más viejos que él y yo traje el sofá y las sillas. Son de segunda mano, de acuerdo, pero mejores que lo que había. Lo único que echo de menos de verdad es una ducha, pero no sé cómo hacer la fontanería de una casa.

Ella dejó que terminara entre risas.

—¿Te acuerdas de la primera noche? Cuando me gruñiste para asustarme. Pues me asustaste de verdad y...

—Pero no lo suficiente para que entraras en razón —la interrumpió él.

—Bueno, eso es un problema más mío que tuyo. Cuando se me mete algo en la cabeza, es muy difícil sacármelo. Sin embargo, cuando me fui al coche para comer, el sol estaba poniéndose y empezaba a nevar. Me pareció que nunca había visto un sitio tan bonito en toda mi vida. ¡Había un arco iris entre la nieve! No tuve miedo porque todo era puro y resplandeciente. En la ciudad puedes tener las comodidades que quieras, pero no puedes comprar eso.

Él se quedó un rato en silencio.

—¿Sabes lo que me dijo Bobby de ti? Dijo que eras impredecible.

—Eso es casi como hablar del asunto... —dijo ella mirándolo a los ojos.

—Entonces, imagínate que no he dicho nada. Deberías estar dormida.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste? —preguntó ella.

—Debería extender el jergón y tú deberías estar dormida. Además, he hablado más de lo que suelo hablar y estoy agotado.

—Muy bien —aceptó ella mientras se levantaba y miraba el libro—. *¿Thomas Jefferson?*

¿Has leído *John Adams*?

Él asintió con la cabeza.

—Yo también. Me encantó. Me encantó Abigail, era impresionante. John la dejó con una granja, hijos y poco dinero en un país en plena revolución y ella lo hizo todo. Era mi ídolo. Si pudiera ser alguien, sería Abigail Adams.

—¿Porque lo hizo todo? —preguntó él.

—Porque estaba contenta de hacerlo todo y nunca se quejó, era su forma de participar en el compromiso de John. Ya sé que como mujer, y feminista, no debería admirar a una mujer que hizo todo eso por un hombre, pero lo hizo por ella misma. Como si fuera su contribución a la fundación de Estados Unidos. Además, se escribieron cartas que no eran sólo de amor, sino cartas en las que los dos se pedían consejo. Sobre todo, eran buenos amigos, dos personas que respetaban el cerebro del otro. Además, evidentemente, eran amantes porque tuvieron un montón de hijos. Eran una pareja de verdad mucho antes de que eso estuviera de moda. Ella...

—Me gustan las biografías —la interrumpió él como si ya hubiera oído bastante de Abigail—. No me preguntes por qué, no sabría decirlo.

Ella fue al sofá y se quitó las botas.

—A lo mejor te gusta saber por qué las vidas de las personas toman los derroteros que toman. Es todo un misterio, ¿verdad?

El bombeó agua en el fregadero y lavó las tazas y las cucharas. Luego, tapó el puchero de sopa sin contestar.

—No tienes nevera... —siguió ella.

—Tengo el cobertizo. Allí puedo conservar la comida de un día para otro. No puedo conservar leche y huevos... se congelarían. Pero si se congela la sopa, podemos calentarla.

—Un cobertizo en vez de nevera... —ella se tumbó en el sofá—. ¿Tienes cargada la camioneta para mañana?

—Sí. Si me he marchado cuando te despiertes, ¿crees que podrás volver por tus medios? Si no, siempre tienes el orinal...

—Si me siento débil, utilizaré el orinal, pero me siento mucho mejor. Sólo estoy un poco cansada.

—Además del pan, la mantequilla de cacahuete, la miel y el zumo, también hay muchas latas que puedes abrir. Seguramente me pase un par de días yendo y viniendo, cargando y entregando leña —comentó él mientras se dirigía hacia la puerta con el puchero.

—Ian, gracias por ocuparte tan bien de mí. Sé que soy una carga espantosa.

Él no dijo nada, pero se paró delante de la puerta durante un instante antes de salir.

Ella se quedó tumbada en el sofá. Esa cabaña no era gran cosa, era menos que eso; era muy austera y sólo había lo estrictamente necesario. Sin embargo, si tenía en cuenta que por fin había encontrado a Ian, le parecía muy confortable. Si fuera la cabaña de ella, tendría cuencos y platos, unos muebles mejores y un retrete en el interior. Se acordó de cuando Mel le dijo que tendría que preguntarle si no tenía muchos recursos. Era algo evidente. Efectivamente, parecía que tenía poco dinero, pero nadie sabía cuánto podía valer el trozo de montaña que le habían dejado. Quizá fuera un trozo muy pequeño y sin valor, pero también podía ser uno muy grande y él no sabía su valor. No parecía muy interesado en eso.

A ella le encantaba que él fuera capaz de salir adelante así... y que estuviera dispuesto a que

ella se quedara cuando no podía valerse por sí misma. Además, ella representaba todo lo que él quería olvidar, el pasado que había querido dejar atrás.

Cuando Ian volvió, echó unos leños a la estufa, desenrolló el jergón, apagó la luz y se tumbó. Al cabo de unos minutos de silencio en la oscuridad, oyó su voz.

—Siento haberte asustado. No rujo muy a menudo.

Ella esbozó una sonrisa y se arropó con la colcha. Hacía mucho tiempo que no estaba tan contenta.

Por la mañana, cuando se despertó, Ian y la camioneta habían desaparecido. Se puso los vaqueros y las botas y salió al cuarto de baño. A medio camino, oyó un graznido. Miró al cielo y vio la majestuosa belleza de un águila americana.

Marcie durmió mucho durante los dos días siguientes. No sólo estaba luchando contra la gripe, sino que no había nada que hacer. Ian volvía a primera hora de la tarde y se dedicaba a sus tareas, su trabajo. Siempre llevaba comida y cocinaba algo para la cena; como alubias con codillo o tallarines con salsa de tomate de lata. También cortaba leña, cargaba la camioneta y cuando entraba, se aseaba en el fregadero. Ella se despertaba de una larga siesta y se lo encontraba con la ropa de estar en casa; pantalones de pijama, calcetines y camiseta.

Una tarde, ella se dio la vuelta en el sofá, abrió los ojos y lo vio desnudo delante del fregadero. Parpadeó un par de veces ante la visión de su espalda delgada y musculosa rematada por una coleta que le caía entre los omóplatos, sus piernas largas y su trasero apretado. Estaba bañándose y se pasaba un paño enjabonado por debajo de los brazos y alrededor del cuello. Ella, con un grito de vergüenza, se dio la vuelta y se quedó mirando hacia el respaldo del sofá. Él no dijo nada, pero ella oyó que se reía; una risa profunda que le retumbó en la cabeza durante horas. Cuando se sentaron a la mesa a cenar, estaba roja como la salsa de los tallarines. Era una tontería que se hubiera desconcertado por haberlo sorprendido lavándose algo más que las manos; al fin y al cabo, olía bien y siempre estaba aseado. Tenía que hacerlo en algún momento y en algún sitio y no podía excusarse para ir al aseo. Ella se lavaba la cara y los dientes cuando él estaba fuera, pero él no podía hacer otra cosa; ella estaba siempre en el desvencijado sofá. Habría sido una delicadeza por su parte avisarle de que iba a lavarse para que pudiera cerrar los ojos, pero Ian nunca haría algo así. Era su cabaña y él era un hombre. Siempre le había impresionado que los hombres pudieran pasearse desnudos, orgullosos como leones e indiferentes a que los vieran y juzgaran.

Cenaron juntos y hablaron un poco, pero no mucho.

—Normalmente caigo rendido después de cenar. El día empieza muy pronto para mí — comentó él cuando terminaron la cena.

Aunque había estado dormida casi todo el día, se quedaba dormida otra vez después de estar un rato tumbada en la oscuridad y no se despertaba hasta la mañana siguiente, cuando él ya no estaba.

Las conversaciones de la cena eran un entretenimiento maravilloso para ella y algunas veces conseguía que él hablara de cosas que ella llevaba mucho tiempo preguntándose, pero siempre había un límite que él no cruzaba. Cuando ella empezaba a hablarle de la familia de Bobby, él

cerraba los ojos brevemente para transmitirle que no podía entrar ahí. Todo el asunto de Faluya que había dejado inválido a Bobby y mentalmente conmocionado a Ian era implanteable.

—He visitado a tu padre —le dijo ella en un rasgo de valentía durante la cena.

Ian la miró con sus ojos marrones y un destello color ámbar.

—Está muy enfermo —añadió Marcie.

Ian se limitó a mirar su plato y a meterse unas patatas cocidas en la boca.

—No es muy simpático —siguió ella haciendo acopio de valor.

Ian se rió con un tono sarcástico.

—No lo es, ¿verdad?

—Di por supuesto que se debe a la edad, la enfermedad...

—No lo des por supuesto. Nunca ha sido de trato fácil.

—Pensé que quizá fuera porque no se encuentra bien...

Ian la miró con enojo.

—Mi padre y yo nunca nos hemos llevado bien. Precisamente por eso, porque es antipático.

Ella tomó un poco de patata, pero le costó tragarla.

—Pensé que querrías saberlo.

Él tomó aliento y ella pudo captar que tuvo que hacer un esfuerzo para hablar con calma.

—Mira, yo no le preocupo, ¿de acuerdo? No pasa las noches en vela preguntándose dónde estoy y qué será de mí.

—Pero si él está enfermo...

—Marcie, mi madre murió cuando yo tenía veinte años. Periódicamente me interesaba por él, pero lo cierto es que no me escribió ni llamó durante siete años. Siete.

—¿Tú lo llamaste? —preguntó ella después de tragar saliva.

—Sí —contestó él mirando al plato otra vez—. Sí.

—Tuvo que dolerte.

Se hizo un silencio muy largo.

—Quizá cuando era más joven —fue todo lo que replicó él.

—¡Qué viejo tan necio! —exclamó ella mientras revolvió el plato con rabia—. ¡Qué idiota! Siento haber sacado el tema.

—No lo sabías.

—Sólo puedo decir que él se lo pierde. Nada más.

Ian, en silencio, terminó su comida, se levantó y empezó a fregar los platos en el fregadero.

—Es hora de acostarse —dijo para dar por zanjada la conversación.

Era su cuarto día de estancia en la cabaña de Ian. Seguía tosiendo, pero se sentía mucho mejor, lo suficiente como para empezar a estar aburrida. Se levantó después de que Ian se hubiera marchado, comió pan con miel, fue a la caseta, bebió un café templado que Ian había dejado sobre la estufa e intentó leer un libro de la estantería. No sabía la hora que era cuando volvió a salir.

El aire era transparente y cortante, el cielo estaba azul y el suelo cubierto por varios centímetros de nieve compacta. Ni siquiera se había preocupado por ponerse los vaqueros,

aunque sí se puso la camisa. Llevaba las piernas desnudas desde las botas, que le llegaban a las pantorrillas, hasta el borde de la camisa de franela. Podría haber paseado un poco, pero el bosque era tan denso más allá de la parcela que le dio miedo. Sólo se atrevió a ir hasta la caseta.

Cuando llegó a la puerta, oyó un ruido que le puso los pelos de punta. Se dio la vuelta y vio un animal entre dos árboles de la primera línea. Lo miró fijamente, con los ojos fuera de las órbitas, y el animal siseó, se encorvó y le enseñó las fauces. Era una especie de gato grande, como un gato montes de color marrón sin manchas. Nunca había visto uno igual, excepto en el zoológico. Miró a la caseta y a la cabaña. Entonces, el gato se lanzó a toda velocidad. Ella alcanzó la caseta de dos zancadas, entró y cerró de un portazo. Se sentó en el asiento para serenarse. Se oyó un golpe como si el animal se hubiera abalanzado contra la puerta y empezó a arañarla entre bufidos.

Hacía frío, pero le pareció preferible morir congelada que despedazada por un gato salvaje. Intentó ponerse cómoda, pero el frío se colaba por la camisa de franela y le helaba el trasero. Había sido una estúpida por no ponerse los pantalones, pero no había contado con tener compañía. Se miró la muñeca; naturalmente, tampoco llevaba el reloj. Llevaba cuatro días con la camisa de Ian y había dormido, comido e ido a la caseta con ella. Se pasó la mano por el pelo y le pareció que tenía los rizos cobrizos de punta. Se había lavado los dientes y cambiado las bragas, pero nada más. Tenía que parecer una vagabunda, una indigente que se escondía en la caseta de Ian.

Volvió a mirarse la muñeca y se estremeció. Empezó a contar mentalmente para calcular el paso del tiempo. ¿Cuánto esperaba un gato de éstos a sus presas? Él iba cubierto de piel y eran adversarios en desigualdad de condiciones. Empezó a pensar. Si abría la puerta y no lo veía, ¿se lanzaría a una disparatada carrera hacia la cabaña? Sin embargo, antes haría lo que había ido a hacer para no tener que utilizar el orinal azul.

Cuando terminó, se quedó un rato más sentada en silencio. Luego, abrió lentamente la puerta, maldijo los chirriantes goznes y asomó la cabeza. No vio nada y salió con mucho cuidado. Oyó un bufido y vio al gato merodeando por el cobertizo. Volvió a entrar y cerró con otro portazo.

—¡Mierda! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Mierda, mierda y mierda!

Levantó las piernas hasta apoyar los talones en el asiento y se pasó la camisa por encima de las rodillas. En la caseta no había nada que le sirviera para defenderse, como tampoco había nada que pudiera leer, ni siquiera una revista de deportes o camionetas. Ian no tenía nada innecesario. Hasta los libros que tenía los sacaba de la biblioteca. Pronto empezó a tiritar de frío. Encima, empezó a toser y aunque intentó dominar la tos o amortiguarla con la manga, el gato podría oírla y saber que su presa seguía viva y atrapada. Se resignó a morir congelada. No recordaba nada de la otra vez que casi se muere congelada, lo que significaba que no había sufrido.

Entonces, oyó la camioneta de Ian que llegaba por el camino. El petardeo del motor era inconfundible. Se levantó de un salto porque lo primero que pensó fue que el felino podía atacarlo. Apoyó la oreja en la puerta de madera. No oyó nada salvo el chirrido de la puerta de la camioneta. Abrió la puerta de la caseta de golpe y empezó a gritar.

—¡Ian! ¡Cuidado, hay...!

Se quedó muda ante el rugido y la aparición del gato delante de la puerta. Volvió a meterse inmediatamente con un grito e inexplicablemente feliz de que el animal hubiera ido a por ella y no a por el desprevenido Ian.

Pensó que ella estaba atrapada en la caseta y él en la camioneta o en la cabaña. Además, hacía un frío espantoso. Era paradójico, pero hacía poco había echado de menos un microondas.

Sin embargo, unos segundos más tarde se oyó un estruendo que la dejó sin aliento. Luego, la puerta se abrió bruscamente y apareció Ian con los ojos desorbitados y un rifle enorme en la mano.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó él.

—No lo sé —contestó ella—. Me ha parecido una eternidad.

Él puso un gesto de cierta timidez.

—¿Has terminado lo que tenías que hacer?

Ella soltó una carcajada, empezó a toser y a reírse otra vez.

—Sí, Ian. ¿Puedo irme a casa, por favor?

—¿A casa? Marcie... ese gato...

—A la cabaña, Ian —ella se rió—. Por todos los santos, ¿no tienes sentido del humor?

—No tenía nada de gracioso. No sé qué hacía por aquí. No tengo comida fuera ni animales pequeños...

—Estaba merodeando por el cobertizo. A lo mejor, le gusta la sopa de pollo...

—Nunca había pasado algo así. Es un atrevimiento acercarse a donde la gente puede verlo, enfrentarse a él...

—¿Qué era?

—Un puma —contestó él—. Un felino de las montañas.

—Ya sabía que era un felino —ella se detuvo bruscamente—. No le habrás hecho nada, ¿verdad?

—¡Marcie! ¡Quería devorarte! ¿Te preocupa su alma o algo así?

—Yo sólo quería que se marchara —le explicó ella—. No quería que muriera.

—Sólo lo he asustado —le tranquilizó él mientras la acompañaba a la cabaña—. Si se hubiera tratado de tu vida o la suya, ¿habrías podido dispararle?

—No —contestó Marcie.

—¿No...?

—Bueno, nunca he disparado un arma, así que prefiero no verme en la situación. Si hubiera tenido un rifle como ése entre las manos, seguramente te habría disparado a ti o a la cabaña... Pero era más bien pequeño. Tienes una sartén grande de hierro, ¿verdad?

—¿Para qué?

—En el futuro iré a la caseta con algo para defenderme. Bateaba muy bien en béisbol.

Él se paró y la miró fijamente.

—Por favor, tienes el orinal.

—Sí, pero hay ciertas cosas que una señora mantiene en privado aunque le cueste la vida.

Él sonrió, sonrió sinceramente.

—¿De verdad?

Capítulo 6

Al día siguiente, cuando Ian llegó a la casa, encontró a Marcie delante del fregadero con la camisa de franela y las botas; sin pantalones. Quizá llevara bragas, pero prefirió no imaginárselo. Estaba frotándose la cara con el paño y tenía el pelo tan enmarañado que parecía la peluca de un payaso. Dejó el saco en la mesa.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó él.

—Sí, pero daría cualquier cosa por tener el pelo limpio.

—¿Quieres lavarte el pelo?

—He estado tentada, pero no sabía si era una buena idea tener la cabeza mojada y fría. El agua que sale de la bomba está helada.

Él se rió.

—No puedo creermelo que no te lo hayas imaginado después de los días que llevas aquí. No te fijas mucho en los detalles, ¿verdad? Así que es un buen día para darse un baño.

—¿Te has bañado alguna vez desde que estoy aquí?

—Reconozco que he estado posponiéndolo y que me he apañado con un barreño de agua caliente en el fregadero, pero no sólo porque estuvieras aquí. ¿Te habías dado cuenta de que hace un poco de frío?

—Había visto la bañera, claro, pero no sabía cómo...

—Tienes razón, no estás acostumbrada a llenarla. Lo haremos de la siguiente manera. Pondré un barreño con agua al fuego y otro encima de la estufa, se calienta mucho más deprisa, y llenaremos el fregadero para que te laves el pelo. Mientras te lo lavas, pondré otra vez el barreño con agua en la estufa. Cuando tengas el pelo limpio, tendremos dos barreños con agua casi hirviendo para la bañera. Añadiré un poco de agua fría y podrás bañarte. No puedes entretenerme, la bañera es pequeña y se enfría, pero puedes limpiarte con agua caliente.

—Eres muy generoso, ¿harías todo eso por mí?

—Por los dos, Marcie. Yo me bañaré después que tú. Además, mañana pasaré por la lavandería y lavaré la ropa sucia. Puedo llevar la ropa tuya que quieras...

Ella bajó la cabeza y se mordió el labio inferior.

—¿Qué pasa? ¿No quieres darte un baño? —le preguntó Ian.

—Me muero de ganas —contestó ella—, pero... me he percatado de que no hay ninguna habitación con una puerta y también me he dado cuenta de que no parece importarte mucho.

Él esbozó una sonrisa.

—Cargaré la camioneta con la leña para mañana mientras te bañas —dijo él al cabo de un rato.

Ella lo pensó un segundo.

—Yo puedo quedarme en mi coche mientras tú te bañas.

—No me parece buena idea. Tu coche es un montón de nieve, por no decir nada de los pumas...

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Puedes echarte una siesta, leer mi libro o cerrar los ojos. También puedes mirar, sería lo más apasionante de tu vida...

Ella se puso en jarras.

—Te daría igual, ¿verdad?

—La verdad es que sí. Un baño es un asunto muy serio cuando es tan trabajoso... y muy rápido en invierno.

Empezó a reírse.

—¿Qué te parece tan gracioso? —preguntó ella con cierto enojo.

—Estaba pensando que hace tanto frío que no verías gran cosa.

Ella se sonrojó y fingió no haberlo entendido.

—Pero en verano puedes quedarte toda la tarde en la bañera.

—En verano, me baño en el arroyo —él sonrió—. ¿Por qué no te quitas esos nudos del pelo? Pareces una medusa.

Ella lo miró fijamente un momento.

—No coquetees conmigo. No te conviene nada.

Ella tosió varias veces para recordarle que tenía gripe. También tapó lo que resultó ser una carcajada de él.

—Tómame la medicina —le aconsejó él mientras llenaba el barreño de agua—. Eso tiene muy mala pinta y a mí, desde luego, no me interesa.

Tardó más de media hora en llenar el fregadero de agua caliente. Ella se remangó la camisa y sacó el champú de la bolsa de lona. Él extendió una mano.

—¿Qué...? —preguntó ella.

—Pon la cabeza en el fregadero. Yo lo haré.

—¿Por qué?

—Porque para ti será difícil saber si te has aclarado todo el jabón. Será más fácil y rápido si lo hago yo.

Ella tomó la toalla que él había dejado en la encimera, se tapó la cara con ella y se inclinó sobre el fregadero. Notó que él le echaba agua caliente por el pelo y empezaba a enjabonárselo. Sus manos curtidas eran lentas y delicadas y las yemas de los dedos le masajearon maravillosamente la nuca. Cerró los ojos e hizo un esfuerzo para no dejar escapar un gemido de placer.

—No irás a ofrecerte para depilarme las piernas también...

Sus manos se detuvieron súbitamente y se hizo un silencio. Ella pensó que quizá lo hubiera ofendido por algún motivo.

—Marcie —dijo él por fin—, ¿por qué ibas a depilarte las piernas?

—Tienen pelos.

—¿Y qué? ¿A quién va a importarle?

Ella lo pensó un segundo. Estaba en el pico de un monte dejado de la mano de Dios con un hombre que parecía un oso y en una cabaña que ni siquiera tenía agua corriente. ¿Por qué iba a depilarse las piernas y las axilas?

—A mí —contestó ella en un susurro.

Él resopló y empezó a aclararle el pelo. Mientras ella estaba secándose con la toalla, él fue al baúl, sacó una camisa limpia y se la dio a ella. Era una vieja camisa de tela vaquera con el cuello y los puños desgastados y botones distintos.

—Ponte ésta. La de franela tiene que pasar por la lavandería —le aclaró él.

Ian se dio la vuelta, ella se la quitó y la olió disimuladamente.

—Muy sutil... —dijo ella en voz muy baja.

Cuando él llenó la bañera y los barreños, para calentar el agua de su propio baño, la dejó sola.

Marcie pudo oírlo silbar y lanzar los leños a la camioneta mientras ella, naturalmente, se depilaba las piernas... y las axilas. Los silbidos no eran sin ton ni son, silbaba muy bien. La melodía se distinguía claramente y de vez en cuando dejaba escapar unos trinos y todo. Ella echó de menos que cantara, pero ese día sólo silbó.

Cuando volvió dentro, ella se había puesto la camisa limpia. Estaba desconcertada porque los botones eran distintos, pero comprendió que cambiaba los botones a medida que se le caían para que la ropa le durara lo más posible. Era un hombre muy singular. Vivía aislado y de una forma agreste, con el pelo y la barba desaliñados, pero cuidaba casi con mimo la ropa vieja.

Para su sorpresa, él repitió sus movimientos casi exactamente y se inclinó sobre el fregadero para lavarse el pelo y la barba mientras se calentaban los barreños de agua, pero lo hizo con el pecho desnudo. Ella intentó leer el libro, pero no pudo dejar de mirar por encima de las cubiertas para observar con detenimiento su espalda enorme y su trasero prieto. La ropa le tapaba lo bien que mantenía el cuerpo, pero tenía el cuerpo de un dios. Tampoco era de extrañar con el trabajo que hacía. No paraba de cortar árboles y hacer leña que luego cargaba en la camioneta, para luego descargarla cuando la entregaba. Cuando lo vio la otra vez, se dio la vuelta demasiado deprisa y no pudo apreciar su físico. A juzgar por su melena y su barba, había esperado que fuera como un gorila, con pelo en la espalda, pero sólo tenía algo de pelo en el pecho, duro como el pedernal. También tenía unos bíceps como melones pequeños, una espalda ancha y musculosa y una cintura estrecha. Tenía un tatuaje en la parte superior de cada brazo; un águila en el derecho y las letras USMC en el izquierdo, las iniciales de los marines.

Se alisó el pelo hacia atrás y se peinó la barba con un cepillo mientras el agua de su baño seguía calentándose. Ella entendió por fin para qué eran esos barreños tan grandes que amontonaba junto al armario de la cocina; no eran para hacer grandes comidas, ya que vivía solo, sino para calentar agua.

Evidentemente, él se arreglaba la coleta y la barba muy de vez en cuando y ella se preguntó si realmente se las arreglaba alguna vez o dejaba que crecieran sin más hasta que le llegaran hasta la cintura. El pelo y la barba eran tupidos y rizados. El pelo de la cabeza era castaño claro y el de la barba rojizo. Cuando fruncía las cejas, también marrones, parecía un bárbaro. Quizá sólo fuera una manera más de ocultarse y pasar de incógnito en aquellas montañas.

Marcie se tumbó en el sofá con el libro apoyado en las rodillas. Cuando él echó el agua en la

bañera y empezó a soltarse el cinturón, ella se hundió en el sofá con el libro casi encima de la cara para evitar cualquier mirada accidental. Oyó que él se reía levemente antes de hablar.

—Te avisaré cuando haya terminado.

Ella oyó el chapoteo y no habían pasado ni diez minutos cuando él volvió a hablar.

—Ya he terminado.

Ella, sin embargo, le dio otros dos minutos. Era perfectamente capaz de engañarla.

Cuando él reunió la ropa sucia y la metió en la bolsa de la lavandería, ella le dio un par de pantalones vaqueros, cuatro pares de calcetines, dos camisetas y algunos pantalones de algodón. La ropa interior se la quedó para lavarla ella.

Después de que Ian se marchara a la mañana siguiente, ella puso un barreño con agua al fuego y cuando estuvo caliente, lavó la ropa interior en el fregadero. Luego, puso las bragas y los sujetadores en el borde de la bañera para que se secaran con el calor de la estufa. Sintió la imperiosa necesidad de ir a la caseta, pero se llevó la sartén de hierro. Luego, cansada y tosiendo, se tomó la medicina y echó una cabezada.

Él entró con una caja de cartón grande y rectangular que contenía ropa perfectamente doblada. La dejó encima de uno de los baúles y levantó una de las bragas que había en el borde de la bañera.

—Espero que empieces a sentirte mejor, porque creo que no estoy preparado para esto — comentó él—. El viejo Raleigh estará revolviéndose en la tumba.

Ella se levantó de un salto, agarró la ropa interior y la guardó en la bolsa de lona aunque no estaba completamente seca.

La cena consistió en patatas cocidas, huevos frescos y poco hechos y unas lonchas gruesas de jamón. Hablaron un poco mientras comían, sobre el día de él, sus clientes y esas cosas, pero luego, antes de que ella pudiera hablar de lo que la había llevado allí, él dijo que había llegado el momento de estar en silencio para que pudiera leer un rato antes de acostarse. Ella lo aceptó sin rechistar; había vivido mucho tiempo solo y eso no significaba que fuera antipático o inhumano. Empezó a apreciar las pequeñas cosas, como cuando él se reía de vez en cuando. No podía decirse que fuera una risa propiamente dicha, pero le divertían sus comentarios ingeniosos. Él también le sonreía de vez en cuando y tras esa barba imponente tenía unos dientes preciosos. Sin embargo, empezaba a sentirse sola y se preguntó si podría soportar su silencio.

Una tarde, presenció algo realmente extraordinario. Él había estado silbando mientras cargaba la camioneta con leños y, de repente, empezó a cantar. Al principio lo hizo suavemente, pero fue cantando cada vez más alto y esa voz increíble hizo que se le alterara el pulso. Hasta que no oyó nada más, ni los golpes de los leños ni su voz cantando. Sin embargo, la puerta no se abrió. Pensó que habría ido a la caseta, pero fue pasando el tiempo. Abrió la puerta de la cabaña y miró alrededor. Vio a Ian junto al cobertizo. Estaba delante de un ciervo enorme y con la mano extendida. El animal estaba comiendo de su mano mientras Ian le hablaba suavemente y le acariciaba la cabeza.

Se quedó paralizada observando en silencio a Ian y el ciervo, como si fueran dos amigos que pasaban ese rato en silencio y compañía. Ese hombre tenía una delicadeza que apaciguaba a los animales más asustadizos. Ella se preguntó si alguna vez disfrutaría de esa faceta suya. ¿Acaso sólo rugía a las personas que lo asustaban? Ella, cuando llegó, lo asustó con el pasado. Había tenido mucho cuidado de no hacerlo otra vez. Con un poco más de tiempo y confianza, sacaría

esos asuntos con cautela. No quería hacerle daño por nada del mundo. Sabía que era una buena persona. ¿Cómo era posible que un padre hubiera dado la espalda a ese hombre?

El ciervo retrocedió un par de pasos, giró la cabeza, y desapareció entre los árboles. Ian volvió a su trabajo y la vio allí de pie.

—Has visto a mi amigo *Buck* —le explicó él mientras se acercaba a ella—. Siempre llevo una manzana en el bolsillo cuando trabajo aquí fuera. A veces se presenta. Si la manzana empieza a estropearse antes de que él llegue, me la como.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Marcie maravillada.

—No tiene ningún truco. Lo encontré cuando era joven. Un cazador lo había herido y estaba alejado de su madre, desconcertado y sangrando. Yo lo llevé conmigo. El viejo, Raleigh, dijo que ya no veía bien y que no podía hacer nada por él, pero que yo podía curarlo, cuidarlo, darle un par de manzanas y soltarlo. Es lo que hice. Lo encerré en el cobertizo, lo alimenté con manzanas, le di de beber y cuando estuvo bien, lo solté. Eso es todo.

—Y él vuelve.

—No con periodicidad. Me alegro de que no se lo haya contado a sus amigos.

Marcie, conmovida, se llevó la mano al pecho.

—Ian, es increíble.

—Marcie, no te pongas sentimental. Si hubiera tenido un congelador, a lo mejor lo hubiera matado.

—No lo habrías hecho.

—Me gusta el venado —él sonrió—. ¿A ti no?

Ella se acordó del plato de venado que le dio Jack y cómo se deshizo en su boca.

—¡Nada! —mintió ella antes de darse la vuelta y entrar en la casa entre las risas de Ian.

A media mañana, Marcie oyó un motor y supo que no era Ian. Abrió la puerta de la cabaña y vio a la enfermera. Mel se bajó del enorme todoterreno con un maletín en la mano.

—Hola —la saludó Mel—. Ya te sentirás mejor.

—Mucho mejor, gracias. ¿Has venido sola?

—Pensé en pasar por aquí para ver qué tal estabas —contestó ella mientras se acercaba a la puerta.

—No se pasa por aquí —replicó Marcie riéndose—. Me acuerdo de lo difícil que es encontrar este sitio. Entra, pero me temo que no puedo darte té y galletas.

—Marcie... he hablado con tu hermana. Pensé que debía contártelo.

—¿Se puso como un basilisco? ¿Se desquició completamente?

—Completamente... no —Mel se rió un poco—, pero tiene una opinión bastante cruda sobre este asunto. Te lo contaré.

Marcie le señaló la mesa con las sillas y Mel se sentó. Fue directa al grano.

—Creo que hice lo que me pediste. Le dije que habías encontrado a Ian Buchanan, que estabas visitándolo, que pensabas quedarte un tiempo y que la llamarías cuando fueras al pueblo. Creo sinceramente que no dije nada más. Ella quiso saber por qué no estabas de vuelta en casa si ya lo habías encontrado y hablado con él.

—Dichosa entrometida. No, dichosa hermana —Marcie apoyó la cabeza en la mano—. Porque me puse enferma, pero no quería que ella lo supiera. Se presentaría aquí con una ambulancia. Puede mover montañas si se lo propone. Sería capaz de movilizar a la Guardia Nacional.

—A mí me pareció lo mismo.

—Sin embargo, esta gripe ha sido toda una bendición. Es difícil acercarse a Ian y está acostumbrado a no hablar con nadie. Él se ha acostumbrado un poco a mí al tenerme unos días. Hemos ido desvelando nuestras vidas particulares sin hablar de la guerra, de mi difunto marido, lo que hizo que abandonara los marines y su casa... Sin embargo, estoy acercándome. Como está atrapado conmigo, nos vamos conociendo. En realidad, conociéndonos otra vez; nos tratamos brevemente después de que hirieran a Bobby, mi marido. Estoy intentando cimentar la confianza y la amistad. Un día de éstos me hablará de verdad.

—¿Y...?

Marcie se encogió de hombros.

—Mel, no sé por qué tuve que venir aquí como vine. Sencillamente, no podía vivir sin hacerlo. Cuando entienda al hombre que le salvó la vida a mi marido...

—Espera un momento —la interrumpió Mel—. ¿Le salvó la vida a tu marido?

—Mmm... ¿No se lo dije a Jack?

—Creo que no. Al menos, Jack no me lo ha contado a mí.

—Lo hizo. Se jugó la vida para salvar a Bobby y, además, lo hirieron por hacerlo. Ian no tiene la culpa de que Bobby viviera con unas incapacidades tremendas. Yo le agradezco que hiciera todo lo que pudo. No sé si puedes entenderlo, pero aunque Bobby vivió demasiado tiempo con un cuerpo inútil y sin saber lo que pasaba a su alrededor, yo... —Marcie miró hacia otro lado y se tragó las lágrimas—. Yo pude estar con él un poco más. Estoy muy agradecida por el tiempo que pasé con él. Aunque pueda parecer injusta con Bobby.

Mel tomó una bocanada de aire. Jack era su segundo marido. Se quedó viuda cuando perdió a su marido anterior en un crimen espantoso. Ni siquiera era capaz de comentarlo en ese momento, pero puso la mano en el brazo de Marcie.

—Lo entiendo perfectamente.

—Hay más. Por ejemplo, lo que sentía Bobby hacia Ian, lo mucho que lo admiraba. Bobby creía que Ian era el hombre más magnífico que había existido, quería ser como él. Sin embargo, ese hombre magnífico se alejó de todo y de todos. No tiene sentido. Además, hay otra cosa, una tontería. Los cromos de béisbol. Los dos coleccionaban cromos de béisbol desde niños y cuando iban por el desierto expuestos a las bombas y los francotiradores, hablaban de esos ridículos cromos. Hay cosas que quiero saber. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —contestó Mel con una sonrisa.

—Intenté explicárselo a Erin, pero ella no lo entendió. Creo que porque yo soy su principal preocupación. Sólo piensa en mantenerme a salvo y en que no sufra más de lo que he sufrido durante los últimos años. Sé que es posible que Ian nunca se abra a mí y tengo que estar preparada. Ha sido muy claro; no quiere hablar de nada que tenga que ver con eso. Pasara lo que pasase, le dejó un agujero muy grande en el corazón.

—Muy bien —Mel apoyó los codos en la mesa—. Yo no tengo mucha experiencia en estas cosas, pero sí alguna. Yo también tengo un marine que ha estado demasiado tiempo en la guerra

y tiene un lado vulnerable e inestable. No conozco todos los resortes. No me gustaría que corrieras algún peligro cuando decidas plantear todas esas cosas...

—Él no va a estallar —replicó Marcie—. En realidad, creo que él no lo sabe, pero no es un hombre atormentado. Quizá lo fuera hace unos años y esos recuerdos todavía le perturban, pero ahora es un hombre que vive en las montañas... una vida sencilla y solitaria. Es menos complicado de lo que parece. Al menos, eso pienso yo.

—Ya... canta —dijo Mel con otra sonrisa.

—No sólo eso. Me habla de otras cosas. Del viejo que le dio la cabaña y del ciervo que viene a visitarlo. Me lavó el pelo. Calentó agua para que pudiera bañarme. Va a la biblioteca y lee todos los días. No lee libros sobre cómo hacer bombas o venenos, tiene un montón de biografías. Es un hombre inteligente. Tiene sentido del humor, aunque no quiere que yo me dé cuenta; estoy segura de que cree que yo podría tener la impresión equivocada de que lo pasa bien conmigo.

—Aun así...

—No es impulsivo ni salta por cualquier cosa —le tranquilizó Marcie—. Por algún motivo, cree que lo mejor para él es estar solo. Acabará descubriéndolo.

—Marcie, creo que tu hermana ya no aguanta más esto. Dio a entender que debería venir a buscarte.

—¿Le dijiste que no lo hiciera? —preguntó Marcie con tensión.

—Le dije que te había visto y que estabas bien, pero mentí; no estabas bien. Tenías fiebre, tosías y...

—Y estaba perfectamente. ¡Estoy bien! ¡Incluso me he depilado las piernas! —Mel se puso rígida con una mirada de asombro—. Era una broma... Yo quería depilármelas y él me preguntó que a quién iba a importarle aquí, en el bosque. Sin embargo, están depiladas, faltaría más.

—¿Estás a gusto? —preguntó Mel con una sonrisa.

—Bueno, no hay nevera ni agua corriente —contestó Marcie—. Ian se marcha desde antes de las seis de la mañana hasta primera hora de la tarde, cuando se pone a cargar otra vez la camioneta, de modo que no lo veo hasta la hora de la cena, que es pronto. Siempre cocina algo y charlamos mientras cenamos. Luego, quiere silencio para poder leer antes de acostarse. Estoy sola y me gustaría ver alguna serie. Echo de menos mis CDs y DVDs favoritos... ¿A gusto? Lo sobrellevo... pero mejor que cuando estaba buscándolo y dormía en el coche, aun así...

—¿Dormías en el coche? —le preguntó Mel espantada.

—Estaba quedándome sin dinero y no lo había encontrado. No podemos decírselo a Erin...

—Eso no es un asunto médico —le avisó Mel.

—Seguro que lo es; seguro que contribuyó a que cayera enferma.

Mel sonrió, se agachó y recogió su maletín.

—¿Puedo tomarte la temperatura, mirarte la garganta y auscultarte?

—Claro... No acabo de quitarme la tos, pero me siento muy bien.

Mel se puso manos a la obra.

—Creo que deberías decirle a Ian que tienes que hacer una llamada telefónica y hablar con tu hermana —le recomendó mientras la reconocía.

—Puedo conducir. Iré...

—¿Tienes neumáticos para la nieve o cadenas?

—Bueno... no... pero...

—¡Marcie! Ese Volkswagen que tienes se caería por la montaña a las primeras de cambio. No tiene peso ni tracción. Hasta que se seque todo un poco, que te lleven al pueblo en algo más pesado, como esa camioneta vieja y grande de Ian. Si no, también puedes decirme cuándo quieres ir al pueblo y vendré a recogerte... pero te aseguro que es un disparate que vayas al pueblo en ese Volkswagen. Podría ser una catástrofe. Además, me parece que está enterrado...

—Ya. Se lo comentaré dentro de un día o dos...

—Estás curada. Vigilaremos la tos y tómate el expectorante que te dio el doctor, pero el pecho suena bien y me temo que es bastante normal que la tos dure más. Todavía tienes la garganta irritada y los pulmones necesitan drenarse un poco.

—Por cierto, ¿no hubo alguna factura por la visita y las medicinas?

—Está saldada —contestó Mel mientras guardaba las cosas.

—¿Ian...?

—Sí, la verdad. Creo que pudo ser una cuestión de orgullo. ¿Por qué no vienes un par de horas al pueblo? Evitará que te vuelvas loca. El bar abre desde temprano por la mañana hasta las nueve o diez de la noche. La gente entra y sale todo el día. Puedes usar el teléfono que hay allí o el de la clínica.

—No es una mala idea. Mel, ¿y el árbol? El árbol de Navidad. ¿Está terminado?

—Casi. Queda muy poco. Como sabes, es enorme, pero está precioso —añadió Mel con una sonrisa radiante—. No se lo digas a Jack, pero me monté en la plataforma hidráulica cuando él estaba haciendo unos recados por ahí. Fue fantástico.

Marcie esperó a la cena para sacar el asunto de la visita al pueblo. Quiso elegir el momento adecuado. Ni muy al principio ni cuando él estuviera a punto de acabar y se levantara con su plato vacío para fregarlo.

—¿Virgin River te pillará de camino cuando vas a vender leña? —preguntó Marcie a mitad de la cena.

Él levantó la mirada con los ojos clavados en ella y las cejas arqueadas.

—¿Por qué lo preguntas?

—Si no fuera mucha molestia, me gustaría pasar por el pueblo. Debería llamar a mi hermana. Pedí a Mel, la enfermera, que la llamara y le dijera que estoy aquí contigo, que no hay teléfono y que la llamaría cuando fuera al pueblo. Debería hacerlo para que no se preocupe.

—¿Es la hermana que cree que eres imprudente y estás loca? —preguntó él.

—La misma —contestó ella con una sonrisa.

Ian se dejó caer contra el respaldo de la silla y dejó la cuchara en el plato con un guiso de carne y arroz.

—Si te encuentras mejor, deberías ir pensando en volver a tu casa. Me has encontrado y me has dicho lo que querías decirme.

Ella se mordió el labio inferior un segundo. Luego, lo miró a la cara con sus brillantes ojos verdes.

—Ian, necesito que me ayudes. No digo que sientas lástima de mí... pero pasé mucho tiempo perdiendo a Bobby y llegué a pensar que cuando falleciera estaría preparada para pasar a la

siguiente fase de mi vida. Durante tres años estuve preguntándome qué haría cuando él no estuviera. Pensé en las posibilidades... estudiar, viajar, incluso salir con alguien. Tener las mañanas y las noches libres para... lo que fuese. Sin embargo, no ha dado resultado conmigo. Hace un año que se fue y estoy completamente bloqueada. No quiero hacer nada de lo que pensé. Es como si no pudiera seguir adelante... y no es sólo por el dolor. Es como si quedara algo pendiente. Estar aquí contigo... es lo acertado...

—Seguías aquí porque estabas enferma —replicó él con un tono de fastidio enorme.

—Ya, claro, no he estado demasiado enferma para no conocerte otra vez.

—¿Conocerme otra vez? ¿De qué estás hablando?

Ella bajó la mirada.

—Te conocí. No como Bobby... pero me hablaba de ti en sus cartas y luego tú y yo también nos escribimos. Sentí como si nos conociéramos; como si fuéramos amigos. Eras el vínculo...

Él golpeó la mesa con las manos abiertas y tanta fuerza que ella dio un respingo.

—¡Pero yo no quiero volver a todo eso!

—¡Lo sé! —gritó ella también—. ¿Acaso te he pedido que lo hagas? ¡Algunas veces puedes ser insoportablemente obstinado! ¿Cómo has conseguido salir adelante todo este tiempo sin poder pelearte con nadie? Sé que tienes... temas, pero ¿no puedes pensar en alguien que no seas tú durante cinco segundos? Hablamos y me ayuda a ver algunas cosas con perspectiva. Si quieres que me vaya, me iré, pero si me dejaras quedarme un poco, hasta que... ¡Mierda! —ella se pasó una mano por los mechones despeinados—. No sé hasta cuándo. Hasta que me parezca que no queda nada pendiente. Estaré encantada de pagar la comida, ayudar con las tareas o lo que sea. No puedo ir sola al pueblo para llamar a mi hermana porque mi escarabajo no tiene neumáticos de nieve ni cadenas —tomó aliento y tragó saliva—. Por eso tengo que quedarme.

Él esbozó una sonrisa.

—¿Estás segura de que no tienes nada más que decir?

Ella se apoyó en el respaldo y lo miró con recelo.

—Por el momento.

Él sonrió un poco más.

—Eres un poco cabezota, ¿no?

—Quién fue a hablar —contestó ella con la barbilla muy levantada.

Para sus adentros, pensó que gracias a serlo había podido superar lo peor de todo.

—No tienes que pagar la comida ni hacer ninguna tarea. No puedo entender cómo puede ayudarte en algo un viejo gruñón como yo.

—Bueno —contestó ella en tono conciliador y algo perpleja—, es por la forma de...

—Mañana voy a repartir leña. Saldré pronto con un cargamento, volveré vacío y cargaré la camioneta otra vez. Entonces, puedo llevarte al pueblo. Tardaré un par de horas en hacer esa entrega. Luego, te recogeré en el pueblo. ¿Qué harás todo ese tiempo?

—Me sentaré en el bar de Jack a beber café.

—Antes, tómate la medicina. Esa tos asusta a cualquiera.

Ella sonrió de felicidad.

—Gracias, Ian.

Entonces, ella se dio cuenta. Él podía resistirse, pero necesitaba repasar lo que pasó tanto como ella. Cuanto más teatralmente se oponía, más evidente era. Tenía que expulsar muchas

cosas de su pecho. Lo harían a su momento. Entonces, le enseñaría la carta de Bobby, le daría esos ridículos cromos de béisbol y volvería a casa sintiéndose más ligera.

Capítulo 7

Ian entró en Virgin River y se paró delante del árbol. Le pareció un árbol impresionante. Evidentemente, estaba decorado para los soldados y aunque parecía terminado, la plataforma hidráulica seguía detrás.

—Búscame dentro de dos horas y media —le dijo a Marcie—. No quiero tener que encontrarte.

—Estaré esperando —le aseguró ella mientras miraba el reloj—. Gracias.

Él asintió con la cabeza, la observó mientras subía los escalones del porche que llevaban al bar y se marchó lentamente del pueblo. Le costaba reconocérselo, pero tenerla cerca le proporcionaba una sensación extraña de bienestar y no sabía por qué. Ocuparse de ella hacía que se sintiera mejor por algún motivo. Darle de comer y protegerla también le venían bien. En realidad, era un embrollo. Si ella no hubiera estado, ni siquiera se habría preocupado por las comidas. Tres de cada cuatro noches, se abría una lata de algo, pero como ella estaba enferma y necesitaba comida caliente, había hecho un esfuerzo. Además, tenía que engordar algunos kilos. Estaba casi seguro de que buscarlo, dormir en el coche y comer poco la habían debilitado.

Saber que ella estaría esperándolo en casa para incordiarlo había hecho que se diera un poco más de prisa con su trabajo y sus tareas. No sabía por qué, pero estaba seguro de que no quería hablar de la guerra y de Bobby. Sólo de pensarlo notaba un vacío en el estómago y le dolía la cabeza. Sin embargo, tenía la sensación de que esa llamada a su hermana conseguiría que ella quisiera volver a su casa. Aun así, no tenía por qué preocuparse; ella se marcharía pronto independientemente de lo que dijera su hermana. No era como si ella hubiera acampado fuera de su cabaña para pasar las vacaciones; había gente esperando a que volviera. Por mucho que renegara de su hermana, al menos tenía una hermana que la quería. Además, cuando le pidió que la llevara al pueblo, dijo que se quedaría un poco más...

Era la primera relación que tenía en unos dos años. El viejo Raleigh no contaba, aquello había sido pura servidumbre. Si no le hubiera dejado media montaña, ni siquiera habría sospechado que le había agradecido que lo cuidara durante aquellos meses. Ian veía a gente periódicamente; trabajaba en la empresa de mudanzas cuando hacía buen tiempo, repartía leña, iba a la biblioteca, comía fuera de vez en cuando... La gente era amable con él y él era cordial, pero nunca había establecido una relación. Nadie le chinchaba como ella y le hacía reír aunque no quisiera.

También sabía qué había significado todo el asunto del puma; que ella abriera la puerta de la

caseta y le gritara como lo hizo. Tuvo miedo de que el animal lo atacara y se jugó el pellejo para avisarlo. Hacía muchísimo tiempo que no sentía que alguien se preocupaba por él. Quizá se tratara de que Marcie creía que lo apreciaba y era porque a Bobby le importaba, pensó él. Si se hubieran conocido de otra manera, no habría pasado lo mismo.

Sin embargo, eso le daba igual en ese momento. Le gustaba lo que sentía, por muy raro que fuera. Volvería a recogerla dentro de dos horas y media. Tenía que llevar leña a un dentista de Fortuna y había calculado el tiempo para no retrasarse. Con cada leño que amontonara, esperaría que la familia de ella no la convenciera para que volviera.

Eran las nueve y media de la mañana cuando Marcie entró en el bar y no había nadie. Oyó voces en la cocina. Iba a tener que entrar allí para hablar por teléfono, pero antes de empujar la puerta batiente llamó un par de veces con los nudillos.

—Pasa —respondió alguien entre las risas de una mujer.

Había cuatro personas alrededor de la encimera central. Eran dos parejas. Predicador, el cocinero, y Paige, la mujer que estuvo ayudando a decorar el árbol el primer día. Además, estaban Mike, el policía del pueblo, y una mujer muy hermosa de unos treinta años con una melena castaña que le llegaba casi hasta la cintura. Mike llevaba un delantal cubierto de azúcar en polvo verde y roja.

—Hola, Marcie —Mike la saludó con una sonrisa—. ¿Has encontrado a tu marine?

—¡Caray! —contestó ella con sorpresa—. La verdad es que Mel no cuenta nada. Lo encontré hace casi una semana.

Todos se intercambiaron unas miradas muy elocuentes y se rieron. Al parecer, todos conocían bien a Mel.

—¿Conoces a todos? —le preguntó Mike.

—Predicador, Paige, tú...

Él rodeó a la otra mujer con un brazo y la estrechó contra sí.

—Es Brie, la hermana de Jack —la besó en el cuello—. Mi novia.

—¿Qué tal...? —la saludó Marcie, envidiosa de tanto amor.

—Encantada —contestó Brie con una sonrisa.

—Bueno, ¿qué tal está el tipo ése? —preguntó Mike.

—Está bien —contestó ella—. Lleva casi cuatro años viviendo en el pico de un monte. Está bastante... aislado, pero nunca había visto algo tan bonito.

—¿Se alegró de verte? —preguntó Mike.

—Mucho —mintió ella—. Nos llevamos bien siempre que no hablemos de sus vivencias en Irak —se encogió de hombros—. Ha dejado que me quede un tiempo. Bueno —ella bajó la mirada—, me resfrié y se quedó atrapado conmigo. Estoy aprovechándome de él —volvió a levantar la mirada y sonrió—. Está siendo muy paciente. Verás, tengo que hacer una llamada a cobro revertido. Prometí a mi hermana que la llamaría cada dos días, pero Ian no tiene teléfono.

—Adelante —le ofreció Predicador—. Marca directamente, tenemos una tarifa plana para hacer llamadas a larga distancia.

—¿De verdad?

—Jack tiene cuatro hermanas y a su padre. Paige tiene amigas —se encogió de hombros—. Hacemos muchas llamadas. La tuya sale gratis si es dentro de Estados Unidos.

Paige rodeó la mesa de trabajo.

—Marcie, si quieres un poco de intimidad, puedes llamar desde nuestro apartamento.

—¿No te importa? —preguntó Marcie.

—En absoluto —contestó ella—. Acompáñame.

Marcie empezó a seguir a Paige, pero se paró y se dio la vuelta hacia el grupo.

—¿Estáis haciendo galletas de Navidad?

—Paige y Brie —contestó Mike—. Hoy tienen una reunión de mujeres aquí. Yo lo hago para que puedan reírse de alguien. Se me dan mejor los tacos y la carne asada.

—Afortunadamente, ya hemos hecho las galletas —comentó Brie entre risas—. Mike puede comerse lo que ha hecho él. Es un desastre. ¿Quién conoce a alguien que ni siquiera pueda glasear una galleta de Navidad?

—Vamos, Marcie —le dijo Paige tirándole de la mano—. El teléfono está por aquí.

La llevó a un apartamento pequeño con un dormitorio y una zona de estar justo detrás de la cocina. Paige señaló un teléfono inalámbrico que estaba en una mesita entre un sofá de cuero y una butaca.

—A tu disposición...

—Gracias, Paige. ¿Vives aquí?

—Era de Jack antes de que se casara con Mel y se mudaran a la cabaña de ella. Luego, me casé con John y...

—¿John? —preguntó Marcie.

—Bueno, todo el mundo lo llama Predicador, pero se llama John Middleton. Soy Paige Middleton —añadió con orgullo—. Haz la llamada y luego tomaremos café con galletas. Te daremos algunas para que te las lleves a casa.

Paige salió, cerró la puerta y la dejó sola. Era increíble, se dijo Marcie. Nunca había estado con gente como aquélla. Eran generosos y delicados a más no poder. ¿No le importaba que revolviere en sus armarios y cajones? No la conocían en absoluto, no sabían casi nada de ella y, sin embargo, todos la ayudaban para facilitarle las cosas. Suspiró. Ian debería tratar a gente como ésa más a menudo. Estaba convirtiéndose en un cascarrabias antes de tiempo.

Descolgó el teléfono y llamó al despacho de Erin. Contestó la secretaria, pero le explicó que Erin estaba en el tribunal. Marcie dejó escapar un resoplido de alivio.

—No importa. Barb. Dile que estoy bien y disfrutando mucho con mi visita y que volveré a intentarlo dentro de un par de días. Estoy segura de que lo agradecerá.

—¿Te va bien? —preguntó Barb.

—Perfectamente, pero estoy con un amigo en las montañas y no tiene teléfono. Sólo puedo llamar cuando vengo al pueblo. Pasarán un par de días hasta que pueda llamarla otra vez, pero dile que esto es maravilloso y que estoy pasándolo muy bien.

Luego, como era gratis, llamó al móvil de Drew. Él contestó a la tercera señal.

—Drew... Drew, lo he encontrado.

—Eso he oído —replicó él antes de reírse—. ¿Estás bien, Marcie?

—Muy bien —contestó ella, pero empezó a toser repentinamente—. Perdona, tengo algo de tos, pero el médico del pueblo me ha dado una medicina. Nada preocupante.

—No me parece que todo esté tan bien, Marcie. ¿Duermes en una casa con calefacción?

—Claro —ella se rió—. Además, él me hizo sopa de pollo y otras cosas. ¿Estás en clase? ¿Puedo hablarte de él sin que te pongas furioso?

—He salido de clase. ¿Por qué te preocupa que me ponga furioso? ¿Qué le pasa?

—Nada. Es una buena persona. Es amable y tiene un buen corazón, pero es gruñón si la conversación se dirige hacia la guerra. Por el momento la eludimos, pero, Drew, ¡él es algo más! No me extraña que no pudiera encontrarlo; tiene coleta y una abundante barba pelirroja. No es tan pelirrojo como yo, tiene el pelo castaño, pero la barba es más pelirroja que castaña. Lleva mucho tiempo solo por aquí... desde que abandonó los marines. Tiene un par de trabajos, caza, pesca y corta leña. Estoy empezando a conocerlo y me gusta.

Entonces, se dio cuenta súbitamente de que realmente le gustaba.

—Así que estás aislada con ese individuo que no tiene teléfono y se pone gruñón si... —empezó a decir Drew lentamente.

—Nos lo pasamos bien juntos y él no tiene nada de raro, salvo un montón de pelo, pero no es tan raro por aquí. Además, en este pueblo hay muchos marines. Todos se ocupan mucho de mí, como si quisieran cerciorarse de que no pasa nada. Todo va como la seda.

—¿Vas a volver a casa? —preguntó Drew.

—Pronto —contestó ella—. No he tenido la ocasión de decirle algunas cosas que quiero decirle. Ya sabes, sobre la carta, los cromos de béisbol... Además, quiero saber... —quería saber por qué había huido de aquella manera y había dejado atrás todo lo que amaba—. Quiero saber algunas cosas.

—¿Y si él no quiere decirte lo que quieres saber? —preguntó él en tono paternal—. ¿Le darás las gracias educadamente y volverás a casa?

Ella debería haber contestado inmediatamente, pero se lo pensó unos segundos.

—Naturalmente, Drew. Es una buena persona. No quiero hacerle daño. Me gustaría que me dijera algunas cosas sobre mi marido y su situación, pero si no quiere, lo dejaré en paz.

—Erin está desquiciándose —aseguró Drew—. Está a punto de ponerse histérica. Si no tuviera tanto dominio de sí misma, estaría todo el rato mordiéndose las uñas y tirándose del pelo.

—He intentado hablar con ella. Dile que la he llamado, pero estaba en el tribunal. Por eso te he llamado —Marcie sonrió. No había llamado a Drew porque ella estuviera en el tribunal, sino porque le apetecía hablar con él—. Puedes contárselo todo y dile que la llamaré dentro de un par de días. ¿De acuerdo?

—Hay algo en todo esto que no...

—Todo es mucho mejor de lo que me había imaginado —le interrumpió ella—. Volveré a ponerme en contacto y entretanto intenta que Erin tome algún medicamento. De verdad, no soporto tener que llevar la carga de su preocupación. Quiero dejar zanjado lo que vine a hacer.

—Lo sé —Drew suspiró—. Lo entiendo, aunque no me haga gracia.

—Vuelve a clase —ella se rió levemente—. Pronto volveré a hablar contigo.

—Te quiero —dijo él.

—Te quiero, hermanito.

Marcie colgó y se quedó un rato sentada en la butaca de cuero. No entendían por qué le importaba aquello, pero la amaban lo suficiente para estar preocupados porque estaba al cuidado de un desconocido. A veces, el amor de Erin podía ser agobiante porque en muchas ocasiones se

basaba en la preocupación, pero si lo compensaba con el buen humor de Drew, sabía que era muy afortunada por tenerlos. Sin su amor, estaría muy vacía por dentro. No sabían cuánto los añoraba, cuánto le gustaría estar en casa pasando las fiestas con ellos como si no faltara nada. Además, en esa Navidad no faltaba sólo Bobby, ya había pasado una Navidad sin Bobby, también faltaba Ian y tenía que encajar todas las piezas.

El bar estaba lleno de mujeres, había por lo menos veinte, cuando Marcie entró por la puerta de la cocina. En las mesas había cestas, cajas, latas y fuentes enormes tapadas con plásticos. Ellas sujetaban tazas de té o café y charlaban animadamente. Marcie se quedó en la puerta y miró la habitación. Tenía que ser la reunión de mujeres que habían comentado e impediría que se quedara en el bar hasta que llegara Ian. Tendría que hacer algo distinto.

—Por fin —dijo Paige—. Ha debido de ser una conversación muy agradable con tu hermana.

—Mmm... no pude hablar con mi hermana y llamé a mi hermano —le explicó Marcie.

—¿También tienes un hermano? ¡Qué suerte! ¿Te llevas bien con ellos?

Marcie hizo un esfuerzo para no soltar una lágrima.

—Muy bien —contestó afirmando con la cabeza.

—Qué maravilla —Paige la agarró de la mano y la llevó dentro de la habitación—. Ven a conocer a algunas de las mujeres. Es su intercambio de galletas de Navidad. Algunas son pasteleras de categoría mundial, pero no se lo digas a John. Él cree que nadie puede superarlo haciendo galletas.

—No sé si debería entrometerme...

—No seas ridícula, eres bien recibida. A no ser que... quiero decir, si tienes que ir a algún sitio...

Ella sólo pudo negar con la cabeza.

—Es que... no tengo galletas, claro.

Paige se limitó a reírse.

—Mel tampoco, casi no sabe ni hervir agua. Yo hice las galletas en la cocina del bar, como Brie, pero Mel dijo que no quería fingir.

En ese momento, Mel, desde el otro extremo del bar, las vio y se acercó a ellas.

—¡Me alegro de que hayas venido al pueblo! Tiene que ser preferible a quedarte sola en la cabaña. Además, es una mañana fantástica para estar aquí: puedes conocer a algunas vecinas... y no vaciles en probar las galletas. ¿Quieres un café?

—Me encantaría —contestó Marcie—, pero me siento como una aguafiestas.

—Eso no pasa en este pueblo —replicó Mel—. Todo el mundo está deseando conocer a alguien nuevo. Siempre vemos las mismas caras.

Paige le dio una taza de café recién hecho y Mel la llevó a la habitación llena de mujeres. Marcie conoció a unas cuantas. Connie, que llevaba la tienda del pueblo; Joy, que dirigía la biblioteca; Hope McCrea, a la que reconoció porque estaba adornando el árbol; Lilly Anderson, sus hijas y sus nueras. Lilly llevaba un tocado de ganchillo en la cabeza y tenía unas ojeras muy profundas, pero su sonrisa era muy cálida y llena de vida. Mel hizo un aparte con ella.

—Quimioterapia. Ha perdido el pelo.

—Qué desgracia...

—Está luchando con firmeza... no te entristezcas.

—¿Me has contado un secreto médico?

—No —Mel sacudió la cabeza—. Lilly quiere que lo explique cuando tengo ocasión.

También había más mujeres: esposas de rancheros, una mujer que tenía un viñedo con su marido, un par de mujeres de un pueblo vecino... Naturalmente, le preguntaron por qué había ido a Virgin River. Ella contestó sin evasivas.

—Mi marido resultó mortalmente herido en Irak. Era marine y murió el año pasado. Oí decir que su mejor amigo del ejército vivía por aquí y vine a buscarlo para darle la noticia y llegar a conocerlo.

—¿Lo has encontrado?

—Sí —contestó ella con una sonrisa—. Vive en una cabaña de las montañas. Hoy me ha dejado en el pueblo mientras reparte leña a algunos de sus clientes y me recogerá dentro de una hora. Ha sido... Es... Me gusta este sitio —terminó diciendo—. Me encanta vuestro árbol de Navidad.

—Mel, Paige y Brie tuvieron la idea. Aunque los marines del pueblo ya no están de servicio, siguen sintiéndose cerca de los hombres que están alistados —le explicó alguien.

—Te prepararemos un plato con una muestra de galletas para que se lo lleves —se ofreció otra mujer.

—No hace...

—Pero le gustará, ¿no? —le preguntó Mel—. Las mujeres se sentirán contentas. Tengo que supervisar... —Mel desapareció y dejó sola a Marcie.

No pasó ni un segundo antes de tener a alguien charlando con ella. Le preguntaron sobre su lugar de origen, su difunto marido, su familia y su trabajo. Ella había pensado hacer las preguntas para que las demás hablaran, pero no hubo manera; era la recién llegada y tenían curiosidad.

Le dieron una fuente tapada con plástico. Era una muestra de todo lo que había en las demás fuentes; Santa Claus, árboles de Navidad y adornos; barritas de limón, galletas de chocolate y bizcocho de chocolate; rebanadas de pan especial y manjares de todo tipo.

Entonces, la habitación se quedó en silencio cuando una joven entró en el bar. Era alta, tenía el pelo largo y dorado con reflejos rojizos, llevaba una caja de galletas y estaba embarazada. Sonreía con timidez y bajó la mirada por el silencio. Detrás de ella entró un hombre muy alto. También era tímido, pensó Marcie al darse cuenta de que él estaba algo incómodo. Sin embargo, el silencio se rompió y las mujeres la rodearon, la abrazaron y le besaron las mejillas. Mel le pasó un brazo por los hombros y la llevó a la habitación. Después de saludar a todas, empezó a ofrecer sus galletas y a recoger una muestra de las demás para llevárselas a su familia.

—Es Vanessa —dijo una voz.

Marcie se dio la vuelta y se encontró con los ojos de Brie.

—Su marido murió en Irak hace un par de semanas. Su hijo nacerá pronto, dentro de seis semanas o así, creo. Vive con su padre y su hermano en las afueras del pueblo.

—¿Y el hombre que la acompaña? —preguntó Marcie después de tragar saliva.

—Es Paul Haggerty, el mejor amigo de su difunto marido desde la infancia. Se ha quedado más tiempo después del entierro porque ella se lo ha pedido. Paul nunca se aleja mucho de ella.

Está completamente entregado a ella durante este trance tan difícil.

—Es muy... digno de elogio por su parte —dijo Marcie con una punzada de añoranza.

—Paul es uno de los mejores amigos de Jack, Mike y Predicador. Están muy unidos y siempre están a disposición de la familia.

—Parece muy triste —comentó Marcie.

—Puedes estar segura —confirmó Brie—. No me extrañaría que su dolor fuera tan intenso como el de ella. Era el mejor amigo de Matt desde que eran muy pequeños —tomó aliento—. Gracias a Dios, está esperando ese bebé. Ha sido una bendición. ¿Quieres conocerla?

—Déjala que esté con sus amigas —contestó Marcie inmediatamente—. Ha tenido que costarle salir al poco tiempo...

—De acuerdo. Entonces, discúlpame. Quiero darle un abrazo. Volveré enseguida.

—Claro, pero no te preocupes, tarda lo que quieras —le tranquilizó Marcie.

Las mujeres se dedicaron a Vanessa en exclusiva mientras Paul esperó pacientemente junto a la puerta, nunca lejos de ella. Al cabo de veinte minutos, Vanessa, con sus galletas, volvió a donde estaba Paul. Él le rodeó la cintura con un brazo y salieron del bar. Marcie dejó sus galletas en el bar y los siguió. Acababan de bajar la escalera del porche cuando Marcie se aclaró la garganta.

—Discúlpame... Vanessa.

Los dos se dieron la vuelta y ella se acercó a ellos.

—Yo... lamento mucho tu pérdida.

—Gracias —dijo ella con una leve sonrisa, aunque sus ojos denotaban tristeza. Paul no la soltó—. No te conozco, ¿verdad?

—No. Estoy de paso. Yo también soy viuda de un marine —consiguió decir Marcie—. Ocurrió hace cerca de un año.

—¡Oh! —exclamó Vanessa, que pasó a compadecerse de Marcie—. ¡Lo siento mucho!

—Gracias. Mi marido resultó fatalmente herido en Irak hace cuatro años y murió el año pasado. Cuando me he enterado... Vanessa. Recuerdo cuando el dolor era tan reciente e intenso. Me gustaría poder decirte algo que te ayudara en este momento.

Vanessa sonrió con mucha gentileza y pasó una mano por los rizos rojizos de Marcie.

—Creo que ya lo has hecho. Has sido muy amable. No tenías por qué decirme nada en absoluto.

—Claro que sí —Marcie notó el escozor de las lágrimas—. Recuerdo muy bien lo que cuesta al principio. Me alegro de que tengas buenos amigos y de que esperes un bebé.

—¿No tienes hijos? —preguntó Vanessa.

Marcie negó con la cabeza y oyó el motor de la camioneta de Ian que entraba en el pueblo. Contuvo las ganas de mirar hacia allí.

Vanessa abrió los brazos y Marcie se abrazó con ella. Se quedaron abrazadas y Marcie notó que le caían las lágrimas. Tenía muchos motivos; esa mujer había perdido a su marido, estaba allí embarazada, el mejor amigo de su marido estaba para apoyarla y entonces... Marcie se rió entre lágrimas.

—He notado una patada del bebé —dijo Marcie.

—Es niño y es muy activo, gracias a Dios.

Marcie retrocedió y se enjugó las lágrimas.

—Han venido a buscarme —dijo Marcie—. Te deseo lo mejor.

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

—Marcie Sullivan. He venido de visita. Volveré pronto a Chico para pasar las vacaciones con mi hermana, mi hermano y la familia de mi marido.

—Que disfrutes con la visita y feliz Navidad. Gracias por tu amabilidad.

Vio que Paul la ayudaba a montarse en el asiento del pasajero de un todoterreno enorme.

Marcie levantó un dedo a Ian para indicarle que tardaría un minuto más. Volvió al bar, recogió sus galletas y se despidió deprisa de unas cuantas mujeres. Luego, se montó en la camioneta de Ian.

—¿Misión cumplida? —le preguntó él cuando estaban saliendo del pueblo.

—Mi hermana estaba ocupada y hablé con mi hermano. Le comunicará que no me pasa nada. Además, me colé en un intercambio de galletas de Navidad y se empeñaron en darme una fuente con unas cuantas para que me las llevara a casa.

—Mmm... —farfulló él—. Seguro que has hecho amigas.

—Algunas. La gente de este pueblo es muy amable; deberías darles una oportunidad de vez en cuando.

—¿Esa mujer es una de tus nuevas amigas? —le preguntó él.

—¿La que estaba abrazando? —preguntó Marcie para tenerlo claro.

—Es la única que vi aparte de ti —replicó él.

—Vanessa. No me dijo el apellido. Perdió a su marido en Irak hace un par de semanas. No la conocía, pero aun así le di mis condolencias.

—¿El hombre no era su marido?

—El hombre era... —quiso contestar que era el mejor amigo de su difunto marido, pero no lo hizo—. Era un buen amigo, creo.

Capítulo 8

Todos los días eran iguales cuando no tenía que levantarse para ir a trabajar ni tenía una televisión que pudiera orientarla con las noticias o los distintos programas de cada día. Marcie nunca sabía si era martes o sábado, pero le daba igual. Ian trabajaba todos los días. Aunque había pasado la gripe, excepto la tos que no la abandonaba, seguía levantándose tarde. La cabaña permanecía a oscuras más tiempo porque amanecía más tarde e Ian se marchaba en silencio. A veces oía el motor de la camioneta, un motor que podía ser tan gruñón como él, pero se daba la vuelta y seguía durmiendo un rato. Cuando se levantaba, Ian se había marchado y ella iba de un lado a otro, comía algo, metía un par de leños en la estufa y leía algún libro de la biblioteca, que, sinceramente, solían aburrirle una barbaridad. Si quería leer una biografía, prefería la de alguna mujer notable.

Sin embargo, aquella mañana, la siguiente a la del intercambio de galletas por Navidad, se dio la vuelta y vio a Ian de pie junto a la mesa con un aspecto muy distinto. Llevaba una chaqueta de algodón azul marino en vez del chaquetón gastado que se ponía para trabajar. También llevaba unos pantalones color caqui y unas botas que no estaban machacadas. Además, la camisa era blanca.

—Voy a salir un rato. ¿Te encuentras bien?

—Muy bien. Ya me siento normal. ¿Vas a vender leña? ¿No es un poco tarde?

—Esta mañana voy a hacer otra cosa, pero volveré pronto.

—Ian, ¿adonde vas? —preguntó ella sentándose.

Él apartó la mirada un instante y luego se acercó al sofá.

—Voy a la iglesia. Voy de vez en cuando. Volveré...

—¿Pertenece a una iglesia? —preguntó ella sin salir de su asombro.

—No, no. Voy de vez en cuando. A cualquiera. En realidad, me da igual cuál.

—¿De qué religión eres? —preguntó Marcie muy interesada.

—La verdad, de ninguna. No me educaron en ninguna religión, no éramos religiosos. Sólo voy algunas veces, no es algo periódico. Volveré dentro...

—Por favor, ¿puedo acompañarte? —preguntó ella.

—Marcie —gruñó él como si le doliera—. Dejémoslo...

Ella, sin embargo, se levantó de un salto y agarró los vaqueros de encima de la bolsa de lona.

—No tengo ropa más de vestir... sólo vaqueros y botas, pero la última vez que fui a la iglesia comprobé que la gente ya no se arregla tanto.

—Deberías quedarte en casa...

—No seré un incordio.

—¿Puedo ser franco contigo sobre esto?

Ella se puso los vaqueros en un abrir y cerrar de ojos sin pararse a pensar que él pudo vislumbrar sus bragas antes de darse la vuelta.

—Tendría gracia que por una vez fueras franco conmigo.

Ella se puso la camisa por la cabeza y rebuscó en la bolsa de lona para encontrar su mejor jersey.

—Voy tarde, en silencio y me siento al fondo —le explicó él sin mirarla—. No soy arisco. Saludo y digo «que Dios te bendiga». Le gente no se acuerda de mí; no voy a la misma iglesia ni dos veces al año. No quiero ser de una iglesia ni nada parecido. Sólo quiero oír la música de vez en cuando. No soy gregario...

—Ya, vas por tu cuenta. Eso ya lo sé.

—Me gusta la soledad, pero veo gente todo el tiempo. Vivo solo y no pertenezco a una iglesia, sindicato ni nada por el estilo. Eso es todo. Voy a escuchar. Quizá encuentre algo, estoy abierto a la inspiración.

—Perfecto. Me parece perfecto. Saludaré y diré «que Dios te bendiga».

Marcie se puso el jersey y se miró... toda la ropa estaba arrugada. Él se dio la vuelta y la encontró completamente distinta. Ella se sentó en el sofá y se puso las botas. A juzgar por la cara de Ian, si se demoraba un poco más vistiéndose, él se iría.

—No. No saldrá bien. Eres una persona con quien la gente quiere hablar. Te gusta hacer amigos, relacionarte, y a mí, no. Me quedaré en casa y...

Ella fue al fregadero, bombeó un poco de agua y se mojó las manos. Se las pasó por los rizos para intentar dominarlos.

—Llévame, Ian. Ni siquiera me sentaré contigo. Fingiré que no te conozco. Puedes comportarte como si fuera una pobre indigente mal vestida que sólo ha coincidido contigo.

—Marcie... me arrepiento de haberte dicho la verdad. ¿Qué te parece si te traigo un libro de la biblioteca? Dime cuál quieres.

—¿Vas a ir a la biblioteca? Por favor... llévame, Ian. ¡No he ido a ningún sitio desde que encontré tu cabaña! No tengo que hablar con nadie. ¡De verdad! Por lo que más quieras, no me obligues a leer otra biografía o lo que me traigas. No me sentaré contigo en la iglesia y estaré callada en la biblioteca. Sólo quiero salir y hacer algo rodeada de gente. Me pasé un mes buscándote y hablaba con gente a todas horas, hasta que lo detesté. Si pudiera ver el mundo un rato... No haré que te sientas incómodo, lo prometo. Si hago algo mal, puedes gruñirme y gritarme lo que quieras —le aseguró Marcie antes de ponerse a toser.

—Sigues enferma. Escúchate.

Ella contuvo el aliento.

—Es porque me sacas de mis casillas. Estoy bien, de verdad. Mel dijo que estoy bien. Me reconoció y dijo que es normal que la tos dure un poco más. Por favor... Por favor...

—Maldita sea —farfulló él.

Ella sonrió.

—Bonito lenguaje para alguien que va a la iglesia.

Ian no abrió la boca en todo el camino hasta Fortuna. Mantuvo la mirada fija al frente y Marcie decidió que puesto que se había salido con la suya, sería mejor que tampoco dijera nada e hiciera lo que había prometido. Cuando llegaron a la iglesia presbiteriana, ella entró antes que él y encontró un sitio en un banco del fondo. Ian, como era de esperar, se sentó en un banco que estaba al otro lado del pasillo y actuó como si no la conociera. Quería estar solo y así podía estarlo. Ella no iba a permitir que sus manías la alteraran. Atendió a las escrituras, al coro y al sermón. Estaban a mediados de diciembre y repasaron el nacimiento de Cristo. Siempre le había gustado la historia del establo, los pastorcillos, los reyes magos...

—Una de las cosas que me interesan durante todo el año, como cristiano, teólogo y persona, es esa estrella —dijo el oficiante—. Hay muchas conjeturas sobre si fue un fenómeno astronómico o algo de origen divino para anunciar el nacimiento de Cristo. Vosotros esperaréis que os diga que yo creo que fue lo último, como dicen las escrituras. Para mí lo importante no es si fue algo natural o divino, sino lo que significa para nosotros hoy en día. Es un símbolo de la cristiandad, el segundo más importante después de la cruz. Indica la luz, la orientación, el entendimiento y la claridad. ¿Alguna vez habéis querido hacer algo pero no teníais una dirección? ¿Alguna vez habéis sido una de esas personas que no rezan habitualmente pero que súbitamente sienten una necesidad imperiosa de ayuda y se han encontrado de rodillas? La estrella es la fe. La creencia de que un poder mayor que nuestra propia voluntad nos guiará hacia nuestro destino si se le da la oportunidad. La estrella es la promesa de que se nos ofrecerá la iluminación divina; que nuestro camino estará iluminado por el entendimiento y evitará que tropecemos. En eso consiste el milagro de la estrella. Cuando entramos en un tiempo de amor, perdón, alivio... un tiempo de promisión... muchos miraremos al cielo para buscar la estrella. Algunas veces pienso que la estrella también está en nuestros corazones.

Habló un poco de los reyes magos y de los pastores que abandonaron sus rebaños. Estaban predestinados. Tenían una tarea, una meta. Como hombres, los reyes y los pastores eran muy distintos, pero no eran sólo unos hombres ricos con una misión u otros pobres que seguían una llamada. Siguieron una reacción visceral para cumplir una misión en beneficio propio, por el salvador que tenían que recibir en el mundo, por el bien de todos. Tuvo que ser una fuerza que no pudieron pasar por alto, aunque pareciera un disparate a quienes los rodeaban. Bastaba con imaginarse a aquellos reyes que cruzaron todo el país con la disparatada idea de que en un remoto establo había nacido un niño que había llegado para salvar el mundo. Sus sirvientes y soldados debieron de pensar que se habían vuelto locos. Hasta que la estrella los guió, los orientó.

—¿Hay algo que nos veamos incitados a hacer en este tiempo de entrega y renacimiento? —preguntó el oficiante—. ¿La gente que nos rodea nos propone que nos ocupemos de nuestros asuntos o los dejemos como están?

Marcie empezó a no estar segura de lo que había dicho el oficiante y lo que había brotado de su propia cabeza o su corazón.

—¿Hay algo que, inexplicablemente, tienes que dejar zanjado? ¿Es un cometido fruto de la compasión, que busca el bien y el alivio, el amor y la bondad? Tenéis que preguntároslo. No es un tiempo para aliviar las heridas de uno mismo a expensas de los demás, sino un tiempo para avivar el amor y avanzar hacia un mundo mejor. ¿Acaso el nacimiento de Cristo no prometió un

mundo mejor? Tenemos que preguntarnos si vemos el camino. Si vemos la estrella y si nos orienta.

Marcie notó lágrimas en las mejillas y oyó claramente al oficiante.

—Recemos para permitir a Dios que nos guíe en la dirección correcta, para hacer el bien, para enmendar errores, para aliviar los corazones, para pedir perdón. Luego, cantaremos.

Ella, sin embargo, ya estaba rezando. No a Dios, como se suponía, sino a alguien distinto.

«Bobby, ayúdame. ¿Debería estar aquí y hacer esto? Él es como dijiste; es fuerte e invulnerable, pero también es delicado y cariñoso. Es muy complicado y muy sencillo. A veces pienso en cosas irracionales, en Jesucristo sacando a latigazos a los mercaderes del templo y luego dando de comer a las multitudes con cinco panes y cinco peces... Si lo hubieras visto gritarme como si fuera una amenaza espantosa y luego dar de comer al ciervo de su mano... El día del puma disparó para asustarlo cuando habría podido matarlo y quizá hubiera debido hacerlo. Es bueno, Bobby, no habría podido hacer algo así si no... Bobby, si hago mal al entrometerme en su mundo, alterarle la vida y hacerlo infeliz, dame una señal. Es verdad, quiero convencerlo, pero necesito que él me haga comprender. Juro que sólo quiero hacer lo correcto, sentir que las cosas han quedado claras para que todos sigamos con las vidas que habrías deseado para nosotros. Bobby, por favor, dímelo. Estaré atenta...».

Mientras ella estaba con la cabeza inclinada rezando a Bobby en vez de a Dios, como le habían indicado, la congregación se levantó y entonó un himno. Ella tardó un momento en secarse los ojos y pensar que estaba loca como una cabra por rezar a un hombre que había muerto hacía un año y que ella había perdido hacía bastantes más. ¿Acaso creía que Bobby iba a contestarle antes que Dios? ¿Qué disparate era ése?

Miró disimuladamente a Ian. Estaba de pie, muy recto, peludo y orgulloso. Además, no estaba cantando. ¡Era incomprensible! Allí podía cantar tranquilamente y se lo agradecerían, pero él no cantaba. Era una verdadera lástima. Ella anhelaba que él asombrara a todos con su voz privilegiada, pero estaba en silencio.

Marcie contuvo las lágrimas. Quizá no fuera tan maravilloso. Quizá sólo fuera un egoísta. No supo por qué todo ese episodio, que tanto la había afectado espiritualmente, iba a enojarla. No le dio más vueltas, se dijo que tenía que dejarlo a un lado y seguir adelante como había prometido. Al menos, hasta que aclarara las cosas.

Cuando terminó el himno y el oficiante empezó a retirarse, ella fue una de las primeras en salir de la iglesia. Estrechó la mano del oficiante y le agradeció el sermón tan conmovedor.

—Creo que te ha conmovido un poco demasiado, hermana —dijo él.

—Sí, me ha conmovido —reconoció ella haciendo un esfuerzo para no sollozar.

—Ven...

Él la abrazó. Fue una mala idea. Si no se contenía, se pondría a llorar. Los brazos alrededor de ella la debilitaban. La habían abrazado miles de veces para consolarla desde que Bobby falleció, pero últimamente estaba carente de abrazos. Necesitaba consuelo con toda su alma y aunque se sentía ridícula por su plegaria a Bobby, le habría consolado sentir su mano en el hombro y que le dijera que siguiera adelante, que hiciera caso a su corazón...

—Gracias —dijo ella mientras se apartaba—. Ha sido un sermón precioso.

—Entonces, yo te doy las gracias. No me siento seguro al prepararlos. Me cuestan mucho. Vuelve por aquí.

—Claro —dijo ella alejándose.

Esperó junto a la camioneta y mientras estaba allí observó a Ian que se acercaba al oficiante, le estrechaba la mano, hablaba con él e, incluso, se reía. Ella pensó que tenía dos personalidades distintas. Era un tipo solitario y otro tipo que se había abierto camino en ese mundo perfectamente. Sencillamente, ese mundo era un mundo distinto; no era el mundo acuciante y lleno de exigencias y relaciones en el que vivía tanta gente. Su mundo era un mundo reposado y sus relaciones también parecían ser así; como a él le gustaban.

Cuando estuvo buscándolo, preguntó a unas cien personas si conocían a Ian Buchanan y todas contestaron que ese nombre no les sonaba. Ian seguramente pasaba por la vida sin que nadie le preguntara su nombre y sin darlo, pero siendo suficientemente afable.

Cuando Ian se montó en la camioneta y encendió el motor, ella se lo preguntó.

—¿Te ha preguntado el nombre el oficiante?

—No, ¿por qué?

—Por nada, por curiosidad —contestó ella.

—Creo que deberíamos desayunar algo bueno y abundante. ¿Te apetece comer algo antes de que vayamos a la biblioteca?

—Claro —contestó ella sin entusiasmo.

—¿Te pasa algo. Marcie?

—Creo que me he puesto un poco sentimental ahí dentro —ella se encogió de hombros—. Una buena taza de café cargado me vendrá muy bien.

—Estás de suerte. Conozco el sitio indicado.

Naturalmente, era un bar de camioneros. Ian estaba muy orgulloso del sitio. Había unos doce camiones gigantescos aparcados fuera y cuando entraron, una camarera rubia teñida, algo mayor y corpulenta lo saludó con bastante confianza.

—Hola, chaval, ¿qué tal todo? Hacía tiempo que no te veía.

—Muy bien, Patti.

Ella llevaba una placa muy grande con su nombre y Marcie no pudo dar por supuesto que fueran amigos, pero a Ian lo habían visto en muchos sitios. Casualmente, en ninguno donde ella había buscado.

—¿Os doy un minuto? —preguntó Patti después de servirles café.

—Sí, dale a la señora algún tiempo para que se decida —contestó él.

—¿Debo entender que siempre pides lo mismo? —preguntó Marcie cuando Patti se fue.

—Sí —reconoció él.

—Ya —ella ojeó la carta—. Cuando quieras. Tomaré tortilla de queso.

—No está mal —replicó él mientras llamaba a Patti con una mano.

Ella se acercó e Ian hizo el pedido.

—Una tortilla de queso bien cuajada para la señora y para mí...

—Cuatro huevos con beicon, salchichas, patatas asadas, tostada de trigo, zumo de naranja y café a espuestas —terminó ella.

Él sonrió a Patti y fue una sonrisa de oreja a oreja. Marcie pensó que si fuera Patti, habría

pensado que quería quedar con ella. Sin embargo...

—Marchando... —fue todo lo que dijo Patti.

A la segunda taza de café, Marcie empezó a sentirse reconciliada con el mundo y pensó que nada la estimulaba tanto como la cafeína. El café caliente, no ese brebaje que Ian le dejaba encima de la estufa cuando se marchaba por las mañanas. Además, ése era un café bueno y cargado.

—Entonces, ¿Patti y tú sois amigos? —preguntó ella.

—Patti es mi camarera una vez cada dos meses, más o menos —contestó él.

—¿Por qué no cantaste en la iglesia? —preguntó ella sin andarse por las ramas.

Él dejó la taza en la mesa.

—Porque no quería.

—¿Por qué?

—Mira, estuve en el coro del instituto e hicimos *Grease*. Tengo una buena voz, pero no quiero entrar en el coro.

—¿Quién eras en *Grease*?

—Eso da igual.

—¿Quién?

Él se tapó la boca con la mano y farfulló algo.

—¿Quién? —insistió ella acercándose más.

—Danny —contestó él mirándola fijamente.

—¡Fuiste el protagonista! ¡Como John Travolta, pero cantas mejor!

Él miró alrededor con nerviosismo.

—Has gritado un poco.

—Perdona, pero... ¿has estudiado música?

—Estudié estrategia militar. Creí que lo sabías.

—De acuerdo, perdona, me he metido en territorio prohibido. ¡Pero cantas de maravilla! ¿No has pensado en dedicarte a eso?

Él se quedó un rato en silencio.

—Canto para mí mismo. Me gusta. Paso el rato. No vas a salvarme, Marcie. No vas a sacarme de las montañas y convertirme en una estrella del rock and roll.

Ella se quedó muda. Por un segundo, eso fue exactamente lo que había pensado. No una estrella del rock and roll exactamente, pero sí un cantante famoso.

—Bueno, pero es una tontería que no tengas ni siquiera una radio —comentó ella sin delicadeza—. Independientemente de donde vivas, deberías estar rodeado de música.

Él se rió y los platos llegaron con la factura, que Ian agarró inmediatamente. Ella miró el imponente desayuno con los ojos fuera de las órbitas.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Por todos los santos, ¿te ven aparcar y te reservan la parrilla? No han tardado ni cinco minutos.

Él esbozó una sonrisa.

—Me gusta este sitio porque son eficientes. Trabajan y les luce el trabajo.

—Ya... Mmm, vamos a pagar a medias. Tengo dinero.

—Ya lo sé. Ochenta dólares —él empezó a comer los huevos.

—De verdad, me gustaría pagar mi parte —insistió ella.

Él tomó una salchicha con el tenedor y la dejó en el plato de ella.

—Olvídalo. Prueba la salchicha, es la mejor que has comido en tu vida.

—Tú necesitas mucho gasoil para todo lo que haces —comentó ella antes de probar la salchicha—. Mmm, tienes razón.

Él pinchó unas patatas con el tenedor y se lo acercó a ella.

—Toma, son mejores todavía.

Ella se quedó quieta un instante. ¿Estaba dándole de comer con su tenedor? Se inclinó hacia delante antes de que cambiara de humor y probó las patatas. Cerró los ojos con deleite y cuando los abrió, él estaba sonriendo de felicidad. Ese gesto tan sencillo tenía algo muy íntimo y muy generoso que le llegó al corazón.

—Sabía que te gustaría. Nunca puedo terminármelo. Toma lo que quieras.

—Gracias, Ian —dijo ella con delicadeza.

—¿Podemos echar una ojeada o tenemos prisa? —preguntó ella cuando entraron en la biblioteca pública de Eureka.

—¿Qué tal te encuentras? Has tosido un poco.

—Me siento mejor cuando hago algo. Me gustaría llevarme un par de libros y estar ocupada mientras tú vendes leña. No sé muy bien lo que quiero.

—Tómalo con calma. Me gusta leer los periódicos —le tranquilizó él.

Efectivamente, ella se lo tomó con toda la calma del mundo. Recorrió las estanterías, eligió libros con cubiertas atractivas, leyó las solapas y le costó elegir. Se sentó en el suelo del pasillo, lleno de gente, y disfrutó de volver a estar en medio del bullicio. Había leído clásicos a Bobby, más para sí misma que para él, pero le gustaban las historias de amor más recientes. Historias de amor intensas con finales felices. El libro que eligiera tenía que ser el indicado, era la única diversión que tenía.

—¿Ya...? —le preguntó él, aunque ella no sabía el tiempo que había pasado.

—Claro... Por favor, ¿puedo llevarme estos tres?

—¿Crees que los habrás leído antes de marcharte?

—Sí —contestó ella con una sonrisa y sabiendo que sólo era media respuesta.

Mientras Ian recogía los libros y fue a esperarla junto a la puerta, Marcie se quedó charlando con una de las bibliotecarias. Empezaron a hablar normalmente, pero pronto empezaron a reírse y a tocarse los brazos mientras se susurraban casi al oído. Él se aclaró la garganta y las dos mujeres lo miraron. Él le frunció el ceño, pero las dos volvieron a hablar entre ligeras risas. Parecía como si se hubieran hecho íntimas amigas en unos minutos.

Por fin, Marcie abrazó a la otra mujer y después siguió a Ian hasta la camioneta.

—No ibas a intimar con nadie ni nada parecido...

—No lo he hecho —replicó ella.

—Pues parecías muy a gusto. Te lo dije, eres de esas personas con las que todo el mundo quiere hablar...

—No te preocupes, Ian, preservé mi anonimato. Le dije que eres mi hermano.

—¡Perfecto! —exclamó él—. Ahora me preguntará cosas sobre ti. También te lo dije, soy amable y cortés y luego sigo mi camino.

—Puedes hacerlo. Ella lo entenderá perfectamente.

—¡Ah...! ¿Por qué lo sabes?

—Sentía curiosidad por ti. Me dijo que a veces pedías bastantes libros, pero que no dabas mucha conversación.

—¿De verdad?

—Sí —contestó Marcie—. Le dije que eres inteligente, pero que no eres muy sociable. Le dije que no podía esperar que charlaras mucho, pero que eres amable y que no tiene motivos para sentirse cohibida contigo, que pareces más hosco de lo que eres.

—No me digas. ¿Cómo la convenciste?

—Muy fácil. Le dije que eres una especie de erudito chiflado, que sabes mucho de literatura y otras cosas, pero que el trato con las personas no es tu especialidad.

—¡Santo cielo!

Ella se dio cuenta de que el sol estaba empezando a ocultarse.

—Ian, ¿cuándo fue la última vez que saliste a tomar una cerveza?

—Hace algún tiempo —gruñó él.

—Me encantaría ver el árbol de Navidad de Virgin River por la noche. ¿No podríamos pasar por allí a tomar una cerveza? Para cuando nos hayamos bebido la cerveza, será de noche. Además, podría intentar llamar a mi hermana antes de que venga a por mí. Hay un bar muy agradable que tiene teléfono.

—Marcie...

—Venga... Ha sido un día perfecto. Vamos a ponerle la guinda. Te invito a la cerveza y a cenar algo de Predicador... cocina como los ángeles.

—¿Predicador?

—Es el cocinero del bar.

—No me gustan las multitudes.

Ella suspiró.

—Ian, si está todo el pueblo, habrá menos gente que en ese bar de camioneros o en la iglesia. Además, me dijiste que estás rodeado de gente todo el tiempo, aunque no seas gregario. Vamos. Échale valor.

Eran casi las cinco cuando Marcie e Ian entraron en el bar de Jack. Había unas veinte personas e Ian se quedó parado junto a la puerta para echar una ojeada con recelo. Vio trofeos de caza y pesca en las paredes, la luz tenue y la acogedora chimenea. No parecía un sitio amenazador. Había un par de mesas con gente que charlaba y se reía animadamente, pero también había un par de hombres solos que bebían o comían al margen de los demás. Uno de ellos era el anciano médico, que estaba sentado en un taburete de la barra y bebía algo completamente solo.

Marcie había ido directamente a la barra, se había inclinado sobre ella y había empezado a hablar con el camarero. Ian vio un rincón vacío en un extremo de la barra y pensó que allí estaría

cómodo. Se acercó a la espalda de Marcie para llevarla consigo y ella, como si hubiera captado su proximidad, se dio la vuelta.

—Ian, te presento a Jack Sheridan. Jack... éste es Ian.

—Un placer. ¿Qué quieres?

—Cerveza.

—¿De botella o grifo?

—De grifo —contestó Ian.

Jack sirvió la cerveza y se dirigió a Marcie.

—Llama por teléfono cuando quieras, Marcie. Predicador está allí.

Ella se alejó y Jack puso la cerveza delante de Ian. Ian la tomó y se fue al rincón que había visto antes. Desde allí, observó con interés a Jack, que sirvió algunas bebidas, pasó el paño a unos vasos, hizo unas bromas con un par de clientes, colocó algunas botellas, llevó un barreño con vasos sucios a la cocina y pasó por alto completamente a Ian, al médico y al otro bebedor solitario que estaba en el extremo opuesto de la barra. Habían pasado unos diez minutos... Marcie debía de estar manteniendo una conversación apasionante con su hermana... ¿Qué estaría diciendo de él?, se preguntó Ian.

—¿Más cerveza...? —le preguntó Jack con el paño en la mano y la mirada clavada en el vaso casi vacío.

—Por ahora no quiero más, gracias.

—Avísame —le dijo Jack antes de darse la vuelta.

—Mmm... —farfulló Ian para llamar su atención sin llamarlo.

Jack se dio la vuelta en silencio y con una ceja arqueada.

—¿Te ha dicho ella que me dejes en paz?

Jack dejó escapar algo parecido a una risa.

—Lo primero que se aprende cuando tienes un bar es a hablar si te hablan y a callar si se callan.

Ian ladeó la cabeza. Quizá pudiera soportar ese sitio de vez en cuando.

—Ella intentó describirme a la bibliotecaria de Eureka como una especie de erudito chiflado.

Jack sonrió e Ian sintió algo extraño; era una historia graciosa y a él le gustaba contar y oír historias graciosas. Solía hacer reír a los muchachos cuando no estaban de servicio.

—¿Te ha contado que estaba buscándome?

—Sí.

Por algún motivo desconocido para él, Ian hizo algo que no había hecho desde que estaba en las montañas: ahondó en el asunto.

—¿Te dijo algo sobre mí?

—Un par de cosas.

—¿Por ejemplo?

—Que los dos estuvimos en Faluya casi a la vez.

—Debería haberme dado cuenta. Tienes un aspecto de marine inconfundible. Para que lo sepas, no hablo de esos tiempos.

Jack sonrió con cierta indolencia.

—Para que tú también lo sepas, yo tampoco.

—Hola, Erin —la saludó Marcie por teléfono.

—Marcie, por amor de Dios, ¿dónde te habías metido?

Marcie se imaginó a su hermana de un lado a otro con el teléfono en la mano, que era lo que hacía cuando estaba nerviosa y había perdido el dominio de sí misma.

—Sabes dónde estoy; en Virgin River. ¿No te lo han dicho? Hablé con Drew y Mel Sheridan me dijo que había hablado contigo...

—Efectivamente, una mujer que no conozco de nada me llamó y me dijo que estás con él... ¿Realmente estás con él en algún sitio que no tiene ni teléfono?

Marcie suspiró profundamente.

—Tranquilízate. Él no necesita teléfono, pero vive en una cabaña muy cómoda con unas vistas increíbles y, más o menos, me invitó a quedarme si quería...

—¿Más o menos? ¿Si querías? ¿Puede saberse qué está pasando?

—Quiero que me escuches, Erin. Escucha y deja de dar órdenes. Lo he encontrado y quiero llegar a conocerlo. Quiero entenderlo todo y eso lleva tiempo. Además, en este momento no tengo que estar en ningún sitio.

—¡Esto está desquiciándome! Mi hermana pequeña, con un desconocido chalado en una montaña perdida...

—¡No está chalado! ¡Es un buen hombre! ¡Ha sido muy generoso conmigo! Estoy bien y no tienes que preocuparte por nada. Va todos los días a trabajar y cuando vuelve por la tarde, charlamos un rato. Estamos conociéndonos. Hoy hemos ido a la iglesia y a la biblioteca. Deja de agobiarte... sabías que iba a hacer esto.

—Déjame que hable con él —replicó Erin—. Que se ponga al teléfono. Tengo que hacerle algunas preguntas.

—Ni hablar —contestó ella aterrada—. No puede venir hasta el teléfono... está fuera... en el... restaurante. Soy adulta y él no necesita tu permiso para invitarme a su cabaña. ¡Tendrás que fiarte de mí!

—Sabes que no se trata de confianza; ¡es él! No lo conozco. Sólo sé que cuando estabas angustiada cuidando a Bobby y él había dejado los marines, nunca llamó para preguntar...

—Le salvó la vida a Bobby —la cortó Marcie—. Se jugó la vida para salvar a mi marido. ¿Qué más necesito saber? Quiero agradecerse. Quiero...

—No se tarda más de cinco minutos en darle las gracias —la interrumpió Erin.

—No voy a seguir hablando de esto. Te llamaré dentro de unos días y, hasta entonces, haz algo para serenarte. Erin, no me compliques las cosas.

Colgó el teléfono con rabia y miró a los ojos oscuros y pensativos de Predicador.

—Vaya —comentó él—, un nuevo giro en la historia. Le salvó la vida a tu marido...

—Creí que lo sabías.

—Sólo sabía que eres viuda. ¿Qué me dices de él? ¿Es un buen tipo?

—Los animales del bosque comen de su mano.

—¿De verdad? —preguntó Predicador—. Me fío más de los animales del bosque que de muchos hombres dóciles. Deberíais quedaros a cenar.

—Eso esperaba, pero ¿por qué lo dices? —preguntó ella dándole vueltas al comentario anterior.

—Hay carne asada —contestó él sin inmutarse—. La mejor que puedas imaginarte.

—¡Ah...!

—Además, es una noche especial. Mel, la mujer de Jack, ha encontrado el remate perfecto para el árbol y por fin podremos devolver la plataforma hidráulica. La mitad del pueblo irá a ver el encendido. Debería haber sido antes, pero no podíamos encenderlo hasta que estuviera rematado. Ella miró todos los ángeles, bolas y estrellas de tres condados, pero no le gustaban. Sin embargo, ya lo tiene y vamos a encenderlo. El año que viene, lo encenderemos antes.

—Fantástico —Marcie sonrió—. ¿A qué hora?

—Dentro de una hora, más o menos —contestó él mirando el reloj.

Capítulo 9

Marcie se sentó al lado de Ian en la barra y Jack se acercó al instante.

—¿Qué quieres? —le preguntó mientras pasaba el paño por el mostrador.

—Creo que tomaré una copa de vino... un buen merlot. Y dos platos de carne asada. Ah, y pase lo que pase, no dejes que este tipo agarre la factura, voy a invitarlo. Me toca. Me ha dado de comer desde que estoy aquí.

—Hecho —le tranquilizó Jack.

Ian la miró.

—No creo que vaya a quedarme mucho...

—Si te da un ataque de ansiedad, podemos irnos, pero si puedes aguantar un poco, te aseguro que la carne asada va a impresionarte. Predicador, el cocinero, es increíble. Probé sus fríjoles con venado la primera vez que llegué al pueblo y casi me desmayo de lo buenos que estaban.

—¿Comiste venado? —preguntó él con una sonrisa.

—Yo no tenía ninguna relación con ese ciervo —le explicó ella.

—Tampoco tienes ninguna relación con mi ciervo —replicó él.

—Ya, pero tengo una relación contigo... me has visto en ropa interior y tú tienes una relación con el ciervo. Si me lo dieras para comer, sería como si me dieras de comer a un amigo tuyo... o algo así.

Ian se terminó la cerveza y le sonrió tanto que le enseñó los dientes.

—Yo no mataría a ese ciervo concreto —reconoció él—, pero si tuviera un congelador, mataría a su hermano.

—Hay algo que no está bien en todo eso —insistió ella mientras Jack dejaba el vino—. ¿No sería más lógico que los cazadores no trataran con sus presas... o sus familias? Déjalo, no puedo pensar en eso antes de comerme la carne asada. Quién sabe de quién es...

Ian se rió.

—Tienes razón en una cosa. Este bar no está mal. No lo conocía.

—Te lo dije —Marcie dio un sorbo de vino—. ¿De qué te gustaría hablar?

—Llevamos todo el día hablando. No había hablado tanto en cuatro años. Creo que puedo quedarme ronco.

—Yo no había hablado tan poco...

—Yo había dado por supuesto...

En ese momento, Jack dejó dos platos humeantes que sujetaba con paños. Rebuscó debajo

del mostrador y sacó unos cubiertos envueltos en servilletas.

—¿Otra cerveza? —preguntó a Ian.

—¿Por qué no? —contestó Ian en un tono claramente bromista—. Paga la señora —añadió antes de ponerse la servilleta sobre los muslos.

Marcie se quedó un buen rato mirando esos muslos. Era una de esas cosas que la desconcertaban. Parecía un chalado hasta que te acostumbrabas a él. Podía comportarse como si no tuviera más necesidades que un animal salvaje y vivía en unas condiciones ínfimas. Cuando iba vestido con la ropa de trabajo, parecía como si fuera un indigente. Podía gruñir y bramar como un loco. Sin embargo, hablaba muy bien, tenía modales a la mesa y aunque no era muy sociable y más bien taciturno, no le importaba estar entre gente. Era muy cordial.

Ella había esperado un hombre atormentado por su pasado, por lo vivido en la guerra, alguien difícil de tratar y casi imposible de cambiar; una situación complicada pero comprensible. Sin embargo, se encontró con alguien bastante normal que la dejó con más preguntas que respuestas.

—Tienes razón sobre la comida —dijo él limpiándose los labios y la barba con la servilleta.

—Mmm... —confirmó ella con los ojos cerrados y deleitándose con el puré de patatas.

Ian terminó enseguida y se pasó la mano por el estómago con un gesto de satisfacción. Marcie dio por terminado su plato y lo alejó un poco.

—Yo no puedo más, si quieres termínalo tú.

—¿De verdad? —preguntó él con los ojos muy abiertos.

—Espera —le pidió ella de repente antes de tomar un poco de puré de patatas con el tenedor—. Pruébalo.

Él arqueó las cejas, pero dejó que ella le metiera el tenedor en la boca. Él lo paladeó.

—Creo que tus patatas eran mejores —comentó él con una sonrisa.

—Adelante, Ian, creo que explotaré si como más.

—Sólo un poco.

Ian comió un par de trozos más antes de reconocer que se rendía. Se quedaron en silencio durante unos momentos muy agradables, mientras terminaban las bebidas. Estaban saciados y felices. Ella se dio cuenta, estaban felices.

La satisfacción se interrumpió bruscamente. Mel entró en el bar con un bebé apoyado en la cadera. Marcie sabía que estaba embarazada, pero no sabía que tuviera otro hijo de menos de un año. El bebé estaba metido en un traje para la nieve y tapado de pies a cabeza con un manto azul. Ella tenía una sonrisa resplandeciente.

—¡Jack! ¡Todo el mundo! Ha llegado la hora. Avisa a Predicador para que apague los fogones y busca a Christopher. ¡Vamos! ¡Vamos, no nos hagáis esperar!

Ian entrecerró los ojos y miró a Marcie sin decir nada.

—Van a encender el árbol —le explicó ella—. Me encantaría verlo.

—Como quieras.

—¿No vas a venir? —le preguntó ella.

—Estoy muy bien aquí.

Ella lo miró fijamente.

—Tú sabrás —dijo ella al cabo de un rato.

Marcie se bajó del taburete y siguió a la gente del bar. Fuera había un gentío y coches y camionetas aparcados por todos lados. La gente hablaba, se reía y se saludaban unos a otros.

Había un montón de niños muy nerviosos que corrían de un lado a otro. Marcie se quedó al fondo de la multitud, no por timidez, sino porque quería ver todo el árbol y el efecto completo. Echó de menos a Ian a su lado, pero podía entender su reticencia; esa fiesta despertaba los recuerdos de los seres queridos y resaltaba la soledad, eran unos recuerdos agri dulces.

Mel apareció a su lado con el bebé.

—Creía que estabas esperando el primero —comentó Marcie con cierta melancolía.

Ella también se vio con una familia en el futuro, pero cuando Bobby cayó herido, todo se desvaneció, todas las esperanzas, los sueños y las ilusiones.

—Es David, mi hijo. No esperaba quedarme embarazada tan pronto, pero qué se le va a hacer —se rió—. Pensarás que una comadrona debería saber arreglárselas.

—¿Debo dar por supuesto que estás contenta? —preguntó Marcie sin rodeos.

—Me costó un poco acostumbrarme, pero el bebé ya se mueve. Eso cambia hasta a la madre más reacia. ¿Qué tal todo? He visto que has traído a Ian al pueblo. ¿Has conseguido hablar con tu hermana?

—Muy bien y, efectivamente, he hablado con Erin. Es demasiado protectora, pero no puede evitarlo. Es siete años mayor que yo y nueve que mi hermano pequeño. Cuando mis padres murieron, ella se ocupó de nosotros. Me ha criado desde que tengo quince años. Me ha sacado de cada momento complicado de mi vida. Me duele mucho enfrentarme a ella de esta manera, pero no me arrepiento de haber hecho esto. Ahora que Bobby no está en casa, le gustaría que yo me olvidara, que me sintiera libre, que hiciera todo lo que no pude hacer; estudiar, tener una profesión, casarme con alguno de sus prósperos amigos... No es conservadora; soy un poco disparatada para ella. Cree que estoy mal de la cabeza por haber hecho esto.

—¿Y tú crees que estás mal de la cabeza? —le preguntó Mel.

—A veces —reconoció ella—, pero cada día que pasa aprendo algo más de mí misma. No quiero ponerme demasiado melosa, pero esto es un viaje espiritual. Creí que se trataba de Ian, pero es posible que Ian esté exactamente donde tiene que estar y yo tenga que plantearme un par de cosas sobre mi vida.

—Querida... Eso no es ponerte melosa. Si tuviéramos tiempo, te contaría los disparates que he hecho para conseguir asentarme.

—Me encantaría —dijo Marcie mientras acariciaba la mejilla de David.

—Mira... —susurró Mel—. David, mira el árbol.

Marcie se fijó en que Jack estaba agachado detrás del árbol con dos cables en las manos. Los conectó y el árbol de Navidad más increíble del mundo cobró vida. Estaba adornado con cintas rojas, azules y blancas que caían desde la punta hasta la parte inferior y con bolas blancas, azules y rojas que centelleaban entre bombillitas blancas, un millón de bombillitas blancas. Además, había estrellas doradas y divisas militares que representaban a cientos de unidades del ejército. Sin embargo, lo que maravilló a Marcie fue la estrella que brillaba en lo más alto. No era la típica estrella dorada que remataba los árboles de Navidad; era un faro blanco. Era potente. Resplandecía con luz propia como si fuera una estrella en el firmamento. Creaba un trazo de luz. Se llevó la mano a la garganta. Era sobrecogedor.

—La estrella... —susurró Marcie sin salir de su asombro.

—Lo sé —dijo Mel—. He tenido a todo el pueblo buscando algo así. Espero que les ilumine el camino de vuelta a casa.

—A todos —susurró Marcie—. A todos...

Se acordó de Bobby, que volvió a casa después de su suplicio. ¿Y a Ian? ¿También podría iluminar su camino de vuelta a casa?

—¿Cómo has conseguido todas esas divisas militares? —le preguntó Marcie.

—Jack y los chicos se pusieron en contacto con sus amigos. Llamamos por teléfono, escribimos cartas y mandamos faxes. El árbol fue una decisión repentina. Muchachos de los alrededores fueron al ejército, uno próximo a Jack y a mí hace muy poco. Además, perdimos al marido de Vanni en Bagdad. Estuvo en el regimiento de Jack hace unos años. También está dedicado a él y a su esposa. El árbol no podía esperar. Teníamos que darnos prisa para terminarlo y lo hemos terminado. Todo el pueblo contribuyó. La clínica del doctor era un desastre —Mel se rió—. El refunfuñaba, pero creo que en el fondo le hacía feliz.

—Es impresionante.

Las exclamaciones de asombro fueron disipándose y la gente empezó a cantar villancicos. Marcie miró hacia el bar porque echaba de menos a Ian y quería que viera la estrella. Sonrió al verlo en el porche del bar con las manos en los bolsillos y mirando al árbol. Pensó que lo que tuviera que pasar, pasaría.

La gente empezó a dispersarse como media hora después. Mel llevó a su bebé al bar y Marcie se quedó en la calle con las pocas personas que quedaban, todas mirando el árbol con detenimiento, e Ian que seguía observando desde el porche. Hasta que bajó los escalones y se acercó al árbol para mirar de cerca los adornos y las divisas del ejército. Ella sabía lo que vería, un recuerdo, un homenaje.

Ian no estuvo mucho tiempo mirando el árbol, pero enseguida se dio cuenta de que esas divisas llegaban de todos lados y que podía haber cientos. Sintió algo que no se había permitido sentir desde hacía mucho tiempo: orgullo.

Su ensimismamiento se rompió cuando oyó toser a Marcie. Se dio la vuelta, fue hasta ella, le tomó la mano y la llevó a la camioneta.

—¿Has traído el jarabe para la tos?

—No —contestó ella entre más toses—. Ha sido una tontería, lo sé, pero salí corriendo para llegar a la camioneta antes de que te dieras cuenta de que te había engañado para que me dejaras venir... —se montó de un salto en la camioneta y cuando él se sentó al volante, ella empezó a toser—. Perdona.

—¿Por qué exactamente? ¿Por toser o por imponerme tu presencia durante todo el día?

Ella miró su perfil, pero no podía ver sus ojos y no sabía si estaba de broma o enfadado.

—Por las dos cosas.

—No creo que tosas con mala intención y no estoy molesto por el día. Fue una buena idea.

—¿De verdad? —exclamó ella—. ¿De verdad has pasado un buen rato?

—Más bien —concedió él—. Lo mejor fue cuando le dijiste a la bibliotecaria que soy una especie de erudito chiflado. Reaccionas muy deprisa.

Ella sonrió para sí misma.

—Creo que ha acabado siendo un día algo excesivo para ti —siguió él—. Estás mucho mejor

y los dos nos hemos olvidado de que hace unos días estabas bastante enferma. Deberías tomártelo con más calma.

—No tengo que descansar, pero sí debería tomar esa medicina para la tos un par de veces al día. Como he dicho, en ese momento no pensé, pero no pasará nada —volvió a toser—. Me tomaré la medicina en cuanto lleguemos a casa. ¿Nunca te sientes solo en la montaña? —le preguntó ella.

Él pensó en contestar que nunca se había sentido solo, pero dijo otra cosa.

—Es curioso lo deprisa que te acostumbras a algo como el silencio o a estar solo. No pensé que acabaría durando tanto.

—¿Quieres decir que pensaste en volver a Chico... o dejar de esconderte?

Él se volvió para mirarla.

—Marcie, no he estado escondiéndome —contestó él con cierta sorpresa antes de volver a mirar la carretera—. Quiero decir, cuando vine hacia aquí, no le dije a nadie adónde iba porque no lo sabía. Tampoco le dije a nadie dónde estaba, pero no he estado escondiéndome. Tengo permiso de conducir y un vehículo a mi nombre. Pago los impuestos por mis posesiones y además trabajo... aunque no sea muy oficial. Sin embargo, no es tan difícil encontrarme. Podrías tener que acostumbrarte a la idea de que nadie quería encontrarme. Nadie me ha buscado, excepto tú.

—Pero lo comprobé. Fui a la policía y alguien comprobó si había algún vehículo a tu nombre, pero me dijeron que no podían darme información sobre ti si...

—¿Miraste en el condado de Humboldt? Mi cabaña está en la linde... en Trinity.

—Ah... —dijo ella antes de toser más—. ¿Puedo preguntarte una cosa? —preguntó ella con cautela—. ¿Por qué viniste aquí?

—Me acordaba de este sitio. Había venido a pescar con mi padre cuando era joven. Antes de que mi madre muriera, antes de que él perdiera el interés. Lo recordaba como un sitio donde puedes oír tus pensamientos. Necesitaba algo así, sin tensión. Además, tú lo has reconocido, es precioso.

—¿Y te quedaste cuatro años...?

—Sí —contestó él—. En los marines aprendí que me sienta bien ponerme a prueba físicamente. Me estimula. Me dice mucho de mí mismo y de lo que puedo hacer. Vivía de la tierra, en condiciones precarias, y empezaba a pensar con claridad. Llegué a finales de verano. Tenía una mochila y una colchoneta para dormir. Entonces pensé que lo mejor sería mantenerme alejado de las personas en la medida de lo posible; medité algunas cosas, intenté saber cómo había cambiado mi vida desde que dejé los marines. Entonces, inesperadamente, empezó a nevar y no estaba preparado para dar el paso siguiente. Había algunas alternativas; el cheque del ejército o buscar un trabajo, el que fuera. Sin embargo, no estaba preparado y el viejo, Raleigh, me devolvió a la vida de una patada. Antes de darme cuenta, había vivido varios meses con él; como dos viejos solteros cada uno por su lado. Luego, empecé a cuidarlo y se murió. Para entonces, ya tenía una rutina, una forma de vida. Estaba dándome resultados.

—Pero no tenías amigos...

—Ya. No necesitaba a la gente. Juré que nunca permitiría que pasara eso. La manzana nunca cae lejos del árbol.

—¿Qué...?

Él tardó un buen rato en contestar.

—Mi padre. Cuando murió mi madre, yo tenía veinte años y llevaba dos en el ejército. Ella tuvo cáncer. Sólo tenía cincuenta y cinco años, pero había luchado con todas sus fuerzas durante tres. Ella estaba preparada, pero mi padre, no. Eso lo envejeció y amargó. Quiero decir que lo amargó más de lo que ya estaba. Nunca fue lo que llamarías una persona feliz. Se aisló, perdió el interés por las cosas que le gustaban, fue perdiendo los amigos que tenía. Cada vez que iba a casa de permiso, él estaba un poco peor. Yo no dejaba de pensar que saldría de aquello, pero no lo hizo. Juré que nunca me pasaría a mí, fuera como fuese.

—¿Y te pasó?

—No como te imaginas. No estoy malhumorado; no mucho, al menos. Me convertí en un solitario porque pasaba casi toda mi vida solo.

—¿Pero no querías algo más? Quiero decir: amigos, una ducha, un retrete en casa, una vajilla completa...

Él la miró con una sonrisa.

—He pensado lo de la ducha, calentar agua es una pesadilla, pero nosotros, los hombres de las montañas, no necesitamos bañarnos mucho.

—¿No quieres una televisión, un ordenador o un reproductor de CDs?

—A ver si lo entiendes. Quiero árboles de cuarenta metros de altura, osos negros que merodean por mi casa, ciervos que comen en mi mano y una vista que casi consigue que me arrodille todas las mañanas. Quiero trabajar lo suficiente para ganarme la vida. Lo siento, no tengo ni una ducha ni un retrete para ti, sobre todo, cuando estabas enferma, pero la verdad es que no los necesito.

Ella lo miró y apoyó una mano en su brazo.

—¿No te preocupa que puedas acabar siendo como aquel viejo al que cuidaste y pasar cincuenta años solo en la montaña?

—Lo he pensado alguna vez. Pienso seguir yendo al dentista al menos una vez cada dos años, me gustaría morir con todos los dientes. El viejo Raleigh no podía comer nada que no fuera muy blando, pero, por lo demás, su vida no estuvo mal.

—De acuerdo, ¿no te gustaría ganar dinero de alguna forma mejor que vendiendo leña?

La miró atónito.

—No vendo leña porque sea pobre y estúpido. Vendo leña porque da bastante dinero. Los árboles son gratis. No hay margen comercial. Me gusta cortarlos y hacerlos leña. Trabajo en ello todo el año y gano mucho dinero cuando vendo los leños. Trabajo con la empresa de mudanzas en primavera y verano, cuando tienen más encargos. Me permite atender el jardín y pescar, por no decir nada de avanzar con la leña para el invierno... hay que secarla seis meses. El río es profundo y cristalino. Los peces son gordos y deliciosos. Es increíble. Si necesitara algo más, trabajaría más.

—Entonces, ¿no te arrepientes de nada?

—Marcie, me arrepiento de muchas cosas — gruñó él—, pero no de cómo vivo y lo que hago.

Ella se mordió el labio inferior un instante y luego tosió hasta doblarse por la cintura.

—Hace demasiado frío en la camioneta para ti. No deberíamos haber ido al bar, deberíamos haber vuelto a casa. Vas a tumbarte en el sofá en cuanto llegemos. Tomarás la medicina para la

tos y a la cama.

Ella tomó aliento.

—¿Te arrepientes de haber dejado a Shelly?

Él la miró con el ceño fruncido para indicarle que estaba acercándose al territorio prohibido, pero, para sorpresa de Marcie, contestó.

—No ocurrió exactamente así. No sé quién dejó a quién.

Volvió a mirar fijamente a la carretera y tomó el camino que llevaba a la cabaña.

—Pero ella me dijo...

—¿Hablaste con ella? —Ian giró la cabeza como impulsado por un resorte.

—Estaba intentando localizarte... —se justificó ella con un hilo de voz.

—Muy bien. Esta conversación tendrá que esperar. Se acabó.

La camioneta se quedó en silencio durante el resto del trayecto y ella temió haberlo enojado mucho. Se preguntó si habría llegado al punto en que él la montaría en la camioneta, quizá a primera hora de la mañana siguiente, la llevaría al pueblo, a la clínica con Mel, y la dejaría allí. Podría ser el punto en el que estuviera cansado de soportarla y de soportar toda su cháchara sobre lo que pasó hacía cuatro años.

Cuando llegaron a lo alto de la colina, los dos fueron a la caseta por turnos y entraron en la cabaña. Ella se tomó la medicina para la los y él se dio la vuelta cuando ella se quedó sólo con la camisa y las bragas para acomodarse en el sofá. El echó unos leños a la estufa, se preparó el café para el día siguiente y desenrolló el jergón y una manta muy gruesa. Luego, se acercó al sofá, la apartó un poco con la mano y se sentó en el borde.

—Cuando estaba en Irak, Shelly estaba preparando nuestra boda. Estaba prevista para unas semanas después de que yo volviera y mientras estuve fuera se convirtió en una especie de culminación. Fue culpa mía porque le dije que haría lo que fuera para que fuese feliz. Sin embargo, cuando volví, le dije que necesitaba algo de tiempo, que no tenía ánimos para convertirme en un marido. Casi no estaba de ánimo para ser un marine, que se suponía que era mi trabajo. Le pedí que pospusiera la boda, pero ella estaba en pleno papel de novia. Hay cosas que casi no recuerdo de la conversación; el vestido estaba encargado, se habían mandado las invitaciones... Intenté convencerme para cerrar los ojos, no pensar durante unas semanas y hacerlo. Pero sabía que la defraudaría a ella y a mucha gente. Estaba descompuesto y tenía que asentarme. También sabía que ella no tenía la más mínima idea de lo que me pasaba... y no podía tenerla. Yo tampoco lo sabía con certeza. Dijo muchas cosas, pero de lo que mejor me acuerdo es de que dijo que si yo no permitía que se celebrara esa boda a la que había dedicado tanto trabajo, podía irme al infierno.

Marcie abrió los ojos como platos.

—Ian, yo...

—No quiero oír su versión —Ian levantó una mano—. Espero que ella sea feliz. Espero no haberle fastidiado la vida demasiado. Te aseguro que si me hubiera casado entonces, habría sido peor para ella. Ahora... descansa un poco. Mañana volveré pronto. No hagas muchas cosas. Lee alguno de tus libros y tómate la medicina.

—Está casada —dijo ella en voz baja—. Embarazada.

—Me alegro por ella —replicó él sin inmutarse—. Todo ha salido bien. Mañana intenta cuidarte la tos.

—Sí, claro.

Capítulo 10

Marcie había dormido sorprendentemente bien pese a la conversación con Ian antes de quedarse dormida. Podía imaginárselo como a un marine de treinta años que volvía a casa después de algunas vivencias devastadoras en la guerra; con las cicatrices por las heridas y con cicatrices internas por lo que había vivido. Sin embargo, a su gran amor le daba igual con tal de poder ponerse un vestido blanco el día especial de su vida.

Todo eso hizo que Marcie reflexionara sobre algunas cosas que no se planteó cuando fue a ver a Shelly para preguntarle si sabía algo de Ian. Shelly estaba enfadada todavía y no le interesaba saber si Ian estaba bien o no. Sin embargo, después de oír lo que le había contado Ian, se acordó de una conversación que mantuvo con Shelly cuando sus hombres respectivos estaban en Irak juntos. Ella llamó a Shelly y le propuso quedar ya que sus hombres eran tan buenos amigos. Sin embargo, Shelly estaba muy ocupada.

—Preparar una boda da mucho trabajo —le dijo Shelly a modo de excusa.

—Me gustaría poder ayudarte —se ofreció Marcie.

—Gracias, pero entre mi madre, mis tías y las damas de honor, estoy saturada de ayuda. Aun así, me ocupa todo el tiempo libre que tengo.

—A lo mejor puedes encontrar un hueco para que tomemos un café juntas —insistió Marcie—. Ya que nuestros chicos son muy amigos y vivimos a menos de diez minutos la una de la otra...

—Dame tu número de teléfono y te llamaré si encuentro un momento —replicó Shelly.

Nunca la llamó ni pensó hacerlo y Marcie se preguntó por primera vez si les habrían invitado a la boda.

Ian había dejado media cafetera encima de la estufa, pero se había apagado mientras ella estaba dormida. El café estaba frío y ella se acordó con anhelo del café aromático y caliente de Jack. El café de Ian no era malo, pero era mucho mejor si estaba caliente.

Echó unos leños a la estufa, pero no tenía paciencia para esperar a que se calentara. Miró la cocina de propano y pensó que era una posibilidad mucho más rápida. Llevó la cafetera a los fogones y estudió cuidadosamente los mandos. Bastaba con encender el gas. Giró el mando, pero no pasó nada; no había chispa. Olió el fogón por si acaso. Volvió a intentarlo, pero seguía sin haber chispa y el olor a gas era evidente. Un tercer intento dio el mismo resultado.

Entonces, vio unas cerillas en la encimera. Puso la cafetera en el fogón, volvió a abrir el gas y encendió una cerilla. La llama se elevó unos dos metros en el aire y la alcanzó en la cara. Gritó

y se retorció mientras se golpeaba la cara y el pelo con las manos. Notó que se había quemado la cara. Cuando miró la pequeña cocina, vio una llama normal que calentaba la cafetera, pero la cara le ardía como un infierno.

Empezó a lloriquear como una niña pequeña asustada por lo que había podido ser un accidente desastroso. Fue apresuradamente al sofá, se puso las botas y, sólo con la camisa de Ian, salió corriendo hacia su coche sin importarle cualquier forma de fauna salvaje que pudiera encontrarse. No había un espejo en toda la casa; eso ya lo sabía. Limpió el retrovisor exterior con la manga y se miró. Volvió a gritar.

Tenía la cara roja como si se hubiera quemado con el sol y el inicio del pelo chamuscado; como si unos ricitos negros le salieran de la frente. Las cejas, escasas y casi rubias, habían desaparecido prácticamente y si veía bien, las pestañas eran más cortas.

Pensó que necesitaba hielo, algo muy frío para aliviar la quemadura antes de que le salieran ampollas. Volvió corriendo a la cabaña, apagó la cocina, la maldijo y empezó a buscar un paño. Él siempre dejaba esas cosas a mano cuando le tocaba bañarse, pero no había ninguno en ese momento. Al final decidió rebuscar en los baúles. El primero tenía ropa, pero en el segundo había toallas y paños. Agarró uno, lo empapó con el agua gélida que salía de la bomba y se lo puso en la cara.

—Dios mío... —dijo con alivio.

Cuando Ian entró en la cabaña, una hora más tarde, lo que vio lo dejó atónito. Marcie estaba tumbada en el sofá con la camisa y las botas puestas, con las piernas desnudas y un paño sobre la cara. Él se agachó junto al sofá casi presa del pánico y le apartó las manos con delicadeza.

—Marcie... —dijo en voz baja.

Cuando ella retiró las manos y el paño mojado, él siguió con un susurro.

—¿Has tenido una recaída? ¿Tienes fiebre? ¿Te llevo a...?

—¡No es fiebre! —casi le gritó ella.

—Pero tu cara...

—¡Está roja! Ya lo sé. Y el pelo se me ha quemado alrededor de la cara. Además, si te molestas en mirar, casi no tengo cejas ni pestañas.

—¡Santo cielo! —exclamó él sentándose en los talones.

—Estaba intentando calentar el café en la cocina de propano, pero parece ser que no sé usarla.

—¿Qué pasó? ¿Estás herida?

—¿Herida? Estoy espantosa, pero tampoco sé si es para siempre.

Ella le contó lo que había pasado al encender el fogón, al llegar tarde con la cerilla o encender demasiado pronto el gas y cómo le estalló en la cara. Él le pasó un dedo curtido por el pelo que le tapaba la cara y frunció ligeramente los labios debajo de la poblada barba.

—Tengo un poco de pomada y esto seguramente vuelva a crecer...

—¿Estás riéndote? —le acusó ella.

Él negó vehementemente con la cabeza, pero podían vérselo los dientes, unos dientes que se veían muy pocas veces.

—No, no. Es que...

—¿Qué?

—Lo siento, Marcie. Es culpa mía. Debería haberte enseñado a...

—¡Efectivamente, es culpa tuya! Para empezar, por rugirme como un león y asustarme y conseguir que me pusiera tozuda y luego no enseñarme a encender la maldita cocina y luego...

Súbitamente, sólo podían verse dientes entre su barba rojiza.

—¿Conseguir que te pusieras tozuda...? —preguntó él aguantándose una carcajada.

—Bueno, ¡me siento más cómoda cuando la gente hace lo que le pido! ¿Qué te parece tan gracioso?

Él se rodeó el pecho con los brazos, se dejó caer al suelo y empezó a reírse. Tenía la boca muy abierta, los ojos muy cerrados y bramaba. Se atragantó.

—Tienes la cara roja como un tomate ¡y es culpa mía por conseguir que te pusieras tozuda! Dios mío... ¡no tienes precio!

Se rió como un loco. Ella se sentó en el borde del sofá mirándolo fijamente con la cara roja y el ceño fruncido.

Él tardó un rato en dominarse. La risa dio paso a jadeos y se secó las lágrimas de los ojos. Entonces, la miró.

—Me sorprende que no hayas reventado de la risa —comentó ella sin la más mínima sonrisa.

—He estado a punto —replicó él antes de sentarse una vez repuesto—. ¿Te duele?

—Bastante —contestó ella con un gesto de orgullo.

—Iré a buscarte la pomada.

Ian se levantó, fue a un cajón, sacó un frasco y le untó delicadamente la cara quemada con los labios fruncidos para contener la risa.

—¿Te parece muy gracioso? —le preguntó ella.

—Es bastante gracioso, Marcie. La cocina tenía un encendedor muy bueno, pero se estropeó hace algún tiempo y me resultaba más fácil encenderlo con una cerilla que arreglarlo. Es una de esas cosas que te pasan cuando vives solo; no organizas la casa para una familia. Vas apañándote. Es pereza, lo sé...

—No eres perezoso. Trabajas mucho.

—De acuerdo, sólo es una cosa más que no tengo que hacer —dijo él—. De verdad, tu cara no está tan mal... —él dejó escapar una risa contenida.

—Tengo ricitos negros donde tenía tirabuzones.

—Lo sé, cariño, pero volverán a salirte.

¿La había llamado cariño? ¿Tenía compasión de ella? ¿Estaba siendo amable porque estaba chamuscada?

—La pomada está muy bien —comentó ella al cabo de unos instantes—. ¿Qué es?

—Una cosa que el veterinario usa con los caballos.

—¡Fantástico!

—¡Es bueno! —replicó él—. Mejor que lo que te da el médico. Te lo juro.

Sin embargo, él se rió otra vez.

—¿Sigues riéndote porque tengo un aspecto ridículo o porque me la has colado al darme el ungüento para caballos?

—Me río porque... —Ian tragó saliva— ¿qué te parece si te apaciguo con algo para cenar? Mientras te recuperas de la quemadura, podría leerte una de esas historias de amor... si quieres.

—¿Leerme? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—Algunas veces, cuando se sentía muy mal, le leía a Raleigh.

—No —replicó ella—. La comida, sí. Leer estaría bien, pero cantar estaría mucho mejor. Quiero que me cantes.

—Marcie...

—Soy una víctima, estoy quemada. Intenta ser complaciente.

Él suspiró y fue al armario. Allí había una docena de latas de carne guisada.

—¡Dios mío!, ¿temes una guerra nuclear? —exclamó ella.

—¡No! —él se rió—. Estoy preparado para las nevadas. El camino hasta la carretera general es largo y puedes pasar mucha hambre si no estás preparado.

—¿Te mantienes con carne guisada?

—Está buena —contestó él—. Compraría otra cosa si estuviera mejor.

La vació en un cazo y lo puso al fuego. Ella observó mientras lo encendía. Primero la cerilla y luego el gas. Era lógico...

Calentó el guiso, lo sirvió y dejó que se lo comiera. Luego, la arropó, le dio su medicina para la tos y le dijo que cerrara los ojos. Entonces, empezó a cantar con una voz suave, pero profunda y sonora. Cantó una versión lenta de *New York, New York*, *Cuando me enamoro* y *No me conoces*, que ella intentó no tomarse como una alusión. Tenía miedo de abrir los ojos y que él dejara de cantar. Cantó una serie de canciones melodiosas de Frank Sinatra y Elvis Presley.

Ella se encontró pensando en Abigail Adams, que sacó adelante cinco hijos y una granja mientras su marido trabajaba para crear Estados Unidos. Siempre había admirado y respetado a Abigail. ¿Era un esfuerzo tan grande tener que salir para ir al escusado aunque tuviera que llevar una sartén muy pesada para defenderse de las alimañas o calentar el agua? ¿Qué necesitaba? Sabía una cosa con certeza: no necesitaba cera para las cejas.

Marcie fue quedándose dormida mientras soñaba con Abigail y la voz de Ian. A la mañana siguiente, cuando se despertó, la cafetera estaba encima de la estufa, que casi se había apagado, como siempre. Vio una nota encima de la mesa.

No enciendas el fuego de la cocina si no estás segura de saber hacerlo.

Ella se rió.

Marcie estaba a mitad de una novela en la que el protagonista estaba a punto de agarrar a la chica por la cintura, estrecharla contra sí y besarla hasta dejarla sin aliento cuando cayó en la cuenta de una cosa. Las cartas.

Además de las cartas que había escrito a Ian cuando seguía en Irak, cartas sobre Bobby que Ian había contestado, también le escribió periódicamente durante dos años a la oficina de correos. Nunca contestó esas cartas, pero tampoco se las devolvieron. ¿Qué había pasado?

Se levantó del sofá y fue a la caja metálica donde él guardaba el dinero todas las noches. Se dio cuenta de que ya no la cerraba con llave. No había muchas cosas; la escritura de propiedad, que no le interesaba, y algunas fotos que le llamaron la atención. Eran significativas por la cantidad y los temas. Una foto de Ian con catorce o quince años; una foto preciosa de Shelly con un mantón negro sobre los hombros y que podía ser una foto de la universidad; una foto de Ian y Bobby sonrientes y en uniforme de combate; una foto de su padre, cuando ya era algo mayor,

con gesto serio.

Se olvidó de lo que estaba buscando. Había un par de cosas significativas; eran pocas fotos y eran fotos de las personas más especiales que habían pasado por su vida. Ilustraban su recorrido desde que era un niño normal de clase media hasta ser un joven con su padre malhumorado y un marine. Luego, aparecían la mujer y el amigo. Después... nada.

Debajo de las fotos estaban sus medallas. Las que ella recibió de Bobby llegaron en unas cajas muy bonitas, las de Ian estaban sueltas, pero al menos no las había tirado en un arrebato de ira o depresión.

Volvió a guardarlo todo con mucho cuidado, cerró la tapa y sintió remordimientos. Él no se merecía que violara su intimidad, pero quería entender algunas cosas. Fue al baúl donde guardaba su ropa y pasó las manos por los cuatro costados. Notó algo y apartó con cuidado las prendas perfectamente dobladas. Una goma sujetaba cerca de una docena de sobres blancos dirigidos a él, con el remite de ella. Estaban cerradas, pero las había guardado. Las miró fijamente sin salir de su asombro. ¿Qué podía significar aquello?

Oyó un motor. Al principio dio por supuesto que era Ian. Dejó las cartas en su sitio y cerró el baúl. Sin embargo, cuando se levantó, se dio cuenta de que no era el motor de la camioneta de Ian y fue hasta la puerta.

Debería habérselo imaginado. Vio a Erin Elizabeth Foley, su hermana mayor, montada en un todoterreno grande y reluciente. Se cruzó de brazos mientras Erin se bajaba del coche. Erin la miró y se quedó petrificada antes de acercarse dos pasos boquiabierta.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado?

Marcie, que se había olvidado de su cara y pelo quemados, se miró. Llevaba una de las camisas de Ian y las botas, con las piernas desnudas entremedias.

—El suelo está frío, Erin. ¿Qué haces aquí?

—He venido para ver este sitio y a ese hombre. No puedes esperar que te permita seguir con este disparate sin saber en qué estamos metidas. ¡Y me alegro de haber venido! Dios mío, ¿te ha pegado?

—¿Pegarme? ¡Claro que no! Y no estamos metidas en nada porque no es asunto tuyo. ¡Vas a estropearlo todo!

Erin se acercó entre los vapores de su perfume de Chanel. Llevaba una chaqueta de cuero, botas a juego, con tacones, y unos pantalones de lana color chocolate muy caros y minuciosamente arrugados. También llevaba unos guantes muy finos para conducir y el pelo rubio le caía en una cascada perfecta hasta los hombros. Naturalmente, no se había olvidado de las joyas de oro ni de la bufanda roja, naranja y morada de Hermès.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

Marcie se llevó la mano a la mejilla. Ya no le dolía y se había olvidado por completo.

—¡Ah! Tuve un pequeño accidente doméstico. Fue culpa mía, pero estoy bien.

—¿Has ido a urgencias?

—¿Adónde? —preguntó ella entre risas—. Hay una sala de urgencias a un par de horas de aquí, pero me puse una cosa; una pomada muy buena para caballos.

—¡Por el amor de Dios! ¿Te has vuelto loca?

—No duele... —se defendió Marcie como si tuviera diez años.

—Pero tu pelo... ¡Tu maravilloso pelo! Y... tus... ¡tus cejas!

—Ya me he dado cuenta. Erin, de verdad, ¿por qué no me dejas en paz? Hice lo que me pediste; he llamado cada dos días o le ha llamado alguien cada poco tiempo, he tenido cuidado, he...

Erin apretó los labios con un gesto de madre severa.

—De acuerdo. Una cosa es encontrarlo, pero quedarte con él en un sitio aislado sin teléfono y... Dios mío, ¿eso es lo que creo que es? —preguntó ella señalando la caseta.

—El baño —confirmó Marcie con tono jocoso—. No tiene bidé.

—Voy a desmayarme.

—También tenemos un orinal de porcelana dentro por si el clima no te permite salir.

Prefirió no comentar que convenía llevar un arma cuando iba a la caseta.

Erin se balanceó un instante con los ojos cerrados. Marcie tuvo que contener una carcajada. La mera idea de imaginarse a Erin con sus botas italianas saliendo a la caseta por la mañana le producía una risa casi histérica.

—Deberías ver cómo nos apañamos el día que toca bañarse —siguió Marcie, que no pudo resistir la tentación de provocarla un poco más.

Erin abrió los ojos como platos.

—El día que toca bañarse da a entender que no es todos los días y no es sencillo.

—Eso es verdad.

—Tampoco es especialmente cómodo... —insistió Erin.

—Bueno, como la única calefacción es una estufa de leña, es bastante rápido.

—Dios... Recoge tus cosas.

—No. Puedes mirar lo que quieras, levantar tu delicada naricita y conocer a Ian si te empeñas, aunque no te gustará su aspecto. Te lo aseguro. Luego, puedes marcharte antes de que tengas que ir a la caseta. Eso es todo lo que acepto.

—Al menos me dejarás llevarte a un médico —pidió Erin.

—Ya he visto a un médico.

—¿Y qué dijo sobre eso de ponerte una medicina para caballos en la cara? —preguntó Erin.

—Una pomada. Una pomada para caballos que da un resultado sorprendente. Sin embargo, no necesité un médico para eso. En el preciso momento de llegar aquí y encontrar a Ian, me puse enferma. Ian fue a buscar al médico y él y una enfermera vinieron a la cabaña y me pusieron una inyección. Luego, Ian me cuidó muy bien. Me hizo sopa de pollo y todo eso.

Erin se llevó los dedos a las sienes. Se las frotó un poco y una vez repuesta sacudió la cabeza. Miró con los ojos entrecerrados al montón de nieve como un iglú que había al lado de su todoterreno.

—Mi pequeño Volkswagen. Me temo que va a estar parado durante un tiempo. No puede moverse por los caminos nevados y helados. Si no vas a marcharte, pasa dentro, Erin.

Marcie se dio la vuelta, entró en la cabaña y dejó la puerta abierta. Erin la siguió, miró alrededor y aunque no dijo nada, se estremeció.

—¿Dónde están las camas? —preguntó al cabo de un rato.

—En realidad, no hay camas. Yo duermo en el sofá e Ian duerme en un jergón que extiende junio a la estufa. No le he quitado el sofá; él asegura que siempre duerme en el jergón. Es cómodo para él. El sofá es un poco corto.

—Esta es la única habitación.

—Es una cabaña. Estaba habitada sólo por un hombre. No es muy distinta a las cabañas que papá y Drew alquilaban para ir a cazar o pescar.

—Es completamente distinto y lo sabes —replicó Erin—. Marcie, no puedo dejarte aquí. No puedo.

Se oyó otro motor que subía la cuesta y Marcie se acercó a su hermana con una expresión de desesperación.

—Escúchame con atención. No hemos hablado de lo que le pasó a Bobby ni de nada relacionado con esa parte de la vida de Ian. Lo hemos eludido y tú no vas a decir nada, ¿entendido? —Marcie fue al sofá, se quitó las botas y se puso los vaqueros—. ¡Nada! Sé cortés, no le insultes y utiliza ese cerebro de abogada y tan agudo que tienes para ser diplomática. ¡Lo digo en serio!

—¿De verdad? —preguntó Erin poniéndose rígida.

—Efectivamente, de verdad.

Marcie volvió a sentarse y se puso las botas. Cuando terminó de atárselas, vio a Ian en la puerta con los ojos entrecerrados. Marcie notó que su hermana contenía la respiración. Marcie supo que el chaquetón sucio parecía más andrajoso y su barba más desaliñada por la presencia de Erin. Los ojos de él dejaron escapar un destello. No estaba contento.

—La hermana, supongo —dijo él.

Erin alargó el cuello con orgullo y extendió una mano.

—Erin Foley, ¿qué tal está?

—Bien, gracias. ¿Y usted? —preguntó él pasando por alto la mano.

—Bien, gracias. Me alegro de conocerle. Había venido a por Marcie...

—Entiendo.

—Pero yo no voy a marcharme —intervino Marcie—. Erin quería conocerte antes de irse. Yo no la llamé para que viniera, Ian.

—No sé cómo ibas a hacerlo —Ian dejó la bolsa con víveres en la mesa—. Con señales de humo, me imagino.

—Muy bien, escuchadme los dos —dijo Erin—. No me gustó la idea desde el principio. No me gustó que Marcie viniera sola a buscarle; sobre todo ahora, es esta época del año, con las vacaciones y cuando hace casi un año desde que Bobby...

—¡Erin!

Ella se aclaró la garganta.

—Bueno, como seguramente habrá notado, mi hermana es muy tozuda y se sale siempre con la suya.

—Es difícil no darse cuenta —comentó él.

—Encontrarle y hablar con usted era una cosa, pero esto se pasa de castaño oscuro. No puede quedarse aquí, señor Buchanan. Sólo hay una habitación sin camas ni cuarto de baño en el interior. Además, parece que no está completamente bien. Está enferma, quemada y... Fue muy amable al cuidarla y todo eso, pero se acabó. Marcie debería volver con su familia. Estamos casi en Navidad. Todos lo hemos pasado mal —Erin miró elocuentemente a su hermana—. Marcie, de verdad, no soy la única que quiere que vuelvas... la familia Sullivan también está preocupada por ti. El señor Buchanan y tú podéis manteneros en contacto y volver a veros después de Navidad... en algún sitio con teléfono y cuarto de baño...

—¡Erin! —Marcie se puso más colorada si eso era posible.

—Tu hermana tiene razón —dijo Ian—. Deberías estar con tu familia en estas fechas. Seguiremos en contacto.

—Si estuviera dispuesta a marcharme, ¡me habría marchado! Si hubiera decidido marcharme, habría hecho autostop —aseguró Marcie con firmeza—. Había pensado quedarme hasta que tú... ¡Estábamos empezando a conocernos!

—Ya has estado aquí bastante tiempo —insistió él—. Además, no estoy acostumbrado a estar con gente en casa. Me alegro de que ella haya venido. No podías marcharte en tu coche...

—Pero... Ian...

—Ella tiene razón. Se acabó. Recoge tus cosas.

—Pero... Ian —ella se acercó a él con un gesto suplicante—. Yo creía...

—Yo creo que lo hemos pasado bien juntos al quedarnos atrapados por tu gripe y todo eso, pero ahora, ella ha venido para llevarte a tu casa y yo recuperaré mi casa. No estoy acostumbrado a tanta gente. Lo sabes —él tomó aliento—. Estarás en buenas manos con tu hermana. Ella parece muy... —Ian miró a Erin de arriba abajo con descaro— competente.

—Perfecto —dijo Erin frotándose las manos—. ¿Vamos...?

Marcie lo miró a los ojos. Los de ella eran delicados y suplicantes; los de él, implacables.

—No lo dices en serio —dijo ella—. ¿Estás diciendo que quieres que me marche?

—Deberías irte con tu hermana, Marcie. Ella tiene razón. No quieres que tu familia se preocupe. Más adelante volveremos a encontrarnos si quieres, pero soy un solitario y me gusta serlo.

—No eres un solitario. Vendes leña, vas a bares de camioneros, a la iglesia, a la biblioteca... No me creo que quieras que me marche —se obstinó ella.

—Créelo, pero me alegro de que me hayas encontrado y siento lo de Bobby —Ian bajó la barbilla—. Nunca sabrás cuánto... —levantó la cara para mirarla a los ojos—. Vete. Vete a tu casa, donde tienes que estar.

—Empiezo a sentir como si tuviera que estar aquí —replicó ella.

Él se mantuvo en silencio mientras se miraban a los ojos. Hasta que, derrotada, Marcie se dio la vuelta y empezó a recoger sus cosas. No tardó mucho. Tenía la ropa en la bolsa de lona con otras cosas como el champú y el maquillaje. En la mochila llevaba mapas, el cuaderno de notas y los cromos que todavía no le había dado. Además, tenía un bolso. Enrolló el saco de dormir y empezó a doblar la colcha que la había abrigado en el sofá.

—Yo me ocuparé de eso —dijo Ian.

Sin embargo, ella siguió. Cuando estuvo perfectamente doblada, dejó los libros de la biblioteca en la mesa.

—No los he terminado. También estaba llegando a lo mejor. La página está marcada. Gracias por todo, has hecho mucho por mí.

—No he hecho nada en absoluto —replicó él—. No he cambiado nada.

—Sí lo has hecho. Has cocinado para mí, me has cuidado, me has dado la medicina, me has protegido... Pero sé que he sido un fastidio muy grande.

—No ha sido gran cosa —se limitó a decir él.

—Para mí, sí lo ha sido.

Él no dijo nada más. Ella tomó la bolsa de lona, la mochila y el bolso y salió por la puerta.

Dejó que Erin se ocupara del saco de dormir. Tiró las cosas en el asiento trasero del coche de Erin y se sentó en el asiento del acompañante.

Deseó que él hubiera rugido a Erin y la hubiera ahuyentado, pero su hermana habría vuelto con toda la oficina del sheriff, al revés que ella, que se comió un sándwich y casi se murió congelada.

—Ve al pueblo. Quiero despedirme de mis amigos.

—¿A Virgin River?

—Sí.

—Escucha, Marcie...

—Y no me hables. Ni siquiera me mires.

Capítulo 11

Erin aparcó delante del bar de Jack.

—No tardes —le ordenó a su hermana—. A este paso se hará de noche.

Marcie no dijo nada y entró en el bar. Erin, que evidentemente no se fiaba de ella, entró detrás.

Jack sonrió, pero la sonrisa se le congeló cuando vio la cara quemada de Marcie y el pelo chamuscado.

—¡Caray! —exclamó él.

Ella se sentó en un taburete.

—Una cocina de propano estropeada. No hagas preguntas.

—Ni se me ocurriría.

—Una cerveza.

—Marchando.

Él sirvió la cerveza de grifo y saludó a Erin.

—Hola otra vez. Observo que has encontrado el sitio sin problemas.

—Sí, gracias a Dios —contestó Erin—. ¿Sabes cómo viven allí?

Él se rió.

—Estoy seguro de que no es nada muy raro para las montañas. Yo viví bastante austeramente mientras construía el bar.

—No hay cuarto de baño dentro de la casa.

—Eso tampoco es tan raro. Hay que remover la caseta cada ciertos años. Supongo que sabrás que las cloacas no llegan tan lejos y tan alto. Tiene que ser una fosa séptica, pero un hombre solo puede desafiar el frío en invierno. Lo mismo pasa con la televisión y la electricidad; se necesita una antena parabólica y un generador. Habrá cientos de cabañas como ésa por ahí.

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

—Si hubieses mirado alrededor, no lo preguntarías.

La puerta se abrió y Mel entró con David apoyado en la cadera. Se sentó al lado de Marcie y le entregó su hijo a su marido por encima de la barra. Le dio un beso a él y se dio la vuelta para sonreír a Marcie, pero dio un respingo.

—Una pequeña quemadura —le explicó Marcie.

—¿Qué te has puesto?

—Una especie de pomada para caballos que tenía Ian.

—Ah, metilsulfonilmetano. La gente de por aquí lo usa para casi todo y es famoso por regenerar las células. Creo que el doctor tenía razón, estás en buenas manos.

—Bueno, ya no. Mel, te presento a Erin, mi hermana. Erin, te presento a Mel Sheridan. Creo que hablasteis por teléfono.

—Claro. ¿Qué tal estás? Fuiste muy amable al llamar por Marcie.

—Fue un placer. Me ha encantado conocer a tu hermana.

—¿La atendiste cuando tuvo gripe?

—Sí, con el doctor. Ya está bien, no te preocupes por eso.

Jack había colocado a David en una mochila para poder servir y ocuparse de su hijo a la vez. Predicador apareció con unos platos limpios para colocarlos debajo del mostrador, saludó a todos con la cabeza y arqueó las cejas a Marcie con curiosidad, pero desapareció. Mike Valenzuela entró por la puerta trasera, pasó detrás de la barra, se sirvió una cerveza de grifo y le presentaron a Erin. Cuando miró a Marcie, se quedó helado por la sorpresa.

—La cocina de propano —explicó ella con cierto hartazgo—. Encendí el gas primero y la cerilla después.

—Estoy seguro de que la próxima vez lo harás por el orden correcto —dijo él antes de dar un sorbo de cerveza y volver a la cocina.

Mel miró hacia abajo y vio las botas de Erin.

—Qué casualidad, yo tenía unas botas como éstas. También las echo de menos. Las destrocé la primera primavera que pasé aquí deambulando por los ranchos y viñedos.

—¿De verdad? —preguntó Erin.

—Es una tierra abrupta. Una tierra de hombres, supongo, por mucho que me fastidie llamarla así. Yo no estaba preparada.

—Bueno, los hombres de por aquí son muy...

—Lo sé —la interrumpió Mel entre risas—. Son muy hermosos, ¿verdad? Pero también son peligrosos, ten cuidado.

—¿Peligrosos? —preguntó Erin con los ojos muy abiertos.

Mel se inclinó hacia ella.

—Cazan ciervos, juegan al póquer, fuman unos cigarrillos apestosos y tienen una concentración de espermatozoides enorme. Puedes creerme, soy la comadrona del pueblo.

Jack se rió y Erin lo miró.

—¿De dónde eres? —le preguntó Erin a Mel.

—De Los Ángeles —contestó Mel—. Estaba buscando un cambio.

—¿Un cambio? —preguntó Erin sin salir de su asombro.

Mel sonrió con delicadeza.

—Me atrapó la fuerza de esta belleza, el paisaje virgen. Lo que vi la primera mañana; árboles que llegaban al cielo, águilas flotando en el aire, ciervos por el campo... Además, la gente de aquí es íntegra, sin dobleces. Me enamoré —se pasó la mano por el vientre—. Luego, me enamoré de Jack, que es muy fértil para mi gusto, pero... tiene sus cosas buenas.

—Mel —dijo Marcie—. Necesito que me lleves otra vez a casa de Ian.

Las dos mujeres se volvieron para mirarla.

—Marcie, ¡no voy a permitirlo! —exclamó Erin—. ¡Es primitivo! ¡Él es primitivo! Parece un perturbado, un bárbaro.

—En realidad es muy manso y amable.

—¡No hay camas!

—Yo dormí dos años en un jergón mientras remodelaba el bar —intervino Jack rascándose la barbilla—. Tampoco me afeité mucho. Usaba la ducha del doctor una vez cada tres días, más o menos. Por aquí somos bastante... rudimentarios.

—Pero... pero nosotras no lo somos —replicó Erin.

—Jack, llama al sheriff —le pidió Marcie—. Me han secuestrado.

—Ese aspecto de bárbaro es muy corriente por aquí —le explicó Jack a Erin—. Muchos granjeros, leñadores o rancheros no se afeitan en invierno. Tampoco llevan la ropa de los domingos para cortar leña o dar de comer a las ovejas. Ian Buchanan es uno de ellos y parece muy civilizado. Yo no me preocuparía por él.

Marcie puso la mano sobre la de Erin.

—Voy a volver y quiero que te vayas a casa. Llamaré para darte noticias, te lo prometo, pero acabo de curarme y estaba consiguiendo que hablara. Todavía no he terminado.

—Marcie, no quisiera ser despiadada, pero no has sido la única en perder a Bobby. Su familia, Drew y yo...

—Lo sé, lo sé. Te prometo que no lo olvido. Pasaremos juntos la Navidad. Erin, por favor, no te opongas. Déjame hacer lo que he venido a hacer. Luego, podré seguir adelante —los ojos se le empañaron de lágrimas—. Sinceramente, sólo tengo que saber que esto queda zanjado.

—¿El qué? —preguntó Erin en un susurro casi suplicante—. ¿Qué crees que vas a conseguir?

Marcie miró a Mel con unos ojos también suplicantes y se quedaron un instante mirándose fijamente. Luego, Mel miró a su marido.

—Jack, lleva a Marcie a la cabaña de Ian. Que te acompañe David. Yo atenderé el bar o se lo pediré a Predicador o Mike. Creo que Erin y yo deberíamos hablar un rato.

—¿Estás segura? —le preguntó Jack con una ceja arqueada.

Ella asintió con la cabeza y sonriendo. Él se inclinó sobre la barra y le dio un beso.

—Volveré antes de que el bar se llene a la hora de la cena.

Cuando Jack y Marcie se habían marchado, Mel pasó detrás de la barra y sirvió dos tazas de café.

—¿Leche o azúcar? —preguntó a Erin.

—Ambas, por favor. Creo que no te haces la más mínima idea de lo que...

—Hace casi tres años asesinaron a mi marido —la interrumpió Mel antes de aclararse la garganta—. Yo era enfermera y comadrona en un hospital de Los Ángeles. Mark era médico de urgencias en ese hospital. Había salido a comprar leche y copos de avena después de una guardia de treinta y seis horas. Estaban robando la tienda y le dispararon. Lo mataron.

—Lo siento —lamentó Erin en voz baja.

—Gracias. En ese momento quise que mi vida se acabara con la de él. Después de unos meses sin que pudiera seguir adelante con mi vida, hice las cosas más disparatadas; acepté un empleo en este pueblo diminuto, a cambio de muy poco dinero, sólo porque tuve la intuición de que podía ser un cambio. Tengo una hermana mayor —añadió con una sonrisa—. Ella pensó que

me había vuelto completamente loca y estuvo dispuesta a secuestrarme, a arrastrarme a su casa para que me repusiera a su manera —Mel se inclinó hacia Erin—. Soy una experta en luchar para seguir adelante. No es fácil ni hay un camino claro, pero estoy segura de que tienes que abrirte ese camino. También estoy segura de que a Marcie no va a pasarle nada. No sé si Marcie dará con la solución, pero creo que es preferible no interponerse en el camino de una mujer dispuesta a ordenar su vida de alguna manera. Hay cosas que quiere comprender. Nosotros también velaremos por ella.

Erin dio un sorbo de café.

—Me doy cuenta de que estás transmitiéndome un mensaje y te agradezco tu inocencia, pero con Marcie...

—Efectivamente, Erin. El mensaje es que sea lo que sea lo que ella cree que tiene que hacer para pasar a otra etapa puede no tener sentido, puede no dar resultado, puede no ser ni efectivo ni sensato, pero es lo que ella cree que tiene que hacer. Sé que también te duele haber perdido a tu cuñado y tener a Marcie lejos de tu alcance, lo siento mucho por ti. Recuerdo lo que sufrió mi hermana cuando murió mi marido; lo quería como a un hermano. Sin embargo, al final del día Marcie tiene que sentir que ha hecho lo que tenía que hacer. Por el motivo que sea, parece que tiene que aclarar algo con Ian. Al parecer, ella tiene que hacerlo. Ha sido increíblemente resuelta.

—Eso no es verdad del todo —replicó Erin.

—No estaría hablando contigo si creyera que Marcie puede estar corriendo el más mínimo peligro. Puedes creerme, cuido a las mujeres de este pueblo. Marcie no ha sido muy concreta, pero las dos sabemos lo que está buscando. Tiene que saber por qué abandonó a su marido, la abandonó a ella, el hombre que le salvó la vida.

—Pero... ¿qué pasaría si él vuelve a hacérselo a ella? —preguntó Erin con una mirada triste y preocupada.

—Eso es lo que ella ha venido a comprobar —contestó Mel mientras tomaba la mano de Erin—. Déjala que llegue hasta la última página de la historia. Es lo que necesita. Si no, no habría hecho todo lo que ha hecho.

—Pero...

—No tenemos que comprenderlo ni estar de acuerdo —Mel sacudió la cabeza—. Tenemos que respetar sus deseos. Tienes que volver a casa y permitir que acabe lo que ha venido a hacer. No vas a perderla.

Erin parpadeó y una lágrima le cayó por la mejilla.

—¿Crees que ella sabe cuánto me preocupo por ella? ¿Cuánto la quiero?

—Lo sabe perfectamente —contestó Mel—. Te diré algo más. La próxima vez que la vea, y estoy segura de que será pronto, se lo recordaré.

Ian fue de un lado a otro de la cabaña durante una hora. No había sido amable con la hermana de Marcie y se arrepentía. Podría haberla tranquilizado un poco para que no temiera que Marcie estuviera allí. Sin embargo, las había expulsado. Pensó que no debería haber permitido que se quedara. Debería haber dicho a Mel que lo mejor era que se la llevara a la clínica. Maldita pequeña pecosa. Había una docena de cosas que no quería que le recordaran. Por ejemplo, que

no era un ermitaño, sino que estaba solo. Sin embargo, no encajaba en la mayoría de los sitios y se mantenía al margen. Aunque detestaba no cantar en la iglesia cuando se sentía tan bien al cantar. Tampoco le gustaba quedarse solo en un rincón del bar para que nadie se le acercara. Además, hacía muchísimo tiempo que no se reía con ganas. Hasta que llegó Marcie. Por primera vez desde que llegó allí, quiso algunas cosas; como cuencos para la sopa en vez de tazas. Cosas que creía que no necesitaba, como una radio. Ella tenía razón; una persona que amaba la música tenía que oírla de vez en cuando. También quería que alguien se preocupara tanto por él como para ir a buscarlo. Hacía mucho tiempo que nadie lo quería.

Sin embargo, lo peor había sido que esa pelirroja le hiciera darse cuenta de que ella había sobrellevado la espantosa pérdida de Bobby mejor que él. Además, ella había tenido que sobrellevarlo todos y cada uno de los días, mientras que él se había limitado a eludirlo. Él era débil, se dijo a sí mismo, y ella era fuerte como mil soldados.

Fue al baúl, rebuscó y sacó las cartas. Las dejó en la mesa, fue al armario, buscó una botella de whisky casi entera y la dejó en la mesa con las cartas. Tomó un vaso, se sirvió y se lo bebió de golpe.

Entonces, imprevistamente, la puerta se abrió y ella entró como si fuera su casa. Llevaba todas sus cosas; el saco de dormir, la bolsa de lona, la mochila y el bolso. Lo dejó todo a los pies del sofá, donde estaban antes de que se fuera. Él esperó que los pelos de su cara ocultaran la felicidad que sintió.

—Podía haber estado desnudo... —la saludó él.

Ella sonrió, fue a la mesa, sacó una silla y se sentó enfrente de él.

—Ya... sería lo más apasionante de mi vida, ¿no? ¿Esta noche vamos a beber? —preguntó Marcie.

—He pensado que hacía suficiente frío para beber un poco.

—¿Puedo acompañarte?

—¿Tu hermana está esperándote fuera? —preguntó él mientras se levantaba a por otro vaso.

Encontró un vaso de plástico y se lo dio. Ella se sirvió un poco de whisky.

—No, la he mandado a casa. He tenido que prometerle que la llamaría cada dos días y que pasaría la Navidad en casa, de modo que creo que voy a ser un fastidio para ti. Más fastidio, quiero decir. Lo siento.

—¿Cuál es tu misión exactamente? ¿Crees que vas a llevarme por el buen camino y adecentarme hasta ser presentable? ¿Quieres hacer una buena obra?

—Vaya, sientes lástima de ti mismo. No deberías beber si estás tan desconsolado. La bebida es depresora, ¿no lo sabías? —ella se puso rígida bruscamente—. Mi misión, como tú la llamas, es muy sencilla. Tengo unos ridículos cromos de béisbol. Bobby me dijo en sus cartas que tú también los coleccionabas. He traído los cromos de Bobby.

Ella fue hasta la bolsa de lona, rebuscó, sacó un álbum con la colección de Bobby y lo dejó en la mesa.

—Es difícil explicarlo, pero por algún motivo nunca pude dar crédito a que los dos hablarais de los cromos de béisbol en medio del campo de batalla, en el desierto, entre bombas y francotiradores —ella tomó aliento—. Quiero que entiendas que me cuesta desprenderme de ellos sólo porque eran suyos. Pero él creía que eran maravillosos y habría querido que te los quedaras.

Ian no tocó el álbum.

—¿Por qué no me los diste sin más?

—Porque me puse enferma —ella suspiró—. Además, no querías hablar del asunto.

—Lo siento. Creía que no podía —Ian miró fijamente la mesa durante un instante y volvió a levantar la mirada—. Entonces, ¿se trata de los cromos?

—Hubo un tiempo, hace mucho, cuando nos escribíamos, que nos apoyábamos el uno en el otro porque Bobby estaba herido. Luego, desapareciste. Por eso vine a conocerte, a conocerte otra vez, para darte las gracias, cerciorarme de que estabas bien y hablarte de tu padre. Y resulta que estás bien. En algunos sentidos, mejor que yo. Vives exactamente como quieres, hablas con la gente cuando quieres y buscas la soledad cuando te parece bien, estás en contacto con la naturaleza y no tienes la carga de preocupaciones u otras cargas. Tienes sólo lo que necesitas y no creo que tengas que adecentarte para ser presentable. Tienes un buen aspecto.

—Dijiste que parezco un bárbaro.

—Es verdad —ella sonrió—, pero me he acostumbrado.

—¿Por qué vas a darme las gracias? —le preguntó él mientras se volvía a llenar el vaso.

—¿Estás de broma? ¡Por salvarle la vida a Bobby!

—No deberías hacerlo. Ni siquiera deberías pensarlo. Lamento muchas cosas, chiquilla, pero ésta es la que más.

—¿Salvarlo? Todos lamentamos que quedara completamente inválido. Nadie podía evitarlo...

—¿Eso crees? Yo creo que quizá lo supe —replicó él—. Cuando lo levanté, estaba inerte y pesaba mucho. Por una milésima de segundo, me planteé la alternativa. Su cuerpo no tenía tensión muscular, era un peso muerto. Podría haberlo dejado donde estaba, haber cubierto su cuerpo con el mío para que no lo hirieran más y esperar... el final. Tú no habrías tenido que soportar la carga y el dolor que soportaste tres años y él habría quedado libre. Eras una niña y yo sabía que Bobby no quería esa vida; los hombres hablan de esas cosas cuando entran en combate. Yo pensé en mí mismo: actué como me habían enseñado a reaccionar y no pude dejarlo marchar. Actué como si quisiera ser un maldito héroe.

Ella lo miró fijamente durante un buen rato.

—¡Por todos los santos! —exclamó ella por fin—. ¿Crees que sucedió así? ¿Crees que dependía de ti? ¿Crees que lo que hiciste convirtió mi vida en una pesadilla? —ella negó con la cabeza—. No sucedió así. Deberías haber leído aquellas malditas cartas.

Él miró las cartas que tenía delante y luego la miró a los ojos. Ella había curioseado sus cosas, las había visto y sabía que nunca las había abierto.

—Te diré lo que pasó...

—Marcie —Ian tenía los ojos velados por el arrepentimiento y el dolor—. No lo hagas.

—Vaya, creía que yo era la que tenía que comprender —Marcie dio un sorbo e hizo una mueca—. Vas a escucharme. Perdimos a mi madre cuando Drew sólo tenía dos años. Yo tenía cuatro y Erin once. Nuestro padre nos crió, pero murió repentinamente cuando yo tenía quince años; fue por una trombosis coronaria durante una operación rutinaria de rodilla. Algo muy infrecuente. Erin acababa de licenciarse en la Facultad de Derecho. Ella se hizo cargo y todos nos quedamos en la casa donde nos había criado nuestro padre y, naturalmente, cuando Bobby se marchó a Irak, me quedé allí con Erin y Drew. Cuando lo repatriamos, lo llevamos allí. Allí estábamos cuando nos visitaste y no éramos muy diestros con esas cosas, no sabíamos cuidar a

alguien. Debiste de pensar que no lo superaríamos. Yo debía de tener un aspecto espantoso...

Él se acordó de que algunos días no podía quitárselo de la cabeza. La casa era un desastre. Marcie estaba muy delgada, pálida y solitaria, parecía como si tuviera trece años. La cama de hospital dominaba el comedor y era lo primero que se veía al entrar en la casa. Había más material médico por todos lados; una silla de ruedas, elevadores neumáticos, pesas para contrarrestar el peso muerto cuando había que moverlo, bombonas de oxígeno, palanganas...

—Teníamos que llevarlo a casa o dejarlo en algún centro de atención a largo plazo en otro Estado. Después de un par de meses, lo llevamos a un centro de atención privado, un sitio fantástico y costado por los militares a través del programa que tienen para la atención médica a civiles. Todo gracias a Erin; nunca tiró la toalla. Bobby tenía mucha familia, era el menor de siete hermanos, y todos lo pasamos juntos. Que Dios los bendiga. Fueron una ayuda maravillosa; una familia para mí en todos los sentidos.

—¿El programa de atención médica a civiles...? —se preguntó Ian a sí mismo.

—No siempre funciona tan bien. Muchos soldados heridos que necesitan atención a largo plazo acaban en los hospitales militares que tienen sitio, que no son los que están cerca de sus familias. Me planteé dejar a Bobby en Washington, la Costa Este o Texas, pero tuvimos mucha suerte. Además, Ian, él podría inspirar pena, pero nada indicaba que sufriera. Lo mimábamos, siempre estaba cómodo y éramos muchos para hacerlo. Toda la familia de Bobby, su padre y su madre, sus seis hermanos y hermanas con sus cónyuges. Drew, yo y, sí, efectivamente, hasta Erin participó. Le dábamos masajes, le leíamos, lo besábamos y lo abrazábamos. Casi nunca estaba solo. Teníamos turnos de visita. Ian, no fue una tortura para mí. Perderlo me dolió, naturalmente, pero lo había perdido hacía tanto tiempo cuando falleció...

—¿Sentiste alivio? —preguntó Ian.

—Por él —contestó ella—. Para mí fue el final de un largo viaje. ¡Deberías haber leído esas malditas cartas!

Él sacudió la cabeza.

—No quería saber que estaba muerto ni que seguía vivo.

—Estaba vivo, cuidado y querido —ella señaló las cartas con la cabeza—. Te escribí sobre él, pero también sobre mí. Al principio me costó llorar a Bobby como si ya hubiera muerto, pero luego, mi vida fue casi normal. Salí con amigos de vez en cuando. Me tomé un par de vacaciones, los padres de Bobby se empeñaron. Te escribí sobre ellos, no me preguntes por qué. Te escribí sobre cualquier cosa por nimia que fuera; como si fueras mi mejor amigo, no el de Bobby.

—Pero seguías atada a un...

—No —replicó ella—. Amaba a Bobby y sabíamos que no se recuperaría. La familia de Bobby intentó que saliera, me presentó a gente... a algunos hombres. Si hubiera querido librarme de mis obligaciones con él, nadie, ni de mi familia ni de la suya, habría intentado disuadirme. En realidad, hablamos mucho de cosas como ésa; de librarme, de divorciarme para que pudiera tener otras relaciones. También hablamos de desconectarlo de la sonda que le daba de comer para que muriera, pero...

—¿Por qué no lo hiciste, Marcie? ¿Por qué?

—Porque alimentarlo era una forma de que estuviera a gusto, Ian.

—Pero él podía estar pensando —replicó Ian con desesperación—. Para él podía ser una

tortura pensar cuánto detestaba vivir de aquella manera, sin poder moverse ni comunicarse.

Ella sonrió con delicadeza.

—Si podía pensar algo así, entonces también podía pensar en la cantidad de seres queridos que se dedicaban a cuidarlo hasta que pudiera hacer la última parte de su viaje.

Se hizo un silencio muy profundo que los separó.

—Y ninguno de ellos fui yo —se lamentó él en voz baja.

—Tú tenías tus temas —le tranquilizó ella dando un sorbo—. Las heridas de Bobby eran físicas, las tuyas anímicas. Todo el mundo tiene derecho a poder reponerse. Además, me diste lo que más necesitaba y te estaré agradecida por eso toda la vida. Tuve la oportunidad de despedirme. Él era verdaderamente importante para mí, Ian. Aunque no fuera él mismo, necesitaba tenerlo entre mis brazos, decirle que lo amaba y que él podía seguir su camino, que yo estaría bien. ¿Sabes cuánto significaba eso para mí?

—¿Aunque tuvieras tanto que...?

—Acabo de decírtelo, no fue tanto. Nos llevaba tiempo, sí, pero todo el mundo se sentía como yo a distintos niveles. Era el hijo de su madre; ella necesitó tiempo. Era el orgullo de su padre; él necesitó tiempo. Bobby era impresionante; sus hermanos y hermanas necesitaron tiempo para despedirse.

Ian se quedó un momento en silencio.

—Si hubiera leído las malditas cartas, habría podido ser uno de los que dio el callo, si estaba pensando, contando las caras que...

Ella no dijo nada y volcó la botella sobre los dos vasos.

—¿Quieres más motivos para sentirte culpable porque tu idea original no basta? Según lo entiendo yo, acababas de volver de una guerra espantosa, habías roto con tu novia y te habías distanciado de tu padre, habías abandonado los marines, a quienes tenías pensado dedicar al menos veinte años. Las heridas de Bobby sólo eran algo más y toda la familia te agradece que te jugaras la vida para intentar salvarlo —Marcie dio un sorbo—. Ian, nadie está enojado contigo porque no estuvieras allí.

—Ya. ¿Estás segura?

Ella lo miró fijamente y agarró las cartas.

—Empecemos por aquí.

Quitó la goma y al ver que estaban por orden cronológico, abrió la primera.

Querido Ian:

Espero que estés bien. Llevas mucho tiempo sin dar señales de vida y te echo de menos. Me encantaría saber algo de ti. Quiero que sepas que han trasladado a Bobby a un centro de atención maravilloso. Toda su familia y la mía trabajamos juntos para que siempre esté rodeado de seres queridos. Lo ayudamos con algunas cosas, pero aquí hay un personal increíble. No sufre, de verdad. Naturalmente, no sabemos todo, pero los médicos le han hecho todas las pruebas imaginables y lo han reconocido un centenar de veces; no siente nada del cuello para abajo y nunca da muestras de tensión o angustia. Me han dicho que podría llorar si sufriera, Ian, no llora. En realidad, aunque dicen que estoy loca, a veces creo que esboza algo muy parecido a una sonrisa.

Mi vida me parece inusualmente normal. Trabajo en la compañía de seguros; el mismo trabajo y los mismos amigos. No gano mucho, pero mi jefe es muy flexible, es una gran persona.

La maravillosa madre de Bobby insiste en que salga con las amigas que me entretenían cuando los dos estabais en Irak. A veces vamos a bailar, pero dos de ellas están embarazadas y es más corriente que vayamos al cine, a cenar, a comer en el campo en verano y a fiestas con nuestro grupo en invierno. Es como si hubiera heredado una familia y un grupo de amigos enorme. Son los mismos amigos desde hace mucho tiempo; tres amigas del instituto que conozco de siempre y otras cuatro mujeres del trabajo que conozco desde que entré allí. Pensarás que estaremos hartas de trabajar todo el día juntas, pero seguimos volviendo loco al jefe con nuestras risas y charlas.

Me gusta pasar un rato con Bobby por la mañana temprano, antes de ir a trabajar, pero no todos los días. Aunque sí casi todos los días, cuando él está despertándose. Me gusta ser la primera persona que percibe. No te rías de mí, pero creo que puede olerme. Vuelve la cabeza hacia mí y me doy cuenta de que lo sabe. También me gusta la última hora de la tarde. Leerle nos da sosiego a los dos. Le he leído Ivanhoe. Es increíble lo que me he metido en la historia por leérsela en voz alta. No sé si me oye y estoy segura de que no me entiende, pero siempre estoy ansiosa de llegar para leerle un capítulo. Bobby ha leído mejores libros desde que lo hirieron que en toda su vida anterior. Me tumbo en la cama con él para leerle y a veces gira la cabeza hacia mí como si fuera a besarme y apoyar la cabeza en mi hombro...

Marcie leyó una docena de cartas y rellenó los vasos de vez en cuando. Llegado un momento, se levantó y se sirvió un vaso de agua fría, pero siguió leyendo. Al final, las cartas hablaban más de ella y menos de él porque, naturalmente, él seguía igual. Le escribió sobre el viaje que hizo a la Columbia Británica, de su paisaje y de su gente encantadora. También sobre el crucero de cuatro días y tres noches que hicieron un grupo de chicas. Llevó a Ian por los dos años como esposa de un marine inválido, como hermana, como cuñada, como nuera y como amiga. Hubo reuniones familiares, nacimientos, bodas y otras cosas normales. Tuvo una discusión con una amiga íntima que las distanció unas semanas y en la carta siguiente le explicó cómo lo habían solventado. Le habló de un corte de pelo que no le gustó, de la multitud de novias de su hermano Drew y de lo poco atento que era con ellas. Incluso le contó que se le había estropeado la bomba de gasolina del Volkswagen. Las cartas eran más sobre ella que sobre Bobby y no transmitían que su vida fuera el tormento que él había imaginado. Sin embargo, lo que más le fascinó fue que le escribía como si fuera un amigo de siempre. Un amigo importante. Además, ella siempre le daba su número de teléfono y le pedía que la llamara a cobro revertido cuando quisiera. Siempre terminaba la carta diciéndole que le echaba de menos.

Entonces, llegó la última carta, escrita el año anterior. Le contaba que Bobby había fallecido tranquilamente y que ella había estado allí, como si hubiera sido por Providencia Divina. Como sólo pasaba dos horas allí y algunos días se los tomaba libres, le pareció un pequeño milagro. Estaba leyendo y acunándole la cabeza con el brazo cuando se dio cuenta de que no había movido ni un músculo desde hacía un rato. Le buscó el pulso y acercó la cara a la de él para ver si respiraba.

Lo supe al instante. No por el pulso ni por la respiración... Fue como si hubiera notado que el espíritu lo había abandonado. No sé si lo entiendes, pero fue un alivio enorme saber que su espíritu había estado allí mientras todos lo quisimos tanto. Siempre había pensado que era posible que su espíritu se hubiese liberado de su cuerpo mucho antes, pero te juro que sentí una plenitud en mi corazón como si hubiese pasado a través de mí mientras él fallecía. Me despedí

de Bobby, le dije que todos le echaríamos de menos y me alegré por él.

Era tarde cuando terminó de leerle la última carta. La botella estaba bastante vacía, pero no la habían acabado. Dejó el sobre en el montón y se quedaron en silencio. Ian se secó los ojos con impaciencia.

—Puedo necesitar compañía para ir al baño. Estoy un poco bebida —dijo Marcie al cabo de un rato.

El comentario se abrió paso en su tristeza y le cambió el estado de ánimo.

—¿De verdad? —preguntó él con una sonrisa.

—No soy tan grande como tú y bebo poco; un par de cervezas o vinos. La verdad es que me da miedo levantarme...

Él se rió.

—Nadie te ha atado y te ha obligado a beber.

—Es espantoso leer las cartas que ha escrito uno mismo. Frases mal construidas, una ortografía espantosa, comentarios absurdos... Estoy segura que cuando vas al infierno, te leen en voz alta todas las cartas que has escrito.

Él volvió a reírse y se levantó.

—Vamos, peso pluma. Te acompañaré afuera.

Sin embargo, él pensó que eran unas cartas preciosas. Si las hubiera leído, quizá le hubieran ayudado a aclararse la cabeza un poco antes. Ella le ofreció hacía mucho tiempo lo que había echado de menos en su vida: que alguien se preocupara por él.

La acompañó a la caseta, esperó y volvió a acompañarla a la cabaña antes de pasar también por el baño. Ella se tumbó en el sofá sin quitarse las botas ni taparse con la colcha.

—Vas a dormir muy bien —le dijo él antes de quitarle las botas y taparla.

—Mmm. Es la última vez que me emborrachas, Buchanan.

—Como ya te he dicho, no te he obligado.

—Me temo un inconveniente. Me he acostumbrado al sabor —dijo ella entre hipo.

—Me habré marchado cuando te despiertes — le recordó él—. Tengo que llevar algo de leña por la mañana.

—Ya, ya lo sé. ¿Sigo teniendo los libros de la biblioteca?

—¿Crees que pude ir a la biblioteca durante la hora que estuviste fuera?

—Da igual. Buenas noches, mi oso amoroso.

Eso le alteró el pulso y le esponjó el corazón. Antes de que pudiera evitarlo, se inclinó y la besó en la sien. Ella levantó la mano, le acarició la cara peluda y dejó escapar un murmullo.

—El único problema es que no puedo saber cuándo sonrías y me encanta cuando sonrías.

—Buenas noches, peso pluma.

Mientras Marcie dormía la mona, Ian hojeó el álbum de cromos. Se imaginó los dedos de Bobby en cada uno. Le cayeron unos lagrimones que arrastraron el dolor y remordimiento de su alma. Quizá ella nunca supiera cuánto había significado para él ese regalo tan sencillo.

Capítulo 12

Cuando Marcie abrió por fin los ojos, sintió como si tuviera una banda de tambores en la cabeza. Había leído unas catorce cartas bebiendo whisky. No fue una idea muy buena, pero sabía dónde guardaba Ian las aspirinas.

Se sentó con cuidado. El cuarto estaba ordenado, como siempre lo dejaba Ian. Hasta había guardado el montón de cartas, aunque el álbum de cromos seguía en la mesa, donde lo dejó ella. La cafetera estaba sobre la estufa, que necesitaba un par de leños. Echó los leños, se puso las botas, fue a la caseta y cuando volvió, se bebió con ansia el café fuerte y espeso, aunque no estaba muy caliente. Miró el reloj y al comprobar que Ian tardaría un rato en volver, decidió espabilarse y asearse un poco. Calentó el agua para el pelo primero y luego para la bañera. Cuando terminó con la tediosa tarea de vaciar la bañera, que era casi más pesada que llenarla, estaba cansada, aunque lo atribuyó más a haberse acostado tarde y a haber bebido que a la gripe. En realidad, casi no había tosido.

Después de haberse lavado el pelo y bañado, tomó las tijeras de uñas, se cortó el flequillo chamuscado y consiguió arreglárselo un poco. Se miró en el espejo de mano y vio que tenía un leve y saludable arbol; la quemadura se había curado casi por completo. Se maquilló un poco, algo que no había hecho desde que llegó, pero como imponía su constante presencia a Ian, no estaría mal arreglarse un poco. Se dio sombra en los ojos y se perfiló los labios. Luego, abrió una lata de carne guisada, se comió la mitad y se sentó en el sofá con un libro. Era una mujer nueva.

Súbitamente, la mujer nueva se desvaneció al darse cuenta de que ese día hacía un año. Era curioso, pero no se había acordado cuando estuvo leyendo las cartas, ni siquiera, cuando leyó la fechada el día del fallecimiento de Bobby. El 17 de diciembre, una semana antes de Navidad.

Había sido una vivencia muy extraña. Cuando supo que Bobby había muerto, se quedó donde estaba abrazándolo. No lloró ni llamó a una enfermera. Mientras lo abrazaba, se comunicó con él mediante el corazón para decirle que fuera feliz allí a donde fuera. Pasó al menos una hora antes de que apareciera alguien, una enfermera de unos sesenta años que llevaba ropa de cama para el turno de la mañana.

—Se ha quedado hasta tarde —comentó la mujer.

Marcie estaba acariciando la mejilla de Bobby, pasándole los dedos por el pelo y abrazándolo con fuerza. No respondió. Sabía que cuando lo soltara, no volvería a abrazarlo. Algo le pareció raro a la enfermera porque se acercó y puso los dedos en el cuello de Bobby.

—Señora Sullivan... —dijo con delicadeza.

—Lo sé. Me cuesta un poco dejarlo... —susurró Marcie.

—Lo entiendo. Llamaré a alguien. Suele venir bien. Vendrá alguien y...

—¿Le importaría esperar un poco? ¿Le importaría darme un poco más de tiempo para estar con él?

—Terminaré la ronda y luego le diré a la enfermera jefe que se pase por aquí. ¿Le gustaría que avisemos a sus padres... o a su hermana?

—Llame a sus padres —contestó ella—. Deberían ser los primeros en saberlo. Luego, ¿sería tan amable de llamar a Erin?

—Claro —la enfermera sonrió y le acarició la frente—. Tómese el tiempo que necesite.

Cuando la enfermera se marchó, Marcie abrió el libro que había estado leyendo a Bobby y siguió leyéndolo. Leyó en voz alta durante casi una hora más, hasta que el cuerpo de Bobby se quedó frío. Estaba tan carente de vida que se quedó sorprendida. Había pensado que, dado lo inmóvil que estaba cuando vivía, no se notaría gran cosa, pero el cambio era muy notable. Nunca había captado la tensión en él, hasta que los rasgos de su cara se relajaron completamente. Estaba muy guapo. Etéreo. Rebosante de paz. Luego, se quedó frío y rígido.

El señor y la señora Sullivan entraron en la habitación y se acercaron apresuradamente a ella. La encontraron abrazada a Bobby y con el libro en el regazo.

—Marcie, ¿qué haces?

—No estaba preparada para dejarlo... —contestó ella con una voz clara y los ojos secos.

—Está conmocionada —le dijo la señora Sullivan a su marido—. Deberíamos llamar a...

—No estoy conmocionada —replicó Marcie antes de reírse levemente—. Llevo tres años esperando este momento, pero ya ha llegado y sé que no volveré a tocarlo. Me cuesta un poco soltarlo...

Le quitaron el libro del regazo, la levantaron de la cama y la apartaron de él. Sus padres le dieron un beso de despedida y lo taparon con la sábana. Marcie se acercó y retiró la sábana. No había motivo para esconderlo, parecía dormido. Ella le alisó el pelo suave y oscuro.

—Marcie, la funeraria llegará enseguida.

—No tengo prisa —replicó ella.

No había que tomar decisiones, todo se organizó hacia dos años. Se lo llevarían, lo incinerarían y se celebraría un responso. Sin embargo, ¿no seguía siendo suyo hasta que se lo llevaran?

—Ya está en manos de la autoridad suprema —comentó su hermana—. Puedes dejarlo marchar sin preocupación alguna. Está en buenas manos.

—¿Lo he dicho en voz alta? —preguntó Marcie.

—¿Decir qué, cariño?

—Que seguía siendo mío hasta que se lo llevara la funeraria.

—No, no has dicho nada. Lo he adivinado, eso es todo.

—Quiero estar cerca de él hasta que vengan...

—Podemos quedarnos así el tiempo que quieras. La funeraria puede esperar.

—Gracias...

Volvió a sentarse en la cama, lo acarició, lo besó en la mejilla y la frente y le susurró. Sus suegros pensaron que estaba desvariando, pero Erin los contuvo. Marcie oyó que hablaba con ellos fuera de la habitación.

—Hay que ser un poco comprensivos. Es una renuncia muy grande.

Cuando fueron a llevarse a Bobby, le dio un último beso y se despidió de él. Luego, se abrazó a sus suegros, les dijo cuánto sentía la pérdida que era para ellos y se fue a casa. Notó lágrimas en las mejillas, pero no dolor. Sólo la soledad que algunas veces se adueñaba de ella. La sensación de no estar unida a Bobby, la sensación de no tener razón de ser.

Pasó otra hora antes de que Ian llegara a casa. Cuando entró, comprendió por qué había tardado tanto. Tenía el pelo y la barba cortos y muy arreglados. Llevaba unas bolsas con la compra e intentó disimularlo, pero estaba sonriendo.

—¡Ian!

—Sí, soy yo. ¿Esperabas a otro?

Ella lo miró detenidamente desde el sofá y se olvidó de todo.

—¿Qué te has hecho?

Él dejó las bolsas en la mesa.

—Tengo que traer más cosas, así que quédate sentada.

Se marchó y cuando volvió con dos cajas una encima de la otra, ella seguía sentada en el mismo sitio. También dejó las cajas en la mesa. Entonces, se dio la vuelta para que lo mirara con calma. Ella se levantó, se acercó lentamente a él y le pasó una mano por la mejilla. Donde antes había una barba muy poblada y desaliñada, en ese momento había una barba corta, rojiza, arreglada y suave como el plumón. Hasta se había afeitado el cuello.

—¿Dónde está mi bárbaro chiflado?

Él frunció el ceño y le tocó la mejilla con delicadeza.

—¿Has estado llorando?

—Lo siento —ella miró hacia otro lado—. He tenido un día de éstos.

Él le puso un dedo debajo de la barbilla y se la levantó para que volviera a mirarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Quieres hablarlo?

—No —contestó ella sacudiendo la cabeza—. Sé que tú no quieres...

—No me importa. ¿Por qué has llorado? ¿Añoranza? ¿Soledad?

Ella tomó aliento.

—Hoy hace un año. Me ha afectado, supongo.

—Ya —él la abrazó con sus enormes brazos—. Me imagino que es un motivo para llorar. Lo siento, Marcie. Todavía tiene que ser doloroso.

—Es que... no es doloroso exactamente. Es que me siento muy inútil —se apoyó en él—. A veces me siento muy sola. Hay muchas personas en mi vida, pero me siento sola sin Bobby —se rió levemente—. Y Dios sabe que no me hacía mucha compañía.

Él la abrazó con más fuerza.

—Creo que lo entiendo.

Efectivamente, él podía entenderlo, se dijo Marcie para sus adentros. Él estaba con gente, pero completamente desconectado de ella.

—¿Por qué te has hecho eso? —le preguntó ella apartándose de él.

—Pensé que podía adecentarme un poco y llevarte a algún sitio.

—Un momento. No pensarías que tenías que hacerlo por mí o por Erin, ¿verdad?

Él se rió y ella pudo ver perfectamente la expresión de su cara.

—En realidad, si me lo hubieras pedido, seguramente no lo habría hecho. ¿Crees que puedes igualarme a tozudo? No lo creo. Conservé la barba por la cicatriz —le enseñó la mejilla a ella—. Por eso y, quizá, por cierta actitud de indolencia.

Ella le separó con cuidado los pelos de la barba para ver una cicatriz casi inapreciable.

—Casi no se ve, Ian. Sólo es una línea muy fina. No tienes que tapártela, no estás desfigurado —ella sonrió—. Eres guapo.

—Será el recuerdo de la cicatriz. En cualquier caso, esta noche toca bar de camioneros. Es el desfile de Navidad. Un montón de camiones adornados desfila por la carretera. Lo veo todos los años. Es fantástico. ¿Crees que podrás al ser el día del aniversario?

—Puede ser una buena idea salir y cambiar de aires.

—Comeremos fuera y...

—¿Qué es todo esto? —preguntó ella mirando las bolsas y las cajas.

—Hay previsiones de nieve. Hay que estar preparados, pero esta vez he traído otras cosas por si estás cansada de la carne guisada. Nunca lo hago, pero eres una mujer y he traído verduras frescas y huevos frescos. Lo justo para que duren un par de días. No hay nevera y si los dejamos en el cobertizo, se congelarán.

—Ian, ¿qué haremos con el retrete si la nevada es muy grande?

Él soltó una carcajada.

—No te preocupes, abriré un sendero con la pala. También quitaré la nieve del camino con el quitanieves, pero hay que conducir muy despacio y más despacio todavía si no deja de nevar.

—¿Es prudente que salgamos esta noche al desfile? ¿Podremos volver?

—No caen grandes tormentas de nieve. Por aquí, la nieve cae despacio, pero constante. Aparte, estoy pensando que es día de baño. ¿Qué te parece?

Ella se puso en jarras y lo miró con el ceño fruncido.

—Me he bañado, me he lavado el pelo y me he maquillado.

Él abrió mucho los ojos por un instante.

—Quería decir que es día de baño para mí. Estás fantástica —él le pasó un pulgar por debajo de un ojo—. Sólo tienes un par de marcas por las lágrimas, pero puedes arreglarlas. Guardaré todo esto y me prepararé el baño. ¿Tienes algo para leer o prefieres ver lo más apasionante de tu vida?

—Tengo algo para leer —contestó ella.

Al final del día, pensó ella, todos los hombres eran iguales.

Ian había pensado en un restaurante italiano de Arcata donde había estado un par de veces. Las otras veces, había comido solo en la barra. Esa vez, estaban hablando sentados a una mesa y con una copa de vino cada uno. Era casi imposible acordarse del hombre que gruñía y aseguraba que no necesitaba la compañía de nadie. Marcie no dijo nada sobre el cambio; al día siguiente se cumplirían diez días y dentro de una semana sería Navidad.

Él quiso saber cómo era de pequeña.

—Mala, muy mala. Era un auténtico marimacho. No tenía amigas, sólo amigos. Los impresionaba a todos, pero aunque me consideraba un chico, peleaba como una chica; mordía y tiraba del pelo. Usaba tirachinas y mi padre tuvo que ir al colegio muchas veces. Era una pequeña endiablada pelirroja, la más pequeña y mala de mi clase.

Él sonrió de oreja a oreja; una sonrisa maravillosa.

—¿Por qué será que no me sorprende? Ahora te has moderado un poco, pero no mucho.

—Entonces, en noveno curso, me quedé prendada del chico más guapo. Lo primero que pensé fue que podía impresionarlo, pero luego pensé que podía conseguir que me besara. Me convirtió en una chica de la noche a la mañana, una transformación absoluta. Era Bobby. Erin Elizabeth era remilgada desde que nació y no sabes cuánto me fastidió pedirle consejo para estar guapa. También era muy pagada de sí misma.

—¿Bobby? ¿Desde noveno?

—Sí. Seguimos durante todo el colegio y nos casamos a los diecinueve años recién cumplidos.

—Espantosamente jóvenes —comentó él.

—Espantosamente —confirmó ella—. Nuestras familias querían que esperáramos, pero las convencimos enseguida; no podíamos quitarnos las manos de encima. Creo que todo el mundo accedió a la boda para que nos aplacáramos, pero hicieron todo tipo de chistes. Como que yo llevaba pantalones de chándal debajo del vestido y ese tipo de cosas.

—¿Os aplacó?

—Al menos, dejamos de sobarnos en público —contestó ella con una sonrisa—. Ahora te toca a ti, Buchanan. Fuiste el protagonista del musical del colegio; tendrías montones de chicas, ¿no?

Él esbozó una sonrisa muy leve.

—Era un libertino.

Ella se rió tanto que la gente se dio la vuelta para mirarla.

—Sin principios —interpretó ella.

—Muy pocos. Estuve a punto de meter en un buen lío a más de una chica a la que no quería.

—¿Les decías que las querías para... seducirlas?

—¿Era un adolescente!

—¿Lo hiciste! ¡Eres un perro!

—Era un cachorrillo. Mi padre tuvo la idea de los marines, pero le salió el tiro por la culata. No sólo me gustó, sino que los irresistibles marines no tienen problemas para conseguir chicas.

—Creo que mi hermano pequeño, Drew, se parece mucho a ti. Es impresionante como un demonio. Es muy listo y tan divertido que puede hacerte reír hasta que te duelen las tripas. Tiene una chica distinta cada mes. Es tan frívolo que cuesta creer que vaya a ser médico.

—¿Médico? —preguntó Ian con asombro.

—Sí, está estudiando Medicina. Mi hermana es abogada, mi hermano será médico y yo sólo acabé el instituto.

—Vamos... —Ian tragó saliva—. Seguro que sacabas matrícula de honor.

—No. Estaba en la media. Entonces pensaba en otras cosas; en divertirme, en Bobby... Ahora soy mucho más seria.

—Me habría gustado conocerte entonces; tuviste que ser una bala perdida. ¿Qué especialidad

va a elegir tu hermano?

—¿A este paso? Ginecólogo.

Siguieron bromeando durante toda la cena. Para Marcie fue muy agradable y divertido, pero parecido al resto de su vida. Sin embargo, supuso que para Ian habría sido distinto, al menos, a lo que había hecho últimamente. A juzgar por el tono dorado de sus ojos, en vez de marrón, supuso que lo había pasado bien.

El desfile de camiones fue después de cenar, cuando había anochecido. Aparcaron en un camino elevado y miraron desde la camioneta hasta que prefirieron salir y sentarse sobre el capó caliente. Los camiones, como él había dicho, eran impresionantes. Iban adornados con luces resplandecientes, Santa Claus, nacimientos, escenas nevadas y árboles de Navidad colocados encima de los remolques. Podía verse cualquier color del arco iris y los camioneros hacían sonar sus bocinas en respuesta a los espectadores que saludaban y aplaudían.

Después de pasar un rato a la intemperie, volvieron a casa en la camioneta con una calefacción bastante deficiente. Marcie estaba tiritando e Ian propuso pasar por el pueblo antes de dirigirse a la montaña. Si no era muy tarde, podían tomar algo para entrar en calor.

El majestuoso árbol los recibió a la entrada del pueblo con la estrella para indicar el camino correcto. Cuando entraron en el bar de Jack, había bastante gente, la luz era tenue y el fuego de la chimenea ardía con brío. Se sentaron cada uno en un taburete de la barra enfrente de un camarero sonriente.

—Buenas noches —les saludó Jack.

—Ya que estoy aquí, ¿podría llamar por teléfono? —le pidió Marcie—. Debería cerciorarme de que Erin no tuvo problemas para volver a casa.

—Claro. ¿Te pongo algo para cuando vuelvas?

—Un brandy —contestó ella mientras se bajaba del taburete—. Algo suave y con aroma.

—Hecho —Jack se dirigió a Ian—. ¿Y a ti?

—Un aguardiente.

Jack dejó un par de bebidas en la barra.

—¿Has aprovechado la oferta de vacaciones de la peluquería?

—Vaya, creía que hablabas cuando te hablaban y callabas cuando se callaban, ¿no?

—También leemos las caras. Pareces poco desdichado y con un aspecto nuevo.

—He llevado a Marcie a ver el desfile de camiones —le explicó Ian—. ¿Lo has visto alguna vez?

—Un par de veces. Mel y mi hermana llevaron a nuestro hijo, pero esta noche el bar estaba completo. El maldito árbol atrae gente de todos lados. No me extrañaría que los reyes magos se presentaran en cualquier momento.

—Es un árbol bonito —dijo Ian.

—Gracias, pero el año que viene será más pequeño. Mel se empeñó en un árbol grande, pero no puedes imaginarte la pesadilla que fue, casi tuvimos que alquilar un remolque para traerlo.

Ian se rió y dio un sorbo.

—¿Qué te trajo hasta Virgin River, Jack?

—¿Después de pasar veinte años en los marines? Buscaba un poco de paz y tranquilidad para recuperar el resuello y pensar.

—¿De verdad? Y yo que creía que había tenido una idea original...

Jack también se rió.

—Bueno, hasta que Melinda apareció y la paz y tranquilidad fueron algo del pasado.

—Tú te metiste en ese jaleo —comentó Ian.

—Ya... Una rubia preciosa todos los días en la cama cuando te despiertas. Te lo aviso, es un tormento que no acaba nunca.

Jack esbozó una sonrisa muy fugaz, pero Marcie se sentó al lado de Ian antes de que pudiera replicar.

—Todo perfecto —informó ella antes de dar un sorbo de brandy y suspirar de placer—. Delicioso, Jack.

—No sé cuándo piensas volver a casa, Marcie, pero en Nochebuena vamos a hacer una celebración. Como no hay iglesia en el pueblo y Predicador va a cerrar en Navidad para pasarla con su familia, la gente del pueblo va a hacer una reunión con velas alrededor del árbol.

—¿De verdad? ¿A qué hora?

—No va a ser una misa del gallo, eso te lo aseguro —Jack se rió—. Casi todos los rancheros y granjeros de la zona se levantan temprano hasta en Navidad. Lo último que oí es que estaba previsto para las ocho y durará como una hora. Voy a llevar a la familia a Sacramento a pasar las vacaciones y nos lo perderemos, pero si sigues por aquí, pásate.

—Lo tendré presente —aseguró ella.

El brandy y el aguardiente no les dio calor para todo el viaje de vuelta y cuando llegaron, Ian echó unos leños a la estufa antes de acompañar a Marcie a la caseta. Los dos se quedaron con los chaquetones y las botas puestas hasta que la cabaña se calentó. Entonces, Marcie extendió el saco de dormir sobre el sofá. Se quitó las botas, pero se metió en el saco con la ropa puesta.

Ian estaba desenrollando el jergón y a punto de quitarse las botas cuando ella se dirigió a él.

—Gracias, Ian, ha sido una noche maravillosa. La más maravillosa desde hace... muchos años.

Marcie bostezó, pero él no se movió, no podía respirar. Una sensación casi olvidada le rebotaba el pecho y se le habían humedecido los ojos. Quiso decirle que gracias a ella, pero temió no poder juntar las palabras. Ella no sabía bien cuánto le había cambiado por dentro, la cabeza y el corazón, tener a alguien con quien hablar y reírse. La niña más pequeña y revoltosa del colegio, como un ángel enviado del cielo para que fuera menos introvertido, había conseguido que, por primera vez en mucho tiempo, sintiera que estaba viviendo y no meramente existiendo. Estaba seguro de que no se merecía un regalo así, sobre todo, después de haberse aislado del mundo como había hecho... y después de haber intentado asustarla para que se largara.

La duda era que no sabía si podría volver a su vida solitaria y anónima. Aun así, no tenía otra cosa. La realidad era que sólo contaba con esa cabaña y unos dos mil dólares que tendrían que durar todo el invierno. No tenía una cuenta secreta en el banco ni un subsidio de la Seguridad Social ni pensión de jubilación. Podía vender sus posesiones, pero, seguramente, tardaría años en encontrar un comprador. Aparte, no tenía nada para vender o trocar.

Podía rogarle a ella que se quedara, pero ni siquiera sabía si alguna vez podría hacerle un

cuarto de baño dentro de la cabaña. Él se había dejado caer hasta no ser prácticamente nada y había disfrutado de las privaciones en un sentido desastroso. Hasta que Marcie apareció y, súbitamente, se sintió como un hombre rico.

Justo cuando se sintió preparado para decir algo como que ella había sido la que había conseguido que fuera un día perfecto, oyó un leve ronquido que le llegó del extremo opuesto de la habitación. Sacudió la cabeza y se rió para sus adentros. Dormía muy bien en ese sofá desvencijado; estaba a gusto allí cuando debería estar fastidiada por todos los inconvenientes. Se dio cuenta de que se parecían en ese sentido. Ella era tan capaz de sobrellevarlo como él, aunque Marcie tenía muchas más cosas en su vida: familia, trabajo, amigos... una vida de verdad.

Se cambió los vaqueros por los pantalones de pijama y se tumbó en el jergón al lado de la estufa.

Sin embargo, no podía dormirse. Sólo podía pensar en lo real que era su vida de repente, en la cantidad inmensa de posibilidades que le ofrecía cuando dos semanas antes, una monotonía infinita y eterna se extendía ante él. Hacía mucho tiempo que no se planteaba qué sería lo siguiente que le podría pasar, parecía como si nunca fuera a pasarle nada más.

Las costumbres arraigadas eran difíciles de arrancar y pensó que podría ser un buen momento para rechazarla y esperar que superara deprisa ese arrebató. Sin embargo, supo que no lo haría. Iba a permitir que eso durara un poco más. Ella lo cargaría de bondad antes de marcharse; ya sofocaría esos sentimientos más tarde. Ian decidió que podía considerarla un regalo de Navidad. Un atisbo precioso de lo que podría haber sido la vida.

Tardó mucho en dormirse y al poco, sintió algo que hizo que abriera los ojos. Ella estaba junto a él en el suelo, al lado de la estufa, envuelta en el saco de dormir y con la melena pelirroja revuelta por el sueño.

—Tenía frío, incluso con el saco de dormir —se justificó ella.

—Echaré unos leños.

Ian se sentó, echó dos leños en la estufa, volvió a tumbarse y le hizo sitio en el jergón.

—Acércate, pequeña, te daré calor.

—Mmm... es lo que necesito.

—Yo también lo necesito —replicó él antes de darle un beso en la sien.

—¿Puedo decirte una cosa?

Él se rió.

—Marcie, ¿todavía no te has cansado de hablar?

—Es sobre el asunto de la boda —dijo Marcie sin hacerle caso—. De tu boda con Shelly.

—En este momento, no estoy pensando en eso.

Ian la estrechó contra sí.

—Lo sé, pero he estado en cuatro bodas, incluida la mía. Las novias, todas, antes o después, sienten que todo gira alrededor de ellas y su boda. Sin embargo, la realidad hace acto de presencia enseguida —Marcie bostezó—. Algunas novias son peores que otras, pero, seguramente, Shelly no quiso decir lo que dijo.

Él se quedó un rato en silencio sin poder acordarse de la imagen de Shelly siquiera.

—¿Cuatro? —preguntó Ian.

—¿Mmm...?

—¿Cuatro bodas?

—Sí. Además, he sido madrina dos veces y volveré a serlo en marzo. Mi amiga Mable va a tener un hijo, el primero.

—Conoces a mucha gente y me alegra saberlo.

—Ahora también te conozco a ti y me alegro —ella se estrechó más contra él y bostezó—. Sin embargo, quería decirte que quizá esquivaste el disparo al no casarte con Shelly.

Él se rió levemente. En efecto, pensó él, no estaba destinado a acabar con Shelly.

—Ahora, me callaré —dijo ella.

—Perfecto.

Cuando Ian se había permitido pensar en Marcie, había visto una imagen de soledad y pesar. Eso había sido porque no la había considerado como a Abigail Adams, como a la mujer resuelta, positiva e infatigable que era; no lo había hecho porque no había querido saberlo. No podía ver más allá de la cima de su montaña, como creía que podía.

Capítulo 13

Marcie notó algo en el pelo y al despertarse se encontró con los ojos marrones de Ian. La luz del amanecer iluminaba tenuemente la cabaña y él le acariciaba los rizos con su mano enorme.

—Buenos días —le saludó ella con voz somnolienta.

Él no dijo nada. Se limitó a besarla en los labios muy delicadamente. Ella notó el roce de su barba y la carne suave de sus labios y cerró los ojos. Él le recorrió la boca un instante y ella le pasó un brazo por el cuello para retenerlo.

—Ha caído una nevada y estamos aislados, cariño —le comunicó él.

—Perfecto.

—¿Sabes? Estaba celoso de Bobby —reconoció Ian mientras le pasaba el pelo por detrás de la oreja.

—Ten cuidado, Ian, estás hablando de... eso.

—Estoy dispuesto a decirte lo que quieras. Todos estábamos algo celosos de Bobby. Él tenía algo especial contigo. Le mandaste unas bragas.

Ella se sonrojó y abrió los ojos como platos.

—¿Te las enseñó?

Ian se rió.

—Se las enseñó a todo el mundo. Eran unas bragas muy pequeñas. Creo que eran de color verde lima con encaje negro o algo así.

—¡No puedo creérmelo!

—Estaba muy orgulloso de ellas. Las llevaba guardadas en el bolsillo como un amuleto de la suerte.

—Te diré que estaban completamente limpias.

—Vaya, es casi una decepción —Ian se rió—. Deberían haber olido a ti.

—¡Llevaban hasta suavizante!

—También le mandaste aquella foto... en la motocicleta.

Ella se tapó la cara con las manos.

—Esto es una tortura —él le separó las manos y volvió a besarla suavemente—. Entonces, la noche que casi me muero congelada, fue la segunda vez que me viste en ropa interior.

—En teoría. Había visto tu ropa interior un millón de veces. Un par de veces entré en la cabaña y te vi con tu precioso trasero fuera de la colcha. Por no decir nada de tu ropa interior secándose en la bañera. Además, daría la vida por volver a verte en ropa interior.

A ella se le salieron los ojos de las órbitas por un instante, pero sonrió levemente y dejó escapar una risita.

—En mi corta experiencia, me habían tentado de formas interesantes, pero ésta es nueva. ¿Tendría que pegarte un tiro después de que me miraras?

—¿Y si te dijera que tendrías que pegarme un tiro para impedirlo? ¿Te asustaría?

—No me asustas, Ian. Sé que me protegerás de cualquier cosa, hasta de ti mismo.

Él la besó por toda la cara y ella le tomó la cara mientras lo hacía. La respiración de él se aceleró.

—Quiero que sepas una cosa —susurró él—. No se me había ocurrido que pudiera pasar algo así entre nosotros hasta...

—¿Hasta? —preguntó ella al cabo de un rato.

—Hasta que volviste. Esto no tiene por qué pasar, Marcie. Dime si no quieres...

—Ian... —ella se rió—. ¡Hablas demasiado!

Los ojos de Ian soltaron unos destellos dorados y la besó con pasión mientras le pasaba un brazo por debajo del cuerpo y le introducía la lengua en la boca. Ella le rodeó el cuerpo con el otro brazo, y su cuerpo, como si tuviera voluntad propia, se arqueó con voracidad. No era sólo una voracidad general, sino una voracidad por Ian, a quien se había unido en muchos sentidos.

Sin dejar de besarla, empezó a recorrerle los pechos, las caderas y los muslos con las manos. Introdujo una mano por debajo del jersey para acariciarle un pecho y dejó escapar un suspiro. La ayudó a quitarse el jersey y sus enormes manos se dirigieron al botón de los vaqueros. Se lo bajó hasta quitárselos completamente. Él se quitó la camiseta por encima de la cabeza, se quedó sólo con los pantalones de pijama y miró el menudo cuerpo de ella.

—Dios bendito —susurró él casi con devoción.

—¿Así me miraste cuando estabas salvándome la vida? ¿Cuando me quitaste la ropa para que entrara en calor?

Él negó con la cabeza y una sonrisa perversa en los labios.

—Aquello no fue nada gracioso, pero esto va a ser muy divertido.

—Perfecto —ella volvió a cerrar los ojos—. Perfecto.

Él la besó en el cuello, los hombros, el pecho, los brazos y el vientre sin dejar de pasarle un pulgar por el elástico de las bragas.

—¿Qué te parecería que te quitara la ropa interior a mordiscos? —preguntó él.

Ella tragó saliva y se estremeció.

—Siempre puedo comprar ropa interior nueva...

Ian se rió para sus adentros. Aquello era lo que más le gustaba; su buen humor. Aunque quizá fuera su pequeño cuerpo, que parecía frágil pero no lo era. ¿Sería el pelo como el fuego y sus resplandecientes ojos verdes? Tardaría menos en enumerar lo que no le gustaba, si se le ocurría algo.

Le quitó el sujetador, le pasó la lengua por los pezones y se deleitó con los gemidos de ella. Luego, bajó la cabeza a su vientre, tomó el elástico de las bragas entre los dientes y se las bajó hasta las caderas. Terminó de quitárselas con una mano temblorosa y volvió a besarla en la boca. La besó profundamente mientras le tomaba el trasero con las manos.

—Una pelirroja natural...

—¿Lo habías dudado? —preguntó ella con la respiración entrecortada—. Sobre todo,

después de dos semanas en el monte...

—Marcie... Tengo que paladearlo. Tengo que hacerlo.

Ella se arqueó.

—Bueno... si tienes que hacerlo, tendrás que hacerlo...

Ella separó las piernas ligeramente y él gimió antes de sumergir la cabeza entre aquellos rizos pelirrojos hasta que ella lo agarró del pelo, se cimbrió y jadeó. Él, a regañadientes, levantó la cabeza y volvió a adueñarse de su boca.

—Cariño, estás preparada para cualquier cosa...

—Para ti —susurró ella—. Estoy preparada para ti.

Con una mano y una patada, se quitó el pantalón y se colocó entre sus piernas. Intentó tomárselo con calma y entrar despacio, pero Marcie tenía prisa y se contoneó. Por un momento, mientras estuvieron unidos, todo se detuvo. Se quedaron inmóviles con los ojos clavados en los del otro y deleitándose con la fusión. Entonces, ella cerró los ojos lentamente y movió las caderas debajo de él. Ian la besó ardientemente en la boca y empezó a ondular las caderas delicadamente primero y con avidez más tarde hasta que todo se precipitó; ella le clavó los dedos en los hombros, arqueó la pelvis y su interior palpité con un júbilo que lo empapó con un líquido abrasador. Él se vació para acompañarla en el éxtasis.

La abrazó en silencio con los labios en el cuello de ella y con los labios de ella en su hombro; con los cuerpos subiendo y bajando por la respiración entrecortada y húmedos por el sudor.

—¿Qué estabas pensando cuando sucedió, Ian? —preguntó ella en un susurro.

La verdad brotó antes de que él pudiera pensar una respuesta.

—Pensaba que gracias a Dios no me había olvidado de cómo se hacía.

Ella se rió y le acarició la espalda.

—¿Qué pensabas tú? —le preguntó Ian.

—Pensaba que gracias a Dios no te habías olvidado de cómo se hacía.

Sin embargo, él ya no se reía; tenía una expresión soñadora en la cara. Le apartó el pelo de la frente.

—Eres muy especial, Marcie —susurró él—. Nunca me lo imaginé, pero... —Ian no pudo acabar.

Ella le acarició la mejilla.

—Es muy bonito, Ian. Tú también eres increíblemente especial. He dejado que me desnudaras cuando sólo llevo diez días contigo.

—Me has dejado algo más...

—Quería que me hicieras el amor. Pensarás que soy una chica mala...

—Eres una chica mala, la mejor chica mala que ha existido. La pelirroja más pequeña y endiablada del colegio. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Estaba muriéndome; lo sabes. Tú fuiste la diferencia. Es lo que siempre quisiste ser... la diferencia —Ian sonrió—. Como Abigail.

—Es lo más bonito que me han dicho en mi vida.

Él le rozó los labios con los suyos.

—¿Estoy aplastándote? —le preguntó él.

—No. No te muevas. No quiero dejar de sentir que soy parte de ti.

Ian quiso decirle que sería parte de él para siempre, pero eso habría podido asustarla más que

sus rugidos.

—Te malcriaré un rato, ¿te parece bien?

—Parece tentador. ¿Cómo vas a malcriarme si puedo saberlo?

—Bueno... Para empezar, no quitaré la nieve demasiado deprisa —contestó él—. ¿Qué tal te parece eso?

—Celestial, el paraíso.

Ian y Marcie se vistieron de mala gana y salieron para comprobar la nevada e ir rápidamente a la caseta. Seguía nevando muy lentamente, pero todavía no había cuajado demasiado. Ella entró la primera y se dio prisa. Luego, entró Ian, pero cuando salió se encontró solo. Pensó que ella habría vuelto al calor de la cabaña y se dirigió hacia allí. Antes de que hubiera avanzado seis metros, una bola de nieve lo alcanzó en plena cara. Se limpió la nieve y la vio asomándose por detrás de un árbol y riéndose.

—¿Te había dicho que jugaba muy bien al béisbol? —le preguntó ella entre risas.

Ian salió corriendo detrás de ella con un rugido y ella respondió con una carcajada. Él era más fuerte y se defendía mejor en la nieve, pero ella era más ágil y veloz y consiguió esquivar varias bolas de nieve durante la persecución. Marcie corrió entre los árboles y rodeó el cobertizo un par de veces; recibió un par de bolas en la espalda y contestó. Sin embargo, la persecución terminó cuando se tropezó con algo y cayó de bruces sobre la nieve.

Él, asustado, corrió a su lado, le dio la vuelta y se la encontró muerta de risa y escupiendo nieve. La miró maravillado. ¿Nada la molestaba, la asustaba o la preocupaba? Le dio un beso muy largo en la boca.

—Antes de volver a la cabaña, tenemos que hacer ángeles de nieve —casi le ordenó ella cuando se separaron.

—Yo no pienso hacer ángeles de nieve —replicó él—. ¿Qué pasaría si me viera *Buck*? Perdería mi reputación para siempre.

—Sólo uno. El tuyo será muy grande... como el arcángel San Gabriel.

—¿Luego volverás conmigo sin joder más?

—Vaya, creía que era lo que más te gustaba —contestó ella mientras tomaba un puñado de nieve y se lo restregaba por la cara.

Él se levantó con un gruñido, la alzó, se la echó al hombro y la llevó a la cabaña. La puso delante de la puerta, le quitó la nieve y la dejó pasar. Él hizo lo mismo.

—Te has olvidado de cómo se juega —le reprochó ella.

—Ya juegas tú bastante por los dos —Ian, sin quitarse el chaquetón, puso agua a calentar en la cocina de propano y en la estufa—. Te dejaré un rato sola mientras abro un sendero hasta la caseta con la pala y engancho el quitanieves a la camioneta. ¿Puedes vaciar los barreños tú sola?

—¿Vas a limpiar el camino tan pronto? —preguntó ella con un tono de decepción.

—No exactamente —Ian sonrió—. Voy a hacer un par de pasadas por el camino, pero nadie tiene por qué saberlo. No quiero que nos quedemos enterrados. ¿Me harías un favor? Cuando hayas terminado de bañarte, ¿me pondrías agua a hervir?

—Claro, Ian —contestó ella—. Y si te portas bien, te frotaré la espalda.

Los inviernos siempre había sido una pesadilla para Ian; tenía que quitar la nieve para poder llegar al camino y a la caseta. Sin embargo, ese día de invierno estaba encantado. Le gustaría tener retenida a Marcie durante un par de semanas, pero la realidad era que sólo podía permitirse un día y una noche.

Después de abrir un sendero hasta la caseta, enganchó el quitanieves a la camioneta y llenó la caja con leña para que pesara más. Tapó la leña con una lona impermeable y recorrió el camino de acceso a la cabaña. Medio metro de nieve no era gran cosa y si la quitaba, al día siguiente el camino no estaría muy mal.

Había un anciano a un par de millas más abajo que no tenía quitanieves ni un tractor. El camino del anciano hasta la carretera treinta y seis era bastante corto y al día siguiente iría a comprobar si tenía víveres y el camino despejado. No eran amigos, se hablaban muy poco, pero Ian no podía soportar la idea de que se muriera de frío o de hambre. Era una nimiedad, bastaba con pasar por allí un par de veces durante el invierno.

—¡Por fin! —exclamó ella cuando volvió—. Estaba preguntándome si tenía que salir para echarte una mano.

Él se quitó los guantes.

—El camino está despejado por si tenemos que salir de aquí, pero no hay motivo para hacerlo. ¿Tengo el agua caliente?

—Sí y si eres amable, te haré unos huevos antes de que se estropeen.

Él se quitó el chaquetón y lo dejó en una silla de la cocina.

—¿Vas a leer mientras me quito la ropa y me baño?

Ella esbozó una sonrisa maliciosa.

—Ni lo sueñes.

Sólo habían sido dos noches y un día, pero para Ian habían sido balsámicos y para Marcie, magia pura. Comieron bien, hicieron el amor, sestearon junto a la estufa, hablaron...

—Quiero saber algo más sobre Erin —dijo Ian al final del día y entrelazados en el sofá—. No os parecéis nada.

—Nada —confirmó Marcie—. Hay tres Erins distintas. Si quieres enterarte de verdad, ponte cómodo.

—Estoy cómodo —replicó él con una sonrisa.

—De acuerdo. Mientras creíamos, ella sólo era una hermana mucho mayor y mandona. Creo que es lo natural, pero se exagera cuando falta la madre y la hermana mayor adopta su papel. Una pesadilla. Sin embargo, luego murió mi padre y ella hizo todo lo posible por ocuparse de nosotros. Ya sabes que no estamos dispuestos a que se ocupen de nosotros. Teníamos trece y quince años y campábamos por nuestros respetos; yo tenía a Bobby y Drew tenía amigos y hacía deporte. Me siento fatal por aquello; nunca estábamos dispuestos cuando Erin nos necesitaba. Además, ella estaba empezando a estudiar Derecho y eso le exigía mucha dedicación. Sin embargo, éramos unos estúpidos y no hacíamos nada.

—Naturalmente, se lo dijiste cuando te diste cuenta —intervino Ian.

—Claro. Yo estaba a punto de alterar completamente su ordenada vida, pero al menos ya era una abogada que ejercía cuando decidí que quería casarme. Ella intentó que atendiera a razones, pero yo sólo pensaba en una cosa. Nos peleamos y lloramos, pero Erin acabó haciendo lo que habría hecho mi padre... me costeó una boda.

—¿De verdad? —preguntó él.

—O me la costeó mi padre, según lo mires. Cuando murió mi padre, había una casa, un seguro y cosas de ésas. Erin las conservó para cosas como la educación. Yo no estaba interesada en nada de eso; quería casarme con Bobby. Como no había manera de disuadirme, hizo lo único que podía hacerme feliz. Además, sonrió de oreja a oreja todo el rato aunque yo sabía que era muy desdichada. No estaba disgustada porque fuera Bobby, lo quería mucho, como a su familia, estaba disgustada porque éramos muy jóvenes. Entonces, Bobby volvió inválido a casa. Mi hermana mayor, a quien me había enfrentado y rechazado tanto tiempo, se convirtió en mi mejor respaldo. Utilizó su cerebro de abogada para conseguir todas las ventajas posibles del ejército. Ya sabes lo que cuesta sacarles algo, tienes que ser un perro de presa implacable. Mucha gente se queda sin prestaciones elementales y otra tiene que ponerse a la cola hasta que queda algo libre. Ella hizo llamadas telefónicas, escribió cartas y creo que hasta implicó a nuestro representante en el Congreso. Ella fue la que encontró el centro asistencial perfecto. ¿Y mi hermana refinada? Se manchó las manos, ayudó a lavarlo, cambió ropa de cama, le lavó los dientes, le puso pomada en los ojos... Lo abrazó y le susurró como todos los demás.

Ian sintió un nudo en la garganta. Intentó imaginarse a aquella arrogante que fue a buscar a Marcie haciendo todo eso. Ni siquiera pudo imaginársela yendo a la caseta.

—¿Esas son las tres Erins?

—No, son las dos primeras. La hermana mayor insoportable, la figura dominante de la madre. Luego está la que conociste; es una abogada muy próspera. Una combinación muy buena; se gana bien la vida, tiene contentos a sus clientes y sus superiores están orgullosos. Su principal preocupación seguimos siendo Drew y yo, que sepamos que tenemos el apoyo que necesitamos. Sin embargo, tiene treinta y cuatro años y está sola. Ha tenido algunos novios que duraron poco, pero todos hemos vivido juntos en la misma casa desde que murió mi padre, salvo el breve período que viví con Bobby. Se presenta como tiránica, fría y calculadora, pero la verdad es que lo ha sacrificado todo, hasta su vida personal. Debería estar casada o al menos enamorada, pero pasó hasta el último segundo cerciorándose de que Drew y yo estábamos atendidos; yo con Bobby y Drew con los estudios de Medicina. No sabes la energía y gastos que se necesitan sólo para entrar en la Facultad de Medicina. Drew no lo habría conseguido sin Erin, como yo no habría sabido qué hacer con Bobby sin ella. Le debo mucho. Me peleo con ella cuando se pone mandona, pero le debo una barbaridad.

—Eso parece... —Ian bajó la cabeza y la besó en la frente.

—Por eso le prometí que iría a casa en Navidad —Marcie volvió la cabeza para mirarlo—. Podría quedarme aquí para siempre, pero lo prometí. Además, no lo hago sólo por Erin. La familia de Bobby me considera una hija o una hermana.

—Lo sé. Has aguantado muy bien aquí, no es un sitio fácil para vivir.

—No me ha costado. Pasas frío en el trasero cuando las necesidades apremian y ahora voy con una sartén, pero me congelaría el trasero con tal de volver a verte dar de comer a un cieno en la mano.

—El truco de dar de comer a un ciervo perdería la gracia enseguida —él tomó un rizo entre los dedos—. Cuando decidiste venir aquí arriba, ¿qué creías que iba a pasar?

—Todo menos esto —ella se rió—. En realidad, habría apostado que no pasaría.

—Pero ¿qué querías?

—Tranquilidad de espíritu —contestó ella—. Para nosotros dos. Quería contarte lo que había pasado en tu mundo anterior y saber que estabas bien para que los dos pudiéramos seguir adelante con tranquilidad de espíritu —ella se dio la vuelta y se sentó entre sus piernas para mirarlo—. Ian, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué te quedaste tanto tiempo aquí sin ponerte en contacto con nadie?

—Ya te lo dije. Había acampado y...

—Hay algo más —insistió ella sacudiendo la cabeza—. Entiendo que tropezaste con este sitio y acabaste quedándote, pero ¿hubo algo traumático que te expulsó?

Él frunció levemente el ceño.

—¿Crees que tuvo que pasar algo así? Jack me contó que vino aquí buscando un sitio para pensar...

—Pero abrió un bar. Mucha gente depende de él. No es lo mismo. ¿Fue por Shelly? ¿Todo el asunto de la boda...?

—Marcie... —él le acarició la mejilla—. Fue todo. Demasiadas cosas a la vez. Fue Faluya y Bobby. Luego, Shelly y mi padre...

—Háblame de la ruptura con Shelly —le pidió ella.

—Antes de la bomba de Faluya, le había escrito a Shelly que te llamara. Vivías en el mismo pueblo y Bobby era mi amigo.

—Pero, Ian...

—Lo sé. Sin embargo, lo que nos pasó a Bobby y a mí fue uno de los mayores motivos que tuve para tener que reponerme durante una temporada. Shelly sabía lo que había pasado. Sabía que Bobby estaba inválido y que tú estabas ocupándote de él. Sabía que habías estado en Alemania, en Washington y por fin en tu casa. Aun así, nunca te llamó, ni siquiera te escribió una carta. Una chica de su pueblo, el mejor amigo de su novio, mi vida pendiente de un hilo por rescatarlo... —Ian hizo una mueca—. Marcie, yo no sabía que ella fuera así. Yo creía que más bien era una persona que...

—Ian, cuando volvimos a Chico, yo tampoco volví a ponerme en contacto con ella hasta que empecé a buscarte.

—¿Volví...? —preguntó él con una expresión distinta.

Ella bajó la mirada, la había descubierto.

—Antes de la bomba, la llamé —Marcie levantó la mirada—. Pensé que podíamos llevarnos bien porque Bobby y tú erais amigos. Ella estaba muy ocupada. Se quedó con mi número de teléfono y me dijo que si tenía un momento, me llamaría.

—Nunca tuvo ese momento —dijo él—. No me lo contó, pero, por algún motivo, lo supe —Ian tomó aliento y resopló—. Tú estabas ocupada cuidando a Bobby y ella tenía que organizar una boda. Esa diferencia me asustó. Resulta que Shelly llevaba anteojeras, sólo podía ver una cosa. Ni siquiera sé si yo entraba en su campo de visión —le pasó un dedo por la mejilla—. Tenías razón, esquive un disparo. No me di cuenta del todo, pero supe que algo iba mal.

—¡Ah! —exclamó ella—. Por encima de todo lo demás. ¿Qué hizo tu padre?

Él, incómodo, desvió la mirada, pero sabía que sería sincero con ella.

—Nada que no hubiera hecho antes —volvió a mirarla—. Siempre fue difícil complacer a mi padre. Él creía que si me presionaba, me haría un hombre, pero nunca fui lo bastante hombre. Lo único que quise de él fue una palabra de alabanza, una sonrisa de orgullo.

—¿Y tu madre?

—Ella era increíble —Ian sonrió con cariño—. Ella siempre lo amó, independientemente de todo. Y yo no tenía que hacer nada para que me considerara un héroe. Si me caía de bruces, ella se limitaba a sonreír y a decir: «¿Has visto el paso de baile de Ian? ¡Es genial!». Cuando participé en el musical, a ella le parecía lo mejor que había pasado por Chico, pero mi padre me preguntó si era homosexual —Ian se rió—. Mi madre era la mujer más amable, generosa y complaciente que ha existido. Siempre era positiva y ¿leal...? —él volvió a reírse sacudiendo la cabeza—. Mi padre podía estar de un humor de perros porque todo estaba mal; la cena era un asco, el partido de béisbol no se veía bien en la televisión, la batería del coche estaba acabándose, no soportaba trabajar, los vecinos eran demasiado ruidosos... y mi madre en vez de mandarlo a freír espárragos le decía: «John, creo que tengo algo que te cambiará de humor; he hecho tarta de chocolate alemana».

—Parece maravillosa —comentó Marcie con una sonrisa.

—Lo era. Era maravillosa. Cuando luchó contra el cáncer era tan fuerte, tan impresionante, que yo no dejaba de pensar que lo conseguiría, que se pondría bien. En cuanto a mi padre, era imposible complacerlo o impresionarlo. Llegué a pensar que yo lo había provocado, ¿sabes? Enseguida me di cuenta de que, sencillamente, él era así. Nunca me pegó ni casi me gritó. No se emborrachaba ni rompía los muebles ni faltaba al trabajo ni...

—¿Qué hizo, Ian? —preguntó ella con delicadeza.

Él parpadeó un par de veces.

—¿Sabías que me condecoraron por salvar a Bobby en Faluya?

—Sí. A él también lo condecoraron.

—Mi padre estaba allí cuando me pusieron las medallas. Estuvo cortés y dijo a todo el mundo que sabía que me condecorarían, pero a mí no me dijo ni pío. Luego, cuando le dije que iba a abandonar los marines, me dijo que era un mierda, que no sabía reconocer lo bueno cuando lo tenía, que... —se calló un instante— que nunca se había avergonzado lanío de mí y que si lo hacía, si los abandonaba, ya no era su hijo.

Ella, en vez de echarse a llorar por él, le acarició la mejilla y sonrió.

—Entonces... fue igual toda su absurda vida.

Ian esbozó una sonrisa melancólica.

—Siempre igual, un desgraciado malnacido.

—Las personas así no tienen excusa —dijo Marcie—. No cuesta nada ser un poco amable.

—Ah... —Ian arqueó las cejas.

—De verdad. Debería estar avergonzado. Todo el mundo puede ser cordial y considerado. Cuando lo conocí supe que era mezquino y colérico.

—Ahora dirás que nunca me sentiré libre hasta que lo haya perdonado. Siempre lo dicen.

—A mí no me lo oirás —replicó ella—. Aunque si ha pedido perdón...

—¡Ja! Ni en sueños.

—Me lo imaginaba. Te recuerdo que lo he conocido. No me sorprende nada de lo que has

dicho.

—Marcie, te juro que no lo odio, pero no sé por qué me gustaría decirle que es el ser más despreciable que he conocido y no quiero volver a pasar por eso otra vez. No tiene sentido.

Ella se inclinó y apoyó la cabeza en su hombro.

—Es verdad. No creo que vaya a cambiar. Ian, no puedes hacer nada para cambiarlo. Ahora lo entiendo.

—¿Qué crees que entiendes?

Ella lo abrazó.

—Te habían herido en combate y habías perdido a tu mejor amigo aunque médicamente siguiera vivo, algo que seguramente fue peor para ti. Vuestra relación se tambaleó. Pasa muchas veces cuando un soldado vuelve de la guerra; estoy segura de que lleva pasando desde la Primera Guerra Mundial. Es una pena que pasara, pero creo que no pudiste evitarlo. Necesitabas algo de tiempo para...

—Sé que podría haber aceptado la ayuda de alguien, pero si ese alguien me hubiera ofrecido ayuda, le habría roto la mandíbula.

—Estoy segura. En ese momento tendrías mucha rabia acumulada. Una rabia justificada. Lo menos que puede hacer una persona es ponerse en tu lugar, tener paciencia. Tus seres queridos...

—Resultó que no tenía seres queridos —replicó él sin alterarse.

—Bueno... —ella levantó la cabeza y lo miró a esos preciosos ojos marrones—. Ahora lo tienes. Y gracias, quería entender lo que había pasado. Era todo lo que quería y no tenías por qué contármelo, pero lo has hecho.

Él le pasó un mechón de ese indomable pelo rojo por detrás de la oreja.

—Reconoce que habías pensado algo sobre lo que pasaría cuando me encontraras.

—Es verdad —Marcie sonrió—. Intenté reservarlo para mí, pero no tenía nada que ver como acostarme contigo. Me imaginé que te encontraba, que te decía algunas cosas que te sosegaban y que te llevaba a casa.

—¿A casa?

—A Chico o a donde esté tu casa —contestó Marcie—. Muchos de vuestros compañeros de armas se interesaron por Bobby y me preguntaron si sabía dónde estabas. No estás tan solo como crees, pero te costaría un poco encontrarlos ahora. Desapareciste demasiado tiempo. Cuando alguien cree que no quieres saber nada de él, te deja en paz.

—No todos... —Ian se rió.

—Bueno, ya te dije que puedo ser tan cabezota como tú.

—Entonces, cuéntame eso del perdón...

—Ian... Estoy en el mismo punto que tú. Si alguien me hiciera algo espantoso y nunca me pidiera perdón, yo no haría nada por perdonarlo. Por ejemplo, esos insurgentes de Faluya. No pienso amarlos como a hermanos. Si tengo que hacerlo para ser una persona como Dios manda, seguiré siendo la pelirroja más endiablada del colegio.

—Eso, ¿qué me dices de Dios?

—Dios lo entiende todo y hasta Él cometió algún error. Fíjate en los huesos de los aguacates, son desproporcionadamente grandes. ¿Y las sandías? Tienen demasiadas pepitas. ¡Es una pena!

Él dejó escapar una carcajada estruendosa.

—Entonces, ¿qué se puede hacer con esa gente espantosa?

Ella lo miró con sus ojos verdes rebosantes de cariño y una sonrisa afable.

—Aceptarlos como son y si podemos quererlos como a hermanos, a lo mejor podemos entenderlos y dejar que sean su propio problema. ¡Por todos los santos! ¿No te parece bastante logro? Acéptalo como es, Ian, como un desdichado malnacido que no ha sido feliz un solo día de su vida y que no tiene nada que ver contigo.

Aunque intentó evitarlo, Ian notó que los ojos se le empañaban de lágrimas. Ella miró unos segundos esos ojos velados; sin miedo de su rugido, su ira o sus lágrimas.

—¿Cómo ha logrado el equilibrio alguien tan joven y endiablado? —susurró él.

—¿Equilibrio? Es esfuerzo. No lo he pasado tan mal como tú ni como la mayoría de la gente. Hago lo que puedo, nada más. Sin embargo, quiero decirte una cosa. No te amé sólo con el cuerpo, Ian. También puse corazón. Espero que lo sepas.

—Lo sé —Ian le rozó los labios—. Entonces, ¿qué le pasa a mi padre? Dijiste que está enfermo.

—Nada definitivo, pero bastantes cosas que acabarán con él más bien pronto. Le han dado quimioterapia por un cáncer de próstata, tiene párkinson, tuvo un derrame cerebral leve y creo que empieza a sufrir demencia senil. Sin embargo, estate preparado, puede durar años —Marcie sonrió.

—Eres... increíble.

—Podrías venir a casa conmigo para pasar la Navidad.

—No —replicó él al cabo de un rato—. No podría hacerlo.

—¿Por qué? ¿Las buenas personas de por aquí se quedarían sin leña? ¿La cabaña quedaría sepultada por la nieve?

Él sonrió.

—Cariño, no voy a engañarte. Me has cambiado la vida en diez días, pero no tanto como para reconvertirme y llevarme a Chico —contestó él con delicadeza—. Esto, tú y yo, está muy bien, pero creo que ha sido un encuentro casual y afortunado que podría no ser nada más. Esto que ha pasado entre nosotros ha sido... inusitado.

—Pero no te arrepientes...

—Sabes que no me arrepiento. Estoy agradecido.

—Creo que si me quedara un poco más...

—¿Qué? ¿Crees que te saldrías con la tuya? ¿Crees que me convertirías en un tipo distinto? ¿Crees que me sacarías de mi destartada cabaña y me convertirías en un hombre civilizado?

Ella negó con la cabeza.

—No se me había ocurrido nada por el estilo. Eres más civilizado que la mayoría de los hombres que conozco. Sin embargo, últimamente he estado pensando que si me quedaba más tiempo, te reirías más. Silbarías a la gente en vez de hacerlo a los animales del bosque. Seguramente, invitarías a esa bibliotecaria a tomar algo.

—Ya... —Ian se rió—. Antes tendría que convencerla de que no soy un erudito chiflado.

—Si volviera a verte, ¿me obligarías a dormir en el coche?

—No —contestó él entre risas.

Sin embargo, Ian pensó que ella volvería una vez o dos como mucho. Luego, dejaría de ir porque él y ese sitio no habrían cambiado. Además, no se la merecía. Ella se merecía algo más que un antiguo marine escéptico con temas que lo recluían al bosque.

—Como no vas a volver conmigo, me quedaré hasta Nochebuena. No saldré al amanecer, pero llegaré a tiempo. Sólo está a unas horas de aquí.

—A Erin no va a gustarle. Te espera inmediatamente.

—Tendrá que aguantarse. Hago todo lo que puedo. No quiero dejarte... nunca.

—¿Es demasiado pronto para hacer el amor otra vez? —preguntó él en vez de seguir hablando de ese asunto.

—No —contestó ella con una sonrisa.

La estrechó contra sí. Prefería eso, pensó Ian, que decir las palabras «te amo». Ya era bastante complicado para ella. La besó lo mejor que pudo y la acarició por todo el cuerpo.

A la mañana siguiente, cuando ella se despertó, él ya se había marchado. Había dejado una nota.

Cariño, he ido a vender leña y a despejar algunos caminos con el quitanieves. No tardaré. Ian.

—Cariño... —susurró ella para sí misma.

Dobló la nota y la guardó en la cartera... para siempre.

Capítulo 14

Ian repartió toda la leña y recibió más pedidos, que tardaría todo un día en cargar y entregar, para que la gente pasara una Navidad acogedora. Además, estaba quedándose sin leña cortada y seca, que era lo previsto.

Llegó a Virgin River antes de mediodía. Aparcó enfrente del bar, pero no entró. En vez de eso, se dirigió al inmenso árbol y miró de cerca las divisas de los regimientos. Miró alrededor y comprobó que estaba solo. Sacó algunas cosas del bolsillo y las colgó de unas ramas con alambres. La divisa de su unidad, la misma que la de Bobby; las medallas concedidas al valor. Tardó un instante.

—Me ocuparé de que las recuperes —dijo una voz.

Se dio la vuelta y se encontró con Mel Sheridan. Tenía el abrigo muy cerrado, las manos en los bolsillos y algunos copos de nieve en los hombros.

—No estaré en Navidad, vamos con la familia de Jack, pero puedo decírselo a Paige, la mujer de Predicador. Sería una pena que las perdieras. Son importantes.

—No me importa lo que pueda pasar con ellas. No me sirven de gran cosa.

Ella se rió.

—Ya he oído eso antes.

—Ah...

—Por ejemplo, a mi marido. Sois muy especiales en eso. Os formáis para hacer cosas que merecen una medalla y luego os deshacéis de ella. Jack iba a deshacerse de las suyas hasta que su padre se las quitó para guardarlas. Jack dijo que no se trataba de las medallas, sino de los hombres. Pero si puedes acordarte de los hombres por las medallas, no está mal. Me ocuparé de que las recuperes.

—Gracias —dijo él en voz baja—. Creo que están mejor aquí.

—Por el momento —replicó Mel—. Supongo que Marcie tendrá que ir a su casa, pero si estás por aquí en Nochebuena...

—Ya me he enterado —la interrumpió Ian—. Hay un acto en el pueblo. No lo sé...

—Bueno, en el pueblo no «se ruega contestación». Si te apetece... —Mel se encogió de hombros y sonrió.

—Eres muy amable. Tengo que irme. Tengo un vecino anciano que no puede quitar la nieve...

—Es un detalle que te ocupes de él, Ian.

—En realidad, no lo hago, sólo...

Ian se calló bruscamente al ver que Jack, Predicador y Mike salían precipitadamente del bar con rifles y bolsas de lona.

—¿Jack...? —preguntó Mel.

Él siguió hacia su camioneta.

—Travis Goesel se perdió ayer. No ha vuelto a su casa. Su familia ha estado buscándolo por la granja y los pastos —Jack tiró la bolsa en la caja de la camioneta—. David está con Brie.

—¿Travis se ha perdido? —preguntó Mel.

—Estaba siguiendo a un gato montes que mató a su perro. Llevaba un rifle y es un tirador muy bueno. Además, es suficientemente inteligente como para no pasar la noche en el monte con esta nevada.

—¿Dónde están las tierras de los Goesel? —preguntó Ian sin poder contenerse.

—¿Conoces las pozas de Pauper?

—Más o menos. El río que pasa por mis tierras vierte en unos arroyos y pozas por allí. Yo estoy a unas millas al este. Ese puma ha merodeado por mi casa.

—¿Qué te hace pensar que es el mismo animal? —preguntó Jack.

—Es muy agresivo; no salió huyendo como suelen hacer.

—¿De verdad? Tienes que conocer esa zona. ¿Existe la posibilidad de que eches una mano?

Ian sólo quería volver con su chica; sobre todo, si ese felino andaba por allí sediento de sangre.

—El chico tiene dieciséis años —siguió Jack—. Es grande y fuerte, pero estoy de acuerdo con su padre, esto no tiene buena pinta. No sé qué es peor, si el gato montes o el frío.

—De acuerdo —concedió Ian—. Si el chico es listo, no estará subiendo el monte hacia mi casa. Puedo empezar al pie de la montaña y seguir hacia el oeste. Tú puedes empezar por el oeste y dirigirte hacia el este. ¿Servirá de algo? Un chico de esa edad puede andar muchos kilómetros.

—Su padre, hermanos y algunos vecinos están peinando todas sus tierras. Nosotros podemos recorrer la zona de los alrededores —Jack sacó la bolsa de lona de la caja de la camioneta—. Predicador y Mike pueden ir por el oeste de las tierras de los Goesel. Yo iré contigo por el este.

—Mi camioneta no tiene casi calefacción —le explicó Ian.

—Ya, pero tiene quitanieves. Me encanta. Podría ser muy útil. Voy a comprarme uno para montarlo en la camioneta. Nuestra casa nueva tiene un camino muy largo.

Ian miró a Mel.

—He dejado a Marcie esta mañana temprano cuando he salido a repartir la leña. No entenderá por qué no he vuelto. Si viene al pueblo en ese coche que tiene...

—Cuando David se acueste para echar la siesta, iré para contarle lo que está pasando. ¿Servirá de algo?

—Dile que tendrá que quedarse en la cabaña. No le gusta no poder salir a la caseta. Explícale que el puma anda por aquí y que ya no teme nada.

—Se lo diré. Ten cuidado. ¡Jack! —gritó Mel—. ¡Ten cuidado!

—Volveré enseguida, Melinda —Jack sonrió—. Travis tiene regalos en el árbol de Navidad, tenemos que llevarlo a casa. Que no se te enfríe el niño que llevas dentro. Vamos, Buchanan.

Los hombres se alejaron en las dos furgonetas. Salieron por la misma carretera y se separaron en una bifurcación que llevaba a la granja. Mike y Predicador tomaron el camino de la izquierda y Jack e Ian siguieron para pasar de largo la granja.

—¿Cuántas tierras tienes con la cabaña? —le preguntó Jack.

—Unas doscientas cincuenta hectáreas —contestó Ian y Jack dejó escapar un silbido—. Todas de monte y árboles en una zona de explotación forestal limitada. Vamos, que es un montón de nada.

—Nada salvo tranquilidad y belleza.

—Hay un arroyo con buena pesca —siguió Ian—. Además, talo algunos árboles por aquí y por allá para leña. Creo que el viejo Raleigh adquirió el derecho de uso y disfrute.

—¿Cómo lo conociste? —le preguntó Jack.

Ian se rió.

—Yo estaba vagando por el monte. Acampaba y cazaba conejos cuando el invierno cayó de repente. Raleigh ya era más viejo que Matusalén y casi no podía cortar la leña que necesitaba. Me dio un techo a cambio de que lo ayudara con la tierra.

—Un buen trato para ti.

—Ya, lo pagué con creces. Lo que necesitaba era un enfermero además de las otras cosas. Jack le sonrió.

—Debiste de aguantarlo si sigues en la cabaña.

Ian se encogió de hombros.

—Nunca me lo imaginé, pero escribió una especie de testamento que el médico atestiguó. Si no lo hubiera hecho, yo habría podido plantearme qué hacer.

—No tiene nada de malo tener más de una alternativa. Deberíamos aparcar dentro de poco y seguir a pie.

—Hay un camino que rodea la montaña unos tres kilómetros más adelante. Nos adentrará un poco. Háblame de ese chico. ¿Por qué ha hecho esto?

Jack se volvió y lo miró.

—¿Has tenido un perro?

—Sí —contestó Ian—. Se llamaba *Velvet*. Era una perra, una labrador negra.

Velvet había sido su mejor amiga cuando era un niño. Aguantó hasta los catorce años, hasta que tuvo la espalda tan hundida y las caderas le dolían tanto que verla era un sufrimiento. Él tenía diecisiete años cuando una mañana, mientras se preparaba para ir al colegio, oyó una maldición de su padre y lo supo; *Velvet* había tenido un accidente por la noche. Estaba cansada de todo y no siempre se acordaba de hacer lo que tenía que hacer. Ian oyó a su padre decir que había que deshacerse de ella. Temeroso de volver un día del colegio y comprobar que no estaba, no fue a clase y la llevó al veterinario. Se abrazó a ella mientras fallecía sin dolor. No podía soportar la idea de que pudiera quedarse sola; nunca habría perdonado a su padre que la hubiese abandonado para que muriera por su cuenta. Cuando murió, su expresión era más apacible y serena que la que tuvo durante el último año de vida. Verlo debería haberlo alegrado y aliviado. Además, no iba a durar mucho más.

No pudo dejar sola a *Velvet*. Necesitó tiempo para despedirse y no quiso volver a casa y ver que no estaba. Necesitó estar con ella... como lo necesitó Marcie con Bobby. Tragó saliva. Sin embargo, volvió a acordarse de *Velvet* y de lo mucho que le destrozó su pérdida. Fue a sitios

recónditos para poder llorar como una niña. No fue capaz de que sus padres y amigos supieran que tenía tantos sentimientos.

—El gato montes estuvo merodeando por sus tierras —le explicó Jack—. Los perros lo ahuyentaron para que no se acercara a las cabras y las gallinas.

—¿Cuántos años tenía el perro del chico? —preguntó Ian.

—No lo sé bien; seis o siete. Era un perro pastor que se llamaba *Whip*. Tenían media docena de perros, casi todos pastores, pero Travis crió y adiestró personalmente a éste. Lo recogió de un cubo de basura y se convirtió en casi una obsesión. Goesel decía que casi no podía sacar al animal de la cama de su hijo. Ya sabes cómo son los granjeros con sus perros; no se encariñan demasiado de ellos por principio. No sé cómo pudo atacarlo el gato montes. Normalmente, no buscan ese tipo de peleas.

Ian apretó los dientes.

—Creo que yo también habría ido detrás de ese gato infame.

—Sí. Yo también crié un perro. Se llamaba *Spike* y era muy grande. Era un animal casi perfecto, pero permitía que mis hermanas lo vistieran. Me sacaba de quicio que se dejara humillar de esa manera.

Ian lo miró con una sonrisa de oreja a oreja. Se imaginó un pastor alemán con tutú y un chico furioso. Soltó una carcajada.

—No tenía ninguna gracia —dijo Jack.

—Estoy seguro de que era muy gracioso —Ian giró a la izquierda—. Espera un segundo.

Ian se bajó de la camioneta, sacó unas herramientas de la caja, fue a la parte delantera, aflojó los enganches del quitanieves, lo bajó y volvió a apretarlos. La hoja no podía subirse y bajarse con un mecanismo hidráulico, era un quitanieves manual y anticuado, pero cumplía su función. Volvió a guardar las herramientas y se sentó al volante.

—No veo ningún camino, ¿tú lo ves? —le preguntó Jack.

—Sé dónde está —contestó Ian entre risas.

—¿Cómo?

—Lo percibo. Tranquilo.

Jack apoyó una mano en el salpicadero.

—Me tranquilizaré cuando no acabemos en una zanja. Ve despacio.

Ian se rió.

—De acuerdo —concedió Ian mientras maniobraba despacio—. Si el chico es inteligente, tenemos que buscar algunas huellas recientes, un cobijo o...

—Un cuerpo —terminó Jack.

—Si se ha perdido, ha podido seguir el curso del río o el camino. Antes de que anocheciera, podría haber visto alguno de los muchos senderos forestales —comentó Ian—. Con esta nieve, el sendero no se ve, pero se sabe que está ahí por el trazado de los árboles. Como estoy haciendo ahora.

—No me fío de que no haya un agujero enorme en medio del camino. Podrías ir más despacio —insistió Jack con nerviosismo.

—Tranquilízate. He recorrido este camino —paró la camioneta—. ¿Quieres que sigamos a pie?

—Lo prefiero.

Se bajaron de la camioneta a la vez. Ian agarró un rifle del soporte que había en la cabina y una linterna de la guantera. Jack estaba rebuscando en su bolsa de lona.

—Sólo tengo una pistola de bengalas, pero me sobra una bufanda, pónstela. Bajaremos juntos por el camino, pero cuando nos separemos, haz un par de disparos si lo encuentras. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —Ian se abotonó el chaquetón y se puso la bufanda, pero echó de menos la barba larga—. Creo que ese perro no era tan agresivo como otros perros porque Travis lo había malcriado un poco —comentó Ian como si conociera a Travis y a su perro.

—Es verdad —confirmó Jack—. ¿Qué tal están las pilas de tu linterna?

—Si soy sincero, no lo sé.

Jack sacó algunas pilas de la bolsa de lona. También sacó la pistola y la metió en el pantalón. Dio las pilas a Ian con dos botellas de agua que Ian se guardó en los bolsillos. Bajaron por el camino mirando a derecha e izquierda hasta que Jack se paró.

—De acuerdo, yo seguiré hacia aquella arboleda.

—Yo seguiré por aquí —dijo Ian antes de separarse.

Ian caminó hacia el río, mirando el suelo. De vez en cuando levantaba la vista para mirar alrededor y a las ramas de los árboles. El puma podría estar jugando al escondite. Se acordó de sí mismo a los dieciséis años. Era vehemente y se entregaba en cuerpo y alma a unas pocas cosas; su perra era una de ellas. También estaba furioso con su padre en general. Su padre era una persona implacable y pasiva pero agresiva; nunca dejaba una propina, conducía muy despacio por el carril de la izquierda y rechazaba el cariño. Las felicitaciones de cumpleaños o los regalos de Navidad iban firmados por su madre en nombre de los dos. Cada palabra que salía de su boca era una crítica.

Después de lo que pasó con *Velvet*, dejó de fingir que no le importaba; era más grande y fuerte que su padre y le plantó cara, algo que, como comprobó pronto, destrozaba a su madre. Su madre le rogaba que aguantara, que no hiciera caso de los desprecios o las críticas casi constantes.

—¿Cómo puedes soportarlo? —le preguntó él a su madre—. Debería besar por donde pisas y se comporta como si fueras su esclava.

—Ian —contestó su madre con dulzura—, es fiel y se mata a trabajar para sustentarnos. No será cariñoso ni detallista, pero me dio a ti. Aunque sea lo único que he sacado de él, para mí siempre será un mundo.

Ian se acordó de que pensó que no era suficiente. Alistarse en los marines le pareció una buena manera de marcharse; podría seguir en contacto con su madre sin tener que aguantar a su padre. Luego, murió su madre poco antes de que lo mandaran a Irak. Su padre fue la única familia que le quedó, algo tristemente insuficiente. Después de algunos roces que hasta él mismo supo que se debían al estrés postraumático, temió estar pareciéndose a su padre. Fueron peleas gratuitas con tipos contra los que no tenía nada en realidad. Todo lo alteraba. Los marines podían mirar hacia otro lado un tiempo, pero él, no. Había sido un jefe sólido y se había convertido en un majadero que no podía aguantar la situación. Entonces, se marchó con la esperanza de volver a ser un hombre admirado, seguido.

—No eres mi hijo si abandonas, si huyes —le dijo su padre.

—Nunca fui un hijo para ti —replicó Ian.

Siguió escudriñando el suelo para encontrar algún rastro del chico; un matorral pisado, una

rama rota, huellas recientes en la nieve o, incluso, gotas de sangre.

También pensó en Marcie. Cuando ella se coló en su vida, lo primero que pensó no fue que fuese guapa o sexy. En realidad, no lo pensó ni a la vigésima vez; estaba enferma, pálida, alicaída... sin ningún atractivo. Estaba vulnerable y era cualquier cosa menos guapa. Aun así, cuando ella empezó a recuperar el color, lo que le atrajo no fue su belleza, sino que lo cuestionaba todo. Siempre había admirado a las personas con ese vigor e iniciativa. Se puso bien en una semana y sus ojos recuperaron ese brillo que indicaba que se saldría con la suya, que diría lo que pensaba sin importarle las consecuencias. No podía parecerse más a él. Él podía apreciarla y darle crédito, para sus adentros, sin que ella lo atrapara.

Entonces, empezó a gustarle. Independientemente de lo empeñada que estaba en meterse en sus asuntos y complicarle la existencia, ella tenía un empuje que no podía dejar de admirar. No hacía nada para sí misma, sino para ella y para todos los demás, desde su difunto marido a su familia, a él... a su insoportable y solitario padre a quien estaba dispuesto a no parecerse... aunque se parecía.

Se entregó el día que ella desafió a su refinada hermana mayor y volvió a su polvorienta cabaña. ¡Qué decidida estaba a estar con él y dejar zanjado lo que creía que tenía que hacer! Aunque no parecía segura de saber qué hacía allí, no estaba dispuesta a tirar la toalla con él. Además, tenía esa disparatada idea de que todo podía salir bien. Fuera como fuese, iba a convertirlo otra vez en el hombre que había sido para su marido; el jefe valiente, el hombre entregado y sin miedo. No alguien que se escondía y se marginaba por una especie de odio a sí mismo. En el hombre del que su padre nunca estuvo orgulloso. ¡No podía haberse convertido en su padre tan pronto!

Hizo un esfuerzo para volver a concentrarse en Travis, en los matorrales y en las ramas. Miró el reloj. Llevaba dos horas sin saber nada de Jack y eran casi las cuatro. No les quedaban más de dos horas de luz.

—¡Travis! —gritó—. ¡Travis! ¡Haz algún ruido! ¡Mueve algo!

Aceleró un poco el paso sin dejar de observar el suelo con atención y pensó que estaba bien formar parte de algo. Si bien no podía ver a Jack y a los otros hombres que estaban en el extremo opuesto de esas tierras, se sentía como si fuera parte de un grupo de hombres con un objetivo. Hacía mucho que no sentía algo así, hasta que Jack se montó en la camioneta con él. Había estado tan ansioso por librarse del dolor de la guerra, que se había olvidado de lo gratificante que era el placer de la camaradería. Tuvo que reconocer que todo aquello había pasado porque esa pelirroja peleona había entrado en su vida. Ella lo sacó del cascarón cuando todavía no había cambiado de piel. Si hacía tres años ella hubiera dejado a su marido inválido en manos de su familia para ir a buscarlo, ¿habría podido sacarlo antes de su retiro autocomplaciente? Seguramente, no. Se había lamido tanto las heridas que se había acostumbrado al sabor de la lástima por sí mismo.

Ian sintió mucho frío y echó de menos la ropa interior larga. Llevaba horas por el bosque. Comió nieve en vez de beber agua por si encontraba al chico y él la necesitaba.

Entonces, vio un reguero de sangre y unas huellas ligeramente tapadas por la nieve. A juzgar por el tamaño y la profundidad de las huellas, era el gato montes, herido. Siguió el rastro un poco y se dio cuenta de que el animal se arrastraba penosamente. Sin embargo, comprendió que Travis, inteligentemente, habría ido en dirección contraria al rastro de sangre. Él hizo lo mismo.

Ian fue hasta el río y buscó por la orilla mientras anochecía. Pronto tendría que volver a la camioneta aunque sólo fuera para hablar con Jack y comentar el plan de búsqueda para la noche. En ese plan tenían que entrar la ropa interior larga y unos calcetines secos. Sin embargo, no podía parar.

La oscuridad cayó con toda su seriedad. Iluminó el reloj con la linterna. Eran casi las seis.

—¡Travis! ¡Travis! —gritó por enésima vez.

Entonces, la luz de la linterna barrió la nieve y vio unas gotas de sangre desperdigadas. Travis estaba herido y haciendo lo que había esperado que hiciera un chico inteligente. Estaba siguiendo el curso del río para llegar a su casa. El haz de luz siguió iluminando el suelo e Ian pudo ver algo. Cerca de la orilla había un montón de pinochas y hojas cubierto por un leve manto de nieve. No parecía nada digno de atención, pero le dio una patada con la bota y una manga quedó al descubierto. Se arrodilló inmediatamente y empezó a quitar hojas. En un instante apareció un chico pálido, con los labios amoratados y los ojos cerrados. Ian lo sacudió con fuerza sin saber si estaba vivo o muerto.

—¡Travis! ¡Travis!

El chico abrió los ojos por fin y parpadeó desorientado. Se pasó la lengua por los labios y miró a Ian con una expresión desconcertada.

—Perdona... papá...

—¡Travis! —exclamó Ian con un alivio indescriptible—. Te pondrás bien, muchacho.

Le dio la vuelta con cuidado, lo puso de costado y comprobó que tenía la espalda de la chaqueta desgarrada y ensangrentada. El maldito felino lo había atacado por la espalda, pero gracias a la prenda, la herida había sido superficial y con la nieve había dejado de sangrar.

—¿Lo alcanzaste, hijo? —preguntó Ian.

—Creo que no. Lo siento, papá.

Estaba delirando más por el frío que por la herida. Afortunadamente, se había enterrado debajo de hojas caídas y pinochas para conservar el calor.

—Te sacaré de aquí, hijo, aguanta.

Ian se levantó e hizo dos disparos a un tronco. Tres disparos era la señal cuando uno estaba perdido, dos era la señal establecida para una partida de búsqueda y uno podía confundirse con un cazador. Además, nunca se disparaba al aire porque la bala podía acabar cayendo sobre una persona o una res.

Se colgó el rifle del hombro y tomó a Travis en brazos. Se acordó de haber hecho lo mismo con Bobby, pero esa vez era distinto; el cuerpo de Travis tenía tensión muscular y él reaccionaba al dolor, fuera de frío o del zarpazo en la espalda.

—¡Despierta, Travis! ¡Despierta! El gato te alcanzó, ¿no? Contesta.

Ian jadeaba mientras andaba todo lo deprisa que podía. Esperó conseguirlo. El torso estaba bien, tenía una camiseta, una sudadera y el chaquetón, pero las piernas, rodillas y pies estaban empapados por la nieve.

—Estás conmigo, muchacho.

—¿Quién... eres...?

—Tu ángel de la guarda. ¿Disparaste al puma?

—Yo... creo...

—Dejó un reguero de sangre.

—No pude... alcanzarlo... —dijo Travis con dificultad.

—Ya, tuviste suerte. Su herida es peor que la tuya. Bien hecho. Sigue hablando —le apremió Ian—. Cuéntamelo.

—Me cayó... del árbol... lo vi... lo tenía... el canalla acabó con *Whip*... —Travis tenía que hacer un esfuerzo para hablar.

—Sigue hablando —insistió Ian con la respiración entrecortada por el peso de Travis y la dificultad de avanzar por la nieve—. Casi hemos llegado —dijo aunque no sabía muy bien dónde estaban, pero sí sabía que el río pasaba por sus tierras—. ¡Háblame! ¡Háblame de tu chica!

El chico lo intentó y la llamó Felicity.

—¡Sigue hablando! ¿Estás enamorado de esa Felicity?

—Es buena...

—No podía ser mala. Esas chicas malas te amargan la existencia. ¿Es guapa?

—Guapa...

—No te calles, muchacho —le exigió Ian mientras lo dejaba en el suelo—. Voy a hacer un par de disparos para que sepan que estamos llegando.

Ian volvió a disparar contra un árbol. El chico estaba mal y si hacía falta, lo sacaría de allí y volvería por la noche a buscar a Jack, pero sería preferible que...

—¡Eh! —gritó Jack—. ¿Qué has encontrado?

—Al chico —contestó Ian casi sin voz.

Entonces, vio la camioneta a unos cien metros de allí.

—Te ayudaré —gritó Jack.

—Yo lo llevaré. Tú, conduce.

—No conozco el camino —replicó Jack—. No puedo percibirlo.

Ian dejó escapar una risotada.

—¡Te lo despejé de nieve! ¡Vamos!

Cuando llegaron a la camioneta, Ian sacó las llaves y se las dio a Jack. Luego, se montó con un chico del tamaño de un hombre en el regazo. La cabeza de Travis se balanceaba e intentaba mantener los ojos abiertos. Antes de que Jack hubiera metido la llave, Ian había desgarrado todas las prendas de Travis y había hecho lo mismo con las suyas. Lo abrazó, pecho desnudo contra pecho desnudo, para calentarlo con su cuerpo. Jack giró la camioneta con cuidado y volvió por donde habían llegado.

—El quitanieves está bajado. ¿Lo levanto?

—No —contestó Ian—. El condado nos lo agradecerá.

—¿La hoja del quitanieves podría dañarse?

—¿A quién le importa?

—¿Adónde nos dirigimos?

—No lo sé. Necesitamos asistencia médica. Podemos llamar a sus padres desde donde...

—Creo que vamos a ir a Virgin River —dijo Jack—. Es más rápido llevarlo allí con Mel y el médico que llamarlos desde la granja. Además, tienen la ambulancia todoterreno. ¿Qué tal está?

—Intentó enterrarse con hojas para no morir congelado y lo hizo muy bien, pero si llegamos a tardar un par de horas más... El gato montes también lo ha herido, pero hacía mucho frío y parece que no ha sangrado demasiado... pero ¿yo qué sé? Más rápido...

—A sus órdenes.

Ian apoyó la cabeza del chico en su hombro desnudo y notó que el pulso de la carótida iba cobrando fuerza. A los quince minutos, Travis se agitó en su regazo y abrió los ojos con una expresión de sorpresa.

—¿Quién es usted? —preguntó con un hilo de voz.

—El ángel de Navidad —contestó Ian—. Vas a ponerte bien, muchacho—. Ian sacó una botella de agua del bolsillo del chaquetón y la llevó a los labios de Travis—. Bebe un poco. Despacio —cuando terminó, Ian volvió a abrazarlo—. Voy a arreglar la calefacción de esta camioneta aunque sea lo último que haga. Creo que encontraste el gato montes, muchacho.

—Le disparé, pero aun así se abalanzó sobre mí, pero le golpeé en la cabeza con la culata. Salió corriendo...

—Estaba sangrando, debiste de golpearlo con mucha fuerza.

—No acabé con él —replicó Travis lentamente—. Lo asusté y pude enterrarme.

—Yo tuve una perra —comentó Ian—. Fue mi mejor amiga durante años. Dormía conmigo en la cama. Era una buena perra...

—*Whip* también lo era.

—Yo quería a mi perra —Ian le revolvió el pelo a Travis—. Yo habría hecho lo mismo que tú. Ese puma es un mal bicho. Lo he visto por aquí.

—¿Lo has visto?

—Sí —contestó Ian—. Debería haberlo matado. Esto ha sido culpa mía... debería haberlo matado. No dejó que mi chica saliera de la caseta durante horas, estaba helada, pero disparé por encima de su cabeza para asustarlo. Debería haberlo matado.

—Yo también... —el chico, adormilado, apoyó la cabeza en el hombro de Ian.

—Bebe un par de sorbos más —Ian sujetó la botella para que bebiera.

Unos minutos más tarde, Jack entró en Virgin River y tocó la bocina hasta que unas personas salieron del bar, entre ellas, Mel y el doctor Mullins. Jack aparcó junto a la ambulancia todoterreno mientras Ian, con el torso desnudo, sacaba a Travis de la camioneta y Mel y el médico entraban en acción. Abrieron la puerta trasera del todoterreno, sacaron la camilla con ruedas e Ian dejó encima al chico. Después de comprobar sus constantes vitales, Ian les comentó las heridas que tenía en la espalda. Mel lo puso de costado mientras el médico le levantaba el chaquetón para comprobar la herida.

—Nada grave. Hipotermia. Melinda, móntate detrás, prepara una intravenosa y dale calor mientras yo conduzco. El hospital puede hacerse cargo perfectamente. El chico va a ponerse bien. Jack, llama a sus padres.

—Lo haré —contestó Jack—. Luego, lanzaré una bengala para avisar a Predicador y Mike. ¿Ya podemos desentendernos?

—Completamente —contestó el médico—. ¡Vamos, Melinda! ¡Estás retrasándome!

—Un momento, viejo gruñón —replicó Mel mientras se montaba en el todoterreno—. Jack, cuida del niño.

—Puedes estar segura, mi amor.

Ian pensaba que formaba parte de un grupo, que incluso allí, en ese sitio tan remoto, había gente que podía acogerle. Siempre lo había sabido, pero nunca se imaginó que acabaría integrándose.

Ian se quedó mirando a Jack, que arqueó una ceja.

—Vaya... tu chica... —comentó Jack con sorna.

—Estaba hablando con el chico... —se justificó Ian.

—Claro. Será mejor que vuelvas a casa.

Capítulo 15

Cuando Ian entró en la cabaña, eran más de las ocho. Estaba tan cansado y tenía tanto frío, que pensó que darían las doce antes de entrar en calor y que no podría cargar la camioneta con la leña del día siguiente. Ni siquiera había terminado de cerrar la puerta cuando oyó un alarido y Marcie saltó sobre él, le rodeó el cuello con los brazos y la cintura con las piernas.

—Vaya, pareces una garrapata —comentó él entre risas.

Ella apartó la cara.

—¿Estás bien?

—Estoy helado y hambriento. ¿Estabas asustada?

Ella negó vigorosamente con la cabeza.

—¿Has encontrado al chico?

—Lo hemos encontrado —contestó Ian—. Está herido y medio congelado, pero se pondrá bien. ¿Puedes darme calor y algo de comer? ¿Haría eso Abigail Adams?

—Lo haría. Además araría dos campos y daría a luz —Marcie sonrió.

Ian pensó que era muy vital y que tenerla allí era como si hubieran atendido a su plegaria.

A la mañana siguiente, temprano, Ian tuvo que despejar el camino hasta la caseta con una pala para que Marcie pudiera utilizarla cuando se despertara. Luego, cargó la camioneta de leña. Se encontraba mejor de lo que podía esperar porque Marcie no le había dejado dormir mucho esa noche. Cuando se puso en marcha, en vez de dirigirse directamente al cruce donde solía vender la leña, fue un par de kilómetros en dirección contraria, bajó el quitanieves y despejó el camino a la casa de su vecino. Sin embargo, no le gustó lo que vio. La chimenea no dejaba escapar humo; no había señales de vida. Si tenía que estrechar otro cuerpo medio congelado contra su pecho... pero el anciano apareció en la puerta con el abrigo y las botas puestos.

—He despejado el camino por si necesita salir.

—Muy agradecido.

—¿Tiene leña? ¿Tiene latas de comida para comer mientras dure la nevada? —le preguntó Ian.

—Me apañaré.

En otro momento, Ian se habría despedido, se habría dado la vuelta y se habría marchado para hacer lo que tenía que hacer. Sin embargo, dejó escapar una maldición en voz baja, levantó

la lona que cubría la caja de la camioneta y agarró unos leños. Cuando llegó hasta la puerta con el montón de leña, el anciano le impidió el paso.

—Vamos, le he traído leña para la estufa.

El hombre, después de dudarle un poco, le dejó entrar con el ceño fruncido. Ian captó un olor desagradable. No dijo nada al imaginarse lo que pasaba. Cuando se agachó junto a la estufa para amontonar los leños, se quitó un guante y la tocó. Estaba helada. Se levantó, salió y agarró otro montón de leña. Mientras volvía hacia la casa, echó una ojeada alrededor y vio lo que se imaginaba; la caseta estaba enterrada en la nieve y no había un camino hasta ella. El anciano no podía cortarse la leña ni llegar hasta la caseta... o tenía miedo de caerse y no poder levantarse. En cuanto a despejar el camino con una pala, seguramente no tenía fuerzas. Seguramente había utilizado alguna especie de orinal que vaciaría cuando pudiera llegar a la caseta. Era atroz.

Ian le llevó un tercer montón de leña y se dirigió a él.

—Encienda el fuego. Le despejaré el camino. ¿Dónde tiene la pala?

—No se moleste. Yo...

—No discuta conmigo. ¿Dónde está la maldita pala?

Él señaló la puerta con la cabeza. Ian salió, miró alrededor de la casa y encontró la pala apoyada en la pared y casi enterrada por la nieve. Iba a llegar tarde para vender la leña a sus clientes de siempre y tendría que ser un sendero estrecho, pero tenía que hacerlo. Sólo un necio se congelaría entre sus excrementos por orgullo.

Cuando terminó de abrir el sendero, llamó con el puño a la puerta del anciano.

—¿Le gusta la carne guisada en lata? —le preguntó.

—¿Por qué?

—Tengo demasiada. Le dejaré algunas latas más tarde.

—No hace falta.

—Vamos... es un gesto amistoso. La mujer que está conmigo las detesta y no se las come. Le dejaré algunas latas.

—¿Cultiva marihuana por ahí arriba?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—¿A qué se dedica?

—Corto leña y la vendo con mi camioneta. También pesco un poco. Últimamente quito mucha nieve. No sé su nombre.

—Ya somos dos. Yo tampoco sé el suyo.

—Ian Buchanan —dijo Ian sin extender la mano.

—Michael Jackson.

Ian soltó una carcajada. El anciano frunció el ceño e Ian se dio cuenta, un poco tarde, de que ese hombre seguramente llevaba muchos años sin ver la televisión, si la había visto alguna vez.

—Encantado de conocerlo, señor Jackson —dijo Ian.

—¿Seguro que no cultiva marihuana? No me trato con esa gente.

—Seguro —le tranquilizó Ian—. Luego le traeré unas latas, pero por el momento puede llegar a la caseta y calentarse un poco.

Ian volvió a la camioneta, levantó el quitanieves para que no rozara con la carretera y se marchó. El anciano no le dio las gracias ni dijo que se alegraba de conocerlo, pero, no en vano, llevaba dos años velando por él sin haberse dirigido la palabra. Sin embargo, era evidente que las

cosas estaban empeorando para el anciano. Hasta ese momento, el señor Jackson había podido despejar su camino, pero ya no podía ni ir al escusado y era posible que no tuviera comida. Se acordó de cómo había cuidado el médico a Raleigh y decidió que le contaría la situación. No podía cargar con Michael Jackson en su conciencia; ya la tenía bastante llena.

Tardó más de lo normal en entregar la leña. Tuvo que esperar a que los dos clientes sacaran dinero del cajero automático. No podía permitirse que le dieran un cheque sin fondos. Cuando llegó a la cabaña, era por la tarde y llevaba ocho horas fuera. Al entrar, vio que Marcie estaba calentándole agua para el baño.

—Vaya, Abigail —dijo él con una sonrisa—, veo que estabas esperándome. ¿Has arado los campos de atrás?

—Y he reconstruido el granero —contestó ella con una sonrisa—. Hoy has tardado mucho.

—Unos días todo sale mejor que otros. Tengo que volver a salir un momento. No tardaré ni quince minutos —Ian fue hasta el armario—. ¿De cuántas latas de carne estás dispuesta a deshacerte?

—¿Por qué?

—Creo que el vecino anciano no tiene víveres.

Ian empezó a sacar unas latas muy grandes y a dejarlas en la mesa hasta que tuvo ocho. Fue a la camioneta, volvió con una bolsa de lona y la llenó con las latas.

—Eres muy considerado por compartirlas con él.

—No, es que no quiero que me llegue el olor a descomposición. Mantén el agua caliente, volveré enseguida.

Cuando Ian llegó a casa de Michael Jackson, el hombre estaba más simpático que antes, pero tampoco comentó nada sobre las latas. Las tomó, hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y cerró la puerta.

Ese momento fue muy revelador. Uno podía hacer dos cosas por allí. Podía mezclarse con el pueblo, con los vecinos, y llevar una existencia en la que la confianza mutua ayudaba a superar los momentos difíciles. También podía vivir de aquella manera. Si alguien no permitía que nadie se acercara a él, los demás se daban cuenta enseguida de que quería que le dejaran en paz. Allí, donde los vecinos estaban separados por grandes distancias, montes, bosques y todo tipo de complicaciones, nadie se esforzaba mucho por conquistar la amistad o la compañía. Al menos, había que encontrarse con los demás a medio camino.

Ian no había dado nada a la gente de Virgin River. Era como su padre. Afortunadamente, Marcie no había hecho caso de eso... Tendría que cambiar algunas cosas si no quería acabar como ese anciano o Raleigh.

Ian se fue a casa, donde Marcie estaba en su papel de Abigail. Les quedaban pocos días y pensaba pasarlos con Marcie. Sabía que a ella le costaría marcharse y dar por terminada su misión y quería facilitárselo todo lo que pudiera.

Se bañó, comió y la abrazó mientras leía en voz alta la parte picante de su novela de amor, que no fue nada en comparación con lo que pasó después en la vida real. Luego, se arreglaron un poco y fueron a Fortuna para hacer la colada. Allí, él le contó sus planes.

—Mañana, cuando vuelva de entregar la leña, desenterraré tu coche, lo arrastraré al pueblo, lo aparcaré delante del bar de Jack, llevaré unas cadenas en la camioneta y te enseñaré a ponerlas para que puedas volver a tu casa sana y salva. Por favor, no te vuelvas loca mientras no estoy

aquí y no intentes marcharte sin despedirte. Es un disparate bajar el monte en ese coche sin cadenas. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Ella bajó la mirada, con tristeza y en silencio. Marcie casi nunca estaba en silencio.

Con el sonido de la lavadora de fondo, la agarró de los brazos y la acercó hacia sí. Le levantó la barbilla con un dedo.

—Todavía nos queda tiempo, Marcie. Tienes tiempo para cerciorarte de que me has preguntado todo y poder volver a tu casa con tranquilidad de espíritu.

—¿Y tú? —le preguntó ella.

Él le pasó un nudillo por la mejilla.

—Hacia años que no tenía esta tranquilidad de espíritu. Aprovecharemos el tiempo que sigas aquí —la besó levemente en los labios—. Me enfadé la primera vez que te vi, pero ya no estoy enfadado. Me has arreglado las cosas.

—Han pasado muchas más cosas entre nosotros de las que jamás me había imaginado, pero me alegro.

—Entonces, vamos a doblar los vaqueros y a volver al pueblo. Creo que podemos tomar algo con Jack y Predicador antes de que cierren. Luego, volveremos a casa, avivaremos el fuego y, si quieres, volveré a leerte la parte obscena de ese libro.

—¡No es obscena! —ella le dio una palmada en el brazo—. Es romántica.

—Ya... —él sonrió—. Muy romántica.

Cuando llegaron al bar de Jack, se enteraron de que era la última noche que pasaba allí antes de irse con su familia a pasar las vacaciones en Sacramento. Estaban Mel, Brie, la hermana de Jack, y Mike Valenzuela. El ambiente era festivo y David, el hijo de Jack, estaba dormido en los dominios de Predicador detrás de la barra. Todos estaban muy ilusionados con el viaje. Ian y Marcie pidieron una cerveza y se dejaron llevar por la alegría.

El médico no estaba por allí y cuando Marcie fue a llamar a su hermana por teléfono, Ian aprovechó para hablarle a Mel de su vecino y le insinuó que podía estar pasándolo mal. Ella sonrió.

—Gracias, Ian. Hablaré con el doctor antes de marcharme y él comprobará cómo marchan las cosas por allí. Si necesita algo, el doctor hará lo que pueda. Aunque te aviso de que algunos de esos ancianos son muy reacios a cosas como la ayuda médica o de cualquier otro tipo.

—No hace falta que me lo digas —replicó Ian—. Yo estaba con el viejo Raleigh cuando falleció.

—Entonces, ya lo sabes —Mel sonrió—. Feliz Navidad, Ian.

—Lo mismo te digo.

Hacía mucho tiempo que él no celebraba la Navidad. La última vez fue con Shelly, antes de que él se marchara a Irak. Él le regaló un anillo y todas las fiestas trataron sobre que estaban prometidos.

A su padre no le gustaba la Navidad y era su madre quien ponía los adornos, cocinaba, hacía cestas con regalos para todo el mundo que conocía y compraba regalos que había meditado

mucho. Su padre siempre regalaba cualquier tontería a su esposa; una suscripción a una revista femenina, un jersey espantoso que su madre alababa mucho, un par de libros de recetas... Era especialista en regalarle algo necesario para la casa, como una lavadora o una aspiradora, y decirle que era el regalo de Navidad por adelantado. Cuando su madre murió, la Navidad desapareció por completo. No se ponía el árbol ni se iluminaba la casa ni se hacía ninguna comida especial. A Ian no le gustaba ir por allí.

Sin embargo, la Navidad en que Ian le regaló el anillo a Shelly, también le regaló un collar y un negligé muy bonitos. Se acordó de que entonces decidió no ser como su padre; que sería detallista.

Ese año tampoco tendría una Navidad de verdad, aunque estaba más animado que otros años. No tenía adornos y seguramente acabaría abriendo una lata para cenar. Lamentaba no haberle comprado un regalo a Marcie y se alegraba de que ella no hubiera tenido ni la ocasión ni los medios para comprarle uno a él. Sin embargo, se alegraba de que el pueblo sí la celebrara y honrara a los hombres y mujeres que velaban por ellos. Eso hacía que fueran unas fiestas alegres.

Ante su sorpresa, estaba empezando a pensar como si las cosas estuvieran cambiando para él. Todo porque había pasado esas semanas inesperadas, excepcionales y reveladoras con Marcie. Ella le había abierto los ojos en muchos sentidos. Entonces, empezó a reírse para sus adentros al pensar en fosas sépticas. ¿Cuánto le costaría instalar una fosa séptica, un cuarto de baño en el interior y un calentador de agua? Necesitaría dinero de verdad, no los ingresos irregulares por vender leña en invierno y hacer mudanzas a media jornada en verano. El propietario de la empresa de mudanzas le había ofrecido trabajar a jornada completa porque era fuerte y eficiente, pero él lo había rechazado después de agradecerse. Podía plantearse hablar con él y ofrecerse a trabajar a jornada completa. También podía buscar otro trabajo; no le daba miedo ningún trabajo. Entonces, recordó que no había hecho una declaración de hacienda desde hacía años porque no se había tomado la molestia. Se había colocado al margen del mundo oficial, ¿podría volver a entrar?

Por los motivos acertados, se dijo a sí mismo. Ella le había enseñado a reírse otra vez y solamente eso se merecía un empleo a jornada completa y una fosa séptica, no sólo porque le gustaría a Marcie, sino porque sería una mejora; viviría en vez de limitarse a existir. Además, hacía mucho tiempo que no se daba una ducha como Dios manda.

En ese momento, ella salió de la cocina y se sentó en un taburete al lado de Ian. No parecía muy contenta.

—Erin Elizabeth se ha puesto muy pesada. Se ha empeñado en que vuelva. Está esperándome.

—No puede extrañarte —replicó Ian—. Se lo prometiste.

—Le he dicho que me quedará hasta Nochebuena. Mi casa está a cuatro horas de camino, más o menos.

Él le rodeó los hombros con un brazo y la besó en la sien.

—Has hecho bien, Marcie. Tu familia te quiere y te necesita. No querrás quitarle importancia.

—Lo sé, pero también tengo que hacer otras cosas. Calentarte el agua para el baño, arar los campos...

—Hacerme reír...

—Hacerte gruñir —Marcie sonrió.

—Da igual lo que te parezca que tienes que hacer, te alegrarás cuando hayas vuelto a tu casa... cómoda y familiar. Una cosa. Cuando le dijiste a mi padre que ibas a buscarme, ¿qué dijo?

—Ya te lo dije —contestó ella mirando su cerveza—. Dijo que seguramente estaba perdiendo el tiempo.

—Lo conozco muy bien. ¿Qué más dijo?

—La verdad, fue un viejo cascarrabias...

—Vamos, nunca te callas. La verdad.

Ella lo miró con sus ojos verdes rebosantes de preocupación.

—Dijo... dijo que si te encontraba, te dijera que le había dejado la casa y el coche al chico que le lleva el periódico.

Ian, inesperadamente, estalló en una carcajada. Echó la cabeza hacia atrás y aulló. Marcie lo miró fijamente mientras él se retorció de risa. Seguía sonriendo cuando consiguió dominarse.

—No tiene gracia —dijo ella—. Me parece espantoso.

—Pero es muy propio de él —replicó Ian—. Me pregunto si habrá quemado mis cromos de béisbol o si se los habrá regalado a alguien.

—Bueno, él no te merece —afirmó Marcie antes de dar un sorbo de cerveza.

—Entonces, ¿no vas a decirme que vuelva a Chico para verlo otra vez antes de que muera? —le provocó él.

—Ian, nunca quise que lo hicieras —contestó ella en tono de sorpresa—. Estoy segura de que no te encontrarías nada que no vieras hace cuatro o cinco años.

—¿Niegas que querías que volviera a verlo una última vez...?

—Quería que él te viera a ti. Quería que él supiera que estabas bien; que independientemente de lo infame que fuera y de lo mal que te había tratado, estabas bien. Más concretamente, quería que tú le comunicaras todo eso. Lo juro.

—¿Por qué? —preguntó él sin salir de su asombro.

Ella le tomó las manos.

—Por la bondad que atesoras. Él no se la merece, no ha hecho nada para ganársela, nunca te la ha agradecido, pero está llegando al final y estaría bien que supiera que pese a todo, sigues siendo un hombre bueno y fuerte y que no te pareces a él. Nunca serás como él. Eso es todo. Pensé que quizá algún día lo pensabas por tu cuenta, pero no quería que fuera demasiado tarde —ella sonrió—. No para él, para ti.

—¿Crees que me conoces tan bien?

—Sí —contestó ella—. He estado observándote con los animales del bosque, con los vecinos, con todo. Para ti es natural hacer cualquier cosa que exija corazón y generosidad. Estoy segura de que eso fue a lo que más te costó renunciar.

La mañana de Nochebuena, Ian no se levantó para llevar leña. Podría haber hecho otro reparto antes de Navidad y haber cobrado un precio superior al normal. Sin embargo, hizo café y le sirvió una taza caliente a Marcie.

—Ya es de día; un día especial para ti.

—¿No vas a vender leña? —preguntó ella con voz somnolienta mientras se sentaba.

—No. Tienes el café caliente.

—Mmm... —Marcie tomó la taza—. Eres una Abigail muy buena.

—Dime qué puedo hacer para que todo sea más llevadero.

Ella dio un sorbo y pensó un instante.

—Dos cosas.

—Dímelas.

—Llevarme al pueblo y dejarme. Despedirte de mí y marcharte sin quedarte hasta que me vaya.

—Si quieres hacerlo así...

—También puedes decirme una cosa. ¿Sientes algo por mí?

Él le pasó una mano enorme por los rizos alborotados.

—Siento todo por ti, pero eso no cambiará las cosas. Pertenece a dos mundos distintos que no se mezclarán fácilmente. Sigo siendo un hombre con lo que tú llamas «temas»; un montón de ellos. No estoy preparado para hacer cambios radicales, aunque creo que he hecho algunos pequeños a pesar de mí mismo. Por ejemplo, me he cortado el pelo.

—Has avanzado muy bien —ella le dio un beso—. Si hubiera tenido más tiempo...

Él le tomó la barbilla con la mano para que le hiciera caso.

—Escucha. Te lo digo en serio; has cambiado todo. Vuelve alguna vez si te apetece, pero si no lo haces, no te lo reprocharé. Recuerda lo que me dijiste. Después de hacer esto, de encontrarme, darme las gracias, hacerme algunas preguntas y decirme lo que querías que supiera, estarías libre para seguir adelante. Me parece muy bien, Marcie. Incluso después de lo que ha pasado entre nosotros. Sobre todo, después de lo que ha pasado entre nosotros. Puedes seguir adelante si es lo que quieres. Espero que lo hagas.

—¿Qué pasaría si lo que quiero eres tú? —preguntó ella.

—Lo único que podría entristecerme es no hacerte feliz. Lo que más me aterra es que me quisieras y yo te defraudara.

—¿Por qué se te ocurre algo así?

—Es una vieja costumbre lamentable.

—Estoy segura de que podrías acabar con esa costumbre.

—Esa es una de las mejores cosas que tienes —Ian sonrió—. Tu eterno optimismo.

—Ian, no es optimismo, es fe. Deberías intentarlo alguna vez.

Capítulo 16

A la una, Ian llevó a Marcie hasta su pequeño Volkswagen, que estaba aparcado en el pueblo. Le enseñó a poner las cadenas en las ruedas traseras por si se encontraba con nieve. Aunque en ese momento los caminos estaban despejados, como lo estaba el cielo, y haría bien en marcharse antes de que pasaran dos horas. La abrazó y le dio un beso largo y rebosante de amor. Ni siquiera miró alrededor para ver si estaban mirándolos.

—Gracias por ser tan tozuda como yo.

—No estoy muy convencida de esto —comentó ella—. Me cuesta mucho.

—A medida que le acerques a tu casa, empezarás a alegrarte de estar con ellos. Siempre has podido contar con ellos —le recordó Ian.

—Bueno...

Ian le tapó los labios con un dedo.

—No lo digas y conduce con cuidado.

—Si te escribo, ¿me contestarás?

—Puedes estar segura —prometió él.

—Es un avance —dijo ella sin convencimiento—. Yo... mmm... yo te he dejado algo. Lo metí en el baúl de la ropa cuando no estabas mirando.

—Marcie... no deberías haberlo hecho.

—No es un regalo de Navidad ni nada parecido. Es algo que quería darte, pero nunca encontré el momento adecuado. Luego decidí que era preferible que lo recibieras solo. Volveré a verte, Ian —ella sonrió vacilantemente y una lágrima le rodó por la mejilla—. Ten cuidado al cortar la leña y cuida mucho a *Buck*.

—Lo haré —le tranquilizó él mientras volvía a ponerle un dedo en los labios—. Hasta luego.

—De acuerdo, hasta luego.

Marcie subió los escalones del bar mientras Ian se dirigía hacia su camioneta. Ella oyó el motor ronco y ruidoso mientras se alejaba. Se dio cuenta de que él no le había pedido un número de teléfono donde poder encontrarla si se volvía loco y decidía llamarla. Se lo dejaría a Predicador y, además, Ian tenía el número de la casa en esas cartas que no había leído. Sin embargo, no creía que él fuera a pasar mucho por el pueblo cuando ella se hubiese marchado. En realidad, temía que se encerrara más en sí mismo.

El bar estaba tranquilo a esa hora del día; sólo había un par de lugareños que terminaban de almorzar. Predicador salió de la cocina.

—¿Qué tal todo, Marcie?

—Bien. Me marcharé a Chico dentro de un rato. ¿Puedo tomarme una taza de café antes?

—Claro. ¿Te pasa algo?

—Me he despedido de Ian y no soporto tener que marcharme. ¿Quién se habría imaginado que lo encontraría e intimaría tanto con él?

—Pero lo has encontrado y supongo que has zanjado todos los asuntos pendientes —dijo Predicador mientras servía el café.

—Sí. Hemos hablado mucho. Todo está bien —Marcie hizo un esfuerzo para levantar la mirada.

—Me alegro de oírlo. Parece un hombre de una pieza. Él encontró a Travis Goesel, ¿lo sabías? Le salvó la vida.

Marcie abrió los ojos como platos.

—¿Lo encontró Ian?

—Sí. Lo sacó de un cobijo que el chico se había hecho para no congelarse y cargó con él más de un kilómetro y medio. El chico mide más de un metro ochenta y es robusto. Ian le rasgó la camisa para darle calor... Si hubiera pasado una hora más, el chico no habría sobrevivido. Ahora está muy bien y abrirá los regalos de Navidad con su familia.

—Pero él me contó... Ian me dijo que lo habían encontrado. Él no se otorga el mérito de nada, Predicador... No sé cómo decirlo, pero ¿podrías intentar sacarlo de allí un poco? No hace falta que sea nada especial... pero cuando yo estaba aquí salía de la montaña de vez en cuando y...

—Claro. Nos gusta verlo por aquí.

—También quiero dejarte mi número de teléfono de Chico. Por si acaso —escribió su nombre y número de teléfono en una servilleta—. Si alguna vez tienes que ponerte en contacto conmigo por algún motivo, llámame ahí —escribió algo más en la servilleta—. El móvil. Quiero que puedas encontrarme si... Bueno, ya lo sabes.

—Sin duda —Predicador dobló la servilleta y se la guardó en el bolsillo antes de dejar la cafetera al lado de ella—. Verás, con la celebración de las velas de esta noche, va a venir un gentío y estamos trabajando en la cocina. Tengo que volver para ayudar a Paige. Si necesitas algo, un sándwich o lo que sea, asoma la cabeza y dímelo.

—De acuerdo. Vete tranquilo. Me tomaré una taza de café y me marcharé.

Él había encontrado al chico y le había salvado la vida... Luego, agarró todas las latas de carne y se las llevó al anciano...

O Ian había cambiado completamente o siempre había sido un hombre dispuesto a ayudar cuando podía. Ella había notado algún cambio en él, pero sospechaba que esa vida solitaria no era la propia de él.

No había salido huyendo, le habían dado la espalda: los marines, su novia, su padre, sus compañeros de armas... Por eso se aisló un tiempo hasta que pudiera encontrar su sitio y saber hacia dónde se dirigía y cómo iba a vivir. Era posible que lo que le había contado sobre los tres últimos años de Bobby y su fallecimiento lo hubieran ayudado a poner un punto final. Para eso había ido ella. Si lo había conseguido, no podía pedir más.

En cuanto al punto final de ella, había pasado todo lo contrario. No estaba segura de que pudiera renunciar a él. Aunque por el momento, tenía que volver a sus raíces, a su casa.

Tampoco podía renunciar a esa gente.

Se abrió la puerta del bar, pero no se dio la vuelta.

—¡Tú! ¡Jovencita! —Marcie se dio la vuelta y vio al médico—. ¿Sabes conducir un todoterreno?

—Claro que no —contestó ella—. Tengo un Volkswagen.

—Entonces, aprenderás. Melinda se ha marchado y tengo que llevar al hospital a un hombre herido en la cabeza. No puedo conducir y atenderlo. Vamos.

—Pero iba a marcharme...

—¡Inmediatamente! —exclamó él mientras se daba la vuelta.

Marcie se quedó pensando y la puerta volvió a abrirse.

—¡He dicho inmediatamente!

—Por el amor de Dios... —farfulló ella mientras agarraba su bolso y seguía al médico.

Ian volvió a la cabaña y echó unos leños en la estufa. Pensó en cortar algo de leña, quitar nieve o ir a ver cómo estaba su vecino, pero se sentó a la mesa y no hizo nada. Nada excepto recordar cada expresión de la cara de Marcie y todo lo que había salido de su boca. Entonces, agarró el libro que sacó de la biblioteca y volvió a leer ese episodio romántico que tanto le gustaba a ella, el que los... inspiraba. No recordaba haber hecho el amor de una forma tan dulce en toda su vida. ¿Sería sólo porque había pasado mucho tiempo? Quizá fuera porque él tenía razón al pensar que dos personas con poca experiencia aprendían enseguida a complacerse el uno al otro.

Estaba bien que se hubiera marchado, se dijo a sí mismo. Tenía que volver a su hogar, donde estaba su gente. Él no tenía hogar desde que su padre puso el último clavo al ataúd de su relación. Había afrontado la realidad; ya no tenía a nadie. Excepto a Marcie, la chica que le hacía reír y amar. Sin embargo, eso ocurrió allí, donde las circunstancias los obligaron a estar juntos. Cuando las cosas se encauzaran, lo que vivieron juntos allí no volvería a ser igual.

Aun así, se preguntó qué sentiría al ver a su padre una vez más antes de que falleciera. No se hacía ilusiones, su padre no se habría convertido en alguien cariñoso. En realidad, seguramente habría empeorado por la edad y la enfermedad. Era rígido y rencoroso y siempre lo había sido. Había sido imposible deslumbrarlo y que se sintiera orgulloso cuando estuvo en los marines y sería imposible en ese momento, después de los últimos cuatro años. Sin embargo, si le plantaba cara, quizá consiguiera ser él mismo. Quizá Marcie tuviera razón y no tenía que perdonar a su padre sino perdonarse a sí mismo por odiarlo, por permitir que la censura y la mezquindad de su padre lo hubieran convertido en un hombre hosco. Quizá fuera el desenlace.

¿Cómo era posible que una pelirroja menuda, tozuda y disparatada pudiera ser tan clarividente? No le cabía en la cabeza.

Se acordó de que le había dejado algo en el baúl, pero no quería verlo, no sabía si estaba preparado. Por otro lado, pensó que si tenía algo concreto para recordarla, podría alegrarle la existencia. Abrió el baúl y lo primero que vio fue un sobre. Estaba dirigido a Marcie, pero ella había escrito algo en el dorso del sobre:

Querido Ian:

Había pensado enseñarle esta carta, no creía que pudiera separarme de ella, pero ahora quiero que te la quedes. Ya entenderás el motivo. Además, lo dije de corazón, Ian. Me he enamorado de ti.

Marcie.

Se quedó de pie junto a la estufa y empezó a leer la carta, pero tuvo que sentarse para terminarla. Era una carta que había mandado Bobby a Marcie. Estaba escrita en el fino papel azul con un águila que les daban en el ejército. A juzgar por el matasellos del sobre, era muy posible que la hubiera escrito sentado al lado de él cuando los dos aprovechaban un momento para escribir a sus chicas.

Marcie, cariño, te echo de menos. Pienso en ti cada minuto del día y cuento los segundos que me faltan para poder sentirte contra mí otra vez. Gracias por ser tan fuerte en medio de toda esta mierda. No podría estar con una mujer distinta. Las chicas de algunos de los hombres que están aquí les escriben cartas espantosas sobre lo mal que están pasándolo mientras ellos están fuera. Yo no podría soportar que tú lo hicieras. ¿Cómo pude saber que eras la que quería cuando teníamos catorce años? ¡Tengo que ser un genio!

Tengo que decirte algo y no soy un cobarde por decírtelo por carta en vez de decírtelo cuando vuelva; es que no puedo esperar. Quiero que esto sea mi profesión para siempre. Seguramente pensarás que estoy mal de la cabeza por decírtelo; sobre todo ahora. Quiero decir, este sitio es espantoso. Nosotros no lo hemos pasado muy mal, pero a otros batallones les han disparado, emboscado, atacado terroristas suicidas y todo eso. Nosotros sabemos que nos puede tocar en cualquier momento.

Uno de los motivos para que no haya pasado todavía es Ian. Es increíble. No había conocido a nadie como él y he conocido a personas asombrosas, sobre todo, en los marines. Es un marine de los pies a la cabeza. Sabe lo que hace. Puede llevarte a territorio hostil y conseguir que creas que quieres estar allí. Él evita que nos compadezcamos de nosotros mismos. He visto cómo se ponía entre el fuego enemigo y un joven marine. Lo hirieron. El chico metió el pie en un agujero y se rompió el tobillo, pero Ian lo llevó en brazos hasta el campamento, a unos siete kilómetros. No quiso soltarlo ni que le ayudáramos. Me ofrecía llevarlo un trecho, pero él me dijo que me ocupara de mis asuntos para que no tuviera que acarrearme a mí también. Nos encontramos con un par de insurgentes armados en una inspección puerta a puerta y vi que Ian acababa con uno sólo con las manos. Una hora más tarde, vi a Ian con un bebé iraquí en los brazos y sonriendo a su madre, tranquilizándola. No sé cómo puede pasar de ser el hombre más fuerte e implacable al más delicado. Además, al final de la jornada, cuando todo el mundo está asqueado, sucio y cansado, él habla con cada uno de nosotros y se cerciora de que tenemos la cabeza en su sitio. No quiere que ninguno estemos demasiado asustado, alterado o solo como para no poder mantenernos vivos si se complican las cosas. Uno de los muchachos recibió una carta en la que su novia lo abandonaba y fue penoso. Ian pudo haberle dicho que se dominara o que fuese fuerte, pero habló con él y cuando el chico lloró, Ian no se burló de él ni nada parecido. Apoyó la mano en la espalda del chico con firmeza y le habló con delicadeza. Le dijo que no había garantía de nada en la vida y que se tardaba algún tiempo en superar algunas cosas, pero que si le servía de consuelo, sus compañeros nunca lo abandonarían. Ian le dijo que si aquella chica no podía aguantarlo, era mejor saberlo lo antes posible; que había que ser una mujer muy especial para estar al lado de un marine.

Tiene razón, cariño, y tú lo eres. No sé si serás capaz de sobrellevar que me haga marine profesional, pero espero que sí. La cuestión es que si pudiera ser la mitad de líder y amigo que Ian, sería una leyenda. Estoy deseando que lo conozcas. Vas a admirarlo tanto como yo. Aunque, seguramente, luego lo dejarás inconsciente de un puñetazo por hacer que los marines me parecieran tan bien. ¡Ja, ja! No le sorprenderá; le he hablado de ti. Le he dicho que serás menuda, pero que no te da miedo levantarte y decir las cosas claramente.

Te echo mucho de menos, cariño. Volveré antes de que te des cuenta. Te quiero.

Ian tomó un par de bocanadas de aire y volvió a leerla. ¿Qué era todo aquello? ¿Cómo era posible que Bobby pensara eso de él? Era una adoración disparatada a un héroe y no se la merecía. Sólo había hecho el trabajo que le habían enseñado a hacer; no era nada especial.

Sin embargo, tenía toda la razón respecto a Marcie. Era empecinada. Una pequeña empecinada que iluminaba y alegraba todo lo que la rodeaba. Una chica menuda y resuelta. No se daba por vencida fácilmente; habría sido una buena marine. Bobby tuvo suerte al encontrarla cuando eran tan jóvenes. No era fácil encontrar una mujer tan fuerte, tan segura de sí misma y de lo que quería.

Después de lo que ella había pasado, después de lo que habían pasado juntos, ¿qué hombre no diría que también la amaba?

El médico, conduciendo como un loco, llevó a Marcie hasta una granja al pie de las montañas y gritó a Marcie para que lo ayudara a llevar la camilla con ruedas. Luego, el médico se montó en la parte de atrás para atender al paciente, un granjero al que un burro le había dado una coz en la cabeza. Tenía la cabeza abierta y veía doble, pero estaba consciente. Mientras el doctor atendía al granjero, gritaba a Marcie por su forma de conducir, algo que ella no podía entender porque creía que estaba haciéndolo muy bien si se tenía en cuenta que era la primera vez que conducía un vehículo de ese tamaño.

Cuando llegaron al hospital, tuvieron que esperar a que lo llevaran a rayos X y el doctor pudiera dejarlo. Luego, el doctor la obligó a conducir hasta Virgin River para que se acostumbrara a ese vehículo sin que tuviera que gritarla desde atrás.

Cuando llegaron al pueblo, estaba extenuada.

—Vamos —le dijo el médico—, te invitaré a beber algo. Te lo has ganado. Lo has hecho bien.

—Nadie lo diría a juzgar por los gritos que me ha dado —replicó ella.

—Bah, no lo has hecho la mitad de bien que Melinda, pero no ha estado mal. Ella tiene experiencia. Ella domina ese trasto como un monopolio. Vamos. Es el momento de beber algo.

—De verdad, debería haberme marchado de aquí hace cinco horas.

—¿No te alegras de haber podido ayudar? Si no hubieras estado sentada aquí, habría tenido que pedírselo a Paige o a la esposa del granjero, que no habría podido mantener la mirada en el camino. Ha sido una suerte para todos. Bebe y come algo. Puedes conducir de noche, ¿verdad? Comerás bien y te cargarás de café antes de marcharte.

—Claro —dijo ella con cansancio—. ¿Por qué no? Ya voy a llegar tarde a la cena de Nochebuena en Chico.

—¿Ves? Otro golpe de suerte.

—No creo que mi hermana vaya a pensar lo mismo...

—Todavía sería mejor si te tomaras un par de bebidas y pasaras la noche en la cama que me queda libre. Eso sería mejor todavía —insistió el médico.

—No —le rebatió ella—. De verdad, tengo que marcharme. No puedo quedarme por aquí. Me entristece.

—Haz lo que creas que tienes que hacer —dijo el médico—. Es una oferta sin compromiso.

El bar estaba lleno de gente que se había reunido para la celebración alrededor del árbol. Había bandejas por todos lados que tenían desde aperitivos hasta galletas de Navidad. Gente que Marcie no conocía se presentaba y le preguntaba de dónde era y si se quedaría para cantar los villancicos. Aceptó un brandy que le ofreció Predicador, probó los aperitivos y fue a la cocina para llamar a Erin.

—Lo siento mucho, pero se me ha hecho tarde...

—¿Qué? —explotó Erin—. ¿En qué estabas pensando? ¡Prometiste venir a casa!

—Voy a ir —replicó Marcie—. Escucha, ha habido una emergencia; un burro dio una coz en la cabeza a un hombre del pueblo y el médico necesitaba que alguien condujera hasta el hospital para que él pudiera atenderlo... Bueno, me he retrasado cinco horas y lo siento. No llegaré para recibir a Santa Claus, pero iré.

—¡Ha anochecido! ¡No quiero preocuparme más por ti!

Marcie tomó aliento.

—Conduzco de noche todo el rato, pero preocúpate si quieres. Voy a comer algo y a tomar café y luego saldré hacia allí.

Cuando volvió al bar, estaba desfallecida. Tenía la sensación de haber desilusionado a todo el mundo, a ella misma entre ellos. Estaba agotada. Naturalmente, se debía al día tan intenso, a la emoción por haberse despedido de Ian y a la peripecia con el doctor, pero sobre todo, se sentía desilusionada porque lo que había empezado con Ian parecía destinado a no llegar a ninguna parte.

Sin embargo, ¿qué podía esperar? Se habían reído, se habían amado durante una semana y él había cambiado completamente. En cuanto a las grandes frases sobre que se quedaría toda la vida en la cabaña, no estaba segura de que después de un año no se habría vuelto loca. Además, había aliviado algo a Ian, pero no lo había curado, todavía tenía que solucionar muchas cosas. Él sabría lo que necesitaba; cortar y vender leña, dar de comer al ciervo, cantar por las mañanas y volver lentamente al mundo.

No pudo evitar que le doliera el corazón, pero se recordó que lo que más quería era que Ian viera su camino, que encontrara paz y felicidad. Con o sin ella. Ella sabía que tenía sus defectos, pero el egoísmo no era uno de ellos.

La gente estaba empezando a salir del bar para reunirse alrededor del árbol. Ella hizo lo mismo. Alguien le dio una vela en el porche y pensó que no pasaría nada por cantar un par de villancicos antes de marcharse.

El árbol estaba magnífico y resplandecía en medio de la noche despejada. La estrella señalaba un camino en la calle. Había mucha más gente allí que la que había habido dentro del bar. Había charlas, risas y velas encendidas. Nadie parecía estar al mando. Hasta que alguien gritó el nombre de un villancico y se pusieron a cantar, lenta y vacilantemente al principio, pero

cuando llegaron a la segunda estrofa, las voces cantaban con mucha más fuerza. Pidieron otro villancico y otro y otro. Se propusieron varios más y hubo cierta confusión hasta que una voz brotó del fondo de la multitud. Una voz lenta, delicada y melodiosa.

A Marcie le dio un vuelco el corazón, los ojos se le empañaron de lágrimas y cuando se dio la vuelta vio que toda la multitud se había dado la vuelta hacia esa voz. Sin aliento y con la vista nublada, empezó a abrirse paso entre el gentío. Cuando llegó al final, lo vio al otro lado de la calle. La luz de la estrella caía sobre él y casi no lo reconoció. Estaba afeitado y llevaba los pantalones, la camisa y la chaqueta buenos. A su lado, en el suelo, había una bolsa de lona.

Ella se llevó una mano temblorosa a la garganta y las lágrimas le rodaron por las mejillas. Él le sonrió fugazmente y volvió a levantar la mirada a la estrella mientras cantaba el himno.

Era la voz de un ángel. A Marcie le flaquearon las rodillas, pero él no dejó de cantar con todo su corazón. Se oía un leve murmullo, pero nadie se unió a la canción por lo asombrosa que era la voz y la pasión que transmitía. Cuando terminó el himno, bajó la cabeza en un gesto de reverencia.

Hubo algunas expresiones de emoción y todo el mundo empezó a aplaudir, pero Marcie se acercó a él con los ojos resplandecientes y las piernas temblorosas. Se paró delante y le pasó una mano por la mejilla con una cicatriz fina y larga. Él le acarició los suaves rizos rojos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella en voz baja.

—Canto para la gente en vez de hacerlo para los animales del bosque —contestó él—. Tú eres la que no debería estar aquí. He pensado que pasaría para cantar un villancico o dos antes de marcharme.

—Mi historia es un poco larga, pero ¿adónde vas?

—A Chico —contestó él con una sonrisa—. Allí hay una chica con la que tengo algo pendiente.

—¿Te quedarás conmigo?

—Es posible que una noche, porque está haciéndose demasiado tarde, pero luego hablaré con el chico que le lleva los periódicos a mi padre para ver si me deja una habitación.

—Ian...

Ella lo abrazó y él la levantó del suelo. La besó ruidosamente entre los gritos jocosos de la gente. Sin embargo, la dejó en el suelo y la agarró del brazo.

—Escúchame. Abigail. Tengo mil cuatrocientos once dólares y necesito gasolina. No tengo ahorros y hace cuatro años que no hago una declaración de la renta. Si no puedo pagar los impuestos por la montaña en primavera, la perderé, y no podré pagar los impuestos si no encuentro un empleo. Hace mucho que no tengo un empleo. En cuanto a mi padre... no me hago ilusiones sobre un reencuentro emotivo. Lo más probable es que me eche de una patada. De modo que vete haciéndote a la idea de que esto es una complicación. Que yo haya cantado no significa...

—¿Crees que soy una pusilánime? —preguntó ella con incredulidad—. Después de todo, ¿crees que soy débil? Entonces, ¿por qué vienes? Sé cuánto detestas la debilidad.

—Para ver si podemos llegar a alguna parte. Marcie, no te haría daño por nada del mundo, por eso dime que estás preparada si todo esto se desmorona. Porque si seguimos, hay muchos inconvenientes. Para empezar, yo mismo; podría acabar siendo una enorme decepción para ti.

—¿Devolviste los libros de la biblioteca? —le preguntó ella.

—No —reconoció él sacudiendo la cabeza—. Tenía que hacer demasiadas cosas si quería alcanzarte antes de Navidad.

Ella sonrió.

—Bueno, la verdad es que nunca supe muy bien adónde iba, pero vi esta luz... y la seguí. Ya te lo dije, te quiero, Ian. Te quiero muchísimo. Empezaré por ahí y me tomaré lo demás como vengas.

—Yo no te lo dije. No quería complicarte las cosas, pero no recuerdo haberme sentido así nunca. Te quiero, Marcie. Intentaré lo que sea.

—Muy bien. Podemos empezar por la fe en ti mismo.

Él sonrió.

—Erin va a enojarse un poco cuando me vea.

—Ni siquiera te reconocerá durante un par de días —ella le dio una palmada en la mejilla—. Estás imponente. ¿Quién dará de comer a *Buck*?

—*Buck* está a su aire. Volveremos a verlo cuando se haya derretido la nieve. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

Marcie pensó que si esas montañas eran preciosas en invierno, en primavera serían fascinantes con el augurio de una vida nueva. Como la de ella.

Como la de él...

Como la de ellos...

FIN